

Fondo de Cultura Económica (Buenos Aires).

Paul Groussac. Un estrategia intelectual.

Bruno, Paula.

Cita:

Bruno, Paula (2005). *Paul Groussac. Un estrategia intelectual*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/paula.bruno/26>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pdMm/Tow>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SECCIÓN OBRAS DE HISTORIA

PAUL GROUSSAC

PAULA BRUNO

PAUL GROUSSAC

Un estratega intelectual



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2004

D. R. © 2004, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Av. Picacho Ajusco 227; 14200 México D.F.

ISBN: 950-557-628-5

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN LA ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

AGRADECIMIENTOS

Intento aquí sintetizar en palabras los reconocimientos con varias personas que me acompañaron con sugerencias y críticas mientras pensaba y escribía este libro, que empezó siendo una tesis de maestría defendida en el marco del Posgrado en Historia de la Universidad de San Andrés en marzo de 2002.

Mi director de investigación y tesis fue Fernando Devoto. Le agradezco todo lo que suele agradecerse a esta figura y, especialmente, las charlas informales acerca del cambio de siglo, sus hombres, sus ideas y sus ritmos políticos. Por su parte, Darío Roldán fue, y es, un interlocutor privilegiado para mí. Desde sus primeros comentarios acerca del proyecto que cristalizó en este estudio, sus palabras colaboraron en la ardua tarea de convertir intuiciones en argumentos. Formó, además, parte del tribunal examinador de mi tesis y en distintas ocasiones tuve la posibilidad de discutir aspectos de mi trabajo con él: en cada ocasión me he visto beneficiada.

En todo momento tuve la posibilidad de conversar sobre temas afines con Paula Alonso, quien supo darme ánimo, tranquilidad y afecto. Tanto en la instancia formal de defensa de la tesis, de la que fue examinadora, como en el transcurso de la indagación me brindó sus comentarios siempre convenientes. Agradezco también la confianza que en mi trabajo tuvo Eduardo Zimmermann, así como sus opiniones sobre mi proyecto de investigación.

Un subsidio de la Fundación San Andrés, que contó con el apoyo de The William and Flora Hewlett Foundation, me permitió una más intensa dedicación a la tarea de indagación. Por su parte, agradezco a Paula Alonso, Lila Caimari, Roberto Cortés Conde, Marcelo Montserrat y Eduardo Zimmermann, miembros del Comité del Posgrado en Historia de la Universidad de San Andrés, por haber seleccionado este trabajo y hacer posible su publicación.

Ya defendida la tesis, y mientras rearticulaba mis argumentos para este libro, tuve la oportunidad de contar con invalorable lecturas y comentarios. Tulio Halperin Donghi me brindó su tiempo generosamente, leyó mi escrito y sugirió su publicación; sus comentarios han humanizado notablemente mis interpretaciones sobre la biografía de Paul Groussac. A su vez, Oscar Terán aceptó leer el manuscrito y me devolvió halagadores y reconfortantes comentarios.

Profesores, amigos y seres queridos me apuntalaron en distintos momentos del trabajo. Nora Pagano me acompañó en los primeros pasos de esta investigación y desde ese momento pude contar con su lectura, sus críticas y su afecto. Agradezco también a José Emilio Burucúa por la confianza y el apoyo. Rosa Aboy compartió conmigo alegrías e inquietudes mientras nuestras tesis devenían libros, mis gracias por la camaradería incondicional. Por su parte, agradezco a Gabriel Livov su sentido de la oportunidad, sus críticas y su empatía con mi trabajo.

Partes de esta investigación fueron discutidas en eventos académicos y seminarios, me he visto beneficiada con los comentarios que he recibido en estas instancias. Explicito mi gratitud con mis compañeros y compañeras de la Maestría en Investigación Histórica –en especial, Rosa Aboy, Isabella Cosse y Cristina Mantegari– que leyeron borradores y aportaron sugerencias mientras se consolidaba este trabajo.

Agradezco al personal de la Biblioteca Nacional, de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, de la Biblioteca del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, de la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, del Archivo General de la Nación y, particularmente, a Mariela Frías, Moira Guppy, Silvana Piga y Andrea Saladino, pilares de la Biblioteca Max von Buch de la Universidad de San Andrés.

Mientras las ideas de este trabajo se gestaban, mis padres, Graciela Araco y Carmelo Bruno, y mi hermana, Verónica, se dejaron invadir por mis variables estados anímicos oponiendo escasa resistencia y brin-

dándome tolerancia y cariño. Dedico a ellos y a mis abuelos, María Crea y Roberto Araco, este libro con el mayor de los cariños.

PAULA BRUNO
Buenos Aires, octubre de 2004

INTRODUCCIÓN

No hay muerte de escritor sin el inmediato planteo de un problema ficticio, que reside en indagar –o profetizar– qué parte quedará de su obra. Ese problema es generoso, ya que postula la existencia posible de hechos intelectuales eternos, fuera de la persona o circunstancias que lo produjeron; pero también es ruin, porque parece husmear corrupciones. Yo afirmo que el problema de la inmortalidad es más bien dramático. Persiste el hombre total o desaparece. Las equivocaciones no dañan: si son características, son preciosas. Groussac, persona inconfundible, Renan quejoso de su gloria a trasmano, no puede no quedar.

JORGE LUIS BORGES, *Paul Groussac*

GROUSSAC NO PUEDE NO QUEDAR. Estas palabras, escritas en 1929, inmediatamente después del fallecimiento del intelectual de origen francés, resuenan como un eco y nos producen una sensación de extrañamiento a la hora de escribir estas páginas. Si por quedar se entiende que una calle y una escuela lleven el nombre del que pereció, o bien que un busto petrifique su figura, o, quizás, que un poema inmortalice su apellido, Groussac quedó. Si, en cambio, el hecho de permanecer asumiera una connotación más dinámica y se pensara en la existencia de un linaje continuador de determinadas prácticas y concepciones, o en una difusión ampliada de sus producciones intelectuales, puede aseverarse que Groussac, en más de un sentido, se desvaneció.

Este libro ensaya un acercamiento a la trayectoria intelectual y a la obra de Paul Groussac, quien llegó a la Argentina en 1866 y se instaló en estas tierras definitivamente, perfilándose como una destacada personalidad en la constelación letrada de su época. Se desempeñó como escritor de discursos sobre el pasado, polemista, literato, editor, di-

rector de la Biblioteca Nacional y mentor de órganos de prensa y de revistas culturales. Su pluma transitó géneros variados que van desde el periodismo hasta la ensayística, pasando por el teatro y la crítica literaria. El rastreo del itinerario de este personaje actúa en la presente indagación como un hilo de Ariadna para recorrer algunos cubículos del laberíntico espacio cultural de la Argentina de fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

El período abierto en 1880, que coincide con el de mayor exposición pública del personaje estudiado, ha sido revisado desde variadas perspectivas y con múltiples objetivos analíticos. La etapa se caracteriza por la confluencia de profundas transformaciones que cristalizaron en la modernización de la nación y en la consolidación del Estado. Nuevos actores irrumpieron en escena. Perfiles de singulares personalidades se instalaron en los despachos políticos y en los ámbitos intelectuales y propulsaron acciones renovadoras que dejaron sentir sus efectos en todas las esferas, mientras la Argentina se insertaba en el escenario mundial con un rol definido. Puertas adentro, el país se organizaba en torno de los ideales del progreso, la paz y el orden, principios que cristalizaban en medidas concretas y en diversos proyectos aplicables a una sociedad que era generalmente percibida como caótica y amorfa.

Los hombres públicos que actuaron en este escenario se autopercieron como los mentores de una nueva era, y pusieron en práctica distintas estrategias con el objetivo de cambiar profundamente la fisonomía de la joven nación, imperativo que era asumido como una misión. Políticos e intelectuales asumieron la conducción de proyectos renovadores y modernizadores que respondían a ciertos tópicos recurrentes que articulaban un clima de ideas, el soporte discursivo y las prácticas de estas elites: *civilizar*, *ilustrar*, *européizar*, *secularizar*, *nacionalizar*. El difundido ideal de progreso, en todas sus potenciales manifestaciones, aparecía como un ordenador de la nueva realidad.¹

¹ Véanse P. Alonso, "En la primavera de la historia. El discurso político del roquismo a través de su prensa en los años 80", en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*, "Dr. E. Ravignani", serie III, núm. 15, 1er semestre de 1997; T. Halperin Donghi, "1880: un nuevo clima de ideas", en: T. Halperin Donghi, *El espejo de la histo-*

Desde la historiografía, la esfera cultural del período abierto en 1880 fue recorrida con diversas perspectivas analíticas y con variados objetivos. En la bibliografía producida se priorizan consideraciones generales que apuntan, sobre todo, a presentar a los hombres de letras encuadrándolos dentro de una agrupación insistentemente evocada: la *generación del ochenta*.² De este modo, los itinerarios de destacados intelectuales aparecen desdibujados en el marco de análisis generales y abarcativos.

Existe un amplio consenso cuando se trata de establecer un listado de los nombres de las personalidades que conformaron esta generación y de trazar algunos prototipos en los cuales encasillarlos. Cuentan con una aprobación muy extendida ciertas denominaciones como “intelectual-político”, “hombre del régimen”, “*gentleman*-escritor” o “literato oficial”, que sintetizan las percepciones generales acerca de los actores que tuvieron su espacio en los ambientes intelectuales.³

ria, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, y G. Weinberg, *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.

² Véanse, entre otros, E. Anderson Imbert, “La generación del 80”, en: H. Rodríguez-Alcalá (comp.), *On the Centennial of the Argentine Generation of 1880*, California, Latin American Studies Program of the University of California, 1980; N. Auza, *Católicos y liberales en la Generación del 80*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975; N. Rodríguez Bustamante, “Las ideas pedagógicas y políticas de la generación del 80”, en: *Revista de Historia*, núm. 1, 1er trimestre de 1957; F. Weinberg, “El pensamiento de la generación del 80”, en: *Cuadernos del Sur*, núm. 13, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1980.

³ Aunque las denominaciones señaladas fueron integradas en numerosos análisis sobre el período, citamos algunos aportes en los que su uso aparece por primera vez, o bien se reconoce como un concepto central. Maristella Svampa incorporó la noción de “intelectual-político” en su análisis del período. Véase M. Svampa, *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994. Para el uso de “hombre del régimen”, véanse H. Campanella, *La generación del ochenta*, Buenos Aires, Tekne, 1983; D. Foster, *The Argentine Generation of 1880. Ideology and Cultural Texts*, Columbia, University of Missouri Press, 1990. El concepto de “*gentleman*-escritor” fue acuñado por David Viñas, véase su *Literatura argentina y realidad política. De los jacobinos a la bohemia anarquista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995. La expresión “literato oficial” es utilizada por N. Jitrik en *El mundo del ochenta*, Buenos Aires, Ediciones de América Latina, 1998.

Generalmente, como las expresiones enumeradas evidencian, se acepta la caracterización del escenario como un ámbito en el que la esfera de la cultura se confundía con la esfera del poder, o bien se subordinaba a la misma. La legitimidad dada a las acciones y a los alegatos producidos por los intelectuales parece provenir del rol que éstos ocuparon en la organización estatal y no del mismo ámbito de la cultura.

Así, la intelectualidad de la época aparece asociada en forma casi automática con la elite política y, por tanto, los letrados no son considerados como personajes que pueden actuar, dentro de ciertos márgenes, en forma autónoma, sino sólo como engranajes del aparato estatal. Quizás en este punto se encuentren algunos motivos para comprender la inexistencia de estudios que reparen en rasgos más específicos de la dinámica asumida por el ampliado mundo de las letras entre 1880 y 1910.⁴

Por su parte, a la hora de presentar las vertientes de pensamiento que influyeron en la intelectualidad argentina del período, gran parte de los estudios históricos de las últimas décadas suele servirse del rótulo de “positivismo” para interpretar la acción y las representaciones de los publicistas, los políticos y los escritores sobre la sociedad, la economía, la política y la cultura.⁵ Desde esta perspectiva han sido estudiados itinerarios de diversos personajes así como también imágenes generalizadas sobre aspectos concretos de la sociedad, la cien-

⁴ Un balance sobre la producción de estudios de historia de las ideas que abordan el período se encuentra en D. Roldán, “La historia de las ideas referida al período 1880-1910 [1990-1997]”, Documento de trabajo núm. 21, Departamento de Humanidades, UdeSA, noviembre de 2000.

⁵ Véanse H. Biagini (comp.), *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1985; H. Biagini, *Cómo fue la generación del ochenta*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980; M. Montserrat, “La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso”, en: G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina: del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980; O. Terán, *Positivismo y nación*, Buenos Aires, Puntosur, 1987; R. Soler, *El positivismo argentino*, Buenos Aires, Paidós, 1968; H. Vázquez-Rial, “Los positivistas y la ideología del roquismo”, en: H. Vázquez-Rial (dir.), *Buenos Aires, 1880-1930. La capital de un imperio imaginario*, Madrid, Alianza, 1996.

cia, la educación, entre otros.⁶ Otras visiones de carácter general enumeran corrientes de pensamiento (iluminismo, positivismo, evolucionismo, y todas sus ramificaciones) sosteniendo su recepción efectiva por los intelectuales del período y la generación de efectos influyentes en sus discursos.⁷ Posturas más interpretativas, en cambio, plantean un escenario en el que diversos movimientos de ideas, muchas veces antagónicos y contradictorios, convivían en tensión resignificándose entre sí en el ámbito de la cultura rioplatense.⁸

A partir de 1980 (año del centenario de la *generación del ochenta*) el período fue estudiado y reconsiderado desde la historiografía y desde la crítica literaria y se proporcionaron análisis novedosos acerca de varias características específicas del espacio cultural argentino; sin embargo, los representantes de ambas disciplinas mantuvieron como válido el contexto general descrito en las obras ya clásicas. La mayoría de los estudios consultados presentan un escenario ambientado hacia fines del siglo XIX que se transforma profundamente hasta cambiar de fisonomía hacia el Centenario de la Revolución de Mayo, en 1910. Esta caracterización es acentuada en los aportes que intentan dar cuenta de cómo el ámbito de la intelectualidad argentina se fue especializando y de cómo las diversas disciplinas se profesionalizaron.

⁶ Desde una perspectiva renovadora, Oscar Terán ha considerado variadas manifestaciones culturales sin encorsetarlas dentro del rótulo de *positivismo*. El autor recurre, en cambio, a la tipificación de una *cultura científica* con características concretas que no es única ni excluyente en el ámbito de la intelectualidad argentina finisecular. Véase O. Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁷ Véanse, entre otros, J. Barager, "The Historiography of the Río de la Plata Area Since 1830", en: *Hispanic American Historical Review*, vol. 39, núm. 4, noviembre de 1959; E. Bradford Burns, "Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography", en: *Hispanic American Historical Review*, vol. 58, núm. 3, agosto de 1978; C. Hale, "Las ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", en: L. Bethell, (comp.), *Historia de América Latina*, t. III ("América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930"), Barcelona, Crítica, 1990.

⁸ Es el caso de Á. Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1987, y de C. Real de Azúa, "Ambiente espiritual del 900", en: C. Real de Azúa, *Escritos*, Montevideo, Arca, 1987.

De este modo, los análisis disponibles asumen una significativa fuerza argumental a la hora de examinar la etapa abierta en 1910, en la que se delineó la profesionalización de las diversas ramas del saber. En esta nueva base temporal, los letrados de antaño comenzaron a identificarse con rótulos más específicos y a reconocerse como escritores, periodistas, historiadores o críticos profesionales, mientras que sus actividades se deslindaban progresivamente del ámbito político. Este panorama aparece caracterizado por la emergencia de un mercado cultural especializado, por el surgimiento de la ideología de artista, por la génesis de la imagen del escritor, el periodista, el historiador profesional y por el surgimiento de instituciones que sirvieron de marco a estos fenómenos.⁹ Esta imagen es reforzada por la configuración de instituciones, como facultades, determinados departamentos, institutos y cátedras, que dotaron a las disciplinas especializadas de un encuadre referencial visible y de mecanismos de funcionamiento constantes.

El hecho de asumir que hasta 1910 el ámbito de la cultura no contaba con ritmos propios, dado que se subordinaba a los tiempos de la política, produjo cierto descuido a la hora de analizar algunas características de la dinámica cultural de esta etapa que, aunque indiscutiblemente se hallaba ligada a la política, no estaba en absoluto mimetizada con ella. En este libro elegimos transitar la cultura del pasaje del siglo XIX al XX siguiendo la trayectoria de uno de sus conspicuos personajes: Paul Groussac. Esta elección nos condujo a pensar la trama temporal y espacial del período desde una perspectiva particular: el contexto es abordado por medio del análisis de una trayectoria vital. Proponemos, entonces, intentar un acercamiento a un escenario que, aunque reincidentemente visitado, ha sido escasamente transitado desde el seguimiento de biografías intelectuales.¹⁰

⁹ Véase, por ejemplo, C. Altamirano, "La fundación de la literatura argentina", y C. Altamirano y B. Sarlo, "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en: C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

¹⁰ Aunque en los últimos años se manifestó en la Argentina cierta inclinación a la escritura de biografías de hombres del poder, esta tendencia aún no se extendió a los

Para encarar el estudio de un itinerario concretamos determinadas elecciones de carácter historiográfico y metodológico. En primer lugar, privilegiamos el análisis de los rasgos contextuales vinculados con el actor en cuestión y, aunque se alude aquí a determinadas experiencias privadas de Groussac, se focaliza la atención en los aspectos de carácter público. Desde este escorzo público pretendemos operar la unificación de su vida, ordenando en función de éste las discontinuidades posibles de su curso vital y parcializando el costado psicológico del personaje en la consideración de su existencia.¹¹

La disposición de los capítulos responde a ejes temáticos que, con excepción del primero, no siguen un ordenamiento diacrónico estricto. Esta elección narrativa descansa sobre una especificidad biográfica, que consiste en cierta permanencia en las actitudes y en los posicionamientos de Groussac a través de contextos sustancialmente distintos. Estas persistencias aportan una base relativamente estable como para abordar la trayectoria del personaje desde múltiples planos y variados ángulos de observación. Dado que la exposición cronológica de los tópicos sostenidos resultaría redundante y obstaculizaría la problematización de cuestiones que presentadas diacrónicamente se diluirían, este libro no fluye temporalmente como una vida sino que actúa como un prisma que descompone la visibilidad del objeto en diversas escalas cromáticas.

Un primer acercamiento a las acciones del francés y al *corpus* de sus producciones, inscriptas en disímiles registros, nos sugirió el per-

hombres de cultura del siglo XIX y principios del XX. Véase P. Alonso, "La reciente historia política de la Argentina del Ochenta al Centenario", en: *Anuario IEHIS*, núm. 13, Tandil, Universidad del Centro, 1998. Entre las biografías intelectuales destacadas para el periodo se encuentran: T. Halperin Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana/ITDT, 1985; N. Pagano, *Espacios biográficos. A propósito de la biografía intelectual de Diego Luis Molinari*, Tesis de Maestría, Buenos Aires, IDAES, 2000; D. Roldán, *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, CEAL, 1993 y O. Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986.

¹¹ Véase F. Devoto, "La biografía di Ferdinando Perrone", en: *Studi Storici. Rivista trimestrale dell'Istituto Gramsci*, año 35, núm. 1, enero-marzo de 1994.

fil nítido de un articulador del espacio cultural argentino durante el cambio de siglo, imagen que funciona como hipótesis ordenadora de este trabajo. Este rol, que fue construido y fomentado por él mismo, dotó a sus prácticas de una dinámica particular en un contexto en el que no existían aún pautas estables e institucionalizadas para realizar determinados quehaceres intelectuales. Desde esta perspectiva, el seguimiento de su trayectoria pública y el relevamiento de sus representaciones y sus prácticas nos condujeron a considerarlo un estratega intelectual.

De acuerdo con las necesidades impuestas por la argumentación, en cada capítulo se tratan distintos aportes historiográficos que aluden a la trayectoria y a la obra del personaje analizado. En sus características generales, estas contribuciones pueden agruparse en dos conjuntos bien diferenciados. Por una parte, existe una serie de análisis que pertenecen a un género caracterizable como biográfico-laudatorio. Estos alegatos aparecieron, básicamente, en los años 1929 (fallecimiento de Paul Groussac) y 1948 (centenario de su nacimiento).¹² El otro grupo de estudios está conformado por contribuciones más recientes (1980 en adelante) que analizan aspectos específicos de la obra histórica y literaria del personaje, y que se diferencian claramente de la producción anterior no sólo por sus puntos de partida sino también por los climas de ideas en los que estos aportes fueron concebidos.¹³ Existe, sin embargo, un rasgo constante que unifica estos dos grupos de abordajes: el acercamiento a la obra o a la trayectoria de Groussac en forma fragmentaria y compartimentada. En este sentido, se somete a análisis un solo aspecto de su figura o alguna de sus producciones y se establecen conclusiones generales que sólo se basan en ese segmento estudiado, sin adoptar como marco de refe-

¹² Las muestras más representativas de esta tendencia son los artículos reunidos en el número homenaje a Paul Groussac de la revista *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, y los aportes de AA.VV., *Centenario de Groussac. 1848-14 de febrero-1948*, Buenos Aires, Coni, 1949.

¹³ Hacemos referencia a estos nuevos aportes a lo largo del libro de acuerdo con la pertinencia temática.

rencia la trayectoria intelectual en el largo plazo ni el gran abanico de producciones escritas por las que dejó deslizar su pluma. Intentamos aquí, por el contrario, ensayar una interpretación del personaje que compatibiliza el análisis de su itinerario intelectual con el de su obra y, complementariamente, vincula sus acciones con tramas contextuales pertinentes.

En el capítulo I se presenta la reconstrucción del itinerario vital de Groussac haciendo hincapié en su trayectoria pública y en las relaciones establecidas con algunos de sus contemporáneos. Esta aproximación biográfica presenta una serie de experiencias y acontecimientos por él protagonizados y está dividida en tres etapas, que responden a nuestras reflexiones sobre su biografía y sus torsiones.

En el capítulo II se analiza el papel de Groussac en el contexto del espacio intelectual argentino del cambio de siglo dirigiendo la atención a sus prácticas y a sus discursos. Se parte de una caracterización general del espacio intelectual argentino, haciendo foco principalmente en la incipiente institucionalización que hacia el cambio de siglo presentaban las humanidades y las ciencias sociales. Posteriormente, se presentan las percepciones del personaje en lo que respecta a la dinámica de la cultura argentina y sus falencias, luego de lo cual se analizan las estrategias de posicionamiento del mismo prestando atención especialmente a tres pilares que consideramos fundamentales: la dirección de revistas culturales, la participación recurrente y sistemática en polémicas y la definición de una fama basada en la ponderación de cualidades que tanto el personaje como sus contemporáneos consideraron distintivas.

En el capítulo III se rastrea la perspectiva de Groussac sobre una faceta específica del ámbito de la cultura: el uso de la lengua y de la literatura. Con este objetivo, partimos de un análisis acerca de la polémica en torno del idioma de los argentinos que asumió carácter público hacia 1900 y, posteriormente, presentamos las percepciones del intelectual acerca de la lengua y su empleo por los escritores en el contexto de la configuración de una literatura argentina. Aquí se plantean las visiones del personaje sobre la correlación existente entre la

definición de una lengua y una literatura nacional y la consolidación de los rasgos distintivos de una cultura.

En el capítulo IV se asume una perspectiva de análisis de carácter decididamente historiográfico. Allí, tras analizar los estudios de historiografía sobre el período en el que se desempeñó el francés, se examinan sus obras con la intención de rastrear sus concepciones de la historia como disciplina y las prácticas históricas por él propulsadas. Se intenta definir el perfil de historiador del personaje teniendo en cuenta las filiaciones que pueden establecerse entre sus postulados y sus elecciones a la hora de escribir relatos sobre el pasado. Aquí, el objetivo principal consiste en recuperar las particularidades de la obra histórica de Groussac, que han sido generalmente descuidadas, y mostrar en qué medida puede insertarse en los marcos generales propuestos por las interpretaciones historiográficas para el período del cambio de siglo.

De este modo, el libro ensaya una interpretación de conjunto de la obra y de la trayectoria pública de Paul Groussac y tiende a explicar las características intrínsecas de sus prácticas intelectuales, así como a vislumbrar algunas peculiaridades del espacio cultural en el contexto de la modernización de la Argentina.

I. NOTICIAS DE PAUL GROUSSAC

Si, después de morir, quisieran escribir mi biografía,
no hay nada más sencillo.

Tiene sólo dos fechas: la de mi nacimiento y la de
[mi muerte.

Entre una y otra cosa, todos los días son míos.

ALBERTO CAEIRO
(heterónimo de Fernando Pessoa)

Nunca tomé muy en serio –según la acepción que
da la sabiduría burguesa a la seriedad– este nuestro
existir, llamarada fugaz en la noche infinita.

PAUL GROUSSAC, *Los que pasaban*

EL ITINERARIO VITAL DE GROUSSAC despertó un interés extendido entre los autores que abordaron determinados rasgos de su obra. Las referencias a su personalidad, a su carácter, a sus estados anímicos y a sus intenciones más ocultas forman parte de la mayoría de aquellos textos consultados cuya producción data de fecha anterior a 1980.¹ Pese a esta práctica extendida, las biografías existentes sobre el personaje resultan breves y reiterativas.²

Aunque el francés no escribió una autobiografía completa u ordenada, las referencias a su vida son frecuentes en la mayoría de sus escritos

¹ Para un listado de estos textos remitimos a la bibliografía. Dos obras recientes presentan rasgos biográficos del personaje: L. Benarós, *Paul Groussac en el Archivo General de la Nación*, Buenos Aires, Ediciones AGN, 1998, y R. Cuffia, *¿Conoces a Paul Groussac?*, Buenos Aires, De los Cuatro Vientos, 2001.

² Todos los autores que han escrito sobre Groussac reconocen en A. de Laferrère a su biógrafo más destacado; por tanto, se basan generalmente en la información que él consigna. Véase A. Laferrère, “Noticia preliminar”, en *Páginas de Groussac*, Buenos Aires, América Unida, 1928.

de carácter ensayístico. Circula, además, una breve noticia biográfica por él escrita, probablemente para ser enviada a alguna enciclopedia extranjera.³ Por su parte, algunos indicios para conocer sus impresiones pueden rastrearse en los rasgos atribuidos a los personajes de sus novelas.

Encontramos también breves referencias biográficas en algunos diccionarios o enciclopedias. En este tipo de alusiones, Groussac es considerado como escritor, políglota, crítico literario, novelista e historiador. Así, su caracterización más general transmite esa imagen de desempeño polifacético que está tipificada como uno de los rasgos indiscutidos de los hombres públicos del ochenta.

En este capítulo se ensaya una aproximación al itinerario vital de Groussac utilizando la información que nos brinda el material rastreado a lo largo de nuestra investigación. Sus recuerdos y sensaciones, rastros encontrados en sus papeles de trabajo y en los íntimos, opiniones y juicios de sus contemporáneos y de generaciones posteriores de la intelectualidad argentina, se combinan en las siguientes páginas con nuestras propias percepciones, con el objetivo de tejer una trama que vincule una fecha de nacimiento con una de defunción.

1. 1848-1884: DE AVENTURERO A LETRADO

François-Paul Groussac nació en Toulouse, Francia, el 15 de febrero de 1848.⁴ Realizó el ciclo de escolaridad básica y cursó, fragmentariamente, estudios clásicos. Todos sus biógrafos señalan que se desconocen datos acerca de su infancia y de su juventud. Sin embargo, el propio

³ El texto apareció traducido en *La Gaceta*, 20 de mayo de 1973, acompañado por una nota de Carlos Páez de la Torre y está reproducido en L. Benarós, *Paul Groussac...*, *op. cit.*, pp. 31-38.

⁴ Aunque varios escritores argentinos se referían a Groussac bajo el nombre de "Pablo", él mantuvo su nombre en francés. Sólo su primer artículo publicado en español está firmado como "Pablo Groussac". Su primer nombre nunca fue utilizado en su vida pública. Para firmar algunos artículos periodísticos, aparecidos en páginas de múltiples órganos de prensa, utilizó varios seudónimos, entre los cuales se cuentan: Candide, Junius, Tom Pastell, Puck y Petit-Jean.

Groussac, en unas conferencias dictadas entre 1919 y 1920, compartió con su auditorio algunos recuerdos de su primera adolescencia. Por medio de estas nostálgicas evocaciones sabemos que a los 11 años, un año después de perder a su madre, Catherine Deval, fallecida en 1858, mientras cursaba “sexta” en el liceo de Toulouse, comenzó a sufrir unas “jaquecas tenaces” que condujeron a su padre, Pierre Groussac, a tomar la decisión de enviarlo a la casa de su abuela materna en Sorèze. Este hecho provocó la interrupción de sus estudios.

Una tarde, mientras él y su abuela paseaban, se encontraron con el sacerdote del lugar, quien instó al joven a concurrir a las clases del colegio dominicano en el que se desempeñaba como profesor. Ante la duda de la anciana (motivada por las altas cuotas del colegio), el párroco le ofreció al adolescente que participara como alumno externo libre. En estas condiciones, cursó un trimestre en el colegio mencionado. El sacerdote no era otro que el destacado escritor romántico Jean-Baptiste Henri Dominique Lacordaire, quien un año después de estos sucesos ingresó a la Academia Francesa.

Groussac recuerda que mientras cursaba sus estudios en el colegio dominicano escuchó hablar por primera vez de América del Sur en una charla dada por el hermano del párroco, el naturalista y viajero Jean-Théodore Lacordaire, quien había realizado varias exploraciones en América y había estado en la Argentina hacia 1829. Allí escuchó fascinado las historias de “cazas de tigre sobre el Oyapock y el Alto Paraná; costumbres de los indios pampas y araucanos” y sintió que esas palabras le anticipaban su destino. Cuando transmite las sensaciones causadas por estos relatos destaca: “yo, por mi parte, los seguía embebecido, cual si previera que algunas regiones descritas me serían un día más familiares que las natales”.⁵ Ese mismo año el joven

⁵ “El romanticismo francés”, en: P. Groussac, *Crítica literaria* (en adelante *CL*), Buenos Aires, Hyspamérica, 1985 (1924), p. 223. En las notas al pie se consignan las obras más citadas de Paul Groussac mediante abreviaturas anunciadas oportunamente, mientras que los títulos menos referidos se reproducen de modo completo. En las citas textuales se mantiene la ortografía de las fuentes. Siempre que en una cita no se mencione el autor se trata de producciones de Groussac.

volvió a su ciudad natal y finalizó allí su ciclo escolar. Sabemos, además, que concurrió a la Escuela de Bellas Artes de Toulouse con el objetivo de contar con la formación artística necesaria para rendir el examen de dibujo y así ingresar en las escuelas Naval y Politécnica.⁶

Posteriormente, cumplidos los 17 años, rindió los exámenes del curso de admisión para incorporarse a la Escuela Naval de Brest, en la que nunca ingresó. Al respecto señala que consideraba a la institución demasiado rígida y poco adecuada para obtener la instrucción que esperaba. Refiriéndose a él mismo en tercera persona, afirma: “no entró en la escuela, disgustado de antemano por la severidad de una carrera que no había entrevisto sino a través de su romanesca imaginación”.⁷ Desconocemos, de todas formas, cuáles fueron los motivos reales por los que no ingresó al establecimiento.

Luego de estos hechos, el joven francés, decidido a concretar novelescos anhelos, se lanzó a recorrer el mundo con un modesto capital que le entregó su padre para realizar el viaje. La vuelta al mundo la comenzó en París. Allí se le agotaron sus reservas monetarias, y sus posibilidades no eran demasiadas: o retornaba al hogar paterno o pensaba en ganarse la vida por medio de otras estrategias. Se inclinó por la segunda posibilidad y se dirigió a Burdeos, donde adquirió un billete de segunda clase para el velero *Anita*, con destino a Buenos Aires.

Groussac desembarcó en el puerto de esta ciudad en febrero de 1866. Contaba con 18 años de edad, desconocía el idioma, no estaba diplomado en ninguna profesión y no tenía familiares ni amistades en estas tierras. Aunque su decisión de embarcarse hacia Buenos Aires es narrada por él y por su más destacado biógrafo, Alfonso de Laferrère, como súbita e inmediata, sabemos que tomó algunos recaudos: llegó con una carta de Adolphe-Félix Gatién-Arnoult, pro-

⁶ Véase “Notas semanales, la obra de Rodin”, *El País*, 27 de mayo de 1900, reproducido como “El ‘Sarmiento’ de Rodin”, en: P. Groussac, *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte. Primera Serie* (en adelante *VII*), Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1904.

⁷ “Noticia biográfica”, *op. cit.*, p. 31.

fesor de la Facultad de Letras de Toulouse, quien recomendaba la orientación del joven a Amadeo Jacques.⁸

Al llegar a la ciudad-puerto descubrió que Jacques había fallecido en octubre de 1865 y, ante el desconcierto, comenzó a trabajar como cuidador de ganado, convirtiéndose en “gaucho en las praderas pampeanas” al realizar “una ‘pasantía’ de ovejero por San Antonio de Areco”.⁹ Pocos meses después recibió una carta de su padre que lo instaba a volver a su tierra o, al menos, a que se instalase en Buenos Aires, lugar que consideraba seno de una vida de carácter más civilizado para su hijo. Groussac decidió volver a la capital en 1867 y le respondió a su progenitor que permanecería algún tiempo más en la ciudad con el objetivo principal de aprender bien el idioma español y justificar así la estadía en el país. Al respecto, apuntó: “una noción, con todo, que llamaré sensata, se sobreponía a tanta *noncuranza* fatalista; y era la idea de que, no sirviendo probablemente para otra cosa que para escribir (en el supuesto de que todos servimos para algo), podría serme útil más tarde –¡en París!– el conocimiento del castellano y también de esta región”.¹⁰ El mismo año consiguió un puesto en el Colegio Modelo del Sud, ubicado frente a la Biblioteca Pública. Según él mismo narra, debido a que no toleró los ritmos escolares decidió renunciar hacia octubre.

Escasa es la información que tenemos acerca de los avatares de la vida de Groussac en los años transcurridos entre 1867 y 1870. En octubre de 1867, tres de sus ex alumnos lo visitaron para solicitarle que se convirtiera en su preceptor, dado que su familia se mudaba a unas leguas de Buenos Aires. Aceptó el ofrecimiento de hogar, vida familiar, cincuenta pesos fuertes mensuales y dos días libres por semana y trabajó como maestro particular.

⁸ Véase “Amédée Jacques”, *Le Courrier de la Plata*, 10 de febrero de 1918. Parte del artículo fue recopilado en J. Canter, *Contribución a la bibliografía de Paul Groussac*, Buenos Aires, El Ateneo, 1930, p. 305.

⁹ P. Groussac, *Los que pasaban* (en adelante *LQP*), Buenos Aires, Jesús Menéndez Librero Editor, 1919, p. 2.

¹⁰ *LQP*, p. 9.

Entre las actividades que realizó durante ese trienio sabemos que frecuentaba la biblioteca del Colegio Nacional, lo que le permitió tomar contacto con las novedades europeas, y que concurría a eventos que le resultaban interesantes, como conciertos y conferencias. Por ejemplo, en 1868 escuchó por primera vez a José Manuel Estrada en unas conferencias de historia argentina que dictó en la Escuela Normal ubicada en la calle Reconquista, que posteriormente serían las famosas *Lecciones de Historia Argentina*. Por otra parte, con un tono casi heroico Groussac narra una anécdota de este período: durante la epidemia de cólera de 1868, en que la servidumbre de la casa se lanzó a la fuga, cuidó personalmente al más joven de sus estudiantes, que había contraído la enfermedad.

Hacia febrero de 1870 obtuvo un nombramiento como suplente en el Colegio Nacional de Buenos Aires, a cargo de una cátedra de matemática. Aceptó el puesto y, aunque no inmediatamente, en el transcurso de ese año abandonó su trabajo como preceptor. En agosto, Groussac tuvo noticias de la guerra franco-prusiana. Según él mismo relata, estaba decidido a regresar a su patria para presentarse como voluntario; con este objetivo, solicitó a Alfredo Cosson, rector del Colegio Nacional, que le consiguiera una entrevista con algún representante de Francia en la Argentina y a José Manuel Estrada, profesor del mismo colegio, cartas de recomendación para Mariano Balcarce, ministro argentino en París. Sus amigos lo alertaron acerca de la demora de las noticias y le sugirieron que permaneciera en la Argentina. Por aquellos días llegaron las novedades acerca de la caída del Imperio.

En el transcurso de 1870 el joven profesor francés había entablado amistad con José Manuel Estrada y Pedro Goyena, quienes por entonces dirigían la *Revista Argentina*. Durante su paso por el Colegio Nacional ganó también la amistad del químico alemán Bernardo Weiss y del inglés David Lewis. En las tertulias que tenían lugar en el establecimiento tipográfico en el que se imprimía la mencionada revista comenzó a establecer contactos con Ángel Estrada, Miguel Goyena, Eduardo Wilde, Lucio López, Carlos Guido y Aristóbulo del Valle.

A fines de 1870, Groussac fue nombrado jurado de exámenes del Colegio Nacional y comenzó a redactar un ensayo en francés acerca del poeta romántico José de Espronceda. Él mismo destaca que el texto fue escrito “según el concepto romántico de ‘inspiración’” en tan sólo tres días.¹¹ Al leerlo, Pedro Goyena le insistió para que lo tradujera, a lo que el joven francés cedió: el artículo apareció en la *Revista Argentina* en enero de 1871.¹² En este artículo, su primer escrito publicado en español, se esbozan muchas de las inquietudes y preocupaciones que lo acompañaron durante su vida en lo que concierne a las formas de concretar las tareas intelectuales.

La recepción del artículo sobre Espronceda fue realmente positiva y puede considerarse como una especie de bautismo del joven. A partir de su difusión, las puertas de los cenáculos intelectuales y de los despachos políticos de la Argentina se fueron abriendo sin dificultad ante el flamante literato extranjero. El ejemplar de la *Revista Argentina* que contenía su escrito llegó a manos del entonces ministro de Instrucción Pública de Domingo F. Sarmiento, Nicolás Avellaneda. El trabajo del francés le había causado una muy buena impresión, y más tarde señalaba:

han pasado ya algunos años, desde que el nombre de Don Pablo Groussac nos fue por vez primera revelado. [...] Quedamos sorprendidos. No habíamos leído en nuestro idioma apreciaciones más finas y de un vuelo tan elevado. El análisis se mezclaba al drama. Era un estudio literario y a la par un estudio humano. [...] Era la aplicación entre nosotros de los procedimientos de la crítica moderna, como es practicada por Sainte Beuve ó por Nissard.¹³

¹¹ *LQP*, p. 20.

¹² “José de Espronceda”, en: *Revista Argentina*, t. x, 1871. Sólo este artículo es mencionado por todos los biógrafos de Groussac, aunque el mismo año escribió otro artículo para la misma revista, dedicado a analizar la obra de Antonio Trueba, que no tuvo ninguna repercusión. Véase “La poesía popular”, en: *Revista Argentina*, t. x, 1871.

¹³ N. Avellaneda, “Estudio sobre el *Ensayo histórico del Tucumán* por el Señor Groussac”, en: *Nueva Revista de Buenos Aires*, edición en folleto, p. 3.

Luego de leer el artículo sobre Espronceda, Avellaneda hizo llamar al joven, por intermedio del rector del Colegio Nacional y lo recibió en su despacho. En el mismo encuentro, el ministro, al enterarse de que estaba preparando su regreso a Francia, le propuso que antes de partir conociera el “jardín de la República” y le ofreció la cobertura de los gastos del viaje y dos cátedras en el Colegio Nacional de la provincia. Groussac quedó ampliamente sorprendido por la convocatoria que le hizo Avellaneda. Hacia 1919, evocaba con nostalgia los acontecimientos exclamando: “¡Dichoso país y años aquellos en que todo un ministro nacional y candidato a la presidencia se desprendía del tejemaneje político para atender a un pobre muchacho extranjero, recién salido del literario cascarón!”.¹⁴

Impulsado por su humor aventurero, el joven devenido letrado decidió viajar a Tucumán. El viaje se demoró unos meses y la partida se concretó en mayo dado que, debido a la epidemia de fiebre amarilla, las comunicaciones entre Buenos Aires y el resto del país se habían interrumpido. Desde enero de 1871 comenzaron a diagnosticarse los primeros casos del “vómito negro”, y se argumentaba que esta enfermedad había sido traída por los soldados que habían luchado en la Guerra del Paraguay, ya que la patología había causado estragos en el país limítrofe y en Corrientes. En febrero, el barrio de San Telmo fue declarado peligroso por la presencia de la enfermedad. Eduardo Wilde fue nombrado médico en aquella zona. Por su parte, el inglés Daniel Lewis, amigo de Groussac, aceptó en este contexto el cargo de inspector de Higiene de la Catedral del Sur y le ofreció formar parte de la comisión, desafío aceptado por el joven, que comenzó a acompañar a su colega del colegio en las visitas domiciliarias. Groussac recuerda indignado que, pese a la rápida difusión de la fiebre, los festejos de carnaval no fueron suspendidos en Buenos Aires, hecho que considera como un síntoma indiscutido de barbarie. A los pocos días, el osado voluntario sintió un dolor de cabeza fuertísimo acompañado de mareos. Sus amigos pensaron que había contraído la

¹⁴ *LQP*, p. 107.

fiebre y concretaron los preparativos para que se dirigiera a las afueras de la ciudad a reponerse.

En mayo de 1871 Groussac llegó finalmente a la tierra de su protector, luego de una larga travesía que comenzó en un vapor hacia Rosario, desde allí en tren hasta Córdoba y luego la galera con la que en diez días llegó a Tucumán. Una vez arribado, fue recibido con entusiasmo por ser un enviado de Avellaneda y profesor del flamante Colegio Nacional, fundado en 1865.¹⁵ A doce años de su llegada a la provincia, desde París, el francés rememoraba aquel momento:

me veo llegar, una espléndida mañana de aquel otoño tropical, al “jardín de la República”, que lo fue de veras para mí, a esa edad siempre rebosante de infinitas ilusiones venideras, por estrecho que sea el círculo de la presente realidad. Iba como modesto profesor del Colegio Nacional; pero ya favorecido, a los 23 años, con un principio de aureola literaria y, lo que vale más, precedido de amistosos anuncios y recomendaciones que me trajeron, desde el primer día, la cordial acogida de tantos brazos abiertos.¹⁶

El recién llegado profesor se hospedó en una pequeña vivienda propiedad de Felipe Posse, miembro conspicuo de la familia tucumana. En diciembre del mismo año el gobernador Federico Herrera le ofreció la dirección de un pequeño periódico. Aceptó el cargo y bautizó a la gaceta como *La Unión*. Desde las páginas de este órgano se bregó por la candidatura a diputado de Delfín Gallo, quien accedió a la Cámara de Diputados. El joven periodista percibió estos hechos como un mérito propio.¹⁷

¹⁵ Sobre Groussac en Tucumán véase C. Páez de la Torre, “Centón sobre el rastro de Paul Groussac en Tucumán (1871-82)”, en: *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán*, Año 7, núm. 4, 1974.

¹⁶ “Vistas parisienses”, en: P. Groussac, *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte. Segunda Serie* (en adelante VI2), Buenos Aires, Jesús Menéndez Librero Editor, 1920, p. 90.

¹⁷ *LQP*, p. 127.

En 1872 comenzó a escribir en el periódico *La Razón* en la misma provincia, y a partir de 1874 asumió su dirección.¹⁸ A los pocos meses de participar en el periódico, Groussac encabezó un movimiento de opinión al que él mismo denominó “avellanedismo periodístico”, desde las páginas de este diario, que rezaba en su portada: *Nicolás Avellaneda: Candidato de La Razón para la Presidencia de la República*.¹⁹ Durante este mismo año, también en las páginas del órgano de prensa que dirigía, publicó una novela breve titulada *De la cruz a la flecha* y, un año después, apareció en forma de folleto su estudio titulado *Los jesuitas en Tucumán*.²⁰

Mientras el joven francés desempeñaba sus tareas como profesor y daba sus primeros pasos en la prensa política local, no tardó en enfrentarse con el director de la escuela, José Posse, quien contaba con una reputación de “intocable” en la provincia.²¹ En marzo de 1874 Groussac comenzó a publicar en *La Razón* un folletín titulado “El Colegio Nacional de Tucumán. Su decadencia y ruina”, en el cual Posse era atacado por su negativa a aceptar un proyecto suyo de crear un turno nocturno en la institución y era acusado de abusos de todo tipo (que iban desde la desorganización general de los cursos hasta críticas a la forma de impartir las distintas asignaturas).

Este fuego cruzado con el rector del colegio tuvo efectos inmediatos. Groussac comunicó en una solicitada en el diario que debía ausentarse

¹⁸ Sobre *La Razón* véase M. García Soriano, *El periodismo tucumano, 1817-1900. Ensayo de investigación sobre un aspecto de la cultura tucumana durante el siglo XIX*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1972.

¹⁹ *LQP*, p. 126.

²⁰ La publicación de esta pequeña obra provocó una reacción de Ángel Gordillo. Véase A. Gordillo, *Los jesuitas según las fuentes más puras de la historia. Serie de artículos de colaboración publicados en La Razón*, Tucumán, Imprenta de *La Razón*, 1873. Respecto de este intercambio polémico véase N. Binayán, “De la iniciación de Groussac como escritor”, en: *Síntesis*, núm. 27, agosto de 1929.

²¹ Acerca de la familia Posse, véase C. Páez de la Torre, “Los Posse de Tucumán”, en: *Todo es Historia*, núm. 62, junio de 1972. Luego de este desencuentro, Posse y Groussac volvieron a entablar amistad y en 1895 el segundo escribió un simpático comentario acerca de “Don Pepe”. Véase “Un ami de Sarmiento”, *Le Courier Français*, 11 de septiembre de 1895, recopilado en J. Canter, *Contribución a la bibliografía ...*, op. cit., 1930.

por algún tiempo de Tucumán, hecho que lo obligaba a postergar momentáneamente las notas sobre el colegio administrado por el “incompetente politicón D. José Posse”. El desenlace de esta situación fue la separación del profesor de su cargo.²² Estos hechos tuvieron como telón de fondo cuestiones que excedían, indiscutiblemente, el intercambio de opiniones subidas de tono en torno de la organización de una institución: en ese momento, José Posse era partidario y panegirista periodístico de Bartolomé Mitre, mientras que el francés estaba interviniendo en la prensa en favor de la candidatura de Avellaneda.

Casi paradójicamente, luego de ser separado de su cargo docente, Groussac fue nombrado director de Enseñanza de la provincia y, posteriormente, inspector nacional de Educación. Los años que transcurrieron entre 1874 y 1878 fueron de un carácter especialmente pintoresco en su vida. Sus visitas como inspector a las diferentes provincias argentinas lo llevaron a conocer nuevos paisajes y singulares personalidades.

En una de sus visitas a Santiago del Estero, en el mismo 1874, se alojó en el hogar de una destacada familia santiagueña, sostenido por una dama de la alta sociedad de la provincia, Mercedes Alcorta de Beltrán, y se enamoró de su hija Cornelia Beltrán, prima hermana de Amancio Alcorta y prima del músico Alberto Williams.²³ La joven se comprometió con el francés en septiembre de 1876 y el matrimonio se celebró en febrero de 1879. De esta alianza, cuyo lugar de residencia fijó luego del casamiento fue Tucumán, nacieron siete hijos.

Mientras que como inspector se ocupaba de hacer sus observaciones por distintas provincias, Groussac desempeñó una tarea complementaria: asumiendo ciertas responsabilidades del negocio de la familia Beltrán, dirigía los arreos de tropas de mulas hasta Salta, lugar al que acudían los compradores provenientes de Bolivia.²⁴ En 1878

²² Laferrère sostiene que Sarmiento firmó la separación del cargo de Groussac y que Avellaneda la autorizó mientras felicitaba al francés por su actitud y su esclarecimiento de ciertas irregularidades en el Colegio Nacional. Véase A. Laferrère, “Noticia preliminar”, en: *Páginas de Groussac, op. cit.*, p. xiv.

²³ Véase C. Groussac, “Paul Groussac íntimo”, *La Nación*, 11 de septiembre de 1955.

²⁴ La narración de estos hechos se encuentra en “Alphonse Daudet”, en: *VII*, p. 177.

fue nombrado director de la Escuela Normal de Tucumán, lo que le permitió retomar la vida sedentaria. Ese año rechazó, pese al consejo de Avellaneda, un pedido de un allegado del general Julio A. Roca, Brígido Muñoz, que, en los prolegómenos de su campaña presidencial, solicitaba sus servicios como propagandista.²⁵

Groussac residió en el “jardín de la República” hasta fines de 1882, año en que publicó su destacado *Ensayo histórico sobre el Tucumán*, que originalmente había aparecido en una memoria general acerca de la provincia, redactada por disposición del gobierno tucumano de 1881 con el objetivo de ser presentada en la Exposición Continental.²⁶ La publicación de esta incursión groussaquiiana en los territorios de la historia argentina acarreó comentarios de distinto tenor. Avellaneda prodigó una gran cantidad de elogios al trabajo de su antaño protegido, mientras que Adolfo Carranza defenestró el trabajo señalando deslices fácticos y juicios que consideraba erróneos: “el hecho de ser extranjero su autor, puede ser un título para suponerle imparcial, pero desgraciadamente no ha sido así y es no solamente inconveniente sino perjudicial el aceptarlo para la enseñanza de la juventud y el conocimiento de los demás pueblos”.²⁷ Ésta es la primera vez, en lo que respecta a la carrera pública del personaje, en la que su condición de extranjero se convirtió en un estigma con fuerte carga peyorativa. Un francés no estaba en condiciones, desde la perspectiva de un estudioso nacido en la Argentina, de dar cuenta del pasado de una nación que le era ajena.

²⁵ LQP, p. 168.

²⁶ La memoria fue redactada por una comisión conformada por decreto del gobierno provincial, cuyos integrantes eran don Pablo Groussac, doctor don Juan M. Terán, don Alfredo Bousquet, doctor don Javier F. Frías, don Inocencio Liberani. Groussac estuvo a cargo de la redacción de los seis capítulos de la primera parte, dedicados a reseñar la historia de la provincia, y de los cinco de la segunda, destinados a los aspectos geográficos de la misma. Véase AA.VV., *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1882.

²⁷ A. Carranza, “Opiniones del Señor Groussac sobre Tucumán”, en: *Nueva Revista de Buenos Aires*, t. VI, 1882, p. 652. Los comentarios de Avellaneda se encuentran en su “Estudio sobre el *Ensayo histórico ...*”, art. cit.

Durante las sesiones del Congreso Pedagógico Internacional, el director de la Escuela Normal tucumana participó activamente defendiendo el laicismo, y presentó un diagnóstico sobre el estado vigente de la enseñanza, junto con un proyecto destinado a modificar sustancialmente las estructuras educativas de las provincias. El discurso, que llevó por título *Estado de la educación común en la República, sus causas, sus remedios*, apareció publicado en el contexto de los debates, y recibió buenos comentarios y menciones especialmente halagadoras en el *Anuario Bibliográfico de la República Argentina* de Alberto Navarro Viola.²⁸

El año 1883 fue un año europeo en la vida de Groussac y estuvo signado por los viajes. Según él mismo señala, utilizando la tercera persona del singular, antes de regresar al viejo continente: “parecía tener tantos deseos de retomar el contacto francés como de hacerse musulmán. Pero un viaje a Europa [...] lo llamó pronto a la realidad, pues para reencontrarse francés le bastó pisar el suelo natal”.²⁹ Se concretaría así, luego de 17 años, su regreso al país de origen. Los motivos por los cuales realizó este viaje no son del todo claros. Manuel Láinez, con quien entabló amistad hacia principios de 1883, narra en un artículo de 1885 cómo se configuró el escenario para que viajara y remarca el oportunismo del francés, afirmando que contó con numerosos favores. Señala, además, que fue él quien le allanó el camino consiguiéndole la aprobación de una licencia en su cargo otorgada por el ministro Eduardo Wilde, el asentimiento del presidente Julio A. Roca ante la petición de la licencia y el permiso y el subsidio del gobernador de Buenos Aires, Dardo Rocha, a los fines de que el enviado realizara un estudio acerca de la educación en Europa. Además, el propio Láinez se comprometió a pagarle las colaboraciones en *El Diario* durante su estadía europea.³⁰

²⁸ Véase *El Monitor de la Educación Común. Publicación oficial de la Comisión Nacional de Educación*, núm. 17, noviembre de 1882, pp. 184-190; núm. 7, s/m, 1882, pp. 203-222; núm. 8, s/m, 1882, pp. 470-478; núm. 16, s/m, 1882, pp. 501-510.

²⁹ Véase “Noticia biográfica”, *op. cit.*, p. 36.

³⁰ Véase M. Láinez, “Ecce Homo”, *El Diario*, 27 de marzo de 1887, citado en J. Canter, “Sarmiento, Groussac y Láinez. En torno de una polémica entre estos

En definitiva, la versión más aceptada por los biógrafos de Groussac es la que sostiene que, por encargo oficial, debía estudiar la organización de la instrucción pública del viejo continente. Los resultados de esta supuesta misión no fueron publicitados y, según lo difundido en las memorias ministeriales, tampoco recabados; sólo en algunos de los artículos publicados en *El Diario* aparecen fragmentarias referencias a sus visitas a instituciones escolares francesas, pero todas estas alusiones son de carácter meramente anecdótico.³¹

El viaje de Groussac comenzó, como era previsible, con una visita a su tierra natal. Las primeras sensaciones de alegría fueron seguidas de varios desengaños ante las transformaciones generadas por el tiempo de ausencia. En primer lugar, halló su barrio de residencia infantil y adolescente absolutamente transfigurado. A su vez, el reencuentro con sus familiares más cercanos le resultó poco agradable: se topó con una situación que lo disgustaba profundamente: su padre había contraído matrimonio con otra mujer y había tenido con ella varios hijos. Estos hechos convirtieron la estadía en Toulouse en una situación nada memorable. Años después, transmitió las sensaciones ocasionadas por este reencuentro poco feliz:

ante los mismos seres de mi sangre había sufrido la angustia de contemplar, deformados y marchitos, desvencijados por la vida cual un trasto por el uso, surcados de esas hondas arrugas que son las cicatrices de incesante y rudo batallar, á tantos rostros familiares, ahora casi desconocidos, y que producían irónicamente como en espejo de aumento (al menos así lo creía mi debilidad egoísta) el trasunto caricatural de mi propia decadencia.³²

últimos”, separata del *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras*, núm. XI, octubre-noviembre de 1930. Debemos considerar que este artículo es parte de una serie de escritos polémicos que Láinez intercambió con el personaje que nos ocupa.

³¹ Véase, por ejemplo, “Una visita á Emilio Zola”, *El Diario*, 17 de agosto de 1883.

³² “Alphonse Daudet”, art. cit., p. 172.

Desencantado, entonces, se dirigió a París. Desde allí, en junio del mismo 1883, comenzó a enviar sus apuntes de viaje a *El Diario*. Si bien las evocaciones y las sensaciones expresadas en estas notas transmiten muchas imágenes recurrentes de los hombres del ochenta que viajaron a Europa en el mismo período, lo que distingue la experiencia del personaje es el hecho de que él estaba volviendo a su tierra, observaba y exploraba su entorno como una especie de hijo pródigo. En cambio, el resto de los intelectuales viajeros descubrían los escenarios del viejo continente con una actitud mucho menos relacionada con los sentimientos personales.³³

La llegada de Groussac a París se diferencia por diversos motivos de la de un simple turista-observador-forastero, curioso ante la gran urbe. El personaje contaba con ciertas reservas en relación con la gran capital:

Después de 17 años he vuelto hombre a la patria que dejé adolescente, y a quien prácticamente desconozco casi tanto como soy en ella desconocido. París, en especial, me es casi extraño; apenas guardaba recuerdo de los barrios centrales y sus más notables monumentos. Nacido y educado en ciudad provincial, sólo dos temporadas, en efecto, había pasado en la capital: la primera, de algunos meses, en la infancia; la segunda, de algunas semanas, antes de lanzarme a jugar –y perder– a la ventura mi porvenir.³⁴

Es la segunda marca temporal la que nos interesa destacar. Recordemos que la aventura juvenil del francés y sus intenciones de recorrer el mundo se habían esfumado en París, y que fue allí donde decidió embarcarse hacia el nuevo mundo, decisión que es pensada aquí como

³³ David Viñas bautizó la experiencia del viaje a Europa realizada por los hombres del ochenta como “viaje estético” y definió sus características en común. Véase D. Viñas, “La mirada de Europa: del viaje colonial al viaje estético”, en: D. Viñas, *Literatura argentina y realidad política. De los jacobinos a la bohemia anarquista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

³⁴ “Vistas parisienses”, art. cit, p. 59. El escrito que lleva este título está compuesto por cartas enviadas desde París para ser publicadas en *El Diario* entre junio y septiembre de 1883.

una resolución que lo condujo a apostar y a perder su futuro. Por lo tanto, puede entenderse que sus recuerdos de la capital francesa le sugirieran caminos no recorridos, itinerarios pendientes y posibilidades de retomarlos.

Con estas expectativas, Groussac transitó la ciudad sin un rumbo definido. Personificando paradigmáticamente el rol del *flâneur*, la descripción del paisaje y de la gente se convirtió en una tentación ante la cual no supo resistirse. Inventariar París no era tarea sencilla; la naturaleza misma de la ciudad se le presentaba como un enigma: “París es un mundo de cien aspectos diversos: y todo puede decirse de él, hasta lo más opuesto y contradictorio, sin faltar a la exactitud”.³⁵ A partir de esta apreciación la gran capital fue percibida como un universo desgarrado y sometido a un resquebrajamiento nunca antes conocido. Las descripciones de los espacios físico-geográficos y de las personas que se apropiaban de ellos condujeron a nuestro personaje a pensar la ciudad como un mundo bipartito.

Por un lado, existía una París que merecía, desde la perspectiva del narrador, denominaciones denigrantes –como Babilonia, Sodoma, Gomorra–. Esa ciudad, pervertida y contaminada, estaba montada para los extranjeros, que sólo le demandaban goce y corrupción a cambio de su dinero. Desde la mirada del francés, los rasgos sobresalientes de ese mundo parisino eran la inmoralidad, la superficialidad y el lujo que llenaban las páginas de las guías de forasteros encargadas de recomendar variados atractivos de carácter pecaminoso. París era una ciudad que estaba perdiendo su brillo de antaño ante los avances de la masificación, considerada sinónimo de decadencia.³⁶

Simultáneamente, se hace presente en las descripciones de Groussac un reverso de la París contaminada. Allí es donde encuentra una serie de elementos esenciales y originales que subyacen a ese universo pom-

³⁵ “Visitas parisienses”, art. cit., p. 55.

³⁶ En sintonía con estas representaciones sobre París pueden encuadrarse las percepciones de algunos de los contemporáneos de Groussac. Véase J. Jones, *A common Place: The Representation of Paris in Spanish American Fiction*, Lewisburg, Bucknell University Press, 1998.

poso. Esa otra París estaba conformada por una especie de esencia mítica y originaria en la que se conjugarían elementos de gloria histórica con fundamentos de cierta cultura del trabajo, evidenciados en la vida cotidiana de la ciudad. De este modo, el sustrato reivindicable de la ciudad se encuentra en el cruce entre una metrópoli que desde Carlomagno comenzó a “irradiar luz y civilización sobre el orbe entero” y “ese París [que] está en los laboratorios y en los talleres, en los anfiteatros y en las fábricas”. El observador concluía que “el París que trabaja y sufre es el verdadero París”.³⁷

De todos modos, y pese a los matices, la capital francesa es percibida por Groussac con la misma actitud de fastidio y con el mismo sentimiento de no-pertenencia con el que cargaba desde la visita a Toulouse. Pese ello, contaba con un anhelo explícito, pretendía ingresar en el mundillo intelectual de la ciudad:

con el deseo, volvía la esperanza de intentar algo –*anch'io sono pittore!*– que me sacara bruscamente de este aislamiento y absoluta obscuridad, permitiéndome dejar alguna vez, en el gran teatro parisiense, el asiento del espectador pasivo, para ensayar el de actor en el escenario, por corto y secundario que fuera mi papel.³⁸

El mismo personaje que había logrado ocupar un lugar en el mundo letrado argentino estaba dispuesto a cambiar su posición contemplativa por una actitud dinámica en París. Para alcanzar su meta de ingresar en la vida intelectual parisina contaba con dos potenciales llaves: una carta de Lucio V. López para un crítico teatral de *Les Temps* y corresponsal de *El Nacional*, Francisque Sarcey, y un artículo de su autoría sobre Alphonse Daudet, que ya había sido publicado en *El Diario*.³⁹

³⁷ Las tres citas textuales se encuentran en “Vistas parisienses”, art. cit., p. 58.

³⁸ *Ibid.*, p. 81.

³⁹ Véase “La Evangelista en Buenos Aires”, *El Diario*, 8 de junio de 1883. Este texto, basado en hechos reales, narra una batalla entre dos diarios de Buenos Aires –*El Nacional* y *El Diario*– por conseguir primero los números del *Figaro* en los que se estaba publicando, por entregas, la obra de Daudet, con el fin de traducirlo y publicarlo.

Luego de pasar algunos días en París, decidió tentar suerte con ambos recursos: le envió su artículo a Alphonse Daudet, quien le respondió inmediatamente, y dejó en la casa de Francisque Sarcey la carta de López. Simultáneamente escribió una “fantasía”, inspirada en el trabajo del primero, titulada *L'Évangéliste à Buenos-Ayres*, que dejó en el buzón del *Figaro*, y que días después fue aceptada y publicada, lo que le facilitó las relaciones con el escritor y le abrió las puertas de importantes cenáculos literarios. El seguimiento del itinerario del personaje desde ese momento muestra una actitud sistemática dirigida a captar la atención de personalidades descolantes de la cultura francesa.

En primer lugar, decidió escuchar a uno de los referentes intelectuales más destacados de su generación, Ernest Renan, en el Colegio de Francia, y la apariencia de simplicidad y de afabilidad del orador lo desencantó. Narra que mientras esperaba su entrada en el auditorio, compuesto por una veintena de personas, “imaginaba al ilustre sabio bajo un aspecto imponente y majestuoso”; sin embargo, una vez que éste comenzó a hablar, le resultó “espontáneo, familiar, desaliñado”.⁴⁰

Posteriormente, conoció a personajes consagrados y a otros en pleno ascenso, entre los que se destacan Víctor Hugo, Émile Zolá, Edmond Goncourt y el ya mencionado Alphonse Daudet. La mayoría de los relatos de las visitas a estos escritores transmiten fastidio y disconformidad. Zolá no ganó su simpatía y es caracterizado en sus apuntes de viaje como un autor que “confunde la fuerza con la brutalidad”, lo que lo convierte en un “macizo y pesado albañil literario”.⁴¹ Por su parte, Edmond Goncourt le generó a Groussac una repulsión inusitada que se evidencia en unas páginas realmente irónicas en las que alude al escritor como el “hermano de Jules –el que tenía talento” y lo describe como un “maniático amanerado”, “vanidoso”, “ramplón ególatra”, “ignorante”, “solterón” y “coleccionista de japerías y baratijas”.⁴²

⁴⁰ “Vistas parisienses”, art. cit., pp. 62 y 63, respectivamente.

⁴¹ “Una visita á Emilio Zola”, art. cit.

⁴² Todas las expresiones se encuentran en “Cartas de Groussac”, *El Diario*, 3 de julio de 1883.

La visita a Víctor Hugo es, sin duda, el hecho que más información nos brinda acerca de su suerte en París. En primer lugar, según su propia narración, fue presentado ante el consagrado escritor como “Monsieur Grousset”, “un amigo de Daudet, establecido en el Brasil”, palabras ante las cuales el anciano escritor se acercó, le estrechó la mano y le dijo: “*Monsieur... je suis touché*”.⁴³ A partir de ese momento, el visitante se convirtió en mero espectador de una serie de extravagantes personajes que visitaban al maestro. La desilusión de Groussac ante esta visita masiva es explícita, y cuenta en torno a ello:

Y sobre esta última, y acaso la más ingrata de mis peregrinaciones a los santuarios de la gloria, formulaba para mí esta tristísima moraleja: “He venido tarde. El gran poeta está muy viejo para maestro y yo también para discípulo: él ha perdido la fecunda actividad del genio, y yo el puro fervor de la juventud”.⁴⁴

Estas variadas experiencias nos colocan frente a un personaje que, evidentemente, no lograba salir del rol de visitante de literatos para convertirse él mismo en uno de ellos. Renunciar a ocupar un lugar destacado en el ambiente intelectual de la “ciudad luz” era quizás una tarea más sencilla que conseguir un espacio en él. Nuevamente Groussac estaba en París, como 17 años antes, con un rumbo incierto, y la capital francesa comenzaba a ser percibida por él con la misma actitud de hastío y con el mismo sentimiento de extrañamiento con el que cargaba desde la visita a Toulouse. Ni París y sus bulevares ni París y sus hombres de cultura le ofrecían el marco de referencias que buscaba. Su lugar parecía estar en la Argentina, sensación que transmitía nostálgicamente:

Daría actualmente cuarenta saludos correctos y cincuenta agudezas de literatos de profesión, no digo por oír cierta voz cariñosa, ó sentir el peso de un niño de tres años que me cabalga en la pierna; eso va de suyo; –

⁴³ “Vistas parisienses”, art. cit., p. 114.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 125.

sinó, por estar almorzando en el Club, con uno ó dos amigos, por estar revolviendo mis papeles en mi estudio de Tucumán.⁴⁵

De regreso a Buenos Aires, a comienzos de 1884, se instaló con su familia en la capital federalizada. Meses antes, Manuel Láinez le había comunicado una noticia, en una carta fechada el 8 de agosto de 1883:

Mi querido amigo: he esperado hasta última hora, deseaba mandarle buenas noticias de las gestiones, que Vd. ausente, me encomendara hacer en su favor. Recién en este momento, las 10 de la mañana, cuando apenas tengo tiempo de ponerle cuatro líneas, consigo la buena: Apenas Vd. regrese y tal vez antes, sería nombrado Inspector general de Colegios Nacionales. [...] Wilde me da la noticia para que sea yo el primero en transmitírsela.⁴⁶

Una vez designado inspector general de Colegios Nacionales por el ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Eduardo Wilde, realizó numerosos viajes a las provincias argentinas.⁴⁷

En síntesis, en el transcurso de pocos años, entre 1866 y principios de la década de 1880, Groussac se instaló en el país y desempeñó diversas tareas, algunas ligadas con el ámbito intelectual argentino y otras ajenas a él. A lo largo de este poliédrico período de su vida, lo encontramos cumpliendo oficios tan dispares como ovejero en una colonia de vasco-franceses en San Antonio de Areco, profesor del Colegio Nacional de Buenos Aires, y posteriormente del instituto homólogo de Tucumán, director y periodista de diarios tucumanos, arriero y vendedor de mulas en Salta.

Este caleidoscópico itinerario se configuró en el período en el que el personaje logró ingresar y ocupar un lugar en el mundo intelectual porteño gracias a la publicación, en 1871, de su exitoso artículo

⁴⁵ "Cartas de Groussac", art. cit.

⁴⁶ Archivo General de la Nación, Fondo Paul Groussac (en adelante, AGN, FPG), Leg. núm. 1: Correspondencia recibida (1881-1929), manuscrito del emisor.

⁴⁷ Para la descripción de una de estas visitas véase B. Bosch, "Groussac en Entre Ríos", *La Gaceta*, 15 de agosto de 1976.

sobre Espronceda, que le sirvió como carta de presentación para entablar relaciones con destacados hombres de la cultura y de la política. Su flamante carrera literaria comenzó a consolidarse desde 1871 en “el jardín de la República”; allí se transformó en un destacado personaje del ámbito público tucumano, y en el año 1874 se convirtió en director de Enseñanza de la provincia y luego en inspector nacional de Educación, cargo con el que participó en el Congreso Pedagógico de 1882. Además, su permanencia en Tucumán se desarrolló mientras dos destacados tucumanos, Avellaneda y Julio A. Roca, estuvieron a cargo de la presidencia de la nación, hecho que convertía a la provincia en un lugar clave para el desarrollo de asuntos de envergadura.

El viaje de 1883 al viejo continente fue un punto de inflexión en la trayectoria vital del personaje, su estadía en Francia nos coloca frente a una galería de imágenes disímiles y sensaciones ambiguas. El regreso a su patria es vivido desde un particular posicionamiento: sistemáticamente Groussac pretende convertirse en un actor de la escena parisiense, pero la realidad lo condena al lugar de espectador. Permanece en el anonimato, se diluye entre tantos otros personajes que circulan por las avenidas y los salones de París, esa ciudad cuya denigración estética generada por la modernización manifiesta a cada paso sus costados incivilizados. En esa urbe, se desdibujó hasta ser otro, fue presentado como el “Sr. Grousset”, un “habitante de Brasil”, un “amigo de...”. Allí, donde el cosmopolitismo emanaba de las calles y de los bulevares, donde todos los extranjeros se sentían parisienses, Groussac se sintió extranjero.

En ese viaje terminó de renunciar al anhelo de una vida intelectual europea y se lanzó a conquistar, o se resignó a ocupar, un espacio en Buenos Aires. Era más factible convertirse en un “intelectual francés” o en un “letrado europeo” en la Argentina que serlo en la misma Francia. La etapa que presentamos a continuación nos dibuja nuevas facetas de la trayectoria pública del personaje.

2. 1884-1910: DE JOVEN LITERATO A HOMBRE DE CULTURA

En mayo de 1884 comenzaron a funcionar las rotativas del *Sud-América*. Durante ese año y el siguiente Groussac fue director-gerente del periódico, en el que escribían destacados hombres públicos del período. Nuestro personaje señala:

Regularmente Pellegrini trataba el tema político del día, y Gallo las cuestiones de interés general. Lucio López poco cultivaba el artículo de fondo, reemplazándolo con una crónica chispeante o un par de sueltos que se clavaban como banderillas en la carne del prójimo; se sabe que también tuvo el diario las primicias de la *Gran aldea*. Por cierto que el solo nombre de Sáenz Peña, en el membrete, significaba ya un valioso contingente social. [...] Por mi parte, casi me encerré al principio en las materias de enseñanza y literatura.⁴⁸

El periódico aparecía en un escenario conflictivo. Por un lado, los debates generados por las reformas secularizadoras estaban en un punto álgido y, por otro, se estaba configurando un tenso escenario político en el que comenzaban a perfilarse los nuevos candidatos presidenciales. En este marco, *Sud-América* se presentaba como un periódico de ideas liberales, hermanado con las reivindicaciones laicas y opuesto al gobierno porteño.⁴⁹ Al escribir, principalmente, los artículos relacionados con las cuestiones educativas, el director del diario se convirtió en el blanco de ataque de los defensores de la educación religiosa y mantuvo desde sus columnas fuertes polémicas con sus antaño amigos, Pedro Goyena y José Manuel Estrada.

⁴⁸ *LQP*, p. 227.

⁴⁹ Sobre el *Sud-América* véanse T. Duncan, "La prensa política. *Sud-América*, 1884-1892", en: G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina...*, *op. cit.* y P. Alonso, "*La Tribuna Nacional* y *Sud-América*: tensiones ideológicas en la construcción de la 'Argentina Moderna' en los años ochenta", en: P. Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

El mismo año en que se publicaron *En Viaje y Juvenilia* de Miguel Cané, *Música sentimental* de Eugenio Cambaceres, *Inocentes o culpables* de Antonio Argerich y *La gran aldea* de Lucio V. López, Groussac empezó a difundir en el periódico que dirigía, en forma de folletín, su novela *Fruto Vedado*.⁵⁰ El protagonista principal de la ficción, Marcel Renault, guarda numerosas similitudes con el autor de la obra. La novela en entregas ocupó el espacio del periódico que números antes había sido destinado a *La gran aldea* y ese mismo año fue editada como libro con una poética dedicatoria destinada a su esposa, Cornelia Beltrán.⁵¹

Al año siguiente, Groussac abandonó el *Sud-América*, junto a Delfín Gallo, cuando el directorio del mismo decidió apoyar la candidatura presidencial de Miguel Juárez Celman. Sobre esta decisión, relata:

A ciertas manifestaciones juaristas, deslizadas sin mi anuencia en el diario, contesté haciendo uso de un derecho igual, con una cuasi-proclama de la candidatura de Irigoyen. Para detener la “bolsa de gatos” en formación, convinimos promover una reunión de accionistas. El resultado era dudoso: neutralizados mis votos con los contrarios de mi socio Julián Martínez, se pronunció por la candidatura Juárez. Intervino un arreglo correcto, y salimos del brazo, Gallo y yo.⁵²

En septiembre de 1884, la Biblioteca Pública, el Archivo General y el Museo Público de Buenos Aires pasaron a jurisdicción de la Nación; un año después, en enero, Groussac fue designado director de la Biblioteca Nacional, en reemplazo del fallecido José Antonio Wilde, tío del entonces ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Eduardo Wilde.⁵³

⁵⁰ *Fruto Vedado* apareció en *Sud-América* entre el 4 de agosto y el 4 de octubre de 1884.

⁵¹ *Fruto Vedado. Costumbres argentinas*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1884 (en adelante *FV*). El único análisis que tiene como objeto de estudio específico esta obra es J. Canter, “Sobre ‘Fruto Vedado’”, en: *Nosotros*, Año 24, junio de 1930.

⁵² *LQP*, p. 230.

⁵³ Véase “Nota elevada al ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Dr. D. Eduardo Wilde, aceptando el cargo de director de la Biblioteca Nacional y agradeciéndolo”, *Sud-América*, 14 de enero de 1885.

Su nombramiento sorprendió a destacados personajes dado que se pensaba en Estanislao Zeballos como candidato natural al puesto, por lo cual no fue avalado sumisamente. Varias voces formularon serias críticas contra la elección de Groussac, muchas de las cuales estaban relacionadas con su nacionalidad. En primera instancia, su candidatura para el cargo había sido combatida desde *El Nacional*. En el mismo registro, durante el mes de enero de 1885 Manuel Láinez criticaba la elección del bibliotecario señalando:

realmente si el nombramiento del Sr. Groussac nos ha salvado providencialmente de la calamidad encarnada en el Dr. Zeballos, bien venido sea. [...] En lo que se refiere al señor Groussac, la objeción fundamental que podemos hacerle es, que mientras se pueda nombrar un ciudadano argentino para elegir un establecimiento eminentemente nacional, como la Biblioteca, es más que un deber del Gobierno, una obligación, preferirlo, aún en igualdad de condiciones, á un extranjero.⁵⁴

Dos años después, en 1887, la designación de Groussac fue nuevamente puesta en cuestión. Domingo F. Sarmiento le dirigió un carta de carácter público llamándolo “nuestro bibliotecario inmérito, aunque sea nuestro literato francés”.⁵⁵ Pese a las oposiciones constantes, nuestro personaje se instaló en el edificio de Perú y Moreno y comenzó a desempeñar sus funciones. El estado de la Biblioteca Nacional en el momento de aceptar el cargo era caótico: había en existencia 30 mil ejemplares sin catalogar ni ordenar y el repositorio parecía más un depósito de cajas que un espacio de consulta bibliográfica.

Durante los 44 años que el francés dirigió la biblioteca, se concretaron varias acciones que la convirtieron en una de las más destacadas

⁵⁴ Esta cita se encuentra en un artículo firmado por Sam Wéller (seudónimo de Manuel Láinez): “Bibliotecarios”, *El Diario*, 20 de enero de 1885, citado en J. Canter, “Sarmiento, Groussac y Láinez...”, art. cit., p. 50.

⁵⁵ Véase “Sarmiento en Montevideo”, en: *VIZ*, p. 43, n. 1. La carta de Sarmiento en *La Nación*, 4 de enero de 1887.

de Hispanoamérica.⁵⁶ El director de la institución lanzó el sistema de catalogación formal de los volúmenes, de los materiales de hemeroteca y de los documentos inéditos existentes en la institución.⁵⁷ Además, se encargó personalmente de confeccionar un fichero, con su letra filosa y apretada, habilitado para la consulta del público. Por otra parte, gestionó la recopilación de fuentes en archivos europeos y envió un copista al *Archivo General de Indias* de Sevilla, con el fin de relevar algunos documentos que consideraba importantes para la historia del país.⁵⁸ También bajo su gestión, en diciembre de 1901, la biblioteca se mudó a la calle México (edificio que había sido construido originalmente para la Lotería Nacional) y en las nuevas dependencias se instaló una pequeña imprenta tipográfica. Complementariamente, a instancias suyas se sancionó la Ley de Depósito Legal de ejemplares, medida que permitió que la biblioteca centralizara la gran mayoría de los libros escritos desde esa fecha.

Como actividad paralela a la dirección de la biblioteca, a partir de abril de 1886 Groussac participó en *La Nación* como crítico musical, y de espectáculos en general, y escribió asiduamente en la sección titulada *La temporada teatral*.⁵⁹ Aunque consideró estos textos como la parte más efímera de su producción literaria, conservó muchos de ellos en sus álbumes de recortes.⁶⁰ Recientemente, se ha destacado el rol del personaje como crítico teatral y el peso de sus juicios a la hora de señalar una línea demarcatoria entre las expresiones artísticas des-

⁵⁶ Véanse J. Trenti Roccamora, "Aportes para la historia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y para una lista de sus publicaciones", en: *Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos* Boletín 4, octubre de 1997, y D. Buonocore, "El libro y los bibliógrafos", en: R. Arrieta (dir), *Historia de la literatura argentina*, t. VI, Buenos Aires, Peuser, 1960.

⁵⁷ Una reseña de la tarea de catalogación de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires se encuentra en: AA.VV., *Historia de las Bibliotecas Nacionales en Iberoamérica: pasado y presente*, México, UNAM, 1995.

⁵⁸ Véase R. Molina, *Misiones argentinas en los archivos europeos*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955.

⁵⁹ Véase J. Piñero, "Groussac, crítico musical", en: *Nosotros* núm. 242, julio de 1929.

⁶⁰ Véase AGN, FPG, Leg. núm. 6: Periódicos y recortes (1874-1928), álbum núm. 1.

tacadas y las otras. También se ha señalado su diferenciación del resto de los hombres públicos, que en su mayoría se enrolaban en las filas del wagnerianismo.⁶¹

Durante los años comprendidos entre fines de la década de 1890 y 1896, realizó una gran variedad de tareas que transmiten la idea de una vida agitada. En el contexto de la revolución del parque publicó en el diario *La Nación* un escrito titulado “El relato de un anciano”, cuyos argumentos giran en torno del levantamiento de 1890 y sus efectos inmediatos.⁶² En este texto, presenta una cautelosa mirada de los hechos utilizando como recurso estilístico la voz de un narrador que en el vigésimo aniversario del 7 de agosto de 1890 les relata a sus nietos lo que recuerda de los acontecimientos.

En el transcurso de 1892 fueron publicados *Ensayo crítico sobre Cristóbal Colón, historia y leyenda*, libro de muy escasa circulación, y *Le cahier des sonnets*, que reúne veinticuatro sonetos, algunos de los cuales habían sido publicados con anterioridad en *El Diario*. El mismo año se publicó como folleto la primera versión de *La lucha presidencial y la candidatura del doctor Roque Sáenz Peña*, texto que fue republicado en 1909 a los fines de promover al candidato y en 1919 como parte de *Los que pasaban*. Las variaciones de este folleto político nos permiten rastrear algunas de las percepciones de Groussac acerca de las prácticas políticas. En el texto de 1892, redactado en el marco de la frustrada campaña presidencial, apostaba a la moderación de Roque Sáenz Peña afirmando que éste no presentaría un programa de transformación radical de las instituciones. Estas apreciaciones cambiaron de sentido en el apartado que agregó al escrito en el contexto de la candidatura presidencial del político 1909. Allí, señalaba que el punto más descollante del programa del candidato era el referido a

⁶¹ Véase R. Pasolini, “La ópera y el circo en el Buenos Aires de fin de siglo. Consumos teatrales y lenguajes sociales”, en: F. Devoto y M. Madero, (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, t. II: “La Argentina plural: 1870-1930”, Buenos Aires, Taurus, 1999.

⁶² “El relato del anciano”, *La Nación*, 10 de agosto de 1890. El artículo fue integrado, con el mismo título, en *VII*.

las promesas categóricas y elocuentes acerca de la ampliación de la libertad electoral, pero confiaba en que no se iban a forzar los ritmos generalmente aletargados de la dinámica política.

Ya en 1919, los resultados de la aplicación de la ley promovida por el estadista obligaron al panegirista a concretar un balance sobre lo sucedido. Esta tarea fue concretada en el *Post Scriptum* de *Los que pasaban*, donde Groussac señala que la “ilusión popular” le había impuesto al presidente electo un programa que sobrepasaba ampliamente lo prometido, y que al percatarse de sus potenciales consecuencias realizó un llamado de atención en su último discurso a las “fuerzas conservadoras”, que fue desatendido.⁶³

Retornando a la diacronía, debemos destacar que en el año 1893 la vida del personaje que nos ocupa estuvo signada por los viajes. En el transcurso de sus travesías, conoció a Rubén Darío cuando se trasladaba hacia la exposición de Chicago y el nicaragüense se dirigía a Buenos Aires. El viaje emprendido lo llevó a Chile, México, algunos parajes de América Central y los Estados Unidos. Ya en América del Norte, participó de la Exposición de Chicago y el 14 de julio de ese año pronunció allí una conferencia titulada “Costumbres y creencias populares de las provincias argentinas” que versaba sobre las formas de vida del gaucho.⁶⁴

Las impresiones de estas excursiones aparecieron en las páginas de *Le Courrier de la Plata* y de *La Nación*. El viajero narra en estos artículos sus agudas observaciones. Las apreciaciones acerca de Chile y de México presentan un panorama general acerca de cómo era percibida por el personaje la región latinoamericana, mientras que las descripciones de los Estados Unidos delatan la fobia minuciosa del viajero

⁶³ Todas las expresiones entrecomilladas y un relato acerca de los cambios de este escrito pueden verse en *LQP*, pp. 344 y ss. Algunas consideraciones acerca de este tema se encuentran en: T. Halperin Donghi, *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2000, p. 29 y *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 23.

⁶⁴ Además de aparecer en *La Nación* y en *Le Courrier de la Plata*, la conferencia traducida forma parte de *VII* bajo el título “El gaucho”.

francés que sólo percibía las facetas contaminadas del decadente yanquismo.⁶⁵ Su mirada antiyanqui, se acentúa, como veremos, en el contexto de los acontecimientos internacionales de 1898.

De regreso a Buenos Aires, Groussac tuvo noticias de un antiguo conocido tucumano, quien le ofrecía dirigir un periódico. Así, en agosto de 1894 comenzó a aparecer *Le Courrier Français*.⁶⁶ Este órgano de prensa destinado a la comunidad francesa en la Argentina fue financiado por Clodomir Hileret, un pionero de la industria azucarera tucumana, que tenía la intención de utilizar la publicación como portavoz de la campaña proteccionista de la producción de azúcar y pensó en Groussac para concretar la tarea. Aunque éste estuvo de acuerdo con el hecho de fundar un diario escrito en francés para los miembros de la comunidad a la que pertenecía, sus intereses se distanciaban ampliamente de los del financista y de los del resto de los colaboradores de la publicación. Luego de entrar en polémicas con varios de ellos, decidió, hacia fines de 1895, suspender la publicación del diario.

El mismo año, el director de la Biblioteca Nacional se encargó de escribir la introducción de *La locura en la historia*, de José María Ramos Mejía.⁶⁷ Este prólogo se destaca por su carácter especialmente crítico. Groussac reprobó las teorías de las que se sirvió eclécticamente el autor de la obra, demostrando una actitud hostil ante los avances del cientificismo de carácter positivista asumido como forma de abordaje para los estudios provenientes de las ciencias sociales.

Entre febrero y julio de 1896, Groussac fue miembro titular del Consejo Académico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, creada por decreto del presidente José Evaristo

⁶⁵ Este tema está desarrollado más extensamente en *Travesías intelectuales de Paul Groussac*. Selección de textos y estudio preliminar por Paula Bruno, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, en prensa.

⁶⁶ Consideraciones generales sobre el periódico se encuentran en: H. Papillaud, *Le journalisme Français á Buenos Aires. De 1818 jusqu'à nos jours*, s/e, Buenos Aires, 1947.

⁶⁷ "La degeneración hereditaria", prólogo a J. M. Ramos Mejía, *La locura en la historia*, Buenos Aires, Félix Lajouane Ed., 1895. Posteriormente incorporado a VII.

Uriburu el 13 de febrero de ese año. En la primera sesión del mencionado Consejo, realizada el 17 de marzo, se decidió conformar una comisión compuesta por Paul Groussac, Joaquín V. González y Lorenzo Anadón con el fin de sentar las bases para la organización definitiva y la redacción del plan de estudios de la facultad. Cuatro meses después, en julio, el primero renunció a su cargo. Es probable que haya mantenido fuertes diferencias con los otros miembros del Consejo en lo concerniente a la organización de institución y de los planes de estudios.⁶⁸

En junio del mismo año apareció la primera empresa editorial impulsada por Groussac como director de la Biblioteca Nacional: *La Biblioteca*, publicación analizada en el capítulo siguiente. Cuando esta revista estaba cumpliendo un año de vida, en 1897, se publicó *Del Plata al Niágara*, obra que reúne las impresiones del referido viaje de 1893 y que está dedicada a Carlos Pellegrini, su gran amigo desde los tiempos del *Sud-América*.

En el mes de mayo de 1898, en el contexto del enfrentamiento entre España y los Estados Unidos por el control de las últimas posesiones del imperio colonial de aquella (Cuba, Puerto Rico y Filipinas), se realizó en el Teatro de La Victoria de Buenos Aires un acto patrocinado por el Club Español en el que participaron como oradores Roque Sáenz Peña, José Tarnassi y Paul Groussac. La intervención del francés en el acto asumió una perspectiva que puede caracterizarse como culturalista, en tanto que los acontecimientos de 1898 fueron inscriptos por él en el marco de una “crisis suprema de la civilización”.⁶⁹

Hacia mediados del mismo 1898, luego de finalizada la experiencia de publicación de *La Biblioteca*, Groussac viajó a España y a Francia, y sus cartas de viaje fueron publicadas entre agosto y diciembre en *La Prensa*. Su estadía en Francia coincidió con los días más álgidos del debate en torno del *affaire* Dreyfus, hecho que caracterizó como la

⁶⁸ Sobre este tema, véase P. Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1997, pp. 31 y ss.

⁶⁹ “España y Estados Unidos”, en: VII, p. 99. Este texto es un discurso de Groussac que apareció por primera vez en un folleto junto con discursos de Roque Sáenz Peña y José Tarnassi con un prólogo de Severiano Lorente.

mayor “manifestación del malestar social” por el que estaba atravesando Francia y que lo condujo a reforzar las imágenes de decadencia y barbarización de la nación que ya había esbozado en su viaje de 1883.⁷⁰

Dos años después, se puso en marcha la segunda empresa editorial dirigida por Groussac ligada con la Biblioteca Nacional, los *Anales de la Biblioteca*, de la que nos ocupamos en el próximo capítulo. Desde las páginas de esta publicación, en 1900, participó del debate acerca del idioma de los argentinos. Además, desde enero hasta mayo de este año colaboró en *El País*, en una sección titulada “Notas semanales”.

La trayectoria ascendente del intelectual francés fue cuestionada radicalmente en el año 1903. Ese año se publicó en París su polémica obra *Une énigme littéraire. Le ‘Don Quichotte’ d’Avellaneda*, que produjo la reacción del polígrafo español Marcelino Menéndez y Pelayo, quien le lanzó un arsenal de críticas.⁷¹ El intercambio entre Groussac y el escritor español, como se analiza en el próximo capítulo, terminó con un profundo y desacostumbrado silencio del primero. Pese al demoledor golpe del que fue víctima, en 1904 publicó en Madrid la primera serie de *El viaje intelectual*, obra conformada por artículos e impresiones de viaje escritas con anterioridad a esta fecha.

Con motivo de la II Conferencia Internacional de Paz realizada en La Haya en 1907, Groussac viajó una vez más a Europa, enviado como acompañante de la comitiva argentina, presidida por Roque Sáenz Peña, para “asistir en sus balbucesos franceses a los delegados argentinos”.⁷² El mismo año publicó *Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires*. La aparición del libro, compuesto por estudios anteriores acerca del desventurado virrey, trajo aparejados comentarios de distintas personalidades intelectuales; entre ellas, destacamos aquí las observaciones enfrentadas de Juan A. García, quien elogiaba en sus comentarios la elegancia con la que estaba escrito el trabajo y encontraba el secreto de su gracia en la complicidad secreta existente entre

⁷⁰ “Cosas de Francia”, en: *VII*, p. 153.

⁷¹ Véase J. Oria, “La polémica de Menéndez y Pelayo con Groussac. Sobre el ‘Quijote’ de Avellaneda”, en: *Humanidades*, t. xxiv, 1934.

⁷² “Noticia biográfica”, *op. cit.*, p. 37.

el modelo y su pintor, y Rómulo Carbia, un historiador en ascenso que atacó la obra ferozmente debido a que no se ceñía a los métodos de la práctica historiográfica moderna.⁷³

Una revista parisina, *La Revue* (Ancienne *Revue des Revues*), publicó en 1909 una breve novela de Groussac: *Amparo*. Años antes, iba a ser publicada por entregas en *La Biblioteca*, pero la temprana desaparición de la revista imposibilitó su difusión. Pese a ello, los cuadernillos sueltos con el texto impreso en francés habían circulado entre los amigos del autor.⁷⁴

Durante los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, entre los ilustres personajes llegados al país figuraba el político francés Georges Clemenceau.⁷⁵ Aunque, oficialmente, Groussac no formaba parte de la comisión de recepción, acompañó a su compatriota en varias de sus visitas, de las que trascendió una famosa y difundida fotografía tomada en el Hipódromo argentino. En el mismo contexto, escribió un texto titulado *Les Iles Malouines, nouvel exposé d'un vieux litige* que tuvo muy buena repercusión entre los políticos argentinos, dado que confirmaba las hipótesis acerca de la expropiación ilegal de las islas por los ingleses. En una carta fechada el 14 de mayo de 1910, Roque Sáenz Peña le escribía:

Recibí su notabilísimo trabajo sobre las Malvinas. Mis felicitaciones caudurosas. La labor histórica como el aspecto jurídico de la cuestión, han

⁷³ Véase J. A. García, “*Santiago de Liniers*, por Paul Groussac” y “Groussac. A propósito del libro *Santiago de Liniers*”, en: J. A. García, *En los jardines del convento. Narraciones, notas, oraciones*, Buenos Aires, Coni Hermanos, 1916; R. Carbia, “*Santiago de Liniers* por Paul Groussac”, en: *Nosotros*, núm. 9, 1908.

⁷⁴ Véase G. Caro Figueroa, “El joven Paul Groussac: comerciante de mulas y novelista romántico”, en: *Todo es Historia*, núm. 375, octubre de 1998.

⁷⁵ Las impresiones de este viaje fueron recogidas en G. Clemenceau, *Notes de voyage dans l’Amérique du Sud. Argentine, Uruguay, Brésil*, París, Hachette et Cie., 1911. Clemenceau dedica varias páginas a describir las actividades realizadas por Groussac en la Argentina. A su vez, Groussac escribió una reseña crítica del libro de Clemenceau. Véase “M. Clemenceau et la République Argentina”, en: *Revue politique et littéraire, Revue Bleue*, Año 49, París, 2do. semestre de 1911.

agotado la materia y llegado a una conclusión ilevantable. El trabajo es concienzudo y brillante, como todos los que Vd. afronta con decisión. [...] Su nobilísimo esfuerzo en pro de nuestros derechos, tiene un aspecto social y político que obliga al sentimiento de los argentinos y le hace a Vd. tanto bien, como sus labores continuadas en pos de la Nación.⁷⁶

Años más tarde, en 1934, a instancias de Alfredo Palacios, el Senado y la Cámara de Diputados de la Nación Argentina sancionaron una ley por la cual debían realizarse ediciones populares de la traducción de este texto y, a su vez, se instaba a publicar una edición especial para los institutos de enseñanza del país.⁷⁷

Meses después de las celebraciones del Centenario, en agosto de 1910, se discutió en la Cámara de Diputados un proyecto de Ley de Propiedad Literaria y Artística, presentado por los diputados Carlos Carlés y Manuel Carlés, quienes sostenían que representaban gratamente “el encargo de amigos y maestros, célebres en ciencias, artes y respetos sociales”.⁷⁸ El proyecto fue aprobado y pasó a la Cámara de Senadores, donde Joaquín V. González, senador por La Rioja, fue quien prestó su voz a la hora de exponerlo argumentando:

en Europa, particularmente en Francia, se ha promovido últimamente un movimiento de instancia á la República Argentina respecto á la sanción de esta ley. Un comité, formado por los primeros intelectuales franceses, bajo la presidencia del célebre historiador y político Hanotaux, ha hecho gestiones ante la legación argentina en París aduciendo razones de esas que difícilmente se postergan, á fin de que se dicte una ley que reconozca los derechos de los autores franceses. Esta instancia ha tenido aquí

⁷⁶ AGN, FPG, Leg. núm. 1: Correspondencia recibida (1881-1929), manuscrito del emisor.

⁷⁷ La ley sancionada es la 11904 y puede leerse en la primera página de *Las Islas Malvinas*, Compendio de la obra de Paul Groussac para los Institutos de Enseñanza de la Nación, Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, varias ediciones.

⁷⁸ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, tomo II de 1910, 24 de agosto de 1910, pp. 89-95.

su repercusión con motivo de la visita de uno de los hombres mas eminentes de Francia y de la Europa contemporánea, monsieur Clemenceau.⁷⁹

La ley 7092, primera ley de propiedad intelectual de la Argentina, fue finalmente aprobada, y Paul Groussac fue el redactor del proyecto de la misma.⁸⁰ En una carta fechada en Río de Janeiro el 9 de octubre de 1910, Georges Clemenceau se refiere a Groussac como “mi querido amigo” y acusa recibo del texto, en español y en francés, de la mencionada ley.⁸¹

La etapa apenas recorrida nos posiciona ante un personaje con una marcada presencia en el espacio intelectual del cambio de siglo. Groussac estuvo al frente de empresas periodísticas y editoriales diversas: el periódico *Sud-América*, *Le Courrier Français*, la revista *La Biblioteca* y los *Anales de la Biblioteca*, y, como analizamos en el próximo capítulo, supo enunciar desde sus páginas diversos discursos que no pasaban desapercibidos. Además, como veremos, durante estos años su trayectoria estuvo signada por numerosas intervenciones públicas en las que se enfrentó con destacados hombres de cultura.

Mientras Groussac lograba hacerse un espacio y consolidar su rol en el ámbito de la cultura argentina, las impresiones de sus contemporáneos acerca de su persona y de sus actividades fueron diversas: algunos lo percibieron como un contendiente y otros lo consideraron un intruso que por su estatus de extranjero no estaba en condiciones de asumir ciertas tareas relacionadas con el ámbito nacional. De

⁷⁹ *Ibid.*, 14 de septiembre de 1910, t. 1, p. 612.

⁸⁰ Manuel Gálvez narra que en cierta ocasión, conversando con el francés, criticó duramente esta ley calificándola de siniestra y que ante este hecho Groussac respondió “De la que soy yo autor”, seguidamente ambos se lanzaron a reír. M. Gálvez, “Paul Groussac”, en: *Recuerdos de la vida literaria. Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, Hachette, 1961, p. 122. Para el texto de la ley véase “Ley 7092. Propiedad intelectual”, en: J. Remorino (dir.), *Anales de la Legislación Argentina*, Complemento 1889-1919, Buenos Aires, La Ley, 1954, p. 797.

⁸¹ AGN, FPG, Leg. núm. 1: Correspondencia recibida (1881-1929), manuscrito del emisor.

todas formas, la indiferencia no se contaba entre los efectos generados por sus movimientos, hecho que puede rastrearse en las repercusiones de cada una de sus acciones al frente de la biblioteca y en la recepción nacional e internacional de sus libros.

Son destacables su accionar al frente de la Biblioteca Nacional, en tanto logró convertir a la institución en un lugar prestigioso, y la tarea de catalogación que emprendió ya que, en una perspectiva de largo plazo, ni sus antecesores ni sus predecesores concretaron una labor de tal envergadura.

También su figura pública se consolida en esta etapa, y así lo testimonian su aparición como panegirista de Roque Sáenz Peña, su breve paso por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y su participación en acontecimientos como el del Teatro de la Victoria de 1898. La visibilidad del personaje aumenta también a raíz de las repercusiones generadas por su obra sobre las Islas Malvinas y por su labor en tanto redactor de la primera ley de propiedad intelectual del país, ambas en 1910. Además, se convirtió en esta etapa en un destacado embajador cultural para la Argentina, no sólo por su participación en eventos internacionales, sino también por su recepción de descollantes figuras extranjeras.

3. 1910-1929: DE LOS BALANCES A LAS NECROLOGÍAS

En el transcurso de la etapa visitada en esta sección Groussac publicó la mayor parte de sus obras, inscriptas dentro de variados géneros y registros. Sin embargo, y casi paradójicamente, este auge editorial marchó acompañado de una serie de acontecimientos de su trayectoria vital que suenan a epílogo y que comienzan a trazar el cuadro de lo que posteriormente sería considerado el legado del personaje.

En 1911, Groussac permaneció prácticamente todo el año en Francia, en comisión como delegado especial de la Exposición Internacional de Roubaix. En diciembre de ese año, pronunció en la Sorbona una conferencia sobre Santiago de Liniers que fue publicada por la *Revue*

*des Deux Mondes*⁸² Posteriormente, en el contexto de la Primera Guerra Mundial, se dedicó a escribir artículos de actualidad en *Le Courier de la Plata*, cuyo contenido se orientaba claramente en favor de los aliados. La experiencia de la guerra le resultó muy desconcertante, sobre todo porque los sucesos bélicos repercutieron fuertemente en su vida familiar. Temía que el ejército francés reclamara a sus hijos varones para luchar en el conflicto. En torno de 1914 comenzó a escribir una pieza teatral titulada *Las dos patrias*, según lo sostuvieron sus hijos en una entrevista realizada luego de su fallecimiento, cuyo argumento principal sostenía que los hijos de franceses nacidos en la Argentina eran argentinos y que, por lo tanto, no debían servir al Estado francés en la guerra.⁸³ Además, en 1916 tuvo que solicitar a Enrique Larreta, embajador argentino ante el gobierno de Francia, que gestionara el regreso al país de su hija Cornelia, quien estaba a punto de tomar los votos en el *Sacré Coeur* de París.

También en 1916 se editó una de las más destacadas producciones históricas de Groussac: *Mendoza y Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires*,⁸⁴ obra conformada por trabajos monográficos que habían sido publicados como estudios preliminares de fuentes documentales en los *Anales de la Biblioteca*. Lo absolutamente novedoso en el libro fue el polémico prefacio, que provocó una violenta reacción entre los historiadores de la Nueva Escuela Histórica. Dos años después, en 1918, nuestro personaje fue designado por Georges Clemenceau Oficial de la

⁸² "Un français vice-roi de la Plata, Jacques Liniers, Comte de Buenos-Ayres", en: *Revue des Deux Mondes*, t. IX, París, mayo de 1912.

⁸³ Véase "Paul Groussac desaparece del escenario argentino lleno de méritos y escaso de reconocimientos", en: *La Literatura Argentina. Revista Bibliográfica*, julio de 1929, p. 5. Entre los materiales de trabajo de Groussac se encuentra un cuaderno cuya etiqueta dice: *Las dos patrias (escenario y borrador)*; dentro del cuaderno hay apuntes muy fragmentarios sobre personajes y escenas. Véase AGN, FPG, Leg. núm. 2: Obras literarias y comentarios sobre literatura.

⁸⁴ Además, en 1916 apareció *El Congreso de Tucumán*, texto referido a los sucesos de la Independencia, que había sido escrito con anterioridad y se reprodujo en varias publicaciones: *La Nación*, 8 y 9 de julio de 1912; *El Monitor de la Educación Común*, Año 30, t. XLII, julio de 1912; *Revista de Derecho, Historia y Filosofía*, t. XLII, 1919.

Legión de Honor, como lo había sido su abuelo, en tanto soldado de Napoleón.⁸⁵ Ese mismo año, el editor Jesús Menéndez se propuso publicar sus obras completas, y dentro de este plan editorial aparecieron los *Estudios de Historia Argentina*, obra que recogía trabajos anteriores.

Durante el mes de agosto de 1918, el francés escribió para *La Nación* varios artículos dedicados a delinear una semblanza de Avellaneda. La publicación de *Los que pasaban*, en 1919, recogía, aunque ampliados, estos escritos y otros destinados a sus célebres amigos: José M. Estrada, Pedro Goyena, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña. En esta obra, sus impresiones referidas a los hombres públicos, sus formas de acción y las prácticas políticas de la población en general se circunscriben al lapso comprendido entre la presidencia de Avellaneda (1874-1880) y la de Roque Sáenz Peña (1910-1914), período que no aparece descrito como un bloque temporal homogéneo. Groussac moldea dos imágenes bien diferenciadas: el mundo político de comienzos de la década de 1870 caracterizado como un escenario apacible, en el que reina la tranquilidad y la legalidad; en cambio, la mirada propuesta para el mundo post-1880 está caracterizada por una constante tensión en la que todo funciona según un precario equilibrio. Pese a esta polarización de etapas, que aparece en la superficie de la descripción, existen ciertos factores que actúan como una esencia del mundo político. Este carácter persistente se vincula en forma estrecha con las consideraciones generales del personaje acerca del ámbito de la política, percibido como un campo viciado, corrupto, efímero y poco interesante.

La publicación de *Los que pasaban* tuvo importantes efectos en lo que respecta a la vida pública de su autor. Los directores de la revista *Nosotros* organizaron un banquete en su honor, en el que abundaron los elogios al “maestro”, y se escribieron variados comentarios bibliográficos acerca de la obra.⁸⁶ En la conferencia pronunciada en el men-

⁸⁵ En el FPG se conserva una carta escrita por Francisca Jacques felicitando a Groussac por su nombramiento como oficial de la Legión de Honor y señalando que fue un acto de justicia de Clemenceau haberlo nombrado Caballero de dicha legión. AGN, FPG, Leg. núm. 1: Correspondencia recibida (1881-1929), manuscrito de la emisora.

⁸⁶ La reseña del banquete apareció en las páginas de la *Revista de Filosofía*; allí se

cionado banquete de 1919, el anciano francés hizo explícitos sus juicios acerca de la denominada Semana Trágica, juzgando ferozmente, por un lado, las acciones de quienes protagonizaron un “primer amago de bolchevismo” y, por otro, criticando las escasas respuestas que el Estado daba a los grupos trabajadores con su “legislación obrera rudimental, que sólo receta impotentes paliativos contra males profundos”.⁸⁷ Este tono y estas declaraciones llaman la atención, dado que a lo largo de su vida el personaje se mostró más bien reacio a manifestar sus opiniones acerca de los acontecimientos políticos del país.

Un año después, en 1920, apareció la segunda serie de *El viaje intelectual*. Este volumen es una compilación de trabajos escritos con anterioridad, que abarcan desde sus impresiones de viaje de 1883 hasta un estudio sobre los refranes castellanos. Ya en 1922, la edición de *Relatos argentinos* puso a disposición del público cinco novelas cortas o “fantasías”, como su autor las denomina, escritas a lo largo de su carrera intelectual.⁸⁸

A los 75 años de edad, en 1923, Groussac escribió y publicó su primera pieza teatral, *La divisa punzó (Época de Rosas)*, estrenada luego en el Teatro Odeón.⁸⁹ El drama está dedicado a su hija María y, según se sostiene en el prefacio, fue compuesto mentalmente ante un debilitamiento de la vista que le impedía leer con luz artificial. Los protagonistas de la obra son Juan Manuel de Rosas y su hija Manuela y la acción se ambienta en el contexto de la conspiración encabezada por Ramón Maza.

reprodujeron los discursos pronunciados por Groussac, Carlos Ibarguren y Roberto Giusti. Véase “Una demostración a Paul Groussac”, en: *Revista de Filosofía*, t. xi, 1er. semestre de 1920. Entre los comentarios a la obra se destaca: J. Irazusta, “Los que pasaban, por Paul Groussac”, en: *Nosotros*, Año 14, t. xxxv, 1920.

⁸⁷ Ambas citas textuales se encuentran en el “Discurso de Paul Groussac”, reproducido en: “Una demostración a Paul Groussac”, art. cit., p. 75.

⁸⁸ Los relatos allí reunidos son: *El número 9090*, *El hogar desierto*, *La rueda loca*, *La herencia* y *La monja*.

⁸⁹ El único estudio específico sobre esta obra es el de D. Arizaga, “La divisa punzó”, en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929.

Hacia mediados de la década de 1920, comenzó a discutirse la importancia que el anciano francés había tenido en la formación de la cultura argentina. De esta forma, afloraron alegatos, tanto favorables como críticos, acerca de su desempeño y de las enseñanzas e influencias que había generado su accionar en las diversas ramas del quehacer intelectual. En cierto sentido, una evaluación similar habían realizado ya algunos historiadores de la Nueva Escuela Histórica entre 1914 y 1916. En noviembre de 1924, la redacción del periódico *Martín Fierro* proponía la siguiente encuesta:

1. ¿Qué concepto le merece a Vd. la personalidad de M. Paul Groussac?
2. ¿Qué valor asigna Vd. a su obra literaria y sus estudios históricos?
3. ¿En qué medida la acción de M. Groussac, como creador o crítico ha influenciado en el desarrollo de la cultura literaria nacional?, o bien, ¿ha sido negativa su acción?⁹⁰

Las intenciones de sus redactores apuntaban indiscutiblemente a medir el legado, positivo o negativo, que Groussac podía dejar a las nuevas generaciones y a juzgar sus actitudes ante la intelectualidad argentina. Las respuestas publicadas, que aparecieron en mayo de 1925, fueron las de Eslavo y Argento, Bernardo González Arrili, Francisco López Merino y Eduardo González Lanuza.⁹¹ En líneas generales, presentaban un panorama ambiguo: algunas posturas remarcaban el ocaso de la figura del francés y sus perjudiciales influencias, mientras que otras destacaban el valor ejemplar de su obra. Pese a este amplio abanico de percepciones, todas las respuestas se referían a un personaje que se había convertido en objeto a ser evaluado. La labor de Groussac formaba parte del pasado y había llegado la hora de las valoraciones y los reconocimientos.

⁹⁰ Véase *Martín Fierro, Segunda época*, Año 1, núms. 12 y 13, octubre-noviembre de 1924. Las respuestas aparecieron en *Martín Fierro, Segunda época*, Año 2, núm. 16, mayo de 1925.

⁹¹ Eslavo y Argento era un seudónimo compartido por los escritores Mateo Aristóbulo Echegaray e Israel Zeitlin (César Tiempo). Véase M. Tesler, *Diccionario de seudónimos*, Buenos Aires, Galerna, 1999.

En el mismo registro de balances, en octubre de 1924 el doctor Raúl Orgaz, delegado de la Facultad de Derecho en el Consejo Superior de la Universidad de Córdoba, solicitó que se le otorgara a Groussac el título de doctor *honoris causa*. La solicitud fue rechazada y se argumentó que el intelectual francés había obstruido el desarrollo de la historiografía argentina.⁹²

El mismo año, Groussac publicó su última obra, *Crítica literaria*. Se reunían allí ensayos y conferencias inéditas, pero el texto tuvo escasa repercusión entre sus contemporáneos. Ante la aparición de la encuesta en *Martín Fierro* y la publicación del nuevo libro, Roberto Giusti (fundador de la revista *Nosotros* junto a Alfredo Bianchi) escribió un artículo comentando la obra, que en realidad actuaba como una reivindicación del intelectual francés y de todas sus producciones. En este escrito, se exaltaba la función docente de Groussac y se menospreciaba la actitud de los jóvenes redactores de *Martín Fierro*.⁹³

En 1925 Groussac viajó a su país natal por última vez; su visión ya estaba muy deteriorada y había decidido hacerse tratar en París. Georges Clemenceau lo puso en contacto con un prestigioso médico de apellido Poulard y le practicaron una intervención que, aunque resultó exitosa en un primer momento, tuvo como efecto último para el anciano la pérdida absoluta de la vista.⁹⁴ Así, el director de la Biblioteca había quedado ciego, hecho que Jorge Luis Borges inmortalizó años después en el *Poema de los dones*, reconociéndolo como un presagio de su propio destino: “los dos éramos hombres de letras y recorríamos la Biblioteca de libros vedados. Casi podríamos decir, para nuestros ojos oscuros, de libros en blanco, de libros sin letras”.⁹⁵

⁹² Véase “Noticias y documentos”, en: *Nosotros* núm. 242, julio de 1929, pp. 216-217.

⁹³ R. Giusti, “Notas sobre Paul Groussac”, en: *Nosotros* núm. 188, enero de 1925.

⁹⁴ Estos acontecimientos fueron narrados en J. Lavalle Cobo, “La ceguera de Groussac”, en: *Nosotros* núm. 242, julio de 1929.

⁹⁵ J. L. Borges, “La ceguera”, en: J. L. Borges, *Siete noches*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 147. Las dos últimas estrofas del “Poema de los dones”, escrito por Borges en 1960, rezan: “Algo, que ciertamente no se nombra/con la

Al percatarse de su total ceguera, el francés le solicitó a su amigo Jorge Lavalle Cobo, cuya estadía en París coincidió con la operación reseñada, un arma para poner fin a su vida, y éste lo disuadió. Estas dramáticas escenas parisienses terminaron, y en noviembre de 1925 acudió a un homenaje que se celebró en su honor en la Sorbona.⁹⁶

En 1928 se publicó la antología titulada *Páginas de Groussac* y se produjo una nueva oleada de comentarios sobre el valor de su obra. En varias reseñas de los periódicos de la época, se hace nuevamente presente la tensión acerca de cómo evaluar la labor del francés y conviven elogios desmedidos con duras críticas a la personalidad del “maestro”.⁹⁷

El 27 de junio de 1929, por la tarde, Paul Groussac falleció en su despacho de la Biblioteca Nacional, rodeado de libros y absolutamente ciego. Según su propia definición del existir, que abre este capítulo, llegaba la extinción definitiva de su llama fugaz, y el advenimiento de una noche infinita de la que ya había conocido un amargo preámbulo.

A la hora de reconstruir este último tramo de su curso vital, la mayoría de las fuentes encontradas nos sugirieron la idea de una vida y de una trayectoria pública que habían llegado naturalmente a su punto de ocaso y declinación. La abundancia de obras publicadas durante este período de vejez le otorga al personaje una visibilidad

palabra azar, rige estas cosas;/otro ya recibió en otras borrosas /tardes los muchos libros y la sombra. /Al errar por las lentas galerías/suelo sentir con vago horror sagrado /que soy el otro, el muerto, que habrá dado/los mismos pasos en los mismos días. /¿Cuál de los dos escribe este poema/de un yo plural y de una sola sombra?/¿Qué importa la palabra que me nombra/si es indiviso y uno el anatema? /Groussac o Borges, miro este querido/mundo que se deforma y que se apaga/en una pálida ceniza vaga/que se parece al sueño y al olvido”.

⁹⁶ Los discursos leídos en este homenaje estuvieron a cargo de Georges Lacomte, miembro de la Academia Francesa, y de Alfonso Reyes, y fueron posteriormente publicados. Véase “Hommage à Paul Groussac”, en: *Revue de l'Amérique Latine*, t. xi, París, enero de 1926.

⁹⁷ Las notas aparecidas en ocasión de la publicación de *Páginas de Groussac* fueron conservadas por Groussac y ordenadas por su hija Cornelia. Véase AGN, FPG, Leg. núm. 6: Periódicos y recortes (1874-1928), álbum núm. 3.

editorial que marcha en simultáneo con su reclusión paulatina y su desaparición de los espacios públicos. Ensimismado, y con la ayuda de su hija Cornelia, Groussac se dedicó a revisar sus escritos y a publicarlos en compilaciones sistemáticas y armónicas, como es el caso de *Mendoza y Garay*, pero también eclécticas y sin un plan de obra claro, como *Relatos argentinos*, *Estudios de Historia Argentina*, la segunda serie de *El viaje intelectual* y *Crítica literaria*.

La avanzada edad del personaje y su creciente ceguera acompañaron una etapa en la que las evaluaciones de sus méritos se volvieron moneda corriente. A su vez, él mismo participó en actividades que delinearon su final: como la publicación de *Los que pasaban* y los banquetes subsiguientes y la selección de los textos que conformaron las *Páginas de Groussac* publicadas en 1928. Así, condecoraciones, homenajes y encuestas se eslabonaban durante los años en los que la voz de Groussac no se pronunciaba ante las grandes transformaciones de las primeras tres décadas del siglo xx argentino. No se encuentran en sus escritos reflexiones sistemáticas sobre la aplicación de la reforma electoral de 1912 y sus efectos, y sólo se refiere a ello en un resignado post-scriptum de *Los que pasaban*. En el mismo registro, no parecieron captar la atención del personaje el ascenso de la Unión Cívica Radical y las presidencias de Hipólito Yrigoyen y de Marcelo T. de Alvear, pese a que durante esta etapa continuó desempeñando su cargo en la Biblioteca Nacional.

Luego de la muerte de Groussac, y llegada la hora de las necrologías, la tarea de evaluar su vida y su obra se convirtió en imperiosa necesidad. En este contexto, se acentuó la valoración ambigua sobre su accionar, que ya se había delineado desde mediados de la década. Aunque en las noticias necrológicas se alude una y otra vez a Paul Groussac como un "maestro", son frecuentes los juicios medidos que, sin embargo, encubren un tono dubitativo acerca de la importancia del legado de este intelectual que nunca renunció a su nacionalidad de origen pero que operó en tierra argentina.

Entre las necrologías se destacan las aparecidas en *La Nación* y en *La Prensa*. En ambas la cuestión de su extranjería aparece como un tópico central no percibido homogéneamente. Así, *La Nación*, pese a que re-

conoce y exalta sus méritos y su obra, enfatiza los rasgos rígidos y exaltados de su personalidad, originados, en palabras del cronista, en su “descontento amargo de desterrado”. *La Prensa*, en cambio, hace hincapié en su figura como la del mejor prosista que tuvo la Argentina; el encargado de escribir las columnas señala: “Pablo Groussac quiso ser argentino, honda e intensamente argentino”. Otro elocuente texto aparecido en el contexto de su fallecimiento sintetiza en su título una realidad que parece ser ampliamente percibida: “Paul Groussac desaparece del escenario argentino lleno de méritos y escaso de reconocimientos”.⁹⁸

Quizás fue el origen francés de Groussac lo que actuó como un obstáculo, o como un pretexto, a la hora de incorporarlo al panteón de quienes dieron forma a la cultura argentina, y lo que condujo a una admisión fragmentaria y vacilante.

⁹⁸ *La Nación*, 28 de junio de 1929; *La Prensa*, 28 de junio de 1929; *La Literatura Argentina. Revista Bibliográfica*, julio de 1929.

II. UN ESTRATEGA INTELECTUAL

En el centro de Fedora, metrópoli de piedra gris, hay un palacio de metal con una esfera de vidrio en cada aposento. Mirando dentro de cada esfera se ve una ciudad azul que es el modelo de otra Fedora. Son las formas que la ciudad habría podido adoptar si, por una u otra razón, no hubiese llegado a ser como hoy la vemos. En todas las épocas alguien, mirando a Fedora tal como era, había imaginado el modo de convertirla en la ciudad ideal, pero mientras construía su modelo en miniatura, Fedora dejaba de ser la misma de antes, y aquello que hasta ayer había sido uno de sus posibles futuros era sólo un juguete en una esfera de vidrio.

ITALO CALVINO, *Las ciudades invisibles*

PAUL GROUSSAC DESARROLLÓ sus actividades intelectuales en un contexto con características particulares, entre cuyos rasgos se cuenta una embrionaria configuración. Dentro de este espacio desempeñó distintas tareas que lo posicionaron en un lugar de amplia visibilidad en el ámbito de la cultura y lo convirtieron en un referente para sus contemporáneos, sobre todo hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

Aunque desde la perspectiva de otros hombres públicos la gran aldea había desaparecido para dar lugar a una metrópoli cosmopolita, Groussac percibía la posibilidad de otros futuros, otras formas llamadas a superar el atraso cultural que no le permitía al país ocupar el lugar pretendido. En consecuencia, con el fin de establecer ciertas pautas dentro de la esfera intelectual argentina, puso en práctica múltiples estrategias que terminaron por otorgarle una preeminencia indiscutida dentro de la constelación letrada del período. Ciertas ideas y acciones del personaje nos permiten tipificarlo como un estratega

intelectual, en la medida en que sistemáticamente diseñó y ejecutó diversas operaciones destinadas a modificar la dinámica de la esfera cultural en la que estuvo inmerso.¹

En este capítulo presentamos, en sus líneas generales, una caracterización del mundo intelectual en el que se desempeñó nuestro personaje. Analizamos, además, sus percepciones acerca del ámbito de la cultura argentina y sus relaciones con el mundo político. Posteriormente, focalizamos la atención en las acciones que proyectó y concretó en función de introducir modificaciones en un espacio que, por variados motivos, consideraba deficiente.

1. EL ESPACIO INTELECTUAL ARGENTINO

En el pasaje del siglo XIX al siglo XX, la constelación letrada operó dentro de un espacio intelectual de rasgos difusos que contaba con características similares al de otras flamantes naciones de Hispanoamérica. Este espacio carecía de rasgos claramente delimitados: por lo general, los hombres de letras eran al mismo tiempo administradores del Estado, escritores de diversos géneros, formadores de opinión y publicistas.² Los personajes que actuaron dentro de este ámbito sin fronteras ni especialidades ocupacionales precisas conocieron trayectorias disímiles y polifacéticas.

Estas características plantean ciertas especificidades en lo que respecta a las prácticas intelectuales. Así, por ejemplo, debemos consi-

¹ Optamos por dar forma a esta definición de “estratega intelectual” que se aproxima, aunque no estrictamente, a la de “estratega de la cultura”, que ha sido utilizada con diversas connotaciones, y aplicada a otros contextos temporales y a otros casos nacionales. Véanse T. Eagleton, *La función de la crítica*, Barcelona, Paidós, 1999, y E. Ritaine, *Les stratégies de la culture*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1983.

² Véanse J. Ramos, *Desencuentros de la modernidad. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989; Á. Rama, “La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)”, en: *Hispanamérica. Revista de literatura*, Año 12, núm. 36, diciembre de 1983; Á. Rama, *La ciudad letrada*, op. cit.

derar que la producción de discursos no respondía a pautas fijas y predeterminadas ni se planteaba como una actividad de carácter colectivo. La segmentación del espacio de producción de alegatos nos coloca frente a un panorama de análisis atomizado y fragmentado.³ Complementariamente, la inexistencia de un orden institucional definido que diese marco al desenvolvimiento y a la socialización de los distintos discursos provenientes de los letrados producía un vacío en el que estaban ausentes las pautas estandarizadas para la creación, la difusión, la circulación, la socialización y la crítica de las producciones intelectuales.

En lo que respecta a las humanidades y a las ciencias sociales, ya desde la década de 1870 habían comenzado a aparecer algunas asociaciones que demostraban ser inorgánicas y efímeras, como la Sociedad de Estímulo Literario, la Academia Argentina de Ciencias y Letras y el Círculo Científico y Literario.⁴ Posteriormente, en 1896 se creó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, cuyas cátedras e institutos de investigación vinculados con temas nacionales tardaron varios años, y hasta décadas, en definirse y consolidarse.⁵ Por ejemplo, la primera cátedra de Literatura Argentina, a cargo de Ricardo Rojas, fue inaugurada en 1913 y el Instituto de Literatura Argentina en 1922. En el mismo sentido, la Sección de Investigaciones Históricas comenzó a desarrollar sus actividades en 1906 y se convirtió en Instituto de Investigaciones Históricas en 1921 y, aunque la Junta de Numismática Americana fue creada en 1893 y en 1901 se organizó como Junta de Numismática e Historia Ameri-

³ Véase C. Real de Azúa, "Ambiente espiritual del 900", art. cit., pp. 146 y ss.

⁴ Véase R. Castagnino, *et al.*, *Sociedades Literarias Argentinas (1864-1900)*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1962.

⁵ Véanse P. Buchbinder, *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, op. cit.*, y T. Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 2002. Para ejemplos de otras disciplinas ajenas al marco de las humanidades y de las ciencias sociales, véanse H. Camacho, *Las ciencias naturales en la Universidad de Buenos Aires. Estudio Histórico*, Buenos Aires, Eudeba, 1971, y C. Mantegari, *Germán Burmeister. La institucionalización científica en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Jorge Baudino Ediciones-UNSAM, 2003.

cana, sólo en la década de 1920 comenzó a publicar sus boletines. La Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales se creó en 1874 como parte de la Universidad de Buenos Aires, pero sus actividades comenzaron a ser visibles en 1915 en ocasión de la edición de sus *Anales*.

Puede señalarse además que las creaciones de las academias disciplinares, que aún perviven, datan en su mayoría de las décadas de 1930 y 1940 (Academia Argentina de Letras: 1931; Academia Nacional de Ciencias y Morales y Políticas: 1938; Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba: 1941; Academia Nacional de la Historia, ex Junta de Numismática e Historia Americana: 1938).

Estos datos nos permiten pensar que entre 1880 y 1910, aproximadamente, el orden institucional vinculado con las disciplinas humanísticas era bastante incipiente. El escenario nos sitúa en el terreno de lo aleatorio a la hora de analizar los elementos que sostuvieron y encuadraron las prácticas y los discursos difundidos por los intelectuales y las complejas relaciones que se tejían alrededor, o fuera, de ellos. No es tarea sencilla definir los mecanismos de legitimación del accionar de los letrados en un contexto en el que no existían corporaciones o comunidades académicas, ni instituciones que uniformizaran los parámetros para ejercer determinadas prácticas.

Diversos marcos de contención pueden proponerse ante la ausencia de los más evidentes: el Estado y sus políticas culturales, las pautas editoriales, las redes de sociabilidad, las normas de aceptación o rechazo de un texto, los patrones de verdad consensuados y las complejas tramas de consagraciones o impugnaciones. Todos estos elementos son difíciles de asir y varían de acuerdo con cada trayectoria.

Proponemos aquí, desde la reconstrucción de un itinerario, visualizar algunos elementos que podían actuar como sostén de discursos, prácticas y posicionamientos. Desde nuestra perspectiva, en este contexto en el que el orden institucional ligado a los quehaceres intelectuales no estaba aún totalmente definido, existían distintas formas de irrupción y legitimación en el ámbito público. Entre ellas,

centramos nuestra atención en algunas estrategias articuladas por el personaje que nos ocupa: el intento de presentar el mundo cultural como deslindado del ámbito de la política, el manejo de medios de difusión de saberes, ideas y opiniones, la participación en polémicas y las prácticas autoconsagratorias.

2. UN ESTRATEGA INTELLECTUAL EN LA GRAN ALDEA

Groussac manifestó a lo largo de su trayectoria pública que el ambiente cultural en el que estaba inmerso carecía absolutamente de cualquier tipo de sistematización y organización. Si bien no fue el único que tuvo esta percepción, lo que aquí nos interesa es mostrar los rasgos distintivos de su acción ante la realidad observada. El francés señaló, reiteradas veces, que era necesario concretar conscientemente las prácticas intelectuales con el fin de dotarlas de validez y coherencia. Desde este posicionamiento en el escenario en el que se desempeñaba, no sólo se limitó a diagnosticar sino que también prescribió, con el objetivo de transmitir e imponer a los grupos letrados de la Argentina determinados saberes que afirmaba poseer.

Con el fin de justificar su posicionamiento excepcional, Groussac partía de una premisa: los ambientes intelectuales hispanoamericanos estaban caracterizados por el infantilismo y el localismo, signados por la improvisación, la amorfia y la escasa especialización. Asumiendo esta mirada, sostuvo algunas fórmulas argumentales que pueden sintetizarse en una secuencia: comenzaba señalando las supuestas falencias de sus propias acciones y producciones; argumentaba desde distintos puntos de partida hasta que sus virtuales insolencias quedaban minimizadas y diluidas en el caótico contexto de la cultura argentina. A su vez, ese contexto era descrito por medio de críticas dirigidas a las deficiencias presentes en las producciones intelectuales de distintos géneros y en las actuaciones públicas realizadas por sus contemporáneos. Como último paso, emprendía la justificación de su propia obra presentándola como ejemplo a seguir por la intelec-

tualidad argentina, dado que procedía de un hombre de letras de origen francés que contaba con un manejo de habilidades especiales y con un cúmulo de saberes diferenciados. En este sentido, supo explotar su exagerado y autoadjudicado rótulo de “literato europeo”. Elegimos un pasaje, destacado entre tantos otros, que ilustra esta forma de accionar:

Es muy sabido que en nuestra América las letras no constituyen una profesión. [...] *Todos somos* aquí literatos de ocasión, aún los que vivimos entre paredes cubiertas de libros. *Primum vivere, deinde philosophari*. Esta intermitencia explica y excusa la ley generalmente un poco feble de nuestra acuñación. [...] Entrego, pues, al público de habla castellana esta primera serie de ensayos, sin disimularme sus deficiencias y probables vicios de conformación, —si bien consentidos algunos de éstos, en vista de otro concepto, menos español que francés, del estilo: el cual consiste para *nosotros* en rehuir a la redundancia, los adjetivos parásitos y las frases hechas, esforzándonos para ceñir el objeto con el vocablo expresivo y el giro personal.⁶

En esta cita se manifiesta una de las estrategias retóricas más usuales del personaje: en un mismo pasaje se coloca en forma alternativa dentro de dos grupos de pertenencia: primero se inscribe dentro del “todos somos” literatos de ocasión, refiriéndose a quienes escriben en los países de Hispanoamérica, y luego dentro del “nosotros”, que refiere a los letrados europeos. A su vez, estas evaluaciones delimitan sus impresiones acerca del ambiente en el que impartió consejos y prescriptivas.

La consideración del mundo de la cultura como poco organizado y desconcertante se articulaba sobre la base de argumentos referidos a la escasa especialización de las actividades intelectuales en los países latinoamericanos, aseveraciones que solían estar acompañadas de caracterizaciones de esos países como naciones nuevas, inmaduras o en formación. Al respecto, en un relato retrospectivo y nostálgico,

⁶ VII, p. 12. La cursiva en “todos somos” y en “nosotros” es nuestra.

Groussac destaca: “me ha tocado vivir en países nuevos y durante su período de rápido crecimiento: cuando la organización sociológica, todavía incompleta y provisional, poco soporta el especialismo, teniendo todos los obreros de la mano como del espíritu que ensayarse en varios oficios”.⁷

Este tipo de observación es recurrente. Ya desde sus primeras intervenciones públicas planteó la necesidad de alcanzar una serie de pautas que viabilizaran una labor intelectual sistematizada y ordenada, y con este objetivo sostuvo que los letrados argentinos debían recorrer un largo camino para alcanzar la definición de un espacio intelectual que estaría atravesando un estadio primitivo. Hacia 1882, Groussac se ocupó de este tema vinculando el fenómeno sudamericano con la herencia de los vicios coloniales: “el principio de la división del trabajo, sobre todo la intelectual, considerado como síntoma del progreso, está desconocido todavía en América del sur y aun en España. Se nos habla aquí y allá de ingenieros que son también médicos y dramaturgos”.⁸

En el marco de estos pronósticos poco optimistas sobre la esencia de la cultura argentina, su nombramiento para el cargo de director de la Biblioteca Nacional le generó la intención de ordenar el caos dentro y fuera del reservorio.⁹ Años más tarde, en torno a 1896, abría fuego preguntándose cuándo llegaría la hora en la que las dinámicas propias de la especialización intelectual, que podrían obstaculizar la proliferación de obras improvisadas y cargadas de incorrecciones de todo tipo, se concretarían en los países de habla hispana. Al respecto señala, significativamente indignado:

¿Por qué no penetra en los países de habla española esta noción, al parecer tan sencilla y elemental: que la historia, la filosofía y aun esta pobre

⁷ VII, p. 8.

⁸ “Esteban Echeverría. La *Asociación de Mayo* y el ‘Dogma Socialista’”, en: *CL*, p. 283.

⁹ Esta postura es clara en “La Biblioteca de Buenos Aires”, en: *La Biblioteca* (en adelante *LB*), t. I, 1896, pp. 9-33 y pp. 161-193.

literatura representan aplicaciones intelectuales tan exigentes por lo menos, aunque no tan lucrativas, como las del abogado o del médico, no siendo lícito entrarse por sus dominios como en campo sin dueño o predio común?¹⁰

Aunque esta frase aparece en el contexto de una crítica a un abogado, Norberto Piñero, muestra la hostilidad general del francés ante aquellos literatos de ocasión que se lanzaban a practicar tareas intelectuales sin contar con capacidad para hacerlo. Con la intención de lograr establecer algunas pautas especializadas en el mundo de los letrados, Paul Groussac proyectaba sus deseos de abandonar ese estadio rústico por el que atravesaban los hombres de cultura argentinos. De este modo, se adjudicó la misión de “enseñar” a los otros cómo concretar sus tareas.

Al asumir su rol pedagógico, Groussac dio forma a un ideal, al que el espacio cultural argentino debía parecerse, que establecía cuáles eran las características aceptables de la cultura nativa y cuáles debían erradicarse. En este registro, además de la escasa especialización del ámbito de la cultura, el aspecto más criticado era la superposición de la esfera de la cultura con la política. A la hora de analizar y juzgar al universo político argentino, el francés mantuvo una actitud ambigua. Sus opiniones no aparecen expresadas claramente en ninguno de sus escritos y sus juicios sobre los acontecimientos políticos de envergadura se manifiestan en forma indirecta o, generalmente, “hablan” por su sistemática ausencia.¹¹

¹⁰ “Escritos de Mariano Moreno”, en: *LB*, t. II, 1896, p. 124.

¹¹ T. Halperin Donghi sostiene que las impresiones de Groussac estuvieron signadas “por una marginalidad que buscó puntillosamente conservar y que marcó con una constante ambivalencia su actitud frente al país que iba a ofrecer tema a sus estudios históricos”. T. Halperin Donghi, “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, en: G. Ferrari y E. Gallo, (comps.), *La Argentina...*, *op. cit.*, p. 839. El caso típico de la actitud esquiva de Groussac a la hora de opinar sobre los acontecimientos políticos del país es el reseñado en el capítulo anterior acerca de la “revolución del parque”. Véase “El relato del anciano”, en: *VII*.

A estas consideraciones se suma el hecho de que sus intervenciones en la arena política fueron intermitentes y siempre estuvieron mediadas por la pluma, sobre todo cuando actuó como panegirista. Complementariamente, debe señalarse que aunque Groussac no ocupó cargos políticos (a diferencia de numerosos personajes de su generación no fue diputado, ni ministro, ni diplomático), hecho que quizás encuentra su explicación en su reticencia a nacionalizarse argentino, mantuvo su puesto público de director de la Biblioteca Nacional por un lapso de 44 años.

Por su parte, Groussac estrechó amistad y compartió espacios de sociabilidad con célebres hombres políticos argentinos, entre los que se destacan Nicolás Avellaneda, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña. Según comprobamos en el contexto de una crítica lanzada en su contra, este rasgo de su trayectoria era percibido peyorativamente por sus contemporáneos:

vano fuera buscar en nuestra historia literaria otro profesional de las letras que gozara de igual ascendiente y de mayores protecciones entre los hombres en el poder. Es que en efecto supo el señor Groussac formar su grupo de amistades. Literatos, artistas, ¡calle usted! Eso no da. Y fueron sus únicas relaciones: diputados, ministros, ministeriales y presidentes. [...] supo hacer su corte, como privado de rey.¹²

Diversos testimonios del personaje evidencian que se hallaba estrechamente vinculado con conspicuos políticos argentinos pero que, a su vez, pretendía conservar cierta exterioridad desde la cual opinar. La mayoría de las veces, describió el ámbito de la política como un espacio contaminado del que prefería no formar parte, hecho que se inscribía en una actitud general tendiente a presentarse como un intelectual no-político.¹³

¹² R. Levillier, "El aspecto moral de la obra del Señor Pablo Groussac", en: *Nosotros*, núm. 86, 1916, pp. 294-295.

¹³ Noé Jitrik considera, en oposición a lo aquí sostenido, que Groussac era el prototipo de "literato oficial" de su época. Véase N. Jitrik, *El mundo del ochenta*, op. cit., p. 89.

Velando por la autonomía de su condición, practicó una generalizada reticencia a identificar la esfera de la cultura con la política, actitud manifiesta en un artículo en el que se resistía a la tendencia extendida entre los hombres públicos de Hispanoamérica, sumergidos en dos universos —el político y el cultural— que él prefería disociados:

en estas repúblicas, es imposible que cualquiera superioridad intelectual no remate en la política, como en la encrucijada central a la que conducen todas las avenidas. No vivirían aquí impunemente Pasteur o Darwin, sin habérselas con algún ministerio o presidencia de cámara: como el poeta Mármol que era estadista como un zorzal. Nuestra máquina política es tan perfecta, que contiene en sí misma su principio y su fin: toda la fuerza del generador se emplea en mover los complicados mecanismos de quince constituciones que dan vueltas en el vacío, —salvo encuentro ó interrupción,— y la función primordial de tantas ruedas y correas consiste en absorber el trabajo útil del generador. Es el triunfo de la mecánica irracional.¹⁴

A lo largo de la obra groussaquiana aparecen múltiples referencias en favor de la posibilidad de tomar parte activa en determinada coyuntura política o de decidir no hacerlo, sin por ello arriesgarse a perder un espacio ganado en el ambiente intelectual. En estos términos, describe su función como propulsor de la campaña para la diputación de Delfín Gallo en 1871 y como panegirista de Avellaneda en el contexto de su candidatura presidencial en 1874, a la vez que su rechazo a ocupar la misma función en el contexto de la candidatura de Roca.¹⁵ Podemos considerar como muestra de su relativa autonomía el hecho de que su negativa no lo enemistó con Roca ni le impidió formar parte de los ámbitos de influencia intelectual bajo su mandato, dado que hacia el final de su presidencia fue nombrado director de la Biblioteca Nacional.

En esta misma línea argumentativa se repiten ciertas anécdotas reseñadas por Groussac. Por ejemplo su renuncia al *Sud-América* cuando la mayoría de los accionistas decidió apoyar la candidatura presidencial de

¹⁴ “La Biblioteca de Buenos Aires”, art. cit., p. 173.

¹⁵ *LQP*, p. 129.

Miguel Juárez Celman y él, en cambio, junto a Delfín Gallo y otros, manifestó su adhesión a la postulación de Bernardo de Irigoyen. Este hecho no le costó la amistad de ninguno de los hombres públicos que formaban parte de la redacción del diario ni lo apartó de su cargo público. A su vez, su actitud reticente frente a la candidatura de Miguel Juárez Celman no le prohibió ser años después uno de sus acompañantes privilegiados, junto a Ramón Cárcano, en el renombrado “banquete de los incondicionales”, celebrado en *Operari Italiani el 20 de agosto de 1889*.

Puede mencionarse también que, aunque en ocasión del cierre de la revista *La Biblioteca* en 1898 redactó un artículo en el que alegaba como motivo de la interrupción de la publicación la intromisión del ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública en el territorio de la revista y difundía burlescamente una carta privada dirigida a él por el ministro, ninguna de estas acciones le costó el cargo ni le coartó sus emprendimientos futuros dentro de la institución que capitaneaba. Mucho menos le quitó preeminencia en el ámbito intelectual.

Pese a que Groussac podía posicionarse frente al mundo de la política y sus avatares con una actitud oscilante y hasta provocativa, hallamos una permanencia en el esfuerzo repetido del personaje por evitar una superposición del ámbito intelectual con el político que consideraba nociva para la consolidación del primero.

3. EMPRESAS CIVILIZADORAS

En el pasaje del siglo XIX al XX, la ausencia de instituciones específicas que impusieran pautas determinadas para la concreción de las tareas intelectuales traía a un primer plano la adopción de ciertas estrategias de legitimación entre las cuales, desde nuestra perspectiva, se destacaba la utilización de los medios de difusión de ideas como tribunas de intervención pública.¹⁶

¹⁶ Para consideraciones generales sobre algunas publicaciones del período véanse F. Masiello, “Argentine Literary Journalism: The production of a critical discourse”,

Entre los estudiosos que focalizan su atención en este período resultan corrientes las referencias a los diarios y a las revistas *de tal o cual* personaje y se naturalizan expresiones como “*El Diario* de Manuel Láinez”, “*El Nacional* de Miguel Cané y Aristóbulo del Valle”; además, se alude a *La Nación* como el órgano de Bartolomé Mitre y a *La Unión* como la tribuna de Pedro Goyena y J. M. Estrada. En el mismo sentido, la *Nueva Revista de Buenos Aires* está mimetizada con Vicente y Ernesto Quesada, la *Revista de Derecho, Historia y Letras* es considerada como la publicación de Estanislao Zeballos y la *Revista Nacional* como el sostén de las voces de Adolfo Carranza y Carlos Vega Belgrano, por señalar sólo algunas referencias. La identificación inmediata de revistas o periódicos con voces reconocibles de la intelectualidad transmite la idea de que estos espacios funcionaron, en la práctica, como reductos enunciativos de determinado personaje o grupo.¹⁷

Desde los comienzos de la trayectoria pública de Groussac, la dirección de periódicos es un rasgo repetido. Recapitulando lo expuesto en el capítulo anterior, vemos que en sus años tucumanos dirigió *La Unión* y *La Razón*. Posteriormente, ya instalado en Buenos Aires, fue director-gerente del *Sud-América* y mentor y director de *Le Courrier Français*. En estos periódicos expresaba sus ideas y sus críticas, articulaba sus intervenciones en torno de problemas nacionales e internacionales, publicaba sus primeros estudios históricos y sus novelas. Sin embargo, hacia fines del siglo XIX sus estrategias de posicionamiento en el ámbito intelectual estuvieron más ligadas con proyectos no tan plurales como los diarios. En este sentido, supo construir bastiones propios desde los cuales mostrar sus ideas y su injerencia: las revistas

en: *Latin American Research Review*, vol. 20, núm. 1, 1985; M. Pompert de Valenzuela, “Un siglo de revistas universitarias, 1900-1950”, en: *Clio*, núm. 4, 1998.

¹⁷ Algunos aportes recientes esbozan líneas interpretativas acerca de las revistas culturales y literarias argentinas de los siglos XIX y XX. Véanse los estudios reunidos en *Clio*, núm. 4, 1998, y en N. Girbal-Blacha y D. Quattrochi-Woison (dirs.), *Cuando opinar es actuar: revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999. Para una perspectiva latinoamericana, véase S. Sosnowski (comp.), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*, Buenos Aires/Madrid, Alianza, 1999.

que dirigió. En esta línea interpretativa inscribimos las publicaciones montadas por el director de la Biblioteca Nacional durante su gestión: *La Biblioteca* y los *Anales de la Biblioteca*.

La Biblioteca fue la primera empresa editorial ideada y dirigida personal y exclusivamente por Groussac. Su número inaugural se presentó en el mes de junio de 1896 y su última aparición data de abril de 1898. Existen algunas interpretaciones provenientes de la historiografía y de la crítica literaria sobre el papel que cumplió esta publicación en el ambiente cultural finisecular. Algunas perspectivas son más bien descriptivas en tanto que otros análisis, más recientes, presentan nuevas lecturas.¹⁸

Aunque todos los aportes reivindican el destacado rol de la publicación, se proponen distintas caracterizaciones de la misma.¹⁹ La mayoría de estas interpretaciones asumen, por un lado, miradas que no reparan en las mediaciones existentes entre un espacio de difusión de las producciones de algunos personajes destacados del mundo de la cultura argentina y los intereses y proyectos de la elite política del período. En consonancia con esta lectura, proponen como una variable explicativa principal el hecho de que la publicación recibía un subsidio oficial por el hecho de ser, desde el punto de vista nominal, un órgano de difusión de la Biblioteca Nacional. En relación con esta interpretación, suelen considerar la revista como una publicación supeeditada a los antojos de la elite política, o al menos propensa a una funcionalidad respecto de los mandatos estatales.²⁰

En ningún caso el papel de la revista es vinculado con la trayectoria intelectual de Groussac en el largo plazo, redimensionamiento que aquí se propone, pensando la publicación como un proyecto personal de su director, inscripto en el marco de una estrategia de posi-

¹⁸ En el primer sentido, véanse H. Lafleur, S. Provenzano y F. Alonso, *Las revistas literarias argentinas, 1893-1967*, Buenos Aires, CEAL, 1967, y E. Maeder, "Revistas históricas en la segunda mitad del siglo XIX", en: *Clio*, núm. 4, 1998.

¹⁹ Véase la lista de las contribuciones que analizan aspectos de *LB* en la bibliografía.

²⁰ En contraposición con esta postura véase P. Bruno, "Paul Groussac y *La Biblioteca* (1896-1898)", en: *Hispanamérica. Revista de literatura*, Año 32, núm. 94, 2003.

cionamiento en el ámbito cultural en el que estaba inmerso, y como parte de una serie de maniobras para consolidar su legitimidad.

La Biblioteca se anunció en su prefacio como órgano mensual destinado a publicar artículos inéditos. Se establecía que la aparición fuera los días 15 de cada mes en cuadernos en octavo mayor, de 160 páginas que conformaban un volumen de 640 páginas por cuatrimestre. La organización de la carátula presenta un acápite superior en letras mayúsculas: “HISTORIA, CIENCIA, LETRAS”; debajo se encuentra el nombre de la publicación y posteriormente, en una tipografía menor, “Revista mensual dirigida por P. Groussac”.

A lo largo de su trayectoria la revista conservó tres secciones que pueden considerarse fijas: “Redactores de *La Biblioteca*”, “Documentos históricos” y “Boletín bibliográfico”. En el primer número se anunció una sección titulada “Crónicas del mes”, pero ésta nunca llegó a aparecer y quedaron absolutamente fuera de la publicación los temas vinculados con los sucesos coyunturales del mundo político y los de orden social y económico.²¹ Una indagación a través de sus páginas y sus índices permite configurar algunas ideas más específicas en torno de sus intenciones. Los artículos tratan cuestiones científicas y culturales (en el sentido amplio y decimonónico de ambos términos) y poseen un corte erudito, lo cual diferencia esta publicación de otras en las que el tono estaba más ligado a la contribución periodística, sintética y de opinión.²²

El ejemplo de las revistas europeas funcionaba activamente en la concepción del director de *La Biblioteca*:

No hay que recordar la parte que cabe á las revistas europeas en el moderno movimiento intelectual. Desgracia ha sido el que ninguna publicación análoga pudiera implantarse sólidamente en esta tierra movediza y fofa. Todas han sucumbido, á pesar de las condiciones económicas de su elaboración.²³

²¹ Sección anunciada en “Nota de la Dirección”, en: *LB*, t. 1, 1896, p. 160.

²² Un índice de materias de la revista puede encontrarse en E. Maeder, *Índice general de 'La Biblioteca'*, Resistencia-Chaco, Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Humanidades, Departamento de Historia, 1962.

²³ “La Biblioteca de Buenos Aires”, art. cit., p. 185.

Sirviéndose de la *Revue des Deux Mondes* como paradigma de empresa editorial prestigiosa y exitosa, dos experiencias nacionales fueron rescatadas por el francés como antecesoras válidas: la *Revista de Buenos Aires*, fundada por Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola, y la *Revista Argentina* creada por J. M. Estrada.

Partiendo de estas consideraciones, Groussac apuntaba a dar forma a un órgano de difusión de estudios de carácter cultural, principalmente ligados con la historia y con la literatura. Su proyecto aparecía en una coyuntura en la que el mundo de las letras comenzaba a renovarse profundamente bajo la impronta del modernismo (su exponente máximo, Rubén Darío, había arribado a Buenos Aires en 1893), mientras que la producción historiográfica era más bien escasa, se oían aún los ecos del debate histórico mantenido por Bartolomé Mitre y Vicente F. López y comenzaba a delinearse una tendencia a la dispersión de enfoques.²⁴

La revista fue considerada por descollantes personalidades del mundo cultural como una empresa modernizadora, tanto por sus contenidos como por su formato y sus objetivos. Miguel Cané se refiere a *La Biblioteca* como un signo distintivo de civilización, y en una carta a Groussac fechada el 29 de julio de 1896 señala:

Mi querido amigo: Recibo el primer número de la Biblioteca junto a su carta. Aún antes de abrirla, el atractivo estero de la revista me ha producido una grata sensación de frescura, de limpia civilizada, que se siente al entrar á la sala de la ópera, por ejemplo, después de haber codeado en las calles una manifestación parroquial.²⁵

Por su parte, Rubén Darío se refiere a un comentario bibliográfico publicado en la revista en los siguientes términos: “los juicios a los que me refiero han aparecido en la revista más seria y aristocrática

²⁴ Rasgo especialmente resaltado en T. Halperin Donghi, “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, art. cit.

²⁵ AGN, FPG, Leg. núm. 1: Correspondencia recibida (1881-1929), manuscrito del emisor fechado el 29 de julio de 1896.

que hoy tenga la lengua castellana. *La Biblioteca*, es decir, nuestra *Revue de Deux Mondes*.²⁶ Estas apreciaciones nos ofrecen indicios para pensar la visibilidad que la publicación había conseguido.

En lo que respecta al criterio de selección de los escritos que tendrían un lugar en la revista, Groussac destaca: “no pediremos a nuestros colaboradores sino la corrección y compostura en la forma, unidas á la sinceridad en el fondo y á la sólida información”.²⁷ Como lo testimonia esta difusa aclaración, y del mismo modo que en otras publicaciones contemporáneas, no existe una clara definición sobre los rasgos determinantes de la aceptación o el rechazo de los manuscritos, con lo cual la selección de los escritos recaía en forma personal sobre la figura de su director, quien se posicionaba por sobre sus contemporáneos al definir pautas de admisión o de impugnación.

Puede sostenerse que *La Biblioteca* actuó como un medio de prestigio y consagración intelectual en la que se publicaron escritos de destacados hombres de cultura de la época, como Joaquín V. González, Miguel Cané, Rubén Darío, Juan Agustín García (h.), Lucio V. López, Eduardo Schiaffino, Leopoldo Lugones, Bartolomé Mitre, Lucio V. Mansilla, Ernesto Quesada, Luis M. Drago y Antonio Dellepiane, entre otros.²⁸ Ricardo Rojas destaca que el director reunió en la publicación a los “viejos maestros nativos –Mitre y López, que aún vivían– con los nuevos escritores de las más diversas especialidades”,²⁹ por su parte, en un análisis sobre la revista se afirma que pueden distinguirse cinco grupos de colaboradores siguiendo el criterio generacional.³⁰

²⁶ R. Darío, “Los colores del estandarte”, *La Nación*, 27 de noviembre de 1896; reproducido en “Dos juicios de Groussac y una respuesta de Darío”, en: *Nosotros*, núm. 82, 1916.

²⁷ “La Biblioteca”, en: *LB*, t. I, 1896, p. 5.

²⁸ El listado completo de los colaboradores de la revista se encuentra en “Redactores de *La Biblioteca*”, *LB*, t. VIII, 1898, pp. 249-285.

²⁹ R. Rojas, *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, Buenos Aires, Guillermo Kraft Limitada, 1957, t. VIII: “Los modernos. II”, cap. 21, p. 596.

³⁰ Los grupos que menciona Ernesto Maeder en esta caracterización son: la generación de 1866 (Lucio V. Mansilla, por ejemplo); los hombres de la organización nacio-

Además de elegir los textos que conformarían cada número, el director se encargaba del “Boletín Bibliográfico”, en el que escribía reseñas y críticas sobre las novedades editoriales de cada trimestre. Complementariamente, se ocupaba de la escritura de la sección “Redactores de *La Biblioteca*”, en la que presentaba reseñas biobibliográficas de los colaboradores, conocidas como “medallones”. En estas breves semblanzas, que llegaron a convertirse en uno de los atractivos principales de la revista, el francés sentaba a los autores en el banquillo de los acusados y procedía sin más a dictar sentencia. Sobre este tema, Rojas señala:

sobre estos colaboradores Groussac publicaba noticias biográficas en el interior de la cubierta, que fueron después recopiladas en el último tomo de la colección. Muchos ansiaban la colaboración por vanidad de esa noticia, pero a algunos les salió mal el cálculo, porque a veces el dueño de casa mostróse irónico y reticente.³¹

No es casual el hecho de que Groussac se reservara tantas atribuciones en el marco de su revista. Seleccionar los escritos, escribir los comentarios bibliográficos y redactar los “medallones” le permitía impulsar o censurar trayectorias, establecer límites entre lo aceptable y lo prescindible del mundo de las producciones culturales, señalar quiénes eran para él protagonistas destacados de la intelectualidad argentina y quiénes, decididamente, no lo eran. Se transformaba de este modo en el mentor de una galería de censuras y consagraciones que manejaba a su agrado, llegando a autoasignarse el lugar de la voz más autorizada para determinar quiénes contaban con talento y prestigio para formar parte de la cultura argentina.

Al mismo tiempo que el director de la Biblioteca Nacional realizaba las tareas referidas, publicaba en la revista numerosos escritos

nal (Bartolomé Mitre, Vicente F. López y otros); los hombres del ochenta (entre ellos, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña); la generación de 1896 (Ramón Cárcano, Rubén Darío, José María Drago, etc.); la generación del centenario (Lugones). Véase E. Maeder, *Índice general...*, *op. cit.*, pp. VII-VIII.

³¹ R. Rojas, *Historia de la literatura argentina...*, *op. cit.*, pp. 596-597, n. 1.

que tornaban abrumadora la presencia de su pluma.³² Se encargaba de escribir gran cantidad de artículos (sobre todo de carácter histórico) y la sección “Documentos” estaba destinada, en forma íntegra, a publicar los escritos vinculados con sus ensayos históricos. Por su parte, como se analiza en la sección siguiente, utilizaba la publicación como medio predilecto para mantener polémicas con sus contemporáneos.

Uno de estos debates precipitó el final de la empresa editorial. Desde las páginas de *La Biblioteca*, Groussac se había enfrentado con un funcionario estatal de gran importancia, Norberto Piñero, que cumplía en ese momento funciones como diplomático argentino en el contexto de las discusiones limítrofes con Chile. El tono virulento de la polémica motivó una carta de Luis Beláustegui, ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública de la Nación, reproducida en el artículo que el francés escribió al respecto, “La desaparición de *La Biblioteca*”, en la que se señalaba que las palabras de Groussac “exceden los justos límites de la crítica literaria para llegar hasta la injuria” y que “no encuadra, de manera alguna, con los propósitos y fines de una publicación costeadada por el Tesoro público”.³³ El director de la revista entendió esta carta como un acto de “censura ministerial” y decidió interrumpir la publicación. Así culminaba su intención de convertir a su revista en un espacio de expresión sobresaliente dentro del ambiente cultural de la época, no sin señalar nostálgico:

por mi parte tenía la elección entre explotar industrialmente el filón del presupuesto, imprimiendo á doscientos ejemplares, y en mal papel, vagos cuadernos de documentos inéditos, hasta formar cada año un tomo de 300 á 400 páginas, que habría sometido al visto bueno oficial y nadie hubiese leído; ó acometer de mi cuenta y riesgo una *empresa civilizadora* intentando fundar una gran revista mensual, no inferior á las europeas,

³² Maeder calcula que Groussac escribió el 39% de las páginas firmadas de *LB*; sin contar las páginas del “Boletín Bibliográfico” y las de “Redactores de *La Biblioteca*”. E. Maeder, “Revistas históricas en la segunda mitad del siglo XIX”, art. cit., p. 107.

³³ “La desaparición de *La Biblioteca*”, en: *LB*, t. VIII, 1898, pp. 244-245.

amplia en sus manifestaciones, libérrima en sus tendencias, que estimulase a los talentos conocidos y suscitase á los ignorados, hasta reflejar honrosamente el intelecto argentino en sus varias aplicaciones.³⁴

En este mismo registro también puede inscribirse este pasaje que el melancólico director le escribía a Miguel Cané, luego del cierre de la revista:

E finita la commedia! Nuestra revista sucumbe bajo un palo ciego ministerial. En el último número, que sale hoy, encontrará usted la historieta con su moraleja. [...] sin exagerarme, por cierto, la importancia de *mi programa*, creo que ella es doblemente instructiva: por su principio y por su fin. Se ha visto, por una parte, que es imposible por ahora realizar *mi programa*, y por la otra, que tal programa, aunque se realizara, no despertaría gran interés en el público, y mucho menos en los fantoches dirigentes.³⁵

La actitud de Groussac ante la reprimenda ministerial fue evaluada de distintas maneras por sus contemporáneos. Al enterarse de la suspensión de la publicación, Carlos Pellegrini le escribía: “Mi querido Groussac: Recibo con placer una carta suya que me tardaba. Veo que su salud se ha repuesto y le felicito. Llegó con ella el último número de La Biblioteca, su resolución la esperaba. Era la única solución elevada después de la gran necedad oficial. Pierde el país, pero Ud. gana”.³⁶ Tiempo más tarde, asumiendo otro tono, Ricardo Rojas escribía: “Mató Groussac su revista por un incidente con el ministro de instrucción pública. [...] Fue lástima que la matara, pues había llegado a tener suscriptores que la mantenían y prestigios que la hacían necesaria”.³⁷

Años después de esta primera experiencia, en 1900, apareció la segunda empresa editorial de Groussac ligada nominalmente con la

³⁴ *Ibid.*, p. 247. La cursiva es nuestra.

³⁵ Carta de Groussac a Miguel Cané fechada el 13 de mayo de 1898, citada en R. Sáenz Hayes, *Miguel Cané y su tiempo (1851-1905)*, Buenos Aires, Guillermo Kraft Limitada, 1955, pp. 459-461. La cursiva de “mi programa” es nuestra.

³⁶ AGN, FPG, Leg. núm. 1: Correspondencia recibida (1881-1929), manuscrito del emisor.

³⁷ R. Rojas, *Historia de la literatura argentina...*, *op. cit.*, pp. 596-597.

institución que dirigía, los *Anales de la Biblioteca*, y hasta 1915 aparecieron diez tomos con una frecuencia de publicación más bien aleatoria. En la portada se leía: “Publicación de documentos relativos al Río de la Plata con introducción y notas por P. Groussac. Director de la Biblioteca Nacional”. El último tomo no aporta ningún tipo de explicación acerca de los motivos por los cuales finalizaba su edición.

En la presentación de los *Anales* se explicitaban las coordenadas en las que se ubicaba. En primer lugar, se señalaba que salía a la luz gracias a los auspicios del gobierno nacional y posteriormente se anunciaba su finalidad: “tienen por objeto principal la publicación de obras y documentos inéditos, existentes en la Biblioteca de Buenos Aires y relativo á la historia y geografía del Río de la Plata”.³⁸ A continuación se inscribía a los *Anales* en una línea de continuidad iniciada con la obra de recopilación documental de Pedro de Angelis y proseguida por otros compiladores. También en esta ocasión, las experiencias europeas funcionaban como referencia a la hora de trazar un perfil ejemplar para la empresa, y se señalaban como modelos a seguir los *Materiales para la historia de Francia*, el texto agregado por Alfred Jacobs a una edición de escritos de Gregorio de Tours y la introducción y los comentarios de François Mignet a las actas de la *Sucesión de España*. Luego de presentar una serie de exigencias vinculadas con el método histórico y las formas de realizar una compilación de documentos erudita y crítica, Groussac cerraba el prefacio señalando: “tampoco aspiro a que se tenga por un alto esfuerzo del espíritu esta *empresa subalterna*, que sólo exige algún criterio y mucha laboriosidad”.³⁹

Así, los *Anales de la Biblioteca* irrumpían, desde su presentación, con un tono más moderado que el de *La Biblioteca*: mientras que ésta se percibía como “empresa civilizadora”, los *Anales* se presentaban como “empresa subalterna”. En tanto que en el texto de apertura de la primera se explicitaba: “aunque subvencionada, nuestra publicación no tiene, pues, carácter oficial en forma alguna”, en el prefacio de la segunda se destacaba que los auspicios del gobierno nacional eran necesarios para concretar

³⁸ “Prefacio”, en: *Anales de la Biblioteca* (en adelante *AB*), t. I, 1900, p. v.

³⁹ *Ibid.*, p. XIV. La cursiva es nuestra.

la empresa y se intentaba ligar estrechamente los objetivos de la misma con la institución que la propulsaba, la Biblioteca Nacional.

Podría pensarse que Groussac había aprendido la lección luego del cierre de su publicación anterior y que se había resignado a publicar esos “vagos cuadernos de documentos inéditos”, a los que hacía referencia en 1898 que, desde su perspectiva, habrían obtenido la aprobación oficial sin problemas. Sin embargo, más allá de las diferencias señaladas y reconocidas por el propio director, este proyecto editorial mantuvo y reforzó rasgos de su antecesor.

En lo que respecta a las políticas editoriales, en el primer tomo se señalaba: “nos llevará el rigorismo editorial hasta cerrar los *Anales* á todo estudio contemporáneo; por excepción y como comentario de algún manuscrito dado á luz, podrán publicarse ensayos históricos originales, cual suele hacerse en los repertorios similares de Europa”.⁴⁰ Este “rigorismo editorial” se tradujo en la siguiente realidad: todas las introducciones y los comentarios de los documentos publicados estuvieron, exclusivamente, a cargo de Groussac, y gran parte de estos textos forman parte de las posteriores obras de carácter histórico publicadas por él. Nuevamente su pluma se convertía en elemento omnipresente en la publicación que dirigía.

El segundo rasgo compartido por los *Anales* y *La Biblioteca* consiste en la transformación de la publicación en tribuna desde la cual intervenir en el ámbito público y polemizar. Desde las páginas de los *Anales*, su director participó en 1900 en el debate acerca del idioma de los argentinos, entabló una polémica con el director de la Biblioteca Nacional del Perú, Ricardo Palma, y criticó el método histórico que estaban practicando los historiadores de la Nueva Escuela Histórica. Aunque el tono de la presentación en sociedad de la publicación es más moderado, puede marcarse una línea de continuidad en lo que respecta al carácter personalista de la empresa editorial.

Groussac articuló, de este modo, en un primer momento de su trayectoria sus intervenciones públicas por medio de la utilización de las pági-

⁴⁰ “Prefacio”, en: *AB*, t. I, 1900, p. VII.

nas de periódicos y más tarde se sirvió de las revistas que dirigió. Estos espacios de enunciación no ocupaban un lugar menor en el marco de las estrategias para consolidar su legitimidad y volverse visible antes los otros. Uno de sus críticos sintetizó esta política de convertir las publicaciones subvencionadas en trincheras personalistas con las siguientes palabras:

el Señor Groussac cuida y ha cuidado siempre que sus odios no sufran de intemperie ni perezcan en el frágil cuerpo de periódicos y folletos. Sus gratitudes, escritas en lápiz, ocupan poco espacio; sus odios van burilados en volúmenes. Los anida maternalmente; las hojas pasan, las piedras quedan. Así es como siempre se sirviera de publicaciones oficiales para sus causas particulares, censurando en ellas con el aplomo de los impunes consuetudinarios, al mismo Gobierno del cual depende.⁴¹

4. UN PLACER INTERESADO EN EL DESDÉN

Una imagen: una caricatura de un gallo desafiante con la cara de Groussac.⁴² Un apodo: “el ogro de Perú y Moreno”.⁴³ Una fama: ni es su virtud la indulgencia ni su defecto la lisonja, peca por descontentadizo y áspero, y tiene muñeca de floretista, de vapuleador y de matamoros.⁴⁴ Una sentencia borgiana: “hubo en Groussac otra cosa

⁴¹ R. Levillier, “El aspecto moral...”, art. cit., pp. 296-297.

⁴² Véase la imagen de la página 219. La caricatura fue realizada por José M. Cao y apareció en la sección “Caricaturas contemporáneas”, en: *Caras y Caretas*, núm. 91, 30 de junio de 1900. Debajo de la imagen se lee la siguiente rima: “Como tiene un espolón/de sólida erudición,/le alza el gallo y le pelea/á cualquier otro, aunque sea/ el gallo de la Pasión”. La imagen tiene un doble sentido: por una parte refiere a la actitud similar a la de un gallo de riña mantenida por Groussac, y por la otra refiere al gallo como símbolo de lo francés.

⁴³ Las distintas fuentes consultadas atribuyen la creación del apodo a Ángel Estrada. El nombre de las calles refiere al emplazamiento del primer edificio en el que Groussac ocupó el cargo de director de la Biblioteca Nacional.

⁴⁴ Las tres primeras expresiones se encuentran en R. Giusti, “Notas sobre Paul Groussac”, en: *Nosotros*, núm. 188, enero de 1925, p. 92, y las otras en J. Oria, “La polémica de Menéndez y Pelayo con Groussac. Sobre el ‘Quijote’ de Avellaneda”, en: *Humanidades*, t. XXIV, 1934, p. 6.

que las reprensiones del profesor, que la santa cólera de la inteligencia ante la ineptitud aclamada. Hubo un placer desinteresado en el desdén. Su estilo se acostumbró a despreciar, creo que sin mayor incomodidad para quien lo ejercía”.⁴⁵

Tan elocuentes trazos y evaluaciones nos conducen a la fama que Groussac supo fomentar a lo largo de su vida. Ocupó un lugar destacado en el espacio cultural porteño y se convirtió en una personalidad respetada, misteriosa y temida por la mayoría de sus pares y de los miembros conspicuos de las generaciones intelectuales que lo sucedieron, consolidando su notoriedad y adquiriendo trascendencia al ritmo de sus implacables intervenciones públicas.

La dinámica de los intercambios polémicos los convierte en escenarios en los que interactúan, en forma discrepante y competitiva, diversos argumentos que pretenden presentarse como válidos y legítimos, y por tanto excluyentes entre sí y definitivos.⁴⁶ La participación en una instancia de cruce de opiniones, juicios e ideas signada por las críticas, las réplicas y las refutaciones está motivada por la intención de demarcar límites, de definir espacios de validez y de encontrar pilares de fundación de legitimidad. En este sentido, aquí argumentamos que el placer de Groussac en el momento de ejercer el desdén no era en absoluto desinteresado, como señaló Borges, sino más bien todo lo contrario: formó parte de una sistemática táctica de posicionamiento frente a los otros.

Las instancias polémicas funcionaban en el pasaje del siglo XIX al XX como espacios en los que se intentaba unificar ciertos criterios de producción, circulación, crítica y socialización de los discursos enunciados por los intelectuales. En este sentido interpretativo pueden inscribirse controversias como la mantenida por Pedro Goyena y

⁴⁵ J. L. Borges, “Paul Groussac”, en: J. L. Borges, *Discusión, Obras completas I*, Buenos Aires, Emecé, 1996, p. 233.

⁴⁶ Para un análisis metodológico acerca de la dinámica asumida por distintas polémicas véase M. Dascal, “Types of polemics and types of polemical moves”, en: S. Cmejrková, J. Hoffmannová, O. Müllerová y J. Svetlá, *Dialoganalyt*, Tubinga, Teil 1, 1988.

Eduardo Wilde durante 1870 sobre la poesía como género expresivo (suscitada por los juicios emitidos por el último sobre la obra poética de Estanislao del Campo) y la protagonizada por Bartolomé Mitre y Vicente F. López sobre las formas correctas de hacer la historia a comienzos de la década de 1880, por mencionar las más célebres.⁴⁷

En las siguientes páginas presentamos la serie de disputas en las que participó Groussac. Con este objetivo, exponemos, en sus líneas principales, los intercambios polémicos haciendo hincapié en las temáticas que los suscitaron, en las representaciones vigentes sobre sus protagonistas y en algunos indicios sobre las repercusiones de las mismas. El objetivo principal es captar cómo se posicionaba nuestro personaje frente a sus pares y dilucidar algunos motivos por los cuales sus contemporáneos estaban dispuestos a mantener polémicas con él.

En febrero de 1884, recién regresado de Europa, Groussac publicó un comentario acerca del libro de Miguel Cané, *En viaje*,⁴⁸ en el que el autor narra las experiencias de la travesía emprendida por Cané hasta llegar a sus destinos diplomáticos, Venezuela y Colombia, así como los acontecimientos vividos en ambas naciones durante 1881 y 1882. En su nota, el francés formuló algunas consideraciones generales acerca del ambiente literario argentino del siglo XIX y sus transformaciones y presentó una serie de críticas y comentarios en torno del contenido de la obra reseñada, además de opiniones sobre el carácter del autor.⁴⁹

⁴⁷ Las cartas intercambiadas por Wilde y Goyena pueden verse en E. Wilde, *Tiempo perdido. Trabajos médicos y literarios*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1967 [1878], pp. 65-120. Para la polémica entablada entre Mitre y López véanse A. Eujanian, "Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882", en: *Entre pasados*, núm. 16, principios de 1999, y R. Madero, *El origen de la historia. Sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001. Otro aporte local que asume como objeto de estudio algunos debates es el de N. Pagano y M. Rodríguez, "Las polémicas historiográficas en el marco de la profesionalización y consolidación de la disciplina histórica", en: *Estudios Sociales*, núm. 17, Santa Fe, 2do. semestre de 1999.

⁴⁸ "M. Cané (*En viaje*)", *El Diario*, 8 de febrero de 1884.

⁴⁹ El primero en rastrear los efectos de este comentario fue Ricardo Sáenz Hayes; véase su *Miguel Cané...*, op. cit., cap. 10.

Los pasajes más críticos del comentario están destinados a algunos fragmentos del libro en los que Cané se mostraba como un hombre malhumorado, de temperamento demasiado enérgico y un tanto rezongón. En el mismo sentido, con tono burlón, el comentarista señalaba que el diplomático-viajero era incapaz de vivir sin comodidades y que recorrer el mundo lo convertía en un personaje marcadamente iracundo, hecho que generó cierto malestar en Groussac, señalado desde su rol de literato europeo como una falta de respeto: “Nosotros tenemos para nuestro uso un hemistiquio de Boileau: *el lector francés quiere ser respetado*. Supongo que el argentino no exige menos de un autor y un diplomático”.⁵⁰

En otro registro de críticas, nuestro personaje reprochaba a Cané que cayera frecuentemente en la tentación de describir bellezas naturales, como el Tequendama o el Niágara, en forma poco original y con una prosa cargada de frases hechas y estereotipadas. En esta línea, prescribía: “hay cosas para ser vistas y no descritas”. Otra de las cuestiones que se reprueba en el libro es el exceso de descripciones sobre Colombia. El comentarista afirmaba al respecto que a los argentinos no les interesaba ni les resultaba útil la realidad de aquel país, ya que por encontrarse en vías de modernización, la Argentina debía tomar como modelos a seguir “las sociabilidades superiores o iguales a ella”, en lugar de prestar atención a “Colombia y Venezuela, [que] están en el período guerrero anárquico que la república Argentina ha cruzado para siempre jamás”.⁵¹

A los ojos de Groussac, la escritura indisciplinada de Cané era inexperta y deficiente en la elección de temas, en la descripción de los paisajes y hasta en la posición asumida por el diplomático frente al proceso de modernización. La siguiente frase sintetiza sus opiniones acerca de las falencias y las limitaciones del libro:

Más que nadie apruebo la independencia intelectual; pero de ahí a batir en brecha cuanto ha sido aplaudido y admirado por los verdaderos jueces, hay

⁵⁰ “M. Cané (*En viaje*)”, art. cit.

⁵¹ *Ibid.*

un abismo [...] Se pasa del terreno libre de las apreciaciones al muy delimitado de los hechos; se llega a hablar de Indostaní sagrado a propósito de *La Africana*; se penetra a pies juntillas en el dominio científico enmendando la plana a Gavier, y metiendo el *caimán* en la familia de los *cetáceos* (p. 155), y ello empieza a no tener tanta gracia. Hay en este libro una docena de *orionadas* de este calibre que le afean notablemente.⁵²

La recepción de este artículo por parte de Cané puede rastrearse en dos registros de características disímiles: uno privado y otro público. Respecto del primero, en una carta dirigida a Lucio López, escrita en Viena y fechada en marzo de 1884, escribe:

No conozco á Groussac, ni lo he visto jamás. No estaba, por consiguiente, obligado a escribir nada sobre mí, ni yo tengo el deber de estarle agradecido por sus insípidas laudatorias, su especie de asombro ante mi talento a propósito de un libro que no vale nada. Lo que me ha herido y no me esplico de dónde viene, son sus apreciaciones envueltas sobre mi carácter, que no conoce, que no tiene el derecho a juzgar por mi trabajo literario. [...] No creo que nadie tenga peor opinión de mi libro que yo mismo: le he tomado horror. Pero mi libro y yo, somos dos y al último es necesario respetar.⁵³

Un mes después, el autor de *En viaje* hizo publicar una réplica en forma de carta dirigida a Manuel Láinez, director de *El Diario*, en la que se encargó, sobre todo, de refutar algunos errores que Groussac marcaba en una de las frases ya citada.⁵⁴ Una de las objeciones versaba sobre el libreto de la ópera *La Africana*. El comentarista francés destacaba como un error de Cané el hecho de mencionar el Indostaní cuando se refería a la ópera en cuestión, y ahora el acusado respondía fastidiosamente señalando que su censor cometía un descuido: “Que

⁵² *Ibid.*

⁵³ Carta de Miguel Cané a Lucio López, fechada el 16 de marzo de 1884 en Viena, AGN, *Colección Lucio Vicente López*, pieza 5721, Leg. 2381.

⁵⁴ “Una carta de Miguel Cané al director de *El Diario*”, *El Diario*, 17 de abril de 1884.

M. Groussac no haya visto la 'Africana' me lo esplico; que no haya leído el libreto, me da un motivo de aprecio por él. Pero ambas omisiones debieron aconsejarle 'no abusar de su competencia'. Posteriormente, Cané especifica que la *Africana* está basada en un poema del dramaturgo francés Eugène Scribe y que ninguna de sus escenas transcurre en África; remata destacando que la heroína es la reina de una comarca asiática y que el quinto acto tiene como escenario el Indostán. Con estos datos concretos concluye: "Lo curioso habría sido que yo hablara del África, á propósito de la 'Africana'! Eso habría tenido sentido común y yo me refería a un libreto de ópera".⁵⁵

Cané se refería luego irónicamente a su crítico como "M. Groussac, que es fuerte en geografía" al marcar un error en la ubicación de Colombia y Venezuela como naciones centroamericanas. Rematando y convirtiendo en cómplice de su refutación al director de *El Diario*, que era además su primo hermano, escribe:

Comprendes que no te hubiese hablado de este pequeñísimo incidente, si un "cetáceo" que M. Groussac ha descubierto en la página 155, [que cita cuidadosamente] no hubiera suscitado sus iras? Sufro con paciencia mi pena; ese infame *cetáceo*, que no sé cómo se ha metido en mi escaso museo zoológico, constituye uno de mis mas crueles remordimientos. Si otra vez llego a subir al "Magdalena", te afirmo que lo haré con un diccionario de historia natural en la maleta, entre el petate y el mosquitero. En cuánto á M. Groussac, espero que no se ponga de nuevo en campaña sin una colección de libretos de ópera. Su lectura es la única pena que le impongo por su tolerancia... Es por lo demás un honor para nuestro país tener en su cuerpo docente un hombre como M. Groussac.⁵⁶

En el ámbito de las comunicaciones privadas, un mes después de la publicación de esta carta abierta, el tono de Cané resultaba menos sobrepuesto. En otra epístola dirigida al mismo Lucio López, escrita desde París en mayo de 1884, destaca que, más allá de que las críticas

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *Ibid.*

de Groussac podían ser tolerables, a él le generaban desprecio por la intención de herir a la distancia tras la máscara de la crítica:

Yo no tengo buena idea de mi libro excepto algunas páginas sueltas cuya vivacidad de estilo me satisface; así las críticas de Groussac, justas muchas de ellas, correctas y aceptables, no tienen nada que ver con este sentimiento de desprecio que siento por él. Es el móvil, es la sorpresa a mansalva, procurando herirme e hiriéndome a la distancia y esto bajo la impunidad de la crítica. [...] si tienes interés en que mejore mi opinión sobre Groussac moral, dime todo lo que sepas al respecto. O mejor, no hablarme más de ese individuo a quien no creo leal. Si es así, no tiene cabida entre nosotros.⁵⁷

Luego de la difusión de la carta de Cané en *El Diario*, Groussac no respondió, por lo menos públicamente. Sin embargo, las repercusiones de este intercambio se hacen manifiestas en los escritos posteriores de ambos contendientes. Así, veinte años después, en la segunda edición de *En viaje* de 1904, Cané se ocupó de eliminar de su libro una gran cantidad de fragmentos en los que se sucedían las escenas que lo mostraban como un personaje irascible.⁵⁸ A la vez, suprimió el pasaje que narra su viaje por el río Magdalena, en el que afirmaba que el caimán era un cetáceo.⁵⁹ Por su parte, en un texto escrito en 1893 y publicado en 1897, Groussac reconoció sus imprecisiones de orden geográfico y, desde Belice, manifestó irónicamente su *mea culpa*: “á vuelta de otras gentilezas mías, Cané me dijo un día que á fuer de ser francés, tenía yo el derecho de no saber

⁵⁷ Carta de Miguel Cané a Lucio López, fechada el 28 de mayo de 1884 en París, AGN, *Colección Lucio Vicente López*, pieza 5722, Leg. 2381.

⁵⁸ En la introducción señalaba: “En esta reedición, [...] se ha suprimido bastante en los primeros capítulos, de los que sólo se han conservado algunos contornos trazados al pasar”; véase M. Cané, *En viaje. 1881-1882*, Buenos Aires, Biblioteca de *La Nación*, 1904, p. 6.

⁵⁹ El fragmento criticado por Groussac en el que Cané menciona al caimán como cetáceo se encuentra en: M. Cané, *En viaje*, París, Garnier Hermanos, 1884, p. 155; el pasaje modificado en: M. Cané, *En viaje. 1881-1882*, Buenos Aires, Biblioteca de *La Nación*, 1904, pp. 96-97.

geografía. (Picante coincidencia: precisamente era á propósito de la América Central)".⁶⁰

En el transcurso del mismo 1884 Groussac mantuvo desde las páginas del periódico *Sud-América* tres polémicas de características diferentes. En la primera de ellas tuvo como contrincante a quien había sido su amigo hasta el momento de la controversia: Manuel Láinez. Él utilizaba las páginas de su periódico, *El Diario*, que había tenido como colaborador predilecto durante 1883 al mismo francés que ahora se convertía en blanco de ataque.

La polémica, mantenida desde marzo de 1884 hasta febrero de 1885, giró en torno de cuestiones relacionadas con el Colegio Nacional de La Plata. Desde marzo, el director-gerente del *Sud-América* criticaba fuertemente las formas de organización de este establecimiento desde su rol de inspector general de Colegios Nacionales. Mientras tanto, su rival defendía la institución, ya que estaba estrechamente hermanado con los intereses del gobernador de la provincia, Dardo Rocha, señalando que las falencias se debían a la falta de parámetros para mejorar la organización del establecimiento, falta imputable al ahora inspector, que no cumplió con el cometido de su viaje a Europa de 1883. Esta polémica, cargada de virulencia, puede rastrearse en numerosos artículos aparecidos en las columnas de los dos periódicos involucrados.⁶¹

También en 1884, durante noviembre, nuestro personaje mantuvo un debate que lo enfrentó con Calixto Oyuela, quien argumentaba desde las columnas de *El Nacional*. Varios temas se superpusieron en este intercambio. Los primeros artículos cruzados giraron en torno del teatro español contemporáneo y sus intérpretes (especialmente los hermanos Rafael y Ricardo Calvo y Antonio Vico).⁶² La postura de Groussac sobre este tópico transmitía una hostilidad marcada hacia las manifes-

⁶⁰ P. Groussac, *Del Plata al Niágara* (en adelante *DPN*), Buenos Aires, Administración de *La Biblioteca*, 1897, p. 136.

⁶¹ Para los pormenores de esta polémica véase J. Canter, "Sarmiento, Groussac y Láinez...", art. cit.

⁶² Se encuentran fragmentos de los artículos de este intercambio de ideas en J. Canter, *Contribución a la bibliografía...*, op. cit., pp. 89-97.

taciones artísticas españolas, consideradas meras y burdas imitaciones de las francesas. La reacción de Oyuela no sorprende si se considera que a lo largo de su trayectoria intelectual se manifestó como un adepto acérrimo de España y de sus manifestaciones culturales y que, desde esta postura, había mantenido varios intercambios con personajes más reacios a aceptar la cultura hispánica.

Lo que es llamativo, en cambio, es el giro asumido por el debate: luego de versar en torno del teatro español, pasó a enfrentar a los adversarios con múltiples temas, entre los cuales quizás el más disparatado sea el que se vinculaba con un proyecto de Groussac de medir un arco de meridiano de la República Argentina. Argumentaba que esta posibilidad le había sido sugerida por un almirante francés, de apellido Mouchez, y que la concreción del proyecto permitiría contar con información de carácter geofísico considerada fundamental. Una vez más, desde las páginas de *El Nacional*, Oyuela salía al ruedo desestimando la importancia científica de esta medición y poniendo en duda la conexión de Groussac con el mencionado almirante.

Uno de los artículos de Oyuela inscripto en este caleidoscópico intercambio polémico llevaba el título de “Muerte de Groussac”, claro índice de la virulencia asumida por la controversia. Luego de este escrito se publicó una réplica en *Sud-América* bajo el título de “Escrito de acusación”, firmado por Groussac y por Carlos Pellegrini, este último en carácter de “abogado, ante el juez del crimen, contra ‘Calixto Oyuelo’” [sic].⁶³

Como se ha señalado en el capítulo anterior, existe un último episodio que actúa como cierre de este conflicto y del anterior: la campaña de *El Nacional*, quizás encabezada por Manuel Láinez y Calixto Oyuela, en enérgica oposición al nombramiento del francés como director de la Biblioteca Nacional. Sus adversarios cargaron sus plumas con argumentos cuyo eje residía en cuán inadecuado era que un extranjero ocupara un cargo en una institución paradigmáticamente nacional.

Una tercera polémica en la que nuestro personaje participó desde el *Sud-América* excede ampliamente cuestiones personalizadas y ata-

⁶³ Véase “Calumnias castigadas”, *Sud-América*, 12 de noviembre de 1884.

ques concretos: apuntaba, en cambio, a temas de carácter más general. Nos referimos a la controversia mantenida en torno de las denominadas leyes laicas. Su alineación en esta contienda fue explícita y su participación enérgica, ya que consideraba las iniciativas liberales del gobierno como “conquistas del espíritu moderno, y tan preciosas como las realizadas sobre el desierto”.⁶⁴

Las controversias generadas en torno de las reformas secularizadoras asumieron una relevancia indiscutida en la vida del francés, principalmente porque los dos personajes más notables del movimiento católico opositor a las leyes laicas fueron sus entrañables amigos Goyena y Estrada, cuyas opiniones aparecían expresadas en *La Unión*, órgano de prensa especialmente creado en 1882 para participar en esta contienda.⁶⁵ En el marco de las páginas de ese periódico, Groussac se convirtió en el blanco de ataque predilecto, hecho que supo aprovechar dado que le otorgaba un deseado lugar de visibilidad. Al respecto señala: “los más violentos de los ataques de la prensa clerical llovían sobre el extranjero, director del diario, libre pensador y brazo derecho del Ministro Wilde”.⁶⁶

En los años transcurridos entre 1885 y 1896, Groussac parece haber evitado enredarse en debates e intrigas públicas. Quizás su separación del *Sud-América* lo colocó en una posición menos expuesta. Observamos también que durante estos años, según el recorrido biográfico ya reconstruido, se ocupó de varias tareas vinculadas con la gestión en la Biblioteca, como el armado del primer catálogo metódico, y que se dedicó además a cumplir con el rol de crítico teatral de *La Nación* y a montar la experiencia de *Le Courrier Français*, cuyas páginas lo tienen como colaborador omnipresente.

Pasados estos años de serenidad, desde las páginas de *La Biblioteca* protagonizó otro ciclo de polémicas entre 1896 y 1898 uno de cuyos debates lo enfrentó con Norberto Piñero.⁶⁷ Surgido a raíz de los ataques

⁶⁴ *LQP*, p. 53.

⁶⁵ Véase N. Auza, *Católicos y liberales...*, *op. cit.*, especialmente el cap. 7.

⁶⁶ “Noticia biográfica”, *op. cit.*, p. 36.

⁶⁷ Esta polémica puede rastrearse, en orden cronológico, en los siguientes textos: P. Groussac, “Escritos de Mariano Moreno”, en: *LB*, t. 1, 1896; N. Piñero, *Los escritos de*

del director de la revista al abogado, que había realizado una recopilación de escritos de Mariano Moreno, los temas centrales del intercambio versaron sobre la autoridad y la capacidad del editor para realizar una compilación y sobre el carácter apócrifo del *Plan de operaciones*.⁶⁸ Las críticas del director de la revista al trabajo del compilador se basaron en los conocimientos que él poseía sobre el método histórico, hecho que lo acredita como el introductor de dicho método en la Argentina.

Durante este intercambio, el francés criticó la obra del jurisconsulto por diversas razones. La mayor energía de su argumentación estuvo puesta en el intento por demostrar la existencia de patrones correctos para realizar y editar un compendio de fuentes documentales. Por el hecho de ser abogado, Piñero no poseería los conocimientos y las capacidades necesarias para tal fin. Según manifestaba Groussac, la tarea excedía las capacidades intelectuales del desventurado editor.

El director de *La Biblioteca* destacaba entre sus argumentos que la ineficacia de Piñero era evidente y, a pesar de su título y de su inserción universitaria, exhibía su ignorancia en cada página de la compilación. En el transcurso del texto aparecen numerosas alusiones sobre la incompetencia del editor:

El Sr. Piñero es abogado; no sé si bueno o malo —sospecho que mediano— pero estoy seguro que no es sino eso. Otros hay que, además de abogados, son cualquier otra cosa, hasta literatos y pensadores: él no conoce y practica más que la lógica y la moralidad abogadiles. [...] Ahora bien, ello es sin duda ventajoso para ganar ó perder pleitos; pero fuera un error deplorable creer que el instrumento curial sea aplicable á otras especulaciones más altas y desinteresadas.⁶⁹

Mariano Moreno y la crítica del Señor Groussac, Buenos Aires, Lajouane, 1897; P. Groussac, "Escritos de Mariano Moreno. Segundo artículo", en: *LB*, t. VIII, 1898.

⁶⁸ El debate sobre el carácter apócrifo del *Plan de operaciones* fue resuelto años después por Ricardo Levene. Véase R. Levene, *El plan atribuido a Moreno y la Instrucción de Chiclana*, Buenos Aires, Coni, 1921.

⁶⁹ "Escritos de Mariano Moreno. Segundo artículo", art. cit., p. 271.

En el segundo artículo de Groussac sobre el tema, aparecido luego de la réplica de Piñero, sus juicios fueron más lapidarios: señalaba que la profesión de abogado provocaba la obstaculización de las capacidades mentales, generando una “impermeabilidad cerebral” que, inevitablemente, conducía al ejercicio de un “daltonismo intelectual”.⁷⁰ En los dos artículos del francés son descarnadas las críticas relacionadas con las falencias en el manejo de ciertos saberes. Así, las referencias a la inexperiencia literaria, al erróneo concepto histórico y al desconocimiento de los deberes inherentes a la tarea acometida son constantes. Para reforzar la imagen de ineptitud de Piñero, Groussac no ahorró apelativos, argumentos *ad hominem*, ni epítetos estandarizados, entre los que se destacan: “leguleyo”, “estimable aficionado” e “irreflexivo prologuista”.

Las réplicas de Piñero fueron vertidas en un folleto de 105 páginas titulado *Los escritos de Mariano Moreno y la crítica del Señor Groussac*. Allí, el atacado editor hacía pública su lectura de los embates del censor francés: “más que una crítica severa y serena, el señor Groussac ha hecho un largo y minucioso proceso a los *Escritos* y á su compilador, con una inquina y una acritud muy superiores á las que habitualmente usa. Todo lo ha encontrado condenable, malo, pésimo”.⁷¹

A lo largo del folleto, Piñero tomó los diversos argumentos de su detractor e intentó refutarlos acudiendo a artilugios de diversa índole (citas de nuevos documentos, comparaciones de su recopilación con la edición de escritos de Mariano Moreno realizada por su hermano Manuel, entre otros) y recurriendo a la autoridad de historiadores argentinos de renombre como J. M. Estrada, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre. Sin embargo, pese a un evidente y prolijo trabajo, sus argumentos son más bien tímidos e insuficientes. La reacción de Groussac ante la aparición de este folleto cristalizó en una frase que años después Jorge Luis Borges eternizó al citarla en el *Arte de injuriar*, a saber:

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 270 y 281.

⁷¹ N. Piñero, *Los escritos de Mariano Moreno...*, op. cit. p. 7.

Sentiríamos que la circunstancia de haberse puesto en venta el alegato del doctor Piñero fuera un obstáculo serio para su difusión, y que este sazonado fruto de un año y medio de vagar diplomático se limitara a causar “impresión” en la casa Coni. Tal no sucederá, Dios mediante, y al menos en cuanto penda de nosotros, no se cumplirá tan melancólico destino.⁷²

El efecto principal de esta controversia fue el fin de la publicación de la revista de Groussac.

El otro debate que emprendió desde *La Biblioteca* tuvo lugar durante mayo de 1897 y conoció como contrincante a Bartolomé Mitre. La discusión, signada por perspectivas divergentes acerca de las invasiones inglesas a Buenos Aires, fue lanzada por el antaño presidente de la nación; posteriormente, Groussac se encargó de la sistematización de una detallada réplica.⁷³

En esta querrela las acusaciones lanzadas por el director de la revista están, en su mayoría, matizadas por cierto respeto ante el contrincante y, además, aparecen adornadas con no pocas alabanzas, minimizando incluso exageradamente la importancia del trabajo histórico sobre Santiago de Liniers que generó las críticas de Mitre, refiriéndose a él en términos de “modesto ensayo”. En este mismo registro manifestaba su asombro ante la situación: “el señor Mitre, cuya *Historia de Belgrano* necesita con-

⁷² “Escritos de Mariano Moreno. Segundo artículo”, art. cit., p. 268. La frase es citada por Borges en “Arte de injuriar”, en: *Sur*, núm. 8, 1933, p. 73.

⁷³ Durante mayo de 1897 Bartolomé Mitre publicó en el diario *La Nación* algunos comentarios y críticas a las notas que Groussac había incorporado en una de las entregas de su “Santiago de Liniers”, que aparecía en *LB* desde el tomo III. Estas notas del director de la revista hacían referencia a supuestos equívocos de Mitre con relación a acontecimientos específicos de las invasiones inglesas, como el de establecer con exactitud las calles por las que ingresaron las tropas inglesas durante la primera invasión. Luego de la aparición de los comentarios de Mitre, Groussac respondió en *LB* bajo el título “Santiago de Liniers”. Allí escribió una breve introducción, transcribió íntegros los comentarios, que llevaban el título de “Paréntesis históricos”, y respondió bajo el título “Disgresión polémica”. Estos textos fueron publicados con escasas modificaciones en P. Groussac, *Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires, 1753-1810* (en adelante *SL*), Buenos Aires, Arnoldo Moen y Hermano Editores, 1907, pp. 413-459.

saltar muy á menudo todo aquel que de estas materias se ocupe, ha dignándose prestar atención á ciertas críticas menudas que de pasada hemos creído útil apuntar”.⁷⁴ Simultáneamente, resaltaba en forma reincidente la magnitud de la figura de Mitre caracterizándolo como un “ilustre historiador”, un “anciano glorioso” y un “ilustrado crítico”.

Pese a este afán mitigador, el polemista francés atacó a Mitre destacando que sus glorias y su reputación eran tributarias de su paso por el ámbito militar. Así, la apelación a la figura del “general Mitre” es aun más recurrente que las anteriormente señaladas. La intención de Groussac consistía en relativizar la estrategia del antaño presidente de presentarse como una figura indiscutible en materia histórica, respecto de la cual destacaba: “me parece que su actitud literaria conserva demasiado un recuerdo de una jerarquía extraña a la literatura”.⁷⁵

El cierre de este tipo de apreciaciones se hacía presente en la conclusión del artículo de Groussac, en la que argumentaba que su participación en la discusión se hallaba desde el comienzo condicionada en la medida en que el enfrentamiento era con una alta personalidad “cuya autoridad ejerce en el espíritu público una suerte de dictadura”.⁷⁶ Estos perfiles de la figura de Mitre habían ya despuntado en el debate que sostenía simultáneamente:

La razón suprema que tiene el señor Piñero para sostener que el *Plan* es auténtico, contra la demostración científica y la evidencia, es que el general Mitre garantiza la autenticidad. No necesito insistir en las consecuencias funestas que para el espíritu argentino tendría esta abdicación voluntaria al libre albedrío, esta “suma del poder histórico” conferida a un dictador intelectual.⁷⁷

En lo que respecta a la respuesta de Mitre, en ella también está presente la violencia y la ironía para descalificar a su oponente en el terreno de la

⁷⁴ “Santiago de Liniers. Disgresión polémica”, en: *LB*, t. IV, 1897, p. 436.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 449.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 480.

⁷⁷ “Escritos de Mariano Moreno. Segundo artículo”, art. cit., p. 317.

escritura de estudios históricos. La única legitimidad que le reconoce en sus argumentos es la que posee por ocupar su cargo de bibliotecario, pues lo llama “el inteligente director de nuestra Biblioteca Nacional”.⁷⁸ Partiendo de este encasillamiento, lo invitaba a asomarse a los balcones del edificio de la institución que dirigía para que observara las calles y advirtiera, por medio de una operación propia del sentido común, que era imposible concretar las maniobras militares que él describía en sus textos por parte de las tropas inglesas.

Una vez finalizadas las polémicas con Norberto Piñero y con Bartolomé Mitre, el estigma de Groussac como polemista intolerante y feroz había asumido una forma bastante definida. En mayo de 1898, Rubén Darío se refiere a su participación en el acto realizado en el Teatro de la Victoria en los siguientes términos: “su discurso, de un alto decoro literario como todo lo suyo, era el arte vigoroso y noble ayudando a la justicia. Y [ha] de oírse decir: ‘¿Qué? ¿Es éste el hombre que devora vivas las gentes? ¿Éste es el descuartizador? ¿Es éste el condestable de la crueldad?’”.⁷⁹

Un nuevo episodio polémico tiene como contendiente del francés al pintor Eduardo Schiaffino. Luego del cierre de *La Biblioteca*, Groussac viajó a Francia y allí, junto a su amigo Carlos Pellegrini, visitó el taller de Auguste Rodin con el objetivo de ver el modelo de la escultura de Sarmiento que el artista estaba desarrollando. El modelo no convenció al francés y semanas después volvió a visitarlo para llevarle un texto suyo sobre la vida y la personalidad del ilustre sanjuanino que le sirviera como fuente de inspiración.⁸⁰

Dos años más tarde, el 25 de mayo de 1900, se inauguró el monumento de Sarmiento. La ceremonia inaugural, encabezada por el presidente Julio A. Roca, convocó a figuras destacadas de los ámbitos

⁷⁸ B. Mitre, “Paréntesis históricos”, en: *LB*, t. IV, 1897, p. 445.

⁷⁹ R. Darío, “El triunfo del Calibán”, *El Tiempo*, 20 de mayo de 1898, reproducido con notas de Carlos Jáuregui en: *Revista Iberoamericana*, vol. 44, núm. 184-185, julio-diciembre de 1998, versión electrónica.

⁸⁰ Probablemente se trataba de la nota necrológica escrita por Groussac cuando falleció el sanjuanino, véase “Sarmiento”, *Sud-América*, 14 de septiembre de 1888.

político y cultural de la Argentina y el discurso de apertura del acto estuvo a cargo de Miguel Cané.⁸¹ Estos hechos podrían haberse convertido en un hecho sin trascendencia a no ser porque algunas voces mostraron su fastidio ante el *Sarmiento* de Rodin, aseverando que no reflejaba fielmente ni la fisonomía ni el carácter del publicista. Entre esas voces discordantes se encontraba la de Groussac, quien dos días después de la inauguración publicó en *El País* un artículo criticando severamente el monumento en cuestión:

Rodin no ha querido aceptar el documento y la línea, ni ha podido amasar la vida real y propia del modelo con el relieve artístico. Su obra no es exacta ni bella, á pesar de algunos detalles admirables: no es *expresiva*, á pesar de sus artificios de *débraillé* y de su modelado en “bolsa de nueces”. Aquel bronce no muestra el cuerpo ni revela el alma de Sarmiento.⁸²

El comentarista francés, devenido crítico de arte, legitimaba su opinión apelando a su conocimiento de la profesión de escultor, obtenido en su paso adolescente por la Escuela de Bellas Artes de Toulouse, y afirmando que quienes la ejercían sufrían de evidentes limitaciones intelectuales. Estas observaciones sobre la escultura y su realizador francés provocaron una inmediata respuesta de Eduardo Schiaffino, quien había bregado por que fuera Rodin el realizador del monumento. Básicamente, el director del Museo de Bellas Artes destacaba el alcance estético y la validez representativa del *Sarmiento* y lanzaba críticas explícitas e implícitas a la lectura que Groussac había hecho de la obra. La refutación no se hizo esperar y el 31 de mayo de 1900 un periódico preanunciaba una nueva puesta en escena del teatro groussaquiano de la crueldad: “el señor Paul Groussac publicará ma-

⁸¹ Sobre el evento y los detalles de la construcción y el emplazamiento del monumento, véase M. Constantini, “El *Sarmiento* de Rodin”, en: AA.VV., *Rodin en Buenos Aires. Una exposición de su obra en el Museo Nacional de Bellas Artes y un libro sobre su relación y la de otros escultores franceses con la Argentina*, Buenos Aires, MNBA y Fundación Antorchas, 2001.

⁸² “Notas semanales, la obra de Rodin”, *El País*, 27 de mayo de 1900, reproducido como “El ‘Sarmiento’ de Rodin”, en: VII, pp. 304-305.

ñana en *El Diario* una carta sobre las objeciones que ha merecido su crítica a la estatua de Sarmiento. De más está decir, con cuanto interés será esperada en todos los círculos las palabras del inspirado y erudito literato”.⁸³

Al día siguiente se publicó la carta en la que Groussac se preocupaba por explicitar: “comenzaré advirtiendo al lector que, en mis escasas relaciones personales con el señor Schiaffino, no existe antecedente alguno que explique su descomedimiento”.⁸⁴ Posteriormente, detallaba puntillosamente que había tenido tres reuniones con este señor y que en ninguna de ellas éste había estado a la altura de sus expectativas. Mientras enumeraba estos contactos previos con el artista, se encargaba de reprocharle un buen gesto que había tenido con él: en ocasión de la Exposición del Ateneo de 1894 había escrito una crónica amable en *Le Courrier Français*, en la que elogiaba a Eduardo Sivori y a Ernesto de la Cárcova y destacaba los progresos del propio Schiaffino. En otro de los contactos mantenidos por los ahora adversarios, Groussac había intentado hacerle al artista algunas observaciones sobre un escrito que había sido publicado en *La Biblioteca* pero éste había reaccionado con petulancia, hecho que llevó al director de la revista a descubrir “que el escritor estaba tan satisfecho de sí mismo como el pintor”. Para terminar, el francés señalaba con fastidio que él había manifestado su opinión con la misma libertad que lo había hecho Schiaffino, sin entender por lo tanto las afrentas del artista plástico: “resulta que yo, que no he injuriado al señor Schiaffino, porque su opinión respecto del monumento era distinta a la mía, ¡soy injuriado por él porque mi opinión es distinta a la suya!”.⁸⁵

Un mes más tarde de estos acontecimientos, José M. Cao publicaba en *Caras y Caretas* la caricatura de Groussac caracterizado como un gallo arrogante, testimonio de una fama considerablemente extendida (véase la imagen de la página 219). A su vez, las repercusio-

⁸³ *El Diario*, 31 de mayo de 1900.

⁸⁴ “Carta al director de *El Diario* del Sr. Groussac, rectificando otra de Schiaffino”, *El Diario*, 1 de junio de 1900.

⁸⁵ *Ibid.*

nes de este último intercambio llegaron a la pluma de Rubén Darío, quien desde Montparnasse destacaba en un escrito de julio de 1900:

En cuanto al *Sarmiento*, que ha despertado en Buenos Aires las mismas tempestades que aquí el *Balzac*, no me es posible deciros nada. [...] Conozco las distintas opiniones de la prensa argentina, los rudos mazazos del Sr. Groussac, los líricos y sutiles comentarios de Eduardo Schiaffino y la necesidad de vigilancia policial para librar el monumento de la indignación iconoclasta.⁸⁶

Dos años después de iniciada la publicación de los *Anales de la Biblioteca*, en su segundo tomo, Groussac lanzaba otra de sus censuras:

Sigo aplicando aquí el mismo método de investigación laborioso y conciencia crítica que ya tengo definido, aunque, —si se ha de juzgar por el increíble desaguisado editorial que una plausible emulación ha suscitado en el Perú, y al que replico en el apéndice— no parece que esté muy próximo el día en que mis escrúpulos de exactitud tengan allá imitadores.⁸⁷

El “desaguisado editorial” al que se refería en esta frase era obra del director de la Biblioteca Nacional del Perú, Ricardo Palma, quien había publicado la *Descripción del Perú por Tadeo Haenke*. Groussac, que había dedicado un artículo al naturalista en el primer número de la publicación mencionada, demostró con gran cantidad de pruebas el carácter apócrifo del documento publicado atribuido al naturalista.⁸⁸ Las argumentaciones de esta refutación presentan muchos puntos de contacto con las que le había lanzado a Norberto Piñero,

⁸⁶ R. Darío, “Rodin”, en: R. Darío, *Peregrinaciones*, Madrid, Ed. Mundo Latino, 1918 [1901], p. 81.

⁸⁷ “Advertencia”, en: *AB*, t. II, 1902, p. VI.

⁸⁸ El artículo que Groussac escribió sobre Haenke se titula “Noticias de vida y trabajos científicos de Tadeo Haenke”, en: *AB*, t. I, 1900. La crítica al trabajo de Ricardo Palma se encuentra en “Tropezones editoriales, una supuesta ‘Descripción del Perú’”, en: *AB*, t. II, 1902. Ambos artículos fueron republicados en *CL*.

en 1896 y en 1898, acerca de las operaciones correctas para determinar el carácter auténtico de documentos escritos.

Ricardo Palma se convirtió en esta ocasión en un blanco de fácil ataque, y, una vez más, nuestro personaje puso en práctica su desdén para juzgar a los personajes del espacio intelectual, en este caso hispanoamericano. La justificación de la lapidaria crítica que el bibliotecario de origen francés lanzó contra su colega peruano se esconde detrás de la siguiente puntualización:

No es a él, precisamente, a quien van dirigidas estas páginas, sino a los lectores todavía educables. Éstos quizá podrán hallar algún provecho en esta buena aplicación del método crítico prudente, que tanto les recomiendo, y es el único capaz de atenuar, ya que no curar, esa lepra hereditaria de inconsciencia y frivolidad que padece la América española.⁸⁹

Complementariamente, para definir el perfil de Palma resaltaba que se lo podía inscribir sin dificultades en la corriente de “desenfado criollo”, característica de los literatos de estas tierras. Sobre el tema remata: “semejantes descalabros son inevitables en un medio de pereza e incuria, donde sólo prima la audacia petulante que reemplaza la labor paciente y la conciencia crítica con el plagio o la improvisación”.⁹⁰ En esta ocasión no encontramos la refutación del censurado bibliotecario peruano, de la que su acusador opinó: “la breve respuesta que el señor Palma publicó en un diario de Lima, se componía de dos partes igualmente insignificantes”.⁹¹

Un año después, en 1903, Groussac publicó *Une énigme littéraire. Le 'Don Quichotte' d'Avellaneda* y recibió un fuerte cuestionamiento del polígrafo español Marcelino Menéndez y Pelayo, quien puso en evidencia las falencias existentes en sus interpretaciones; entre ellas, destacó el error del francés de haberle atribuido la autoría del *Quijote de Avellaneda* a un abogado valenciano llamado Juan José Martí, quien

⁸⁹ “Tropezones editoriales...”, en: *CL*, p. 353.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 374.

⁹¹ *Ibid.*, p. 375.

había muerto antes de la fecha fijada para la escritura del *Quijote* original.⁹²

La crítica de Menéndez y Pelayo fue sistemáticamente expuesta en un trabajo en el que destaca: “el Sr. Groussac, a pesar de la intemperancia y descortesía con que trata á todos sus predecesores, nada prueba ni resuelve nada, y deja a la cuestión tan oscura como estaba”.⁹³ En el texto del escritor español la refutación se hace presente en forma reincidente en las notas al pie de un trabajo que él mismo había publicado en 1897 y que contiene sus interpretaciones acerca del autor del *Quijote* apócrifo. Posteriormente, en la última parte del texto titulada “Posdata”, se ocupa de manifestar su enojo, aunque presenta a Groussac como: “un literato francés naturalizado en la República Argentina, y director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, persona de mucha cultura e ingenio, y elegante escritor en francés y en castellano”.⁹⁴

Más allá de la refutación concreta y detallada de las interpretaciones de Groussac, Menéndez y Pelayo las encuadra en un sentimiento negativo del francés, quien, desde su perspectiva, se había ensañado con todos los eruditos españoles y había intentado ridiculizarlos con su libro. La explicación que encontraba a esta actitud era que nuestro personaje había sido movido por “la musa de la *hispanofobia*, tan grata á los criollos entre quienes el Sr. Groussac vive”. En la misma línea, el escritor español dejaba en claro: “yo no he de imitar la petulancia y acrimonia con que escribe el Sr. Groussac, que, contagiado sin duda por la llaneza democrática del Nuevo Mundo, parece haber olvidado del todo la tradicional cortesía francesa”.⁹⁵

La potencial controversia entre el director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y el director de la Biblioteca Nacional de Madrid quedó

⁹² Este debate está detalladamente presentado en J. Oria, “La polémica de Menéndez y Pelayo...”, art. cit.

⁹³ M. Menéndez y Pelayo, “El Quijote de Avellaneda”, en: M. Menéndez y Pelayo, *Estudios de crítica literaria. Cuarta serie*, Madrid, Tipografía de la “Revista de Archivos”, 1907, pp. 79-80.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 147.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 148.

interrumpida. El silencio de Groussac ante las devastadoras críticas fue elocuente. Pese a ello, años después, en 1919, señaló que la muerte de su adversario le había impedido responderle.⁹⁶ Debe considerarse que esta excusa es bastante superficial, si se piensa que las refutaciones de Menéndez y Pelayo aparecieron por primera vez en 1905 y el fallecimiento ocurrió siete años después.⁹⁷ Las heridas no cicatrizaron rápidamente y la furia del aventurado francés contra el erudito español se mantuvo constante durante años. En varias ocasiones, refiriéndose a su libro *Une énigme littéraire* dejaba en claro que éste había dado lugar a una furiosa reacción por haber atacado al “ídolo máximo Menéndez y Pelayo”.⁹⁸

En 1903 Groussac tuvo como contrincante a un personaje en ascenso en los cenáculos intelectuales argentinos: José Ingenieros. El intercambio versó, principalmente, sobre la correcta denominación de los médicos alienistas: se sometía a discusión si había que llamarlos “psiquiatras” o “psiquiatros”. El debate, en primera instancia epistolar, fue publicado en las páginas de los *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines*, órgano que Ingenieros había fundado en 1902.⁹⁹

La carta que abre el diálogo es de Ingenieros. En ella deja sentado que releando el prólogo que el escritor francés había escrito en 1895 para *La locura en la historia*, de José María Ramos Mejía, había encontrado repetidas veces el sustantivo “psiquiatro”. Luego de este planteo sigue una larga disquisición en la que el redactor de la carta explica los motivos por los que él, a diferencia de Groussac, elige la termina-

⁹⁶ “Cervantes y el *Quijote*”, en: *CL*, pp. 15-16.

⁹⁷ Para una crítica demoledora de la actitud de Groussac en este debate, véase J. M. Rohde, “Groussac, Cervantes y el *Quijote*”, en: *Estudios literarios*, Buenos Aires, Coni, 1920. Ricardo Piglia se refiere en una de sus obras a estos hechos poniendo en la voz de uno de sus personajes una crítica a la petulancia del francés. Véase R. Piglia, *Respiración artificial*, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 113-116.

⁹⁸ “Noticia biográfica”, *op. cit.*, p. 37. Jorge Max Rohde asevera que el odio de Groussac contra Menéndez y Pelayo surgió porque el último no le contestaba la correspondencia y cita una carta del francés, fechada en 1897, en la que le confesaba al polígrafo español que había aprendido el castellano con la lectura de su prosa. Véase J. M. Rohde, *Casas ilustres*, Buenos Aires, M. Gleizar, 1934, p. 202.

⁹⁹ Las tres cartas aparecidas en esta publicación están transcritas íntegramente en J. Canter, *Contribución...*, *op. cit.*, 1930, pp. 259-270.

ción femenina de la palabra. El texto, además, hace manifiestos los motivos por los cuales se interpela al antaño prologuista, haciendo hincapié en la erudición del mismo.

La respuesta del francés transmite desde el principio cierto malhumor. Señala que pese a las molestias ha elegido contestarle a Ingenieros porque respeta “ciertos destellos intelectuales que, á través de muchas deficiencias juveniles, me han interesado en lo poco que de Vd. conozco”. Señala a Ingenieros que su carta intenta responder a la pregunta “¿Quién comete el error?” y al respecto le hace saber que la forma en que él la utiliza le parecía la mejor. Entre sorprendido e irónico, destaca Groussac que no le es posible entender cómo alguien que debe usar ese vocablo como distintivo profesional no sabe todavía cuál es la forma correcta del mismo. En el mismo registro, el francés señala su extrañamiento ante la decisión de Ingenieros de dejar librada “á la decisión de un aficionado su bautismo científico”.¹⁰⁰

Luego de tales prolegómenos, el francés despliega su erudición filológica y apela a variadas fuentes para demostrarle al joven que el uso correcto del término era *psiquiatro*, y termina su exposición con una reprimenda: “permítame que le diga a Vd. que su actitud es poco científica. Nada hay más opuesto al progreso de la ciencia general y del saber propio que el prejuicio. En materias que Vd. declara ignorar por completo, no puede expresar una opinión que no sea una imprudencia, y su deber absoluto es el silencio”.¹⁰¹

Ingenieros refuta a Groussac en otra carta, destacando que frente al tono de su prosa “á menudo irónica pero siempre erudita”, su explicación y su dilucidación no le parecían definitivas.¹⁰² Señala, además, que su primer impulso fue aceptar el fallo en forma sumisa pero que, posteriormente, se decidió a dar curso a sus propias incursiones en el tema filológico, que lo llevaban a disentir con el director de la

¹⁰⁰ Esta cita y la anterior en “Psiquiatra o psiquiatro, absolviendo una consulta”, en: J. Canter, *Contribución...*, *op. cit.*, p. 259.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 262.

¹⁰² J. Ingenieros, “En disidencia con Groussac”, en: J. Canter, *Contribución...*, *op. cit.*, p. 264.

Biblioteca Nacional. Lo más interesante de esta respuesta de Ingenieros es el rol que le adjudica al interpelado:

Extraña al Sr. Groussac nuestra consulta y juzga, en un médico-alienista, “sorprendente que no sepa todavía, a qué atenerse y deje á la decisión de un aficionado su bautismo científico...”. Es de sabiduría vulgar que no son los bautismos una función propia de los médicos, sinó de los sacerdotes; así se explica que apeláramos al Sr. Groussac, que es tenido por tal en estos enjuagues del bien decir y de la crítica [...] Es incierto, pues, que dejemos á la decisión de un aficionado el presunto bautismo científico; acudimos á quien es, notoriamente, para caso como éste, una autoridad.¹⁰³

Pese a la impostada humildad y a la condescendencia, Ingenieros explicaba los motivos por los cuales le resultaba más apropiado utilizar el término “psiquiatra”. Por su parte, Groussac parece haber considerado que salió indemne de este intercambio: un año después reeditó en la primera serie de *El viaje intelectual* el prólogo a *La locura en la historia* de Ramos Mejía y mantuvo el uso del término “psiquiatro”,¹⁰⁴ decisión que nos llama la atención dado que en el período comprendido entre la aparición del mencionado prólogo (1895) y la discusión con Ingenieros (1903), el francés optó por utilizar el vocablo “psiquiatra” en uno de sus escritos.¹⁰⁵

Años después, entre 1914 y 1915, desde las páginas de los *Anales de la Biblioteca*, Groussac expresó algunas críticas dirigidas a la generación de historiadores que engrosarían las filas de la agrupación que en 1916 Juan Agustín García bautizaría como la Nueva Escuela Histórica.¹⁰⁶ Estas críticas fueron sistematizadas en el prefacio de *Mendoza y Garay*, donde lanzó un ataque directo contra los principios sustentados por este grupo con relación a la concepción del método histórico que ellos pretendían, y lograron, imponer.¹⁰⁷

¹⁰³ *Ibid.*, p. 265.

¹⁰⁴ Véase “La degeneración hereditaria”, en: *VII*, por ejemplo p. 345.

¹⁰⁵ Véase “El Centenario”, en: *LB*, t. v, 1897, p. 290.

¹⁰⁶ Véanse los prefacios de *AB*, t. IX, 1914, y t. X, 1915.

¹⁰⁷ El debate entre Groussac y Molinari-Carbia tuvo lugar entre 1914 y 1916. En 1914 Carbia escribió un artículo que ponía en duda la autoridad de Groussac en

Los contendientes de Groussac fueron esta vez dos historiadores en ascenso: Rómulo Carbia y Diego Luis Molinari.¹⁰⁸ En esta ocasión el intelectual francés fue quien comenzó el ataque pero se convirtió rápidamente en el objetivo de las embestidas de los exponentes de la profesionalización de la Historia en la Argentina. Aunque la línea directriz de la controversia se relaciona con la validez del método histórico, este tópico se diluye frecuentemente en las argumentaciones más generales. Este intercambio cuenta, además, con una particularidad en relación con los anteriormente presentados dado que, mientras que en los otros casos los contendientes eran dos y las discusiones asumían un cariz bastante personalizado, en esta ocasión Diego Luis Molinari y Rómulo Carbia actuaron como los portavoces de la corporación de los primeros historiadores profesionales del país.¹⁰⁹

Algunos temas vinculados con este intercambio son analizados en el capítulo cuarto de este libro, pero lo que aquí nos interesa destacar es la presencia en este debate de las apelaciones que resaltan y ridiculizan las insuficiencias intelectuales de Groussac. Molinari, por ejemplo, se refiere al francés como “nuestro erudito bibliotecario mayor”, dejando

cuestiones relacionadas con la práctica histórica. En el prefacio de *Mendoza y Garay*, el francés expuso en forma sistemática sus opiniones sobre el método histórico y atacó a quienes lo practicaban. Molinari respondió belicosamente a estos embates en un artículo. Pese a que éstas son las instancias en las que se desarrolló el debate, decidimos sumar a nuestro análisis un artículo anterior de Carbia en el que se adelantaban algunos de los tópicos que reaparecieron en el debate. Véase R. Carbia, “Santiago de Liniers por Paul Groussac”, en: *Nosotros*, núm. 9, 1908; R. Carbia, “El Señor Groussac historiógrafo. A propósito de la crítica moderna”, en: *Nosotros*, núm. 68, 1914; D. Molinari, “Groussac y el método”, en: *Nosotros*, núm. 89, 1916.

¹⁰⁸ Algunos historiadores suman a los nombres de Molinari y Carbia el de Robero Levillier; decidimos distanciarnos de esta opción considerando que las apreciaciones del último sobre Groussac contienen aspectos particulares que no permiten inscribirlo en el mismo registro interpretativo. Véase R. Levillier, “El aspecto moral...”, art. cit.

¹⁰⁹ Para una interpretación de este debate que focaliza la atención en la lógica institucional que lo subyace, véase A. Eujanian, “Método, objetividad y estilo en el proceso de institucionalización, 1910-1920”, en: A. Cattaruzza y A. Eujanian, *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003.

claro que la única formación que éste posee es la que adquirió en su práctica como bibliotecario. Además, en reiterados pasajes subraya la falta de erudición y la ignorancia que el inculcado manifiesta en los asuntos relacionados con la práctica historiográfica. Para completar el ataque, concluye sosteniendo que, contra sus expectativas, el “erudito bibliotecario” no es en absoluto un “señor historiógrafo”.

En la misma órbita de argumentos, Carbia acusa a Groussac de “pecar contra el más elemental principio metodológico”, por lo cual se justifica el siguiente juicio sumamente exaltado: “¡No!: el señor Groussac no es maestro en materia de estudios hechos a la moderna”.¹¹⁰ Según el mismo autor, el francés cuenta con una ingeniosa pero poco científica forma de salvar las deficiencias de su práctica histórica. El debate con los miembros de la Nueva Escuela Histórica tuvo un saldo diferente para sus protagonistas: Groussac quedó estigmatizado como una tradición a ser superada mientras que los jóvenes historiadores se convirtieron en portadores de la nueva verdad revelada en materia historiográfica.

Diez años después de esta controversia, en 1924, Groussac publicó en *La Nación* un escrito sobre temas de filología americana que constituye en realidad una refutación a un artículo de Leopoldo Lugones.¹¹¹ Al respecto, el ya anciano francés destacaba que luego de leer tal texto se veía en la obligación de “pedir la inserción de las líneas siguientes para restablecer la verdad notablemente alterada con perjuicio mío, en un pasaje de dicho artículo”.¹¹² Acto seguido, se dedica a exponer sus críticas acerca del uso de dos términos: “baquiano” y “chancho”. Luego de hacer estas críticas y de defenestrar el diccionario utilizado por Lugones, concluye: “me limito a decir, al terminar, que sin la sinceridad en el estudio y la probidad absoluta en la cita de las fuentes informativas no existe verdadera eficacia científi-

¹¹⁰ Esta cita y la anterior en R. Carbia, “El Señor Groussac historiógrafo...”, art. cit., pp. 244 y 240 respectivamente.

¹¹¹ El artículo de Lugones era “Algo respecto a indianismos”, *La Nación*, 11 de mayo de 1924; la refutación se encuentra en “Sobre cuestiones de filología americana [carta al Director de *La Nación*]”, *La Nación*, 15 de mayo de 1924.

¹¹² P. Groussac, “Sobre cuestiones...”, art. cit.

ca, sino falso saber de superficie y relumbrón”.¹¹³ Lugones, a su vez, no tardó en responderle a Groussac. Aceptando una parte de sus argumentos señalaba: “Pecados de estos, todos los cometemos en la investigación, incluso el mismo M. Groussac”.¹¹⁴

Este intercambio acotado provocó la reacción humorística del periódico *Martín Fierro*, que publicó en su número de mayo-junio de 1924 una caricatura que muestra a Groussac tomando de la oreja a Lugones y mostrándole con un puntero unas letras. En la caricatura, Lugones aparece metiendo el dedo en un tarro con la etiqueta “Filología” (véase la imagen de la página 224). Ésta fue la última polémica en la que participó Groussac; tenía entonces 76 años.

5. ERUDITO BIBLIOTECARIO FRANCÉS

El recorrido por los debates en los que participó Groussac muestra que la carencia de un diploma profesional y su formación autodidacta y fragmentaria no actuaban como límite a la hora de criticar, censurar y desafiar a sus contemporáneos. Cuando nos preguntamos por los bagajes que ponderaba a la hora de desempeñarse en público, encontramos principalmente tres elementos que se combinan: su extranjería, el manejo, real y potencial, de saberes novedosos y su función como director de la Biblioteca Nacional.

La extranjería de Groussac es un tópico complejo de abordar dado que presenta diversas significaciones, tanto en sus discursos como en las percepciones de sus contemporáneos y de los intelectuales de las generaciones posteriores. En sus propias referencias sobre la condición de extranjero se delinea una marcada tensión, principalmente en sus textos de juventud y en sus novelas. En su obra poética aparece un tema recurrente: el del desterrado y las incertidumbres de su vida. Así, por ejemplo, en su poema titulado “Al pasar” (1870) se lee: “De

¹¹³ *Ibid.*

¹¹⁴ L. Lugones, “Pecado venial”, *La Nación*, 16 de mayo de 1924.

la Argentina patria hospitalaria,/He recorrido, oscuro peregrino/La inmensidad labrando mi destino/En pos de la esperanza temeraria".¹¹⁵

En el mismo registro, en la mayoría de sus novelas y relatos ficcionales, los protagonistas extranjeros cumplen un papel central y están siempre condicionados por la persistente melancolía y por la situación inestable de sentirse entre dos patrias. Indudablemente, Groussac adjudicó rasgos de sus propias experiencias vitales a estos personajes. Éste es el caso de un misterioso francés que aparece fugazmente en *Los que pasaban* (1919) llamado Abel Ouden;¹¹⁶ otros personajes que responden a la imagen de extranjeros que viven con nostalgia su situación de desterrados son Marcel Renault, protagonista de *Fruto vedado* (1884);¹¹⁷ Gerard, personaje central

¹¹⁵ "Al pasar", en: P. Groussac, *Le cahier des sonnets*, Buenos-Ayres Imprimerie Typographique de P. E. Coni et fils, MDCCCXCII.

¹¹⁶ Véase *LQP*, pp. 9-19. Aunque esta obra no es una ficción, Groussac narra en su prefacio que cometió cierta digresión al sumar a esta figura que podría, en sus palabras, pensarse como un "doble" o "*sosie*". El personaje habría compartido con Groussac la misma amargura de encontrarse en Buenos Aires mientras se desenvolvían los sucesos de la guerra-franco prusiana. Sin embargo, Ouden marchó a su tierra para reencontrarse con sus familiares y amigos y luchar por su patria. Aunque no logró formar en las filas del derrotado ejército francés, Ouden, a diferencia de Groussac, asistió orgullosamente al "resurgir de su patria".

¹¹⁷ Marcel Renault era un joven francés que había visto interrumpidos sus estudios en la Escuela Politécnica de París como consecuencia de su participación en una manifestación liberal durante 1869. Luego de la revuelta, fue expulsado de la institución, hecho que lo decidió a realizar un viaje anhelado por América. Llegó a Buenos Aires y desde allí se lanzó a la conquista de las tierras pampeanas. Rápidamente, en un país de grandes oportunidades, logró convertirse en propietario y especulador de tierras. En el contexto de la depresión económica de 1890 sólo logró salvar una parte ínfima de su fortuna. Luego de estos acontecimientos, decidió abandonar su país de adopción y volver a Francia. Sin embargo, fue disuadido por el doctor Nogales, quien le ofreció un empleo en el interior del país. Marcel Renault aceptó y comenzó a desempeñarse como ingeniero en las obras de infraestructura del Ferrocarril del Norte, cuya construcción lograría unir Córdoba con la "provincia azucarera de San José". Pese a tener una cómoda vida en las tierras argentinas, Marcel sentía constantemente nostalgia por su patria. En 1881 concretó un viaje a Francia, y luego de pisar su suelo natal descubrió que la nostalgia se hacía nuevamente presente: esta vez deseaba estar en su patria de adopción. Véase *FV*.

de *Amparo* (1909)¹¹⁸ y Daniel de Kergoët, figura principal de *El número 9090* (1921).¹¹⁹

El tópico del desarraigo también se hacía presente en tono nostálgico en otras marcas de la prosa grousseauiana. Para ilustrar este aspecto pueden verse las dedicatorias de algunos de sus libros. La primera serie de *El viaje intelectual* (1904) está dedicada a su hijo mayor, Carlos, y reza: “Para mi hijo Carlos á quien dio patria mi destierro. Recojo estas espigas del campo que le toca por herencia”. A su vez, la dedicatoria de *Las Islas Malvinas* (1910) dice: “A la república Argentina ofrece esta evidencia de su derecho un hijo adoptivo”.

Observamos además a lo largo de su trayectoria una maniobra tendiente a asumir su extranjería para configurar un *nosotros*. Por ejemplo, en su debate con Miguel Cané señala: “Nosotros tenemos para nuestro uso un hemistiquio de Boileau: *el lector francés quiere ser respetado*”.¹²⁰ Es decir, elige inscribirse dentro de un “nosotros los fran-

¹¹⁸ Gérard es un personaje que en 1875, a los 24 años, decidió viajar a América del Sur luego de realizar sus estudios en Derecho. Llegó a Buenos Aires sin dinero, sin trabajo y sin amigos e ignoraba absolutamente todo —comenzando por la lengua— del país que lo recibía. En poco tiempo logró convertirse en conductor y copropietario de una importante partida de mulas y decidió conducir las hacia las ferias de la frontera peruana: Huari y Vilque. Como arriero de mulas conoció pequeñas ciudades aisladas y sencillas que conservaban el aroma de los tiempos coloniales y entabló amistad con pintorescas personalidades. Véase “Amparo”, en: *La Revue (Ancienne Revue des Revues)*, vol. 81, París, 1909, pp. 322-338 y 459-482.

¹¹⁹ Daniel Kergoët era un profesor francés que vivía en una modesta casa amueblada de la calle San Martín. Decidió emigrar apenas terminado su servicio militar. Lo impulsó a tomar la decisión un grave problema familiar: su padre se había suicidado dejando en la ruina a toda su familia. Interrumpió sus estudios en la Escuela Normal Superior y se lanzó a viajar con 20.000 francos como todo peculio de viaje. Dejó en Francia a su hermana y a su madre y se arrojó a la aventura. El joven francés llegó a la Argentina a bordo del vapor *Portugal* que partió de Burdeos y llegó a Buenos Aires, arribó a un país extraño, sin guía ni apoyo, ignorante de la lengua, ajeno a todo oficio e incapaz de ganarse la subsistencia en las tierras pampeanas. Se consideraba un inepto en una tierra que necesitaba más agricultores que cerebros cultivados. Véase *Relatos argentinos*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez; Buenos Aires, Librería de Jesús Menéndez, 1922.

¹²⁰ “M. Cané (*En viaje*)”, art. cit.

ceses”, o, más específicamente, en un “nosotros los escritores franceses”. Claramente, este grupo de pertenencia es más anhelado que real, pero muestra parte de una estrategia de posicionamiento: nuestro personaje entendía que era factible y provechoso convertirse en un escritor europeo en el contexto cultural de la Argentina de su época.

En lo que respecta a las percepciones de los otros, una revisión de las fuentes nos sugiere que las consideraciones en torno del origen francés del personaje fueron modificándose a lo largo de su itinerario público. Se diferencian, por lo menos, tres momentos en lo que se refiere a su condición de francés, que coinciden, en más de un sentido, con las etapas de la biografía que presentamos en el capítulo anterior.

Un primer tramo estuvo signado por un gran prestigio, quizás desmesurado e injustificado, alcanzado en sus primeros años de vida en el país, es decir, en el período que transcurrió desde el momento de su consagración, 1871, pasando por su estadía en las tierras tucumanas, hasta mediados de la década de 1880. En este contexto, el origen de Groussac funcionó como carta de presentación insuperable e incuestionada. No es una novedad el hecho de que la Argentina finisecular tenía sus ojos puestos en Europa cuando se trataba de buscar modelos y referentes y que, por este motivo, contar con un francés en el mundo de la cultura garantizaba cierto prestigio (como ya se había comprobado con la presencia de Amadeo Jacques, entre otros).

En una segunda etapa, la extranjería del personaje asumió un carácter ambiguo. Aunque en sus manos funcionó como un elemento de legitimación, su perfil de extranjero se convirtió en un blanco de ataque recurrente para quienes intentaban obstaculizar su ascenso estrepitoso. Así, por ejemplo, en 1882, Adolfo Carranza le sugería que no se ocupara de los acontecimientos históricos argentinos dado que no contaba con la información necesaria para hacerlo. Como hemos visto, y en la misma dirección, cuando fue nombrado director de la Biblioteca Nacional, quienes no avalaban el nombramiento (Domingo F. Sarmiento, Manuel Láinez, Calixto Oyuela) encontraron en la

extranjería el argumento central de sus alegatos, dado que les resultaba evidente la injusticia de nombrar a un francés como funcionario de una institución eminentemente nacional.

En esta misma etapa, el halo de superioridad francesa del cual Groussac se consideraba portador afloró fuertemente en los debates que anteriormente analizamos. En el contexto de los ataques a Piñero, abrió fuego señalando que manejaba las formas adecuadas de realizar una edición documental por ser un “literato europeo”. En cambio, en el debate con Bartolomé Mitre su extranjería cambió de signo. Mitre señalaba que, pese a contar con un estilo atrapante, el francés “repele á veces, cuando se deja arrastrar por sus instintos étnicos, al juzgar y medir fuera de su medio, hechos, cosas y personalidades, con un criterio extraño á su naturaleza y una vara arbitraria, que pretende erigir en principio y regla según su idiosincrasia”.¹²¹ Pese a que la discusión versó en torno a detalles relacionados con el itinerario de las tropas inglesas en el ataque a Buenos Aires, el autor de las *Comprobaciones históricas* comenzaba por golpear a su adversario haciendo hincapié en una cuestión que, en el contexto del debate, era insignificante: señalaba que el “sentimiento nativo” del francés lo conducía a exaltar la figura de su compatriota Santiago de Liniers en forma desmedida y a juzgar hechos de una historia nacional que no le pertenecía.¹²² Estas diatribas fueron rebatidas por el acusado, quien consideraba que Mitre cometía un “exceso antropológico” al referirse a sus supuestos “instintos étnicos”, y reforzaba esta réplica haciendo referencia a los ejemplos de Hippolyte Taine y Thomas Carlyle, quienes realizaron sus principales obras tratando temas ajenos a sus naciones: la *Historia de la literatura inglesa* y la *Historia de la Revolución Francesa*, respectivamente.

Una última etapa en lo que respecta al tema de la extranjería está vinculada temporalmente con el período que comenzó en torno a

¹²¹ B. Mitre, “Paréntesis históricos”, art. cit., p. 437.

¹²² Estos argumentos aparecen también en una carta de Bartolomé Mitre a Groussac fechada el 14 de mayo de 1897, es decir, en el contexto del debate. Véase AGN, FPG, Leg. núm. 1: Correspondencia recibida (1881-1929), manuscrito del emisor.

1910 y tuvo repercusiones póstumas. Por ejemplo, en un artículo de 1908, Rómulo Carbia se refería irónicamente a la elección de Groussac de su personaje histórico: “el señor Groussac se nos muestra, de la primera á la última página, demasiado entusiasta con su héroe. Francés el biografiado y francés el biógrafo, tienen ambos por escenario de su actividad á la tierra de América, el segundo se vuelve panegirista del primero”.¹²³ De este modo, las acusaciones concernientes a la falta de objetividad al tratar a un personaje histórico de su misma nacionalidad servía en los argumentos del historiador en ascenso para ridiculizar la supuesta autoridad del francés en cuestiones relacionadas con la práctica histórica. Luego de presentar una serie de críticas sobre el contenido y la forma de la obra *Santiago de Liniers* y de señalar que la carrera de Groussac había llegado a su ocaso, Carbia minimizaba la importancia real de la obra groussaquiana señalando que en su país su producción hubiese sido poco menos que intrascendente. En el mismo sentido, en un artículo de 1916, Diego Luis Molinari arremetía contra el erudito bibliotecario con argumentos que minimizaban su autoridad satirizando la lucha fratricida que el autor de *Mendoza y Garay* mantenía contra un “manualito francés” (se refería a *Introducción a los estudios históricos* de Charles V. Langlois y Charles Seignobos) y caracterizaba a Groussac como un “*français déraciné*”.¹²⁴

Más allá de los juicios tendenciosos de sus dos jóvenes oponentes, Groussac, ya anciano, seguía pensándose a sí mismo como un literato europeo que, por azar, había recalado en estas tierras. Alberto Casal Castel narra la siguiente anécdota ilustrativa de tal hecho: en 1920 se dirigió a la Biblioteca Nacional a buscar *Mendoza y Garay*. Escribió en la ficha de petición de materiales el nombre del libro y en el momento de escribir las referencias detalló: “Pablo Groussac: autor argentino”. Le entregó la ficha a quien estaba detrás del mostrador. Cuando le trajeron el libro y la correspondiente papeleta de pedido

¹²³ R. Carbia, “Santiago de Liniers por Paul Groussac”, art. cit., p. 217.

¹²⁴ Véase D. Molinari, “Groussac y el método”, art. cit., p. 219.

notó: “con una letra pareja, pequeña, inconfundible, ciertas correcciones sobre el tachado de mi nerviosa caligrafía: Paul Groussac, autor francés”. Acto seguido, quien lo había atendido giró y le dijo: “Monsieur Groussac soy yo”.¹²⁵

Groussac consideraba que su origen francés debía ser mantenido como síntoma de distinción, pero también como símbolo de superioridad. Ser francés lo colocaba en una posición privilegiada y se percibía como portador único de peculiares conocimientos que podía difundir. La justificación de su rol privilegiado surgía de su inserción bifronte, más anhelada que real, en el mundo sudamericano y en el europeo. Sostuvo este plus autoadjudicado a lo largo de toda su trayectoria intelectual, más allá de las variaciones que pueden rastrearse en las opiniones de sus contemporáneos.

En lo que respecta al segundo elemento utilizado para posicionarse frente a los otros —el manejo de saberes novedosos—, debemos señalar que reconstruir el universo de lecturas de Groussac, como el de cualquier otro intelectual (y cualquier actor histórico), no es tarea sencilla. A los límites metodológicos presentes en otros casos, se suma el hecho de que su biblioteca estuvo confundida con la Biblioteca Nacional que dirigía. Pese a ello, existen en sus papeles de trabajo y en sus obras publicadas indicios sobre su mundo de referencias. La elaboración de un esquema rígido que permita precisar en qué grado se servía de determinadas tradiciones intelectuales no ha sido nuestra elección, sino que preferimos pensar en una constelación difusa de referencias que adoptó de acuerdo con el tema que le interesaba desarrollar.

Aunque se ha repetido hasta el hartazgo que sus principales modelos intelectuales fueron Ernest Renan e Hippolyte Taine (afirmación que siempre se refuerza con el señalamiento de que los retratos de ambos autores ornamentaban las paredes de su despacho en la Biblioteca Nacional), su arsenal de citas excede ampliamente la obra de

¹²⁵ Esta cita y la anterior se encuentran en A. Casal Castel, “Paul Groussac”, en: A. Casal Castel, *Vidas ejemplares*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1942, p. 238.

estos autores. Por otra parte, estos personajes eran citados y presentados como voces autorizadas en las obras de la mayor parte de los intelectuales de su generación.¹²⁶

Frecuentemente, Groussac se sirvió de variadas alusiones y menciones a la hora de demostrar a sus contemporáneos el bagaje de saberes que lo autorizaba a hostigarlos.

En reiteradas ocasiones, el hecho de su utilización de un lenguaje cercano al del movimiento positivista (por ejemplo, con incorporación de términos organicistas), o su apelación a Taine como una constante autoridad, son considerados datos suficientes para sumarlo a la lista de exponentes del positivismo finisecular argentino.¹²⁷ Sin embargo, muchas de las observaciones hechas por el personaje son fuertemente opuestas al cientificismo positivista.¹²⁸ Su universo de citas se configuró fusionando distintos horizontes que lo llevaron a ser más bien ecléctico. Por ejemplo, los exponentes del romanticismo francés aparecen como referentes constantes. Según sus propias confesiones, su predilección por los románticos se relacionaba con el hecho de que durante su juventud se había sentido profundamente seducido por sus obras. Esta fascinación está expresada en sus estudios acerca del romanticismo, que se encuentran, desde nuestra perspectiva, entre los más cuidados de sus escritos.¹²⁹ La influencia de los historiadores románticos (Augustin Thierry, Prosper de Barante y Jules Michelet) se hace fuertemente presente en las consi-

¹²⁶ Para un análisis de la recepción de Hippolyte Taine en la Argentina, véase F. Devoto, "Taine y *Les origines de la France contemporaine* en dos historiografías finiseculares", en: F. Devoto, *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 1992.

¹²⁷ Aunque en distintos aportes Groussac aparece en la lista de los positivistas, el texto en el que la caracterización de su obra como parte constitutiva de esta corriente de pensamiento es más clara es el de T. Alfieri, *Una brecha en el umbral. Ciencia y literatura en Groussac y Ramos Mejía*, Buenos Aires, Losada, 1987, pp. 26 y ss.

¹²⁸ Su rechazo a la utilización desmedida de los principios del cientificismo positivista fue presentado sistemáticamente en "La paradoja de las 'Ciencias Sociales'", en: *LB*, t. II, 1896.

¹²⁹ Véase "El romanticismo francés", en: *CL*.

deraciones acerca de la historia y de sus actores, como se analiza en el capítulo cuarto.¹³⁰

Por otra parte, en lo que respecta a las cuestiones relacionadas con la crítica literaria, su referente principal fue Charles Agustin Sainte-Beuve.¹³¹ De la propuesta de este autor, que revolucionó las formas de concretar la crítica literaria en el espacio intelectual francés, Groussac adoptó dos prácticas: dar a la crítica una dimensión creadora y definir a los autores por medio de retratos psicológicos, morales y literarios.¹³² Ambas operaciones son evidentes en los “medallones” de *La Biblioteca* y en numerosos textos dedicados a escritores de distintas épocas y nacionalidades.¹³³

Tantas otras tradiciones intelectuales forman parte de su bolsón de citas, y un recorrido por las fichas eruditas que confeccionó a lo largo de su vida permite observar la presencia de una gran cantidad de autores de distintos géneros.¹³⁴ Sin embargo, resulta menos transparente el alcance que pudieron tener en sus trabajos concretos. En esta línea se inscriben las apelaciones a los clásicos grecolatinos, que parecen cumplir más bien una función ornamental, y a determinadas corrientes filosóficas.¹³⁵

¹³⁰ Sobre los historiadores románticos pueden verse G. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, y R. Picard, *El romanticismo social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

¹³¹ Acerca de Sainte-Beuve, véase, por ejemplo, M. Bongiovanni Bertini, “Proust, Sainte-Beuve, e la ricerca in direzione sbagliata”, en: M. Bongiovanni Bertini, *Contro Sainte-Beuve*, Turín, Einaudi, 1991.

¹³² Estas afirmaciones se basan, principalmente, en los siguientes trabajos: J.-C. Carloni, y J.-C. Filloux, *La crítica literaria francesa*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, y E. Raimondi, *Tecnica della critica letteraria*, Turín, Einaudi, 1983.

¹³³ Entre otros, véanse los siguientes escritos de Groussac: “Juan Zorrilla de San Martín”, *El Diario*, 13 de febrero de 1883; “Gustavo Flaubert”, *Sud-América*, 16 de mayo de 1884; “Alphonse Daudet”, art. cit.; “Prosper Mérimée”, en: *LB*, 1898, t. VIII.

¹³⁴ Véase AGN, FPG, Leg. núm. 4: Fichas de resumen sobre historia, geografía, viajes y literatura, s/f, y Leg. núm. 5: Fichas de resumen sobre historia, geografía, viajes y literatura, s/f.

¹³⁵ El único aporte en esta dirección arriba a conclusiones poco contundentes. Véase D. Pro, “La cultura filosófica de Pablo Groussac”, en: *Cuyo. Anuario de Historia del pensamiento argentino*, Universidad Nacional de Cuyo, Instituto de Filosofía, t. IX, 1973.

Si los escritores de su generación han recibido el calificativo de prosistas fragmentarios, nuestro personaje puede ser considerado un erudito fragmentario. Se sirvió de referencias eclécticas a la hora de demostrar que contaba con saberes precisos que le permitían dictar fallos, formular censuras y establecer pautas de comportamiento a sus contemporáneos; aunque éstos también apelasen a las mismas autoridades para legitimarse, el intelectual francés sólo tomaba sus citas para ridiculizarlos.

Nos interesa destacar que más allá del manejo real de conocimientos, lo que autorizaba la jactancia de Groussac era el potencial acceso a los materiales más novedosos y prestigiosos de todas las áreas, garantizado por la ocupación de su cargo de director de la Biblioteca Nacional. Por ejemplo, en 1897 señalaba en una nota al pie de uno de sus escritos de ficción:

En lugar de este juguete, debía aparecer hoy la continuación de *Santiago de Liniers*. Me obliga á diferir su publicación la doble circunstancia de tener que esperar la llegada de varios documentos esenciales pedidos á Europa y no haber podido realizar aún un viaje indispensable á varios puntos de la provincia de Córdoba, donde el virrey pasó el último año de vida.¹³⁶

En la misma dirección resume esta actitud presuntuosa el siguiente pasaje:

Humilde alumno de tan grandes maestros [Taine y Renan], me doy testimonio, en mi esfera limitada, de no haber dejado pasar hasta ahora una innovación artística desde Wagner hasta Ruskin y Moréas, una tentativa científica, desde el evolucionismo hasta la novísima telepatía, sin informarme con ellas de simpatía, procurando entenderlas sin pretensión hostil.¹³⁷

El cargo público que el francés ocupaba era privilegiado. El título de director de la Biblioteca Nacional actuó efectivamente como símbolo

¹³⁶ "El Centenario", art. cit., p. 287, n. 1.

¹³⁷ "Boletín bibliográfico: *Los raros* por Rubén Darío", en: *LB*, t. II, 1896, p. 476.

de prestigio en los trabajos del intelectual en su país de origen, dado que el puesto gozaba, sobre todo en el contexto europeo, de gran notoriedad. Por ejemplo, en el polémico *Une énigme littéraire* aparece, debajo del nombre del autor, el rótulo “Directeur de la Bibliothèque Nationale de Buenos Aires”.

En el mismo sentido, en uno de sus escritos, Georges Clemenceau refiriéndose a Groussac subrayaba el hecho de que un francés ocupara el prestigioso cargo de director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y señalaba como un gran mérito que bajo la gestión de su compatriota se había logrado que un edificio destinado en primera instancia a la Lotería Nacional se convirtiera en un recinto de gran valor cultural, a la altura de sus homólogos europeos. Esta situación es interpretada por Clemenceau como una proeza civilizatoria realizada por un francés en América del Sur.¹³⁸

Por su parte, el cargo era también deseable en el ámbito nacional, como lo demuestra el revuelo causado cuando un extranjero fue nombrado para ocuparlo. Él mismo asumía el hecho de que la dirección de la biblioteca le otorgaba ciertas prerrogativas. En la noticia biográfica de su autoría escribe: “no era un privilegio menor para Groussac el hecho de que su cargo le permitiera contar con un espacio tan aislado como acogedor”. En el mismo registro, describiendo en tercera persona su función resaltaba:

Groussac dijo algunas veces que el cargo de bibliotecario fue su morfina, para significar el abandono de toda actividad exterior. [...] Quizás fuese más cierto compararlo con el queso de Holanda adonde se refugió, de acuerdo con la fábula, el ratón retirado del mundo, queso bastante magro, desde luego, pero repleto de algunos accesorios.¹³⁹

Estos “accesorios” eran fundamentales ya que a la hora de realizar sus producciones intelectuales tenía el acceso al nuevo material proveniente del exterior antes que sus contemporáneos, contaba con la

¹³⁸ G. Clemenceau, *Notes de voyage...*, *op. cit.*, p. 72.

¹³⁹ Esta cita y la anterior en “Noticia biográfica”, *op. cit.*, pp. 36-37.

posibilidad de mandar copistas a los archivos europeos a los fines de poseer las fuentes para enriquecer sus investigaciones y tenía a su disposición la difusión de ellas en sus publicaciones, *La Biblioteca* y los *Anales de la Biblioteca*. Algunos de sus críticos señalaban furiosamente su “abuso de situación”. Así Diego Luis Molinari, a la hora de referirse a la dinámica de la Biblioteca Nacional, señalaba que parecía ser la biblioteca particular de Groussac.¹⁴⁰ Para quienes realizaron balances póstumos acerca de la trayectoria de Groussac, su puesto no fue un elemento menor a la hora de evaluar su obra. En 1929, Alberto Gerchunoff realizó un comentario respecto de este plus diferencial con el que contaba el intelectual recientemente fallecido:

el destino le fue favorable. Mientras las personas mejor dotadas de su tiempo leían apresuradamente en sus bufetes de abogados, en sus oficinas inseguras, y aprendían confusamente y producían sin coherencia y sin tranquilidad, al azar de su existencia agitada y dispersa, Groussac tuvo la fortuna de encontrar el medio de ser lo que siempre fue. Este imperturbable “habitante de la ciudad silenciosa de libros” ha encontrado en Buenos Aires un suburbio de París.¹⁴¹

Paul Groussac actuó en el escenario intelectual argentino del cambio de siglo asumiéndolo como un ámbito absolutamente amorfo, desorganizado e inorgánico. Complementariamente, destacó como un elemento negativo para la cultura la superposición con el ámbito de la política, ámbito que consideraba viciado y en el que ingresó esporádicamente y siempre por medio de la pluma. En correspondencia con esta actitud, rechazó deliberadamente asimilarse a la práctica, extendida en los países hispanoamericanos, de los hombres públicos que estaban insertos a la vez en el ámbito de la política y en el

¹⁴⁰ En D. Molinari, “Groussac y el método”, art. cit., p. 264.

¹⁴¹ A. Gerchunoff, “Reflexiones sobre Pablo Groussac”, en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, p. 63.

de la cultura, motivo por el cual no percibían sus diferencias, su variedad de ritmos e intereses ni sus autonomías relativas.

Definidas las características del espacio cultural en el que debía desempeñarse, así como sus vicios y sus puntos débiles, nuestro personaje operó sobre el mismo asumiendo roles que lo ubicaron en un lugar de alta visibilidad y lo convirtieron en un referente que no podía ser ignorado. Los distintos debates que mantuvo juegan un rol central en este sentido y articulan parte de nuestras reflexiones acerca de Groussac como estrategia intelectual. Además, nos permiten poner en perspectiva los elementos analizados en las secciones de este capítulo.

En los intercambios que hemos recorrido pueden visualizarse por lo menos tres etapas diferenciadas en lo que concierne a la actitud de Groussac en tanto polemista. En un primer segmento pueden agruparse las polémicas mantenidas con Cané, con Oyuela, con Láinez y con los voceros del pensamiento católico. Todos estos intercambios comenzaron en 1884, un año después del regreso de nuestro personaje a su patria de origen. Como señalamos en el capítulo anterior, las intenciones de tener un lugar en el mundo intelectual de París se frustraron durante esa estadía. A su retorno al país, instalado definitivamente en Buenos Aires, parecía decidido a ganarse un lugar en el universo cultural porteño. Puede sostenerse que, en primera instancia, recurrió a sus amistades para posicionarse. En este registro puede leerse su nombramiento como director-gerente del *Sud-América* y su designación como director de la Biblioteca Nacional.

Una segunda estrategia de posicionamiento fue salir al ruedo provocando a personajes conspicuos de la intelectualidad porteña en los periódicos de mayor difusión de Buenos Aires. El debate entablado con Cané se generó como consecuencia de un comentario desmedido de Groussac en *El Diario*. A partir de la crítica a Cané, este periódico, que se había vanagloriado de tener al francés entre sus colaboradores, cambió los términos de su relación con Groussac.

El intercambio entablado entre Cané y Groussac fue marcadamente multifacético pero, en medio de la confusión temática, nos interesa reparar en las formas de proceder de nuestro personaje. Su interven-

ción muestra cierta osadía cuando critica la obra de un autor que, entre otras características, portaba un apellido respetado en el ámbito político del período. Además, Cané estaba representando al país en distintos lugares en el mundo. Dificilmente pueda argumentarse que el francés desconocía la historia familiar de Cané y cuál era su universo de relaciones. Más bien pensamos que la finalidad de su punzante intervención y de sus lapidarios juicios sobre el libro de viajes y sobre el diplomático argentino residía en obtener visibilidad y notoriedad. A juzgar por la reacción de Cané, el objetivo fue alcanzado.

Por otra parte, en las tres polémicas en las el francés participó desde el *Sud-América*, no se trataba ya de un huésped de un prestigioso diario sino de su director-gerente. Entre estos intercambios existen diferencias: dos de ellos, los mantenidos con Calixto Oyuela y con Manuel Láinez, versaron sobre temas más bien acotados, y los ataques y reacciones asumieron un tono fuertemente personalizado. Sin embargo, hacia el final de los debates, fueron estos personajes los que probablemente conformaron un frente común contra el flamante director de la Biblioteca Nacional. Ambas polémicas le permitieron ocupar un espacio en las columnas de los diarios y ganarse una fama sin demasiado esfuerzo. Por su parte, el debate con los columnistas de *La Unión* puede interpretarse como un hecho que desbordaba sobradamente el ámbito de las discusiones entre personajes individuales. Pese a ello, en las tres instancias Groussac supo capitalizar los elementos que le permitían engrosar su presencia pública, y le gustaba describirse como: “el extranjero, director del diario, libre pensador y brazo derecho del Ministro Wilde”.¹⁴²

Así, dentro de la trama de la trayectoria groussaquiiana el comentario controvertido dirigido al libro de Cané y las polémicas subsiguientes pueden ser vistas como parte de una estrategia de posicionamiento que le confirió identidad y presencia en el ámbito cultural porteño en el momento mismo en el que decidió ganarse un espacio en él. Debe señalarse que esta estrategia trajo aparejada cierta adversidad frente a su persona: comenzó a ser percibido como un estorbo, un potencial competidor y un

¹⁴² “Noticia biográfica”, art. cit., p. 36.

desleal. En el espacio de la intimidad, creado por la correspondencia privada, Cané expresaba estas ideas señalando la impertinencia del francés cuando se refería a él sin conocerlo. El fastidio que le generaba esa actitud se sintetiza en la citada frase dirigida a su amigo Lucio López, en la que sentenciaba: *si no es leal no tiene cabida entre nosotros*. Aunque esta frase puede entenderse como un simple gesto de furia y de resentimiento, consideramos sin embargo que tiene un significado más amplio. El mismo año en que Cané escribió esta carta redactó “De cepa criolla”, texto en el que ponía en los labios de Carlos Narbal la afamada frase: “Cerreemos el círculo y velemos sobre él”.¹⁴³ Esta frase, expresión de la reacción de Cané ante las manifestaciones caóticas del cosmopolitismo por el que estaba atravesando la Argentina, se circunscribe, en el contexto del debate con nuestro personaje, a la esfera letrada, en la que Groussac es visto como un extranjero advenedizo, potencialmente peligroso y traidor.¹⁴⁴ Las reacciones posteriores ante la designación de Groussac como director de la Biblioteca Nacional parecen revelar-nos una intención de cerrar círculos y velar sobre ellos.

Otros son los rasgos de un segundo segmento de polémicas protagonizadas por el francés entre 1896 y principios del siglo xx. En este período Groussac utilizó, preferentemente, las revistas que dirigía como trincheras de sus principales polémicas. Las disputas mantenidas desde las páginas de *La Biblioteca* revelan características tributarias de la posición que el francés ocupaba hacia mediados de la década de 1890. Su situación era ya mucho más cómoda y se sentía en condiciones de aleccionar y de prescribir recetas para que determinadas prácticas intelectuales se concretasen en forma eficaz.

¹⁴³ En 1884 Cané redactó los textos “De cepa criolla”, “En el fondo del río”, “A las cuchillas”, según los fecha en *Prosa ligera* (1903) y en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* de Zeballos, en la que en 1900 publicó el segundo bajo el título “La vuelta” y el último con título idéntico. Véanse M. Cané, “La vuelta” y “A las cuchillas”, en: *Revista de Derecho, Historia y Letras*, t. VII, 1900, pp. 5-19 y 165-183. La cita textual se encuentra en M. Cané, “De cepa criolla”, en: M. Cané, *Prosa ligera*, Buenos Aires, Casa Vaccaro, 1919 [1903], p. 124.

¹⁴⁴ Para la primera interpretación de la frase véase D. Viñas, “Cané: miedo y estilo”, en: D. Viñas, *Literatura argentina y realidad política..., op. cit.*

La polémica entablada con Norberto Piñero es muestra cabal de esta actitud. En este caso, como en los anteriores, la elección del contrincante no parece casual: Piñero estaba cumpliendo funciones diplomáticas en Chile, en un contexto de tensión generada por los problemas limítrofes. Por otra parte, el folleto que publicó Piñero para defenderse nos ofrece muestras de cómo era percibido el director de la revista en esta coyuntura. El opúsculo está conformado por 105 páginas cuyo objetivo único es responderle a su censor, lo que se hace presente desde el título mismo: *Los escritos de Mariano Moreno y la crítica del Señor Groussac*.¹⁴⁵ Parece ser que las reprimendas del director de *La Biblioteca* generaron en esta ocasión una reacción sistemática que, más allá de su eficacia, muestra que Piñero estaba dispuesto a reconocer en el francés una voz autorizada, o al menos estaba persuadido de que sus palabras no podían ser ignoradas.

El enfrentamiento con Bartolomé Mitre de 1897, también desde las páginas de *La Biblioteca*, tiene otras implicaciones. Discutir con Mitre sobre cuestiones vinculadas con las formas de hacer la historia o sobre la exactitud de determinados acontecimientos pretéritos no parecía ser una tentación para muchos. No sólo porque aproximadamente quince años atrás había tenido lugar el debate histórico que lo enfrentó con Vicente F. López, sino porque, como el mismo Groussac destacaba, se trataba de un hombre respetado y reivindicado. Sin embargo, había cometido un abuso de autoridad extraintelectual al criticarlo y el francés no estaba dispuesto a dejar pasar por alto esta oportunidad de obtener alta visibilidad.

Poco después de estas ocasiones polémicas, nos encontramos con el enfrentamiento de Groussac con Schiaffino. Aunque el debate sorprende en un primer momento, pone una vez más en evidencia que el terreno favorito del francés para hacerse ver y escuchar era el de los debates y que la mejor forma de llegar a ellos era el uso de los medios de prensa. Esta vez decidió censurar las opiniones estéticas de uno de los artistas y críticos de arte más destacados de la Argentina de su época

¹⁴⁵ N. Piñero, *Los escritos de Mariano Moreno...*, *op. cit.*

amparándose en los conocimientos supuestamente adquiridos durante su adolescencia en la Escuela de Bellas Artes de Toulouse. El tema que en este intercambio más fastidió a Groussac, devenido crítico de arte sin mayores dificultades, fue el hecho de que Rodin había desatendido sus sugerencias sobre las características que debería tener una representación de Sarmiento.

Posteriormente, desde las páginas de los *Anales de la Biblioteca*, Groussac intervino en un debate más ampliado en torno del idioma de los argentinos, analizado en el próximo capítulo, y presentó sus críticas a la tarea de Ricardo Palma. El objetivo de este último debate era, sin duda, reforzar su lectura sobre el ámbito cultural hispanoamericano y robustecer su posicionamiento en tanto autoproclamado literato europeo. Además, el ataque a Palma puede inscribirse en el mismo registro que la intención de Groussac cuando publica en Francia su obra sobre el *Quijote* de Avellaneda; es decir, la de obtener también cierta presencia y renombre en los ámbitos culturales extranjeros midiéndose con otros directores de bibliotecas nacionales. En este sentido, si bien la embestida de Menéndez y Pelayo lo colocó en un lugar vulnerable dentro de las fronteras de su país de residencia, su fama parecía contar con robustas raíces. El debate mantenido con José Ingenieros nos permite pensar cómo era percibido hacia comienzos del siglo: un sacerdote al que recurrir para obtener un bautismo “científico”.

Groussac había sabido edificar su fama. En este sentido, debe tenerse en cuenta que la dirección de las revistas *La Biblioteca* y los *Anales de la Biblioteca* consolidó y reforzó su ubicación en tanto articulador de ciertas dinámicas del espacio cultural argentino. En lo que respecta a estas revistas, es difícil caracterizarlas como órganos oficiales supeditados a los objetivos y a los tiempos de una institución pública, la Biblioteca Nacional, como sí lo había sido una publicación anterior: *La Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* (aparecida en 1879 bajo la dirección de Manuel R. Trelles). En el caso de *La Biblioteca*, a la luz de los sucesos que condujeron al cierre de la revista se constata que se había generado una identificación total de

la empresa con su director y no con la institución estatal a la que nominalmente estaba adscripta. Si la revista hubiese sido un medio de difusión de carácter oficial u oficialista, no se comprendería el enfrentamiento del director con un funcionario clave para el Estado argentino en esa coyuntura.

Consideramos que el intelectual de origen francés asumió ambas publicaciones, por él ideadas y administradas, como tribunas y bastiones para irrumpir en un espacio cultural acotado y como medios de difusión para cimentar su legitimidad y la validez de sus producciones escritas. Groussac decidió cómo generar y moldear esos espacios y estableció límites a la hora de determinar quiénes podían ingresar en ellos y a quiénes vedarles la entrada; en ese sentido, debe considerarse su ideal de impulsarlas en calidad de empresas civilizadoras. Encontramos que ambas experiencias editoriales se hallan identificadas plenamente con los objetivos intelectuales de su director, fueron parte constitutivas de un proyecto de carácter cultural que le permitió pensar en la posibilidad de dar forma a un espacio intelectual argentino que, como hemos señalado, percibía caótico y desorganizado. Asumía las publicaciones como objetos de su propiedad y como parte medular de sus intenciones. Las políticas de edición, las dinámicas asumidas por los debates mantenidos desde las páginas de las dos revistas y los acontecimientos que condujeron al brusco final de *La Biblioteca* permiten sostener que actuaron como espacios de enunciación y de difusión de sus ideas y sus opiniones, en más de una ocasión caprichosas.

Ahora bien, hacia 1910, uno de sus renegados sucesores en el ámbito historiográfico, Rómulo Carbia, reconocía las características de la revista en tanto tribuna privilegiada para censurar o impulsar trayectorias: “[Groussac] tendrá que reconocer que su imperio ha pasado y que ya no son estos los tiempos en que desde *La Biblioteca*, férula en mano, dictaba fallos que todos aceptaban”.¹⁴⁶ Los rasgos de estos “tiempos de *La Biblioteca*” nos posicionan frente a un personaje que se suponía autorizado a opinar acerca de libros y autores nacio-

¹⁴⁶ Véase R. Carbia, “El Señor Groussac historiógrafo...”, art. cit., p. 249.

nales, formas de organización de instituciones educativas, teatro u otras manifestaciones artísticas, mediciones de arcos meridianos, realización de tareas de compilación y crítica documental, maneras de escribir la historia del país, representatividad de las esculturas y todos los temas vinculados, directa o indirectamente, con el mundo de la cultura. Este amplio frente de incursiones de la pluma groussaquiana nos permite sostener que nuestro personaje buscaba convertir la gran aldea intelectual y moldearla para que se pareciera a su Fedora ideal. Para diseñar esta ciudad, Groussac supo montar sus propias fortalezas desde las páginas de sus publicaciones, y difundir desde allí sus intenciones en instancias que le eran especialmente gratas: las polémicas. En este sentido, decidió asumir y practicar un rol pedagógico que le permitió robustecer su posición como referente ineludible en el contexto de un espacio intelectual deficitario.

De este modo, su placer a la hora de participar en los debates en los que se dirimían cuestiones relacionadas con prácticas intelectuales de todo tipo no era en absoluto desinteresado; apuntaba a diseñar acciones, más allá de sus efectos posibles, que le permitiesen remodelar una realidad que no estaba a la altura de sus deseos. Para ello contó con una posición privilegiada en relación con sus contemporáneos al dirigir la Biblioteca Nacional, y el cargo lo proveyó de determinadas armas fundamentales para ganar batallas en un terreno de confusa organización. Supo además desplegar estrategias de acción definidas asumiendo el desdén ante sus pares, reales y potenciales, criticar las prácticas intelectuales consideradas incorrectas y cultivar ciertos elementos que le otorgaron un plus diferencial ante sus contemporáneos. Combinando habilidades y estrategias, Groussac logró contar con una indiscutida injerencia en el ámbito de la cultura y se instaló ante sus contemporáneos como un portador de una misión a ser cumplida.

En cuanto el último segmento temporal que hemos señalado en su biografía en el capítulo anterior, cuando el imperio de Groussac se desintegraba en una lenta decadencia, tanto el debate mantenido con los miembros de la Nueva Escuela Histórica, Rómulo Carbia y Diego L. Molinari, como el entablado con Leopoldo Lugones presentan

algunas diferencias que encuentran su explicación en el marco de contención de estas controversias. Pese a que las dinámicas argumentativas de las polémicas se mantuvieron en un registro similar a las anteriormente protagonizadas por nuestro personaje, las intenciones de estos debates son diferentes. En el primero se plantean ciertos principios que colocan a Groussac en el lugar de detentador de saberes tradicionales que se habían tornado poco adecuados y caducos a la vista de quienes se autopercebieron como los portadores de una serie de habilidades y saberes modernos y válidos. En el contexto de una de estas polémicas, los miembros de la Nueva Escuela Histórica no se contentaron con una formación que en la práctica se manifestaba en innumerables operaciones eruditas y retóricas, sino que exigían y consideraban como un parámetro indiscutido el manejo de ciertos saberes específicos y constantes que hacían a la dinámica de la práctica historiográfica y se encontraban ya contenidos por marcos institucionales claramente normativizados.

En este escenario —el de la profesionalización de las disciplinas intelectuales— Groussac ya no podía ocupar el lugar del Pígalión de la cultura argentina. Ya no se encontraba en el centro del espacio intelectual sino más bien en los bordes. En esta situación, sin temor a las represalias, Lugones se atrevía a señalarle sus “pecados”. Sus argumentos ya no contaban con la legitimidad absoluta que su fama de polemista, su origen francés y su rol de privilegio le habían otorgado en el contexto del cambio de siglo. La Fedora azul conservada en su esfera de vidrio se resquebrajaba inexorablemente, y la metrópoli intelectual deseada, moldeada y rendida ante su autoridad pasaba a ocupar, dentro del palacio de metal, el vasto lugar de los modelos imposibles.

III. UNA LENGUA, UNA LITERATURA Y UNA ACTITUD PARA LOS ESCRITORES ARGENTINOS

Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el Alcorán, no hay camellos; yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del Alcorán, bastaría esta ausencia de camellos para comprobar que es árabe. Fue escrito por Mahoma, y Mahoma, como árabe, no tenía por qué saber que los camellos eran especialmente árabes; eran para él parte de la realidad, no tenía por qué distinguirlos; en cambio, un falsario, un turista, un nacionalista árabe, lo primero que hubiera hecho es prodigar camellos, caravanas de camellos en cada página. [...] Creo que los argentinos podemos parecernos a Mahoma, podemos creer en la posibilidad de ser argentinos sin abundar en el color local.

JORGE LUIS BORGES,

El escritor argentino y la tradición

EN LOS ESTUDIOS QUE PROVIENEN de la esfera literaria, Paul Groussac es reivindicado principalmente como un crítico.¹ Existen sólo ciertas contribuciones que se ocupan de analizar alguno de sus textos literarios en forma sistemática o de postular alguna interpretación de conjunto sobre sus producciones.² En historias de la literatura de distin-

¹ Véanse M. Vitagliano, "Paul Groussac y Ricardo Rojas o el lugar de los intelectuales", en: N. Rosa, *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999; S. Cella, (comp.), *La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé, 2000; N. Flawiá de Fernández y O. Steimberg de Kaplan, "La crítica literaria en el Río de la Plata durante el siglo XIX: del romanticismo al positivismo", en: *Ibero-Amerikanisches Archiv*, núm. 12, New Serie, 1986.

² Entre las primeras se destaca: D. Lagmanovich, "Paul Groussac, ensayista del

tas épocas es presentado con el formato utilizado para describir al resto de los literatos: breve descripción de contenidos de las obras, alusión al contexto y fecha de aparición de las mismas, escuetas referencias sobre su itinerario.³ Existen, además, alegatos producidos luego de su fallecimiento que ofrecen juicios, de carácter más bien laudatorio, acerca de sus escritos y de su potencial legado.⁴

A grandes rasgos, la obra literaria del francés está compuesta por algunas novelas o relatos de ficción: *Fruto vedado*, *El hogar desierto* (1884), *La monja* (1887), *La rueda loca* (1896), *La herencia* (1898), *El número 9090* (1921) y la pieza teatral *La divisa punzó* (1923). A esto se suman algunos relatos muy breves, como *De la cruz a la flecha* (1872) y *El Centenario* (1897), y numerosos textos abocados a tareas de crítica literaria, entre los que se destacan los comentarios bibliográficos publicados en *Sud-América* y en *La Biblioteca*.⁵ También pueden considerarse parte de su obra literaria los textos de carácter ensayístico reunidos en *Del Plata al Niágara* (1897), en las dos series de *El viaje intelectual* (1904 y 1920), *Los que pasaban* (1919) y en *Crítica literaria* (1924), además de la ya mencionada obra publicada en francés que causó un auténtico alboroto: *Une énigme littéraire. Le 'Don Quichotte' d'Avellaneda* (1903). Por último, cuenta en su haber con un pequeño libro de poemas, *Le cahier des sonnets* (1892).

80", en: *Revista Interamericana de Bibliografía-Inter-American Review of Bibliography*, vol. 32, núm. 2, OEA, 1982.

³ Véanse, por ejemplo, J. M. Rohde, *Las ideas estéticas en la literatura argentina*, Buenos Aires, Coni, 1926, y AA.VV., *Historia de la literatura argentina. Del romanticismo al naturalismo*, Buenos Aires, CEAL, 1986, t. II. En el mismo sentido, E. Anderson Imbert, "La literatura argentina", en: G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina...*, op. cit.; H. Campanella, "La atmósfera literaria", en: H. Biagini (comp.), *El movimiento...*, op. cit.

⁴ Entre otros, véanse J. Echagüe, "Paul Groussac", en: J. Echagüe, *Escritores de la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1930, y J. González, "Groussac, novelista", en: *Nosotros*, núm. 242, junio de 1929.

⁵ Los borradores de algunos de estos comentarios y otras páginas sueltas acerca de numerosas obras se encuentran en AGN, FPG, Leg. núm. 2: Obras literarias y comentarios sobre literatura.

Pese a la copiosidad de su producción literaria, está más allá de nuestras intenciones abordar este *corpus*; concretamos, en cambio, un acercamiento a aspectos escasamente explorados de la actitud asumida por Groussac ante la lengua, la literatura y los escritores argentinos. Con este objetivo, analizamos, en primer lugar, su participación en el contexto del debate acerca del idioma nacional, que tuvo lugar en torno a 1900. Posteriormente, presentamos algunas apreciaciones acerca del uso de la lengua española y sus opiniones sobre la literatura practicada por exponentes nacionales. Reparamos, además, en los juicios esgrimidos a la hora de criticar a los escritores y de difundir ciertas sugerencias ligadas con el uso de la lengua escrita y el ejercicio de la literatura. Por último, presentamos breves consideraciones acerca de su propio uso del idioma español.

1. ACERCA DEL IDIOMA DE LOS ARGENTINOS

En torno a 1900 se planteó una polémica acerca del origen y la validez del idioma utilizado por los argentinos. Conspicuos letrados participaron de esta controversia.⁶ La polémica giraba alrededor de un eje central: la vigencia de la lengua heredada de la colonia y el alcance y los límites que ésta podía llegar a tener en caso de que se concretara cierta configuración de un idioma nacional desvinculado del heredado.⁷ Estos temas habían estado vigentes, con distinta intensidad, desde 1810. Numerosos hombres de la cultura participaron en este debate de muy largo plazo, que surgió en el contexto posrevolucionario y tuvo luego repercusión en distintos momentos históricos.⁸

⁶ Algunos textos de esta polémica fueron compilados con un estudio crítico de A. Rubione. Véase AA.VV., *En torno al criollismo*, Buenos Aires, CEAL, 1983. En esta recopilación no se describe ni se expone la postura mantenida por Groussac.

⁷ Sobre el uso de la lengua española en América Latina véanse J. G. Moreno de Alba, *El español en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988; A. Herretero Mayor, *Cosas del idioma. Indagaciones y experiencias*, Buenos Aires, Troquel, 1959.

⁸ Véase A. Rosenblat, "Las generaciones argentinas del siglo XIX ante el problema de la lengua", en: *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 5ta. época, Año 5, núm. 4,

Recordemos como telón de fondo concreto de esta controversia que hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX se intensificaban ciertas intenciones de configurar una identidad nacional con rasgos propios y opuestos a los del resto de las nacionalidades.⁹ Además, el contexto del debate se hallaba permeado por la realidad del proceso inmigratorio y sus efectos cotidianos, uno de los cuales –el clima de caos lingüístico– era contemplado como un rasgo absolutamente disruptivo.¹⁰

Es evidente que la polémica excedía ampliamente las consideraciones de carácter idiomático. Había comenzado a reavivarse desde fines del siglo XIX, cuando el criollismo y los elementos lingüísticos de los cuales eran portadores los distintos grupos de inmigrantes que arribaban a la Argentina comenzaron a ser percibidos por los miembros de la elite política y de la letrada como un potencial peligro y como factores disgregadores en el contexto de una sociedad aún no cohesionada.¹¹

Las argumentaciones de la polémica, pese a algunos matices, giraron en torno a dos polos bien diferenciados: por un lado, se encontraban quienes sostenían fervorosamente que el idioma de estas tie-

octubre-diciembre de 1960; A. Alonso, *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*, Buenos Aires, Losada, 1979; E. del Valle, "Liberación lingüística de la literatura argentina", en: *Journal of Inter-American Studies*, vol. 2, núm. 3, julio de 1960.

⁹ Véanse L. Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, y F. Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

¹⁰ Véanse G. Onega, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, CEAL, y G. Nouzeilles, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2000.

¹¹ Sobre el criollismo véase A. Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988. Para análisis de las miradas de las elites sobre la inmigración véanse T. Halperin Donghi, "¿Para qué la inmigración?. Ideología y política migratoria en la Argentina (1810-1914)", en: T. Halperin Donghi, *El espejo de la historia, op. cit.*, y E. Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890/1916*, Buenos Aires, Sudamericana/Udesa, 1995.

rras era tributario y continuador del de España, por otro, aquellos que afirmaban que debía bregarse por la emancipación lingüística por medio de la construcción de un idioma radicalmente diferente. Dentro de la segunda postura se nuclearon diversas perspectivas: desde propuestas en favor de la adopción del criollismo y de sus expresiones literarias como síntomas reales de la existencia de un idioma nativo hasta alternativas que pretendían demostrar la existencia de un idioma argentino en formación.

El carácter público de la polémica estuvo impulsado por una publicación de un compatriota de Groussac, Lucien Abeille.¹² En *Idioma nacional de los argentinos*, sostuvo que existían cuatro posturas acerca de la lengua hablada en la República Argentina: “hay los que creen que el Idioma Nacional es simplemente castellano; los que afirman que es sólo un dialecto; los que sostienen que es una lengua genuinamente argentina; los que velan por el purismo castellano”.¹³ A lo largo de su escrito se encargaba de derrumbar estas teorías. Primeramente, argumentaba que el idioma de los argentinos no podía considerarse español dado que había sufrido alteraciones profundas en las cuestiones relacionadas con el léxico, la fonética y la sintaxis. Por otra parte, señalaba que el idioma nacional no podía ser considerado un dialecto, ya que los habitantes del Río de la Plata eran un pueblo independiente, conformaban una nación y en consonancia con este principio no era viable pensar en el idioma que utilizaban como un desprendimiento de otra lengua más abarcadora utilizada por los súbditos de la monarquía española. En lo que concierne a la consideración del idioma nacional como genuinamente argentino,

¹² Lucien Abeille llegó a la Argentina en 1889 y permaneció en el país hasta su fallecimiento en 1949. Era miembro de la Sociedad de Lingüística de París y se desempeñó como profesor de francés y de latín en el Colegio Nacional de Buenos Aires y en la Escuela Superior de Guerra. Véase AA.VV., *Los franceses en la Argentina*, Buenos Aires, Manrique Zago, 1986. Sobre la obra de Abeille, véase también P. Verdevoye, “Hace cien años, una bomba lingüística en Buenos Aires: el libro de Luciano Abeille”, en: P. Verdevoye, *Literatura argentina e idiosincrasia*, Buenos Aires, Corregidor, 2002.

¹³ L. Abeille, *Idioma nacional de los argentinos*, París, Librairie Émile Bouillon Editeur, 1900, p. xi.

Abeille impugnaba esta postura afirmando que las raíces provenientes del castellano eran evidentes y que aún no se había consolidado un idioma argentino autónomo.

Luego de realizar un extenso y detallado análisis de varios términos utilizados por los habitantes de la Argentina, el autor estableció un programa que proponía llevar a la práctica a la brevedad. Su propuesta apuntaba a señalar que el idioma nacional de los argentinos estaba en formación y seguía los pasos de una evolución que lo conduciría a consolidarse. Con este objetivo, desde su perspectiva, era necesario impulsar un proceso ya en curso como consecuencia de las oleadas inmigratorias: la progresiva fusión entre el español transplantado durante la época colonial, las lenguas indígenas, el francés, el castellano, el italiano, el inglés, el alemán y otros idiomas. Esta síntesis daría como resultado, en palabras de Abeille, una “nueva lengua neo-latina”.¹⁴ En consonancia con estos supuestos, proponía la supresión inmediata de la enseñanza del español en las escuelas y el reemplazo de éste por el estudio de variadas lenguas (gauchesco, francés, guaraní, quichua, griego, latín, entre otras) que confluirían natural y armónicamente en el nuevo idioma.

Ante una postura y un programa tan excéntrico como el de Abeille surgieron diversas reacciones que apuntaban básicamente a ponerle un freno tanto al avance del criollismo, y cualquiera de sus manifestaciones, como a este planteo. De este modo, con diversos móviles y argumentos, Ernesto Quesada, Miguel Cané y Paul Groussac, entre los más destacados, se enrolaron en las filas de una defensa tajante del castellano como idioma oficial y único de los habitantes de la Argentina.

Ernesto Quesada exponía un marcado disgusto ante la aceptación y la difusión de los textos escritos en el “lenguaje de las clases populares”, lo que, desde su perspectiva, evidenciaba la exageración de una tendencia literaria “neo-patriótica”.¹⁵ Una serie de interrogantes arti-

¹⁴ *Ibid.*, p. 423.

¹⁵ Para un análisis sobre la postura de Quesada en este debate, véase O. Terán, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, en: O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, especialmente pp. 223-235.

culaba su argumentación y evidenciaba hacia dónde se dirigía su preocupación: “¿Cuál es la esencia del criollismo en nuestra literatura? ¿Interpreta acaso el alma nacional, o es tan sólo una nota patrioter y destemplada?”¹⁶ Intentando responder a algunas de estas cuestiones el autor señalaba que las expresiones criollistas debían considerarse “literaturas dialectales” y que, por tal motivo, no podían asumirse como la manifestación única de la literatura argentina ni como un signo representativo de la nacionalidad. Desde esta perspectiva, Quesada bregaba por la unidad de la lengua castellana para todos los pueblos hispanoamericanos, desprestigiando la popularidad que había alcanzado el criollismo en sus variadas expresiones.¹⁷

En cambio, en “La cuestión del idioma” Miguel Cané señalaba que, pese a cierta incomodidad que a lo largo de su vida le había causado la utilización de una lengua heredada de España, en la coyuntura en la que estaba escribiendo era necesario reconsiderar su uso y su mantenimiento.¹⁸ En esta dirección, más que ocuparse del criollismo y de sus manifestaciones resaltaba su descontento ante la propuesta de Abeille, a la que caracterizó como “extremista y audaz”, mientras apoyaba la postura de quienes, como Quesada, sostenían la conservación del castellano como lengua válida para los argentinos. Entre sus argumentos señalaba que no era extraño incorporar nuevos vocablos o establecer distorsiones en algunos términos: “hagámoslo con la seguridad de que al hacerlo en nada adulteraremos los principios fundamentales de nuestra lengua que no es ‘el idioma de los argentinos’, ni el ‘idioma nacional’, sino simplemente y puramente el castellano”.¹⁹

¹⁶ E. Quesada, *El “criollismo” en la literatura Argentina*, selección compilada en AA.VV., *En torno al criollismo*, op. cit., p. 107.

¹⁷ A. Prieto señala que el texto de Quesada citado debe considerarse como una expresión típica de la intención de la elite letrada de demarcar límites claros de una política cultural destinada a disciplinar a un cuerpo social que estaba demostrando demasiados síntomas de independencia. Véase A. Prieto, *El discurso criollista...*, op. cit., p. 20.

¹⁸ Este artículo de M. Cané data de 1900 y fue recogido en *Prosa ligera*.

¹⁹ M. Cané, “La cuestión del idioma”, en: M. Cané, *Prosa ligera*, op. cit., p. 67.

Partiendo de estos principios, el autor de *Juvenilia* argumentaba que, pese a los cambios que se evidenciaban en el uso del castellano en los territorios argentinos, esta lengua debía mantenerse como idioma válido, dado que el intento de cambiarla podía traer consecuencias amenazadoras: “la circunstancia especial de ser este un país de inmigración, hace más peligrosa la doctrina que informa el libro del señor Abeille y más necesaria su categórica condenación”.²⁰

Con algunos argumentos filiados a los de Cané y Quesada, Groussac asumió en este debate una clara posición de rechazo tanto de los principios propuestos por su osado compatriota como de los motivos provenientes del criollismo. Sostuvo que el idioma de los argentinos no era otro que el castellano heredado y que este legado, a diferencia de tantos otros surgidos de los vicios coloniales, debía mantenerse. Asumiendo esta postura, argumentó en contra de la creación, la sistematización y la difusión de una jerga de carácter local. Su participación se hizo activa desde las páginas de los *Anales de la Biblioteca*.²¹ Empezó varias aproximaciones de carácter filológico para analizar términos utilizados por autores de la América de habla hispana, sobre todo rioplatenses, y sostuvo que la lengua que debía mantenerse era el castellano: “la herencia que aconsejo a los argentinos con respeto religioso, es la de la lengua, que es la tradición viva de la raza”.²²

De este modo, Groussac minimizaba la importancia que escritores como Abeille le atribuían a la fuerza de la tradición aborigen, a las voces de un supuesto lenguaje criollo y a los nuevos términos aportados por las diversas comunidades de inmigrantes. Asumiendo esta perspectiva señala que “no existe tal ‘idioma argentino’ en formación, ni tendría importancia, aunque fuera más original y completo”.²³

Pese a que la postura groussaquiiana sobre este tema se hizo pública en el marco del debate, sus opiniones con relación al mismo pueden ser

²⁰ *Ibid.*, p. 70.

²¹ “A propósito de americanismos”, en: *AB*, t. 1, 1900. Citamos de acuerdo con la versión compilada en *VII*.

²² *Ibid.*, p. 420.

²³ *Ibid.*, p. 422.

rastreadas en los escritos publicados desde comienzos de la década de 1890. Así, una primera intervención de Groussac en lo que concierne al idioma a ser adoptado por los argentinos tuvo lugar en 1891. En el contexto de auge del criollismo, el intelectual francés decidió presentar una solución de carácter práctico que cristalizó en una medida oficial aparecida en la *Memoria del Ministerio de Instrucción Pública* de ese año. Allí se señala: “renunciemos á vanagloriarnos de nuestras incorrecciones: como lo repite expresamente el nuevo plan de estudios, no hay mas idioma nacional que el castellano. Todos los pueblos hispano-americanos debemos así entenderlo si no queremos perder el inmenso beneficio de una lengua común á todo el continente”.²⁴ Esta perspectiva fue sostenida a lo largo de toda su trayectoria. No estaba bajo discusión dentro de su enfoque, entonces, que el idioma heredado era el idioma que los argentinos debían conservar. Sin embargo, las dudas surgían a la hora de pensar qué características debía asumir este idioma para configurarse y adquirir el perfil adecuado para la Argentina.

2. UN CASTELLANO AFRANCESADO

La insistencia en el mantenimiento excluyente del castellano como lengua nacional fue un tópico bastante marcado en las intervenciones públicas de Groussac, postura que resulta llamativa si se consideran sus impresiones generales con relación a España, generalmente despectivas. Sin embargo, sus opiniones se vieron fuertemente matizadas en el contexto de los acontecimientos internacionales de 1898.²⁵

²⁴ *Memoria presentada al Congreso Nacional de 1891*, op. cit., p. lvi. Sobre la autoría de Groussac de esta memoria, véase “A propósito de americanismos”, art. cit., p. 421, n. 2.

²⁵ Para visiones abarcadoras sobre los intelectuales en el contexto de los sucesos de 1898 véanse H. Biagini, *Fines de siglo. Fin de milenio*, Buenos Aires, UNESCO/Alianza, 1996; B. Colombi, “Viajeros de la modernidad. Miradas sobre los Estados Unidos en el fin-de-siglo” (mimeo), y O. Terán, “El primer antiimperialismo latinoamericano”, en: O. Terán, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.

Como hemos señalado, nuestro personaje participó de un evento organizado por el Club Español, realizado en el Teatro de la Victoria en mayo de ese año. Su visión sobre los hechos fue expresada por medio de una serie de imágenes opuestas de los distintos actores del enfrenamiento: España y los Estados Unidos. En líneas generales, las fuerzas que desde su perspectiva subyacían al conflicto podían sintetizarse en dos polos: “latinidad” versus “yanquismo”.²⁶ Partiendo de esta dualidad optó por recuperar la figura de España apelando a los rasgos positivos de su historia y su tradicional cultura y poniendo de relieve su rol civilizatorio durante los procesos de conquista y de colonización. En este punto señalaba:

Saludar entre los pueblos, al que, durante más de tres siglos, ha derramado su sangre y prodigado su implacable heroísmo en esta América: conquistando imperios y poblando desiertos; impregnando de savia humana la tierra inculca; modelándola con mano ruda, á su imagen y semejanza, por la espada y por la cruz, con soldados creyentes como monjes y misioneros valientes como soldados –hasta dejarla preparada y apta para cumplir su misión futura de madre de naciones.²⁷

En el mismo sentido reivindicatorio, ensalzó a la nación ibérica en tanto portadora de supremos ideales: “ha realizado á su turno un ideal humano de valor, de nobleza, de altivez caballerisca, de exaltado y místico espiritualismo”.²⁸ En cambio, a la hora de referirse a Estados Unidos, destacó los elementos embrionarios, primitivos y rudimentarios de esta nación, resumidos en el siguiente pasaje:

En menos de cien años –pues tenían muy otro carácter las colonias de la Nueva Inglaterra– ha nacido y desarrolládose entre sus dos océanos, desde el círculo polar hasta el trópico, un monstruoso organismo colectivo:

²⁶ Groussac plantea este par de opuestos en tanto “civilización latina” contra “*yankismo* democrático”, véase “España y Estados Unidos”, art. cit., p. 100.

²⁷ *Ibid.*, p. 94.

²⁸ *Ibid.*, p. 96.

pueblo de aluvión, acrecido artificialmente y á toda prisa con los derrames de otros pueblos, sin darse tiempo para la asimilación, y cuyo rasgo sobresaliente y característico no es otro que el apuntado: la ausencia absoluta de todo ideal.²⁹

Todos y cada uno de los aspectos del país del norte fueron criticados en el discurso de Groussac: desprestigió la grandeza material y superficial de los habitantes, criticó demoledoramente su concepción del gobierno libre, considerándola sólo una distorsión caricaturizada de los principios políticos ingleses, y comparó el país con un organismo amorfo y bestial. Estas imágenes se condensan en el motivo del Calibán identificado con la nación de América del Norte, presente en el siguiente fragmento: “desde la guerra de Secesión y la brutal invasión del Oeste, se ha desprendido libremente el espíritu yankee del cuerpo informe y ‘calibanesco’; –y el viejo mundo ha contemplado con inquietud y terror á la novísima civilización que pretende suplantar á la nuestra, declarada caduca”.³⁰

Así, ante el avance de Estados Unidos el francés redimió los valores hispánicos, que en la mayoría de sus escritos había rechazado y combatido radicalmente. Frente a la contienda entre “yanquismo” y “latinidad” se volcó definitivamente hacia los valores de la antaño metrópoli imperial, prefiriéndola como baluarte de los ideales latinos, que consideraba sus propios valores, ante el avance de una fuerza que, desde su perspectiva, diseminaba la barbarie por el mundo.

La España portadora de rasgos tradicionales alimentaba una galería de imágenes compartida por la intelectualidad hispanoamericana de fines del siglo XIX. Ante el avance de los Estados Unidos, varias voces se dispusieron a defender los valores hispánicos que, en la mayoría de las naciones surgidas luego de los movimientos de independencia de principios del siglo XIX, habían sido rechazados y combatidos radicalmen-

²⁹ *Ibid.*, p. 100.

³⁰ *Ibid.*, p. 101. Sobre la figura del Calibán véase R. Fernández Retamar, *Calibán: apuntes sobre la cultura de Nuestra América*, Buenos Aires, La Pléyade, 1973.

³¹ Véase al respecto T. Halperin Donghi, “España e Hispanoamérica: miradas a través del Atlántico (1825-1975)”, en: T. Halperin Donghi, *El espejo de la historia*, op. cit.

te.³¹ En el caso particular del personaje que nos ocupa estas percepciones asumieron algunos rasgos distintivos ligados con su nacionalidad de origen, dado que en el contexto del acto del Teatro de la Victoria encarnaba a la nación francesa. En estos términos narra Rubén Darío la puesta en escena de su discurso:

En nombre de Francia, Paul Groussac. Un reconfortante espectáculo el ver a ese hombre eminente y solitario, salir de su gruta de libros, del aislamiento estudioso en que vive, para protestar también por la injusticia y el material triunfo de la fuerza. [...] Los que habéis leído su última obra, concentrada, metálica, maciza, en que juzga al *yankee*, su cultura adventicia, su civilización, sus instintos, sus tendencias y su peligro, no os sorprenderíais al escucharle en esa hora en que habló después de oírse la Marsellesa. Sí, Francia debía de estar de parte de España. La vibrante alondra gala no podía sino maldecir el hacha que ataca una de las más ilustres cepas de la vena latina.³²

Como señala el escritor nicaragüense, la marcada hostilidad de Groussac a los Estados Unidos había sido claramente expuesta en su libro *Del Plata al Niágara*. Allí, sobre todo en los artículos sobre Chicago, Massachussets y Washington, escritos en su viaje de 1893, encontramos ya los sentimientos despectivos que le generan las realidades de la gran nación del norte. La hostilidad presente en sus relatos de viajes se radicalizó en sus juicios de 1898, ante la responsabilidad con que era investida su voz como portadora de los acordes franceses y, más globalmente, en tanto baluarte de los valores latinos. Asumiendo cómodamente su rol de francés nato y orgulloso, esta “alondra gala” leyó la configuración del conflicto de 1898 a partir de una resignificación fundamental, según la cual la anteriormente caracterizada como nación decadente cambiaba de signo para convertirse en señora de la latinidad. De esta identidad Groussac se sentía parte

³² R. Darío, “El triunfo de Calibán”, en: *Revista Iberoamericana*, número especial: *Balance de un siglo* (1898-1998), núm. 184-185, 1998, versión electrónica. Este artículo de Rubén Darío apareció el 20 de mayo de 1898 en el periódico *El Tiempo*.

activa y representante privilegiado, sobre todo ante un auditorio hispanoamericano al que intentaba alertar acerca de los peligros del avance del “yankismo”.

En lo que concierne al tema idiomático que aquí nos ocupa, el francés se encontraba, sin embargo, con atributos de menor valía para defender la lengua legada por España. Aunque consideraba el castellano como idioma oficial, llamó la atención, en diversas ocasiones, acerca de lo inapropiado que resultaría la utilización literaria del mismo, su empleo para producciones culturales altamente calificadas. Proponía al respecto una oportuna adaptación que dotara de una forma armoniosa a las expresiones intelectuales producidas en la Argentina. Consideraciones en este sentido fueron presentadas en 1897, cuando revisando el tema del uso del castellano señalaba que era necesario que el idioma utilizado por los argentinos se distanciara de sus antecedentes coloniales: “¿cuándo lucirá el día de la emancipación moral, y alcanzará el intelecto sudamericano sus jornadas definitivas de Maipú y Junín?”.³³ La condición de posibilidad de la consolidación de un castellano con rasgos autónomos y modernos parecía residir en la efectivización de esta ruptura.

De este modo, aunque aspiraba a que se mantuviera el castellano como idioma de los argentinos, éste debía abandonar su condición de rígida inmadurez y monocromática simpleza, mediante un rápido *aggiornamento* que lo habilitara para adaptarse a expresiones precisas y a formas flexibles:

Me es imposible aceptar el castellano como instrumento adecuado al arte contemporáneo. Sonoro, vehemente, oratorio, carece de matices, mejor dicho de *nuances*—pues es muy natural que no tenga el vocablo, faltándole la cosa. Es la trompeta de bronce estrepitosa y triunfal, empero sin escala cromática. La evolución presente tiende al fino análisis, á la sutileza, al cromatismo, como que obedece á la ley de disociación progresiva.³⁴

³³ *DPN*, p. XXI.

³⁴ *Ibid.*, p. XIX.

Apreciaciones en el mismo registro pueden encontrarse en *Une énigme littéraire*, donde Groussac destaca que el español era tan inadecuado para expresar el pensamiento contemporáneo como el latín o el árabe.³⁵ Partiendo de estos supuestos, se lanzó una vez más a prescribir por medio de sus prácticas y sus intervenciones públicas las formas correctas de realizar una tarea intelectual. En este caso trataba de indicar el camino a seguir para actualizar el idioma utilizado en estas tierras. A la hora de buscar referentes y guías, los escritores argentinos debían evitar, desde su perspectiva, poner su mirada en España, dado que allí sólo se encontraban las huestes de Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien consideraba un “eximio vulgarizador, [que] derramó en innumerables glosas e interminables introducciones el fruto de sus compilaciones, sin alcanzar la personalidad en el estilo, como tampoco la originalidad en la idea”.³⁶

Además de estas apreciaciones sobre el destacado escritor español, que alguna vez logró sumirlo en un silencio profundo, la gran mayoría de los juicios sobre los escritores españoles que le eran contemporáneos son peyorativos, lo que se corresponde con las impresiones generales, anteriormente mencionadas, acerca de la nación española, sólo matizadas ante el contexto del avance intempestivo de los Estados Unidos en el escenario internacional. El estilo de los españoles era caracterizado como un rústico “estilo tricorne” alejado absolutamente de la precisión y de la armonía anhelada para la lengua: “la redundancia, enemiga de la precisión, domina en el concepto que del estilo tienen los españoles: se muestran persuadidos de que la sucesión de dos o tres vocablos, más o menos sinónimos, agrega fuerza a la expresión; es exactamente lo contrario, y la intolerable verbosidad no suele revelar sino lo indigente o confuso de la idea”.³⁷

³⁵ *Une énigme littéraire. Le 'Don Quichotté d'Avellaneda*, París, Alphonse Picard et Fils, Éditeurs, 1903, p. x.

³⁶ Ambas citas se encuentran en “Cervantes y el Quijote”, en: *CL*, pp. 16-17.

³⁷ “Don Diego de Alvear”, en: P. Groussac, *Estudios de historia argentina* (en adelante *EHA*), Buenos Aires, Jesús Menéndez, Librero Editor, 1918, p. 84, n. 1.

Desde su perspectiva, bastante previsible, el parámetro a seguir era el de los literatos franceses, quienes expresaban en sus páginas una armonía inigualable en el uso de la lengua. Refiriéndose a una larga lista de escritores francófonos de distintas épocas y variados géneros, sostiene que “en esa múltiple disparidad de los ingenios y de las obras, un elemento común a todas éstas revela el parentesco de aquéllos, como que son ramas de un mismo tronco; y es el ajuste constante y estrecho del pensamiento a su expresión”.³⁸

Según Groussac, entonces, los letrados franceses contaban con ese rasgo diferencial que los convertía en excelsos portadores y difusores de la exactitud expresiva. Partiendo, entonces, de un rechazo de las expresiones literarias españolas de todos los tiempos y de la reivindicación de las francesas, hacia 1904 explicitó sus intenciones: “confieso que tendría por ideal literario (en América, se entiende) alcanzar la corrección gramatical española sin perder el contorno nítido y el andar nervioso del francés”.³⁹ La adaptación del idioma debía concretarse cuanto antes y, para ello, era necesario asumir como meta a alcanzar la precisión de la lengua francesa, modelo y parámetro de belleza y exactitud expresiva.

Como francés, entonces, se dispuso a difundir determinadas instrucciones que guiaran a los literatos argentinos por los caminos indicados en el universo de las letras. Se autoadjudicaba así la misión de transmitir a los escritores contemporáneos y a quienes engrosaban las filas de las nuevas generaciones intelectuales algunos conocimientos en relación con el estilo:

Esa “probidad” del estilo, o sea adecuación perfecta de la expresión al pensamiento, es el desiderátum que me permito señalar en los escritos de algunos jóvenes autores argentinos, dotados, por otra parte, de cualidades nativas muy estimables, y que sin duda se completarán fácilmente con el estudio profundizado y sincero de los modelos apuntados. Lo que más escasea en estas “tierras calientes”, no es el talento, sino el gusto.⁴⁰

³⁸ *VI2*, p. XIII.

³⁹ *VI1*, p. 13.

⁴⁰ *VI2*, pp. XIII-XIV.

Con el fin de alcanzar este objetivo, y en consonancia con los principios acerca del uso del idioma a los que nos referimos en la primera sección de este capítulo, Groussac insistía en la necesidad de alcanzar un estilo de escritura del castellano que lograrse presentarse ante el mundo como preciso, equilibrado y ejecutable. Su prédica en este sentido es una constante en sus escritos. Desde todos los géneros, bregaba por la consolidación de la armonía estilística, con la idea de que el equilibrio entre lo que se pretendía expresar y la forma en la que se lo hiciera era sinónimo de la fuerza y la vitalidad de una lengua, así como de quienes la utilizaban: “la general flaqueza del estilo no es sino el fiel indicio de un pensamiento sin vigor”.⁴¹

Una definición vertida en su primer escrito en castellano –su artículo sobre José de Espronceda, que data de 1871– es evidencia de sus concepciones en este sentido:

¿Qué es el estilo? Si atendiéramos á lo que dicen las retóricas, se llamará así á una especie de elegante vestidura en que se envuelve el pensamiento, dándole mayor brillo y relieve. [...] Pero, si así fuera, un pensamiento perfectamente bello, se podría espresar sin cuidado del estilo, y debería ganar en belleza. [...] No; el estilo no es un velo ó vestidura independiente-mente del pensamiento: es la carne misma que encubre el esqueleto de la idea, dándole no solo el aspecto de la belleza, sino también su vigor y la vida.⁴²

Este pasaje permite arribar a la conclusión de que en la prosa groussaquiiana el estilo no respondía solamente a un elemento artificial o a un ornamento estético. Refería, complementariamente, a los contenidos, los argumentos, las sensaciones y las experiencias vitales de quien escribía. El estilo evidenciaba la correspondencia de frase y concepto a la que debían aspirar quienes pretendieran llevar a su lengua por el camino de la maduración hasta convertirla en la expresión concreta del pensamiento. De este modo, la cuestión estilística se

⁴¹ *DPN*, p. XIX.

⁴² “José de Espronceda”, art. cit., p. 159.

halla estrechamente vinculada con la experiencia intelectual y emotiva del escritor, hecho que explica el uso de referencias al estilo utilizadas para criticar, juzgar y valorar las obras de sus pares en múltiples sentidos. La insistencia en la búsqueda de la armonía estilística es la misma a la que Groussac se refiere cuando busca alcanzar, y pretende que lo hagan todos aquellos que escriben, una perfecta amalgama entre forma y fondo.⁴³

3. LOS GAUCHOS DE LA INTELIGENCIA

Los argumentos analizados conformaron un programa sostenido y difundido por Groussac en un contexto en el que consideraba que podía prescribir normas para sus contemporáneos. Este programa está resumido en el siguiente pasaje:

considero atendible cualquier esfuerzo encaminado al propósito de alcanzar un estilo literario más sobrio y eficaz que nuestro campaneo verbal, á par que más esbelto y ceñido al objeto que la anticuada notación española. [...] Para renovar el estilo (no tanto en su letra, cuanto en su espíritu), sin rebajarle al nivel de una jerga cosmopolita, fuera necesario poseer por igual, –además del talento robusto unido al más delicado sentimiento del arte– el espíritu extranjero en su más sutil esencia y el castellano en toda su plenitud. Es un caso de imposibilidad, casi un círculo vicioso. –Con todo, la tentativa no habrá sido estéril si, entre los jóvenes argentinos que se preparan á sustituirnos, hay quien recoja siquiera la indicación.⁴⁴

Nuestro personaje pretendía, entonces, impartir algunas directivas e indicaciones para que los escritores argentinos no fueran ya literatos de ocasión y emprendiesen una tarea cultural sistemática con el objetivo de transformar definitivamente algunos aspectos de la gran aldea

⁴³ Véase, entre tantas otras referencias, *LQP*, p. 32.

⁴⁴ *DPN*, p. XIX.

intelectual. Así, Groussac estaba pensando en la configuración de un nuevo tipo de escritor que respondiese a determinadas prácticas relacionadas con el afianzamiento y la difusión de una lengua.

Sus consideraciones ante el mundo de las letras apuntaban a dictar fallos en varios sentidos, que desarrollaremos respectivamente a continuación: en primer lugar, se preocupaba por lo concerniente al uso de la lengua; en segundo lugar, criticaba la dilapidación de energías a la hora de emprender una difusión de las producciones intelectuales; en tercer lugar, juzgaba errónea la actitud exacerbadamente "nacionalista" asumida por algunos autores destacados, actitud relacionada con la constante exaltación de lo argentino en todas sus posibles expresiones, es decir, lo criollo, lo gauchesco, y todos sus matices.

Dentro del primer sentido destacado, referente al uso de la lengua, se inscriben los duros veredictos escritos por la pluma de Groussac contra los aspectos estilísticos de las producciones intelectuales de diversos personajes, reprobaciones desperdigadas en todas direcciones, que no sólo asumieron fuerza argumentativa en el contexto de los debates analizados en el capítulo anterior sino también en las apreciaciones acerca de letrados argentinos que actuaron en escenarios temporalmente diferentes. Detectar estas críticas nos conduce a transitar por una galería de censuras variadas dirigidas a aniquilar a sus receptores, y también por una serie de medidos elogios, que legitimaban a quienes los recibían. Desde esta perspectiva, la estrategia de crítica del intelectual de origen francés también puede pensarse como una operación tendiente a la consagración o a la obstaculización de carreras literarias.

En el caso de los alegatos destinados a los escritores de generaciones anteriores, el objetivo consistía en señalar cierta reivindicación o refutación de antecedentes a ser considerados a la hora de crear una tradición literaria. Cuando se trataba de juzgar a sus contemporáneos, sin embargo, todos los comentarios asumían un tono fuertemente crítico y, en algunos casos, marcadamente agresivo. Las reivindicaciones de algunos de sus pares tiene, por lo general, su explicación en alguna aproximación a la cultura literaria francesa. Por su parte,

los jóvenes y los personajes en ascenso parecen ser los blancos de ataque preferidos de Groussac.

A modo de muestra elegimos presentar algunas de sus argumentaciones sobre los pensadores que mayor influencia tuvieron en las décadas previas al ochenta (Domingo F. Sarmiento y Juan B. Alberdi), los juicios específicos sobre dos de sus contemporáneos (Norberto Piñero y Miguel Cané), los juicios generales sobre la generación a la que pertenecía y ciertos comentarios sobre escritores que se perfilaban como figuras destacadas de las letras argentinas (Leopoldo Lugones, Enrique Larreta y Ricardo Rojas). Presentamos, complementariamente, situaciones que evidencian cómo eran las relaciones personales del francés con los escritores de otras generaciones (Ramón Cárcano y Victoria Ocampo). Analizamos, además, las críticas dirigidas a Rubén Darío, dado que nos permiten puntualizar algunas características del perfil de escritor al que apuntaban las prédicas de nuestro personaje.

Dentro del primer grupo, Groussac trazaba el perfil literario del autor del *Facundo* destacando: “su estilo, según el dicho clásico, refleja admirablemente su caótico temperamento”.⁴⁵ En sintonía con su intención de dejar en evidencia las limitaciones que encontraba en el ilustre sanjuanino en tanto literato, le dedicó, en distintos escritos, algunas fórmulas lapidarias: “Sarmiento no ha sido un escritor completo, mucho menos un sabio de laboratorio ó de archivo, quizá tampoco un político profundo ni un soberano orador; ha sido la mitad de un genio”.⁴⁶ Sintetizaba su semblanza tomando las distinciones propuestas por el antaño presidente en su célebre obra: “Sarmiento no es en el campo literario un *rastreador* minucioso y sutil sino un *baqueano* intelectual”.⁴⁷

⁴⁵ “Sarmiento”, *Sud-América*, 14 de septiembre de 1888. Este texto fue escrito tres días después del fallecimiento de Sarmiento y posteriormente apareció en *VII*; citamos de acuerdo con esta versión, p. 22.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 30.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 34. Para las diferencias entre rastreador y baquiano en la obra de Sarmiento, véase: D. F. Sarmiento, *Facundo*, Buenos Aires, Eudeba, 1961, pp. 42-47.

En cambio, a la hora de examinar a Alberdi como escritor, aunque lo criticaba en tantos otros sentidos, Groussac destacaba la precisión de su estilo. Refiriéndose a su forma de escribir apunta: “en él la forma se ajusta tan perfectamente á la idea, que no parece existir: no tiene estilo distinto del pensamiento; y la frase transparente, estrechamente adecuada al concepto, remeda un velo blanco sobre una blanca desnudez”.⁴⁸ Adjudicaba esta virtud estilística del autor de las *Bases* a su contacto con los escritores de origen francés: “si Alberdi es un profano en poesía [...], en cambio su íntimo contacto con los incomparables prosistas franceses dotóle del arma dialéctica más aguda que en las letras americanas se conozca”.⁴⁹

En el marco de las reflexiones sobre sus contemporáneos, refiriéndose a Norberto Piñero, en el contexto de la polémica en la que participó entre 1896 y 1898, Groussac censuraba, entre otras cosas, las excesivas páginas de un prólogo escrito con prosa incolora y amorfa. Desde su perspectiva, esta forma de escribir estaba acompañada por “el empleo de un lenguaje convencional y groseramente efectista, que es un remedo irrisorio del estilo literario, como la gesticulación de un cómico de melodrama es una parodia de la realidad”.⁵⁰

Esta argumentación se enriquece con el rastreo de algunas imágenes lanzadas contra las expresiones de Piñero, entre ellas: uso de una “sintaxis dudosa”, “estilo engrudado y tricorne”, abuso de la escritura de “frases-empanadas”, “dislates constantes de fondo y forma” y “estilo espeso como el arroz”.⁵¹ Según el francés, todo lo que el abogado escribía se desarrollaba con “andar de carro atascado”.⁵²

Con una intención más elogiosa, años después del debate suscitado por la aparición de *En viaje*, el francés le atribuía cierto crédito a

⁴⁸ “Juan Bautista Alberdi”, en “Redactores de *La Biblioteca*”, en: *LB*, t. VIII, 1898, p. 250.

⁴⁹ “Las ‘Bases’ de Alberdi y el desarrollo constitucional”, en: *EHA*, p. 279.

⁵⁰ “Escritos de Mariano Moreno. Segundo artículo”, art. cit., p. 272.

⁵¹ Las citas textuales en “Escritos de Mariano Moreno. Segundo artículo”, art. cit., pp. 283, 291, 295 y 302.

⁵² *Ibid.*, p. 275.

Miguel Cané, principalmente a raíz de su acercamiento al mundo de las letras francesas. Así, refiriéndose a sus obras –*Ensayos, En viaje, Juvenilia*– afirmaba que eran “notables por la finura francesa del gusto y la elegante espontaneidad del estilo”.⁵³ Los juicios sobre otros de sus contemporáneos están resumidos en el siguiente pasaje, en el que Groussac criticaba la falta de equilibrio y de solidez de la generación literaria que ocupó el escenario intelectual luego de la caída de Rosas, y, aunque camufladamente, señalaba las falencias de la generación que la relevaba:

¡Cuán diferente es la generación actual de Goyena y Del Valle, de Gutiérrez y Wilde! Ellos saben las cosas de las letras hasta en sus nimiedades; tienen sobre el movimiento intelectual del mundo entero las mejores y más recientes informaciones. Si algo ignoraran sería lo de su lengua o de su país. [...] Saben a fondo el arte de escribir; tienen erudición y chiste; la carga les es ligera. Un poco refinados, algo descontentadizos e irónicos; con el talento a flor de cutis, prefieren escribir una página que un libro – conversar un libro que escribir una página. De ahí una dispersión, un despilfarro enorme de talento a los cuatro vientos del periodismo o la conversación.⁵⁴

Equilibrio estilístico, carencia de sistematicidad y fascinación exacerbada por lo extranjero, tales eran los juicios de Groussac en 1884 sobre personajes de una generación que se estaba consolidando en el mundo cultural. Años después, en el momento de criticar a quienes se perfilaban como nuevas figuras, o a los escritores apenas consagrados, sus dictámenes serán más ásperos y contundentes. Por ejemplo, luego de describir el itinerario vital de Leopoldo Lugones, el célebre censor señala:

si trabaja y se esfuerza durante años, si ahonda pacientemente los estudios fundamentales apenas esbozados; sobre todo, si se convence de que

⁵³ “Miguel Cané”, en “Redactores de *La Biblioteca*”, art. cit., p. 255.

⁵⁴ “M. Cané (*En viaje*)”, art. cit.

la única disciplina fecunda consiste, no en remedar el estilo de los grandes, sino en imitar la heroica labor y su indomable energía por libertarse de la imitación: dejará de ser un brillante reflejo para irradiar luz propia.⁵⁵

En lo que respecta a otros escritores en ascenso, sólo los juicios que remiten a Enrique Larreta son benévolos: “si no tiene pasado, el vasto porvenir es suyo. Será escritor, ya posee el instrumento”.⁵⁶ Groussac, que confiaba ampliamente en este joven, llegó a permitirle escribir algunos medallones biográficos en *La Biblioteca*. En contraposición a este apoyo, las sentencias negativas emitidas contra Ricardo Rojas sintetizan las referencias a la escasez de cualidades de los escritores de estas tierras. Criticando ferozmente *Moreno. Doctrina democrática*, del autor, el francés subraya las numerosas falencias caracterizándolo como el más destacado “cultor asiduo del floripondio”.⁵⁷

Vemos que las formas groussaquianas de imponer su decálogo del buen escritor se distanciaban de las acciones de un maestro predispuesto a formar discípulos en la práctica. Esta idea se ve reforzada si se revisan los alegatos de algunos escritores argentinos que intentaron tener en el afamado francés un referente. Resulta ilustrativo un relato de Ramón Cárcano. Cuenta que una vez, hacia 1895, le entregó a Groussac el primer volumen impreso de una de sus obras históricas y algunos borradores del resto de los tomos de próxima aparición, con el objetivo de que lo revisara antes de su circulación. Un mes después Cárcano concurrió a una reunión en el despacho del director de la Biblioteca Nacional. Allí, el francés criticó su uso del método histórico y le señaló que su estilo era fatigoso. Para demostrarle lo último resumió en 14 carillas dos largos capítulos de la obra. Ante la frustración, Ramón Cárcano reunió todo el material inédito y lo arrojó al fuego.⁵⁸

⁵⁵ “Leopoldo Lugones”, en “Redactores de *La Biblioteca*”, art. cit., p. 265.

⁵⁶ “Enrique Rodríguez Larreta”, en “Redactores de *La Biblioteca*”, art. cit., p. 275.

⁵⁷ “Escritos de Mariano Moreno”, en: *CL*, p. 269.

⁵⁸ Véase R. Cárcano, “Paul Groussac”, en: R. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Sudamérica, 1943, pp. 331-334.

Esta anécdota es recurrente en otros testimonios de personajes del mundo de las letras, incluso de generaciones posteriores. Por ejemplo, Victoria Ocampo narra que tenía la intención de armar una guía de la *Divina Comedia*. Una vez que había escrito algunas páginas decidió someterlas a la crítica groussaquiana. Señala al respecto:

Conociendo la fama de severidad incorruptible de que gozaba Groussac, decidí hacerle una visita a la Biblioteca Nacional. Le llevé las páginas sobre el episodio de Francesca y Paolo que están en mi pequeña "guía" de la *Divina Comedia*, y temblando interiormente le pedí que me diera un diagnóstico, sin miramientos. Así lo hizo. Conservo su carta. Podría resumirla de la siguiente manera: no debe escribirse sobre la *Divina Comedia* si uno no trae un dato o una interpretación nuevos. Aparentemente no es su caso [...]. ¿Por qué, además, no elige otro género de tema menos dantesco, por no decir pedantesco, si es que siente verdadera necesidad de escribir?⁵⁹

En otro relato de la misma escena, en que caracteriza su intención de contar con la aprobación del francés como una imprudencia, la escritora confesaba que la carta de Groussac "cayó de punta entre la lapicera y mi mano derecha, impidiéndome, por unos días, seguir mi trabajo".⁶⁰

Vemos entonces que para nuestro personaje las censuras y las reprimendas aparecían como una forma constante de hacer saber a los demás opiniones y juicios, no sólo en sus intervenciones mediadas por la pluma sino también en el marco de las relaciones personales. Esta característica particular de su forma de posicionarse frente a los otros se agudizaba con los representantes de las nuevas generaciones. Eduardo González Lanuza señala en este sentido: "Paul Groussac tenía para los más jóvenes un prestigio merecido y mitológico [...] aun-

⁵⁹ V. Ocampo, "Malandanzas de una autodidacta", en: *Sur*, núm. 201, julio de 1951, pp. 7- 8.

⁶⁰ V. Ocampo, "De la cartilla al libro", en: *Sur*, núm. 269, septiembre-octubre de 1959, p. 11.

que sus opiniones solían ser de una personalísima arbitrariedad, siempre eran respetadas”.⁶¹

Puede percibirse el fastidio que el contacto con los jóvenes le generaba al francés en varios de sus escritos. Por ejemplo, en 1905 afirmaba desde las páginas de los *Anales de la Biblioteca*:

no falta de vez en cuando algún joven estudioso que se digne á venir a quitarme un poco de tiempo [...] En general, sin renovar la escena de Mefistófeles con el estudiante, suelo salir del paso con la novedad de que, para escribir un buen libro, no se ha descubierto hasta hoy otro secreto que el de juntar en grado eminente estas dos condiciones: 1ª haber nacido con gran energía mental; 2ª haber desarrollado, durante quince ó veinte años, dicha energía con el estudio incesante, la obsesión infatigable, la larga y honda reflexión.⁶²

Entonces, nuestro personaje se hallaba en la incómoda situación de pretender enseñar a los otros cómo dejar de ser literatos de ocasión sin asumir los riesgos y las responsabilidades de la creación de un ámbito efectivo de intercambio. Si él mismo no estaba dispuesto a encarar una auténtica tarea pedagógica, tampoco depositaba las esperanzas de una formación en las aulas universitarias. La mirada de Groussac sobre la educación que los estudiantes obtenían en la Universidad de Buenos Aires era peyorativa. Estos juicios se basaban en los argumentos ya analizados acerca de la falta de especialización intelectual en la Argentina, que hacía que los abogados o los médicos se ocupasen de llevar adelante las actividades vinculadas con el universo letrado. Hacia 1897 Groussac señalaba:

salvo contadas excepciones, que derivan su influencia personal de otro prestigio todavía dominante en Sud-América, han sido y son abogados –es decir doctores, que aquí ambas dignidades se confunden –casi todos los

⁶¹ E. González Lanuza, *Los martinfierristas*, Buenos Aires, Eds. Culturales Argentinas, 1961, p. 8.

⁶² “Prefacio”, en: *AB*, t. IV, 1905, p. VII.

que hablan y escriben de materias generales, casi todos los que en la prensa, el parlamento, la administración, el libro y la cátedra, se presentan como pilotos de la nave argentina y asumen la dirección de sus destinos.⁶³

Así, ni los literatos tradicionales ni sus contemporáneos podían convertirse, a los ojos del francés, en parámetros para la formación del escritor argentino. Aunque desde su perspectiva él mismo estaba en condiciones de oficiar como modelo, no abría sino reticentemente las puertas de su despacho, y tampoco confiaba en la instrucción universitaria ni en la escuela de las corrientes estéticas que conocían entonces amplia aceptación, como es el caso del modernismo hispanoamericano.⁶⁴ Mientras de ese movimiento surgía una nueva tendencia en lo concerniente a las formas de escribir y a las pautas de vida del escritor,⁶⁵ Groussac consideraba que sus exponentes practicaban la más exacerbada imitación y que demostraban una actitud servil ante el parnasianismo, el decadentismo y el simbolismo.⁶⁶ Por otra parte, mostraba cierto fastidio ante la arrogancia modernista de proclamarse como una generación americana independiente pues sostenía que seguían muy ligados a los ritmos signados por los literatos europeos como sus antecesores.⁶⁷

⁶³ "Boletín bibliográfico: Tesis de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (1897)", en: *LB*, t. v, 1897, p. 154.

⁶⁴ Sobre el modernismo véase R. Arrieta, *Introducción al modernismo literario*, Buenos Aires, Columba, 1961, e I. Zuleta, *La polémica modernista: el modernismo de mar a mar (1898-1907)*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1988.

⁶⁵ Véase G. Aching, *The Politics of Spanish American 'Modernismo'*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; C. Jrade, *'Modernismo'. Modernity and the Development of Spanish American Literature*, Austin, University of Texas Press, 1998 y C. Real de Azúa, "Modernismo e ideología", en: *Punto de Vista*, año 9, núm. 28, noviembre de 1986.

⁶⁶ Sobre la recepción de estas corrientes literarias por parte de los modernistas véanse E. Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954 y D. Altamiranda y D. Foster (comps.), *From Romanticism to 'Modernismo' in Latin America*, Nueva York-Londres, Garland Publishing, Inc., 1997.

⁶⁷ Acerca de la intención del modernismo de presentarse como una generación de relevo, véanse R. Lida, *Rubén Darío. Modernismo*, Caracas, Monte Ávila Editores,

A su vez, criticaba el hecho de que se erigiesen en relevo de un hispanoamericanismo, que él percibía como una tradición más evocada que real.

Estas ideas aparecen expresadas claramente en los comentarios que Groussac dedicó a las obras de Rubén Darío.⁶⁸ Estos textos apuntan a remarcar negativamente los aspectos vinculados con la imitación y la falta de originalidad de la prosa dariana. El crítico francés se refiere a las influencias del nicaragüense de la siguiente manera:

vagaba, pues, el señor Darío por esas libres veredas del arte, cuando por mala fortuna vínole a manos un tomo de Verlaine, probablemente el más peligroso, el más exquisito: *Sagesse*. Mordió en esa fruta prohibida [...] El filtro operó plenamente, en quien no tenía inmunidad relativa de la raza ni la vacuna de la crítica”.⁶⁹

La falta de “inmunidad relativa de la raza” es uno de los argumentos que Groussac desarrolla en su comentario bibliográfico de *Los raros*, donde destacaba que el decadentismo francés no podía ejercer ninguna influencia positiva sobre la literatura española, la cual “no ha sufrido las diez evoluciones anteriores de la francesa, y vive todavía poco menos que de imitaciones y reflejos, ya propios, ya extraños”. Posteriormente señala que si la imitación de las tendencias francesas por los españoles es descabellada, resulta aun más problemática su apropiación inmediata por los americanos. Redondea el comentarista estas ideas con esta mordaz sentencia: “el arte americano será ó no será. ¿Piensa el señor Darío que su literatura alcanzará dicha virtud con ser el eco servil de rapsodias parisienses, y tomar por divisa la pregunta

1984, y Á. Rama, *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970.

⁶⁸ “Boletín bibliográfico: *Los Raros* por Rubén Darío”, art. cit., y “Boletín bibliográfico: *Prosas profanas* por Rubén Darío”, en: *LB*, t. III, 1897. Ambos escritos fueron reunidos en A. Pagés Larraya (prólogo y notas a cargo de): *Paul Groussac. Dos artículos sobre Darío*, Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas”, s/f.

⁶⁹ “Boletín bibliográfico: *Los Raros...*”, art. cit, p. 475.

ingenua de un personaje de Coppée: *Qui pourrais-je imiter pour être original?*⁷⁰

En estas palabras dirigidas al poeta nicaragüense, Groussac deja explicitadas sus diferencias con el modelo de escritor encarnado en este caso por el máximo exponente del modernismo y, a la vez, delinea algunas de sus pretensiones sobre el perfil pretendido para los escritores argentinos e hispanoamericanos. La imitación aparece aquí como una traba sistemática a la formación de lo que sería un estilo de escritura americano con rasgos diferenciales: pese a las recomendaciones de que era preciso asumir como parámetro a los franceses para alcanzar la exactitud expresiva, nuestro personaje no veía en la emulación servil la solución, sino más bien un problema.

El segundo aspecto fuertemente criticado por Groussac en relación con los escritores argentinos, enunciado al comienzo de esta sección –el desperdicio de energías a la hora de difundir las producciones– se sistematizó en una crítica al fragmentarismo y a la dispersión, rasgos característicos de los escritores de la *generación del ochenta*.⁷¹ El francés argumentaba que la desorganización cultural se traducía en una fogsidad sin medidas de un ámbito que, lejos de carecer de vitalidad, se veía definido por un ímpetu refractario a toda disciplina:

La Argentina ha producido pocos escritores pulcros, correctos, respetuosos de la retórica tradicional como en Colombia y Venezuela abundan; pero en ningún otro país sudamericano ostenta la embrionaria literatura el brioso arranque personal, emancipado de trabas metropolitanas, de la que la nuestra alardea. Hemos tenido y tenemos escritores originales, si bien iliteratos: verdaderos *gauchos de la inteligencia*.⁷²

⁷⁰ Esta cita y la anterior en *ibid.*, p. 480.

⁷¹ Véanse, entre otros, E. Anderson Imbert, “La literatura argentina”; S. Molloy, “Imagen de Mansilla”, y E. Pezzoni, “Eduardo Wilde: lo natural como distancia”, en: G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina...*, *op. cit.*; A. Prieto, “La generación del ochenta. Las ideas y el ensayo” y “La generación del ochenta. La imaginación”, en: AA.VV., *Historia de la literatura argentina. Del romanticismo al naturalismo*, *op. cit.*

⁷² “Calandria”, VII, p. 80. La cursiva es nuestra

A pesar de este vigor natural, y como consecuencia de la falta de una administración de fuerzas instituidas que habilitara una circulación articulada de los esfuerzos individuales en un espacio cultural eficazmente vertebrado, el empuje y el dinamismo de las generaciones intelectuales se disipaba en inorgánicos despilfarros y dilapidaciones. Sinónimo de caos y de ineptitud, este desgaste de fuerzas se relacionaba estrechamente con la práctica del periodismo y la utilización de la prensa como medio de expresión, vehículos de difusión que actuaban como un elemento degenerativo y contraproducente en el contexto de una cultura embrionaria. Nos detenemos, en las siguientes líneas, a mostrar las percepciones groussaquianas sobre la prensa y sus funciones. Aunque éstas son generalmente negativas, existen también interesantes matices.

En lo que respecta a la prensa de carácter exclusivamente político, el francés le adjudicaba cierta utilidad para concretar programas de carácter proselitista. Desde su perspectiva, esta prensa actuaba como un medio efectivo de propagación de ideas políticas, efecto absolutamente coyuntural y relacionado con climas de agitación generalizada. Repasando sus propias experiencias en periódicos, Groussac reconocía que la función de la prensa política en coyunturas concretas consistía en azuzar la opinión por medio de la difusión y la circulación dinámica de ideas.

Más allá de la relativa eficacia reconocida a los periódicos políticos, la prensa como medio de difusión de producciones intelectuales aparece como un ámbito viciado y percedero que sólo conducía a la dilapidación del talento de los escritores.⁷³ A este hecho se suma una crítica que el francés enunció hacia el final de su vida refiriéndose a la prensa como mera difusora de trivialidades. En este sentido resaltó:

la acción cada vez más preponderante de la prensa periódica cuyos más difundidos órganos, [...] representan (salvo rarísima excepción) otras tantas cátedras públicas de pensamiento vulgar y pésimo estilo; es forzoso com-

⁷³ Véase “La educación por el folletín”, en: *LB*, t. vi, 1897.

probar un descenso espiritual tanto más efectivo cuanto que se disfraza bajo los relumbrones de una sonora y hueca fraseología.⁷⁴

Así, la prensa no era percibida como un espacio en el que debían expresarse los escritores con intenciones de producir y legar una obra válida y duradera. En las evaluaciones acerca de las trayectorias de sus amigos de juventud –Avellaneda, Pedro Goyena y J. M. Estrada–, el francés señala una y otra vez el error que cometieron al no fijar su pensamiento en libros. Aludiendo al último destaca: “Estrada no ha escrito un solo libro. Su labor de publicista e historiador se produjo toda bajo forma oral. En lugar de condensarse, obedeciendo a un rígido plan literario y científico, se ha difundido en ‘conferencias’ de derecho constitucional y ‘lecciones’ de historia argentina”.⁷⁵

Consciente de estos principios, Groussac intentó a lo largo de su vida publicar sus producciones intelectuales bajo el formato de libro. Su misma experiencia lo condujo a concretar una reedición de varios textos que habían aparecido en folletines de diarios. *Del Plata al Niágara* (1897), las dos series de *El viaje intelectual* (1904 y 1920), *Los que pasaban* (1919) y *Relatos argentinos* (1922) están conformados, casi en su totalidad, por artículos que habían aparecido anteriormente en diversos órganos de prensa. A su vez, a juzgar por sus materiales de trabajo conservados en el fondo documental que lleva su nombre, hubo en él una especie de obsesión por el tema: allí los álbumes de recortes de periódicos están ordenados en forma temática y existen numerosos papeles en los que aparecen listados de los textos publicados en folletines, sueltos, diarios y revistas acompañados de potenciales índices para editar estos textos diseminados.⁷⁶

En cuanto al tercer punto de ataque a la hora de referirse a los escritores del país que tratamos en esta sección, encontramos serias

⁷⁴ *CL*, p. 13.

⁷⁵ *LQP*, p. 31.

⁷⁶ Véase AGN, FPG, Leg. núm. 6: Periódicos y recortes (1874-1982); Leg. núm. 7: Álbumes de recortes de periódicos (1886-1928); Leg. núm. 8: Álbumes de recortes de periódicos (1877-1929); Leg. núm. 9: Álbumes de recortes de periódicos (1894-1928).

críticas y censuras ante la actitud de aquéllos frente a sus elecciones estéticas. La mayor cantidad de diatribas en este sentido son dirigidas a la exacerbación de las referencias autóctonas. La apelación al gaucho, a la pampa y al resto de los elementos que conformaban la supuesta tradición argentina aparecía ante los ojos de Groussac como una impostación, un grotesco exceso que estereotipaba los atributos nacionales y que no era más que un esfuerzo desproporcionado para separarse de la tradición hispánica heredada. Pero un esfuerzo cuyos resultados no eran más que caricaturas de una literatura que hacía un uso desmedido de lo que Jorge Luis Borges denomina “el color local” en la cita que abre este capítulo.

Los gauchos de la inteligencia no hacían más que retomar los tópicos de un tradicionalismo más ficticio que existente, característico de la literatura argentina durante varias décadas y muy mal visto por el francés. Haciendo referencia a los paisajes de la pampa, afirmaba que se trataba de un tópico fingido de la literatura, “que tanto han amado algunos poetas argentinos y celebrado muchos más sin convicción sincera”.⁷⁷ En la misma dirección se mueve el desenmascaramiento de impostación operada por Ricardo Güiraldes en *Don Segundo Sombra*: “un libro cimarrón, escrito por un hombre de buena sociedad. A través del chiripá, se le veía el smoking”.⁷⁸ Dentro de este marco de consideraciones debe ser entendido el fastidio de Groussac ante la realización de una obra general que intentaba dar forma al *corpus* de “literatura argentina” que desde su perspectiva era inexistente. Refiriéndose a la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas (publicada entre 1917 y 1922) señala:

Es así cómo, verbigracia, después de oídos con resignación dos o tres fragmentos en prosa gerundiana de cierto mamotreto públicamente aplaudido por los que apenas lo han abierto, me considero autorizado para no

⁷⁷ P. Groussac, *Mendoza y Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires, 1536-1580* (en adelante *MyG*), Buenos Aires, Jesús Menéndez Editor, 1916, p. 138.

⁷⁸ Véase E. Barreda, “Paul Groussac. Interesantes circunstancias de una entrevista”, en: *Nosotros*, núm. 242, p. 38.

seguir adelante, ateniéndome por ahora a los sumarios o índices de aquella *copiosa historia de lo que orgánicamente, nunca existió*. Me refiero especialmente a la primera y más indigesta parte de la mole (ocupa tres tomos de los cuatro): balbuceos de indígenas o mestizos, remedos deformes de crónicas o poemas peninsulares, nociones bobas de etnografía y folklore, etc., que tanto tienen que ver con la obra literaria, como nuestro “rancho” pajizo con la arquitectónica. Tales son los productos rudimentarios que se nos presentan como testimonios seculares de una supuesta “literatura” independiente de la española.⁷⁹

Estas palabras fueron dictadas por Groussac a su hija en 1924, cuando ya había perdido casi absolutamente su vista aunque no sus preocupaciones acerca de los escritores y de la literatura del país. El hecho de que los letrados apelasen excesivamente a símbolos, personajes y referentes autóctonos convertía sus obras en muestras falseadas de una literatura argentina que estaba realizando recién sus primeros pasos y que se pretendía configurada sobre la base de un difuso sistema de referencias localistas. Los tópicos propios de la supuesta tradición no podían convertirse en excluyentes dado que los escritores debían emprender, como primer paso, la tarea de consolidar un idioma. No era aconsejable atarse a referencias patrióticas y a fórmulas nativistas, sino más bien trabajar para alcanzar un buen uso de la lengua y una sólida literatura. En este contexto, el francés minimizaba sistemáticamente la importancia que otros hombres de letras le atribuían a la fuerza de la tradición indígena y a las expresiones surgidas en la etapa colonial en el vocabulario de los argentinos, así como al uso desmedido del regionalismo como fuente de inspiración.

Bajo la consideración de estas premisas, asumen coherencia las censuras disparadas por Groussac ante las obras de algunos escritores y sus intentos por regular las formas de usar la lengua y la literatura en un ámbito cultural que demostraba reiteradamente sus falencias. En este sentido, él mismo, que se había considerado un modelo a seguir por el hecho de ser francés, reconocía hacia el final de su trayectoria

⁷⁹ *CL*, pp. 13-14. Las cursivas son nuestras.

la ineficacia de sus sermones y sus prácticas. Ya anciano y ciego, destacaba nostálgicamente:

no me he cansado de proclamar contra los malos escritos y los grafómanos españoles o hispanoamericanos, en el curso de mi carrera literaria que ya pasa de medio siglo. Hoy, que esta carrera literaria toca a su término (acaso no tanto por desfallecimiento de la energía mental cuanto por falta de vista, que ahora convierte en tortura lo que antes me costaba apenas un esfuerzo), no puedo, en presencia de ciertos síntomas reveladores de la actual "constitución" literaria argentina, dejar de confesarme a mí mismo la escasa eficiencia de mi larga prédica.⁸⁰

4. ALOGLOSIA Y BILINGÜISMO

Entre los temas tratados en este capítulo, específicamente relacionados con la lengua y la literatura, se presentan algunas cuestiones que llaman la atención. Debemos recordar que Groussac se apropió de la lengua utilizada en estas tierras y con ella intentó diseñar estrategias para mostrar el modo correcto de concretar las tareas intelectuales. En más de una ocasión manifestó su incomodidad ante la realidad de tener que expresarse en una lengua diferente, considerada como menos sutil y eficaz que su lengua natal, y en este sentido afirmaba:

quizá no falte quien vislumbre por momentos, entre los tropiezos de la ejecución la presencia de un escritor á quien la lengua traiciona, haciéndole balbucir lo que cabalmente concibe, y arrancándole como á jirones la clara visión del espíritu: –algo así como la obra desigual de un pintor que, teniendo inválida su mano derecha, probase á reemplazarla con la izquierda, y malease una composición de artista con los novicios toques del aprendiz.⁸¹

⁸⁰ *Ibid.*, p. 12.

⁸¹ *VII*, pp. 13-14.

Más allá de esta queja, que podría llegar a entenderse como expresión de falsa modestia, durante nuestras aproximaciones a las obras publicadas del personaje nos resultó sorprendente la decidida apropiación de la lengua de su país de adopción. Pese a que algunas de sus actividades, como la dirección de *Le Courrier Français*, le permitían continuar escribiendo en su lengua, contra lo que podría suponerse la abrumadora mayoría de sus materiales de trabajo reunidos en el fondo documental que consultamos se encuentran escritos en castellano. Simultáneamente, su uso de esta lengua es realmente destacado si se lo confronta con el de sus pares más célebres (Miguel Cané, Eduardo Wilde, Lucio V. López, Eugenio Cambaceres, entre otros) y con varios escritores de las generaciones posteriores. Esta impecable utilización de la lengua lo convirtió en un estilista reivindicado por destacadas figuras de la intelectualidad nacional e internacional.

En lo que respecta a sus contemporáneos, pensamos, a modo de ejemplo, en el reconocimiento tributado por Rubén Darío, quien refiriéndose a su paso como corresponsal por el diario *La Nación* de Buenos Aires manifestó: “[fue] en ese periódico donde comprendí a mi manera el manejo del estilo y en ese momento fueron mis maestros de prosa dos hombres muy diferentes: Paul Groussac y Santiago Estrada”.⁸² Entre las generaciones posteriores, el momento de juzgar la prosa de Groussac está atravesado por una amplia gama de elogios, y entre los méritos que se le atribuyen se mencionan la claridad de expresión acompañada por la exactitud en la transmisión de ideas, el excelente resultado surgido de la combinación del ingenio francés y la sintaxis española, la precisa construcción sintáctica y el empleo ajustado de los vocablos y el dominio insuperable tanto de su lengua nativa como del español, entre otros.⁸³

⁸² R. Darío, *Autobiografía*, Buenos Aires, Marymar, 1976, p. 63.

⁸³ Las referencias se encuentran respectivamente en A. Gerchunoff, “Reflexiones sobre Pablo Groussac”, art. cit., p. 63; J. Monner Sans, “Dos lecciones de Groussac”, y J. Fernández, “Groussac, crítico de nuestra historia”, en: *Nosotros* núm. 242, pp. 76 y 106; E. Loncán, *Une gloire franco-argentine: Paul Groussac*, París, s/e, 1938, p. 20. Entre la bibliografía consultada encontramos sólo un autor que marca deficien-

En la misma intención reivindicatoria, se destacan las apreciaciones de Borges: “yo creo que lo más importante de Groussac, es el estilo [...]. Quiere decir que más allá de lo que él dijo, usando como instrumento el estilo, está el estilo mismo; y crear un estilo no es poco. Además él fue el maestro de todos [...] él tomó como modelo la lengua francesa”;⁸⁴ y en el mismo sentido: “se olvida que Groussac, como todo escritor, escribió dos obras: una, el tema que se propuso; otra, la manera en que lo ejecutó. Aparte de dejarnos su obra histórica y crítica, Groussac renovó la prosa española”.⁸⁵ Por su parte, Alfonso Reyes, en un homenaje al francés celebrado en la Sorbona en 1925, se refería a él en estos términos: “sin estrategia, sin cálculo, sin pararse a examinar métodos ni embrollos convencionales de leyes y costumbres, echó a andar entre Francia y América, y demostró el movimiento andando. Trabajó para las dos naciones, para las dos lenguas”.⁸⁶

Ante estos testimonios, en los que el manejo de dos lenguas parece ser un tópico recurrente, nos acercamos a algunos aportes provenientes de ámbitos disciplinares que han analizado el uso social de dos lenguas. Encontramos allí ciertos indicios interesantes aplicables al caso que nos ocupa. En la mayoría de las contribuciones referidas al bilingüismo se hace hincapié en que las personas bilingües poseen un manejo de la palabra en ocasiones superior a los hablantes de una u otra de las lenguas.⁸⁷ Este hecho está estrechamente relacionado con cierto nomadismo

cias cuando se trata de evaluar la prosa de Groussac. Véase C. Vega Belgrano, “Paul Groussac”, en: *Nosotros* núm. 242, p. 117. En oposición a esta mirada A. Alonso, “Paul Groussac, estilista”, en: *Síntesis*, núm. 27, agosto de 1929.

⁸⁴ J. L. Borges y O. Ferrari, *Reencuentro. Diálogos inéditos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 175.

⁸⁵ J. L. Borges, “La ceguera”, art. cit., p. 156

⁸⁶ A. Reyes, “Homenaje a Groussac”, en: A. Reyes, *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, t. IV, p. 458.

⁸⁷ La bibliografía acerca del tema es muy copiosa, dado que asumió gran protagonismo en los últimos años. Sin ánimo de exhaustividad, pueden verse: R. Appel y P. Muysken, *Language contact and bilingualism*, Londres, Arnold, 1997; F. Grosjean, *Life with two languages. An introduction to bilingualism*, Harvard, Harvard University Press, 1982; S. Romaine, *Bilingualism*, Oxford, Blackwell Publishers, 1996.

que excede el encasillamiento en una estructura idiomática y cultural. Desde esta perspectiva, los matices asumidos por las expresiones poseen muchas veces una exactitud y una contundencia que difícilmente alcance quien sólo se mueve dentro de marcos monolingüísticos. Varias de esas características pueden aplicarse al caso que aquí nos ocupa.

Enriquecen también estas breves consideraciones los estudios referidos a la denominada “aloglosia” de los escritores, expresión que denota la decisión de un escritor de habitar una lengua ajena, la determinación de apropiarse de un idioma que no es el de nacimiento y resultar experto en una sintaxis adoptada por elección propia. Los motivos por los cuales intelectuales de distintas épocas concretaron esta asunción son variados. En el presente caso podemos pensar en algunos móviles que condicionaron la adopción grousseauiana del castellano casi como primera lengua. El primero es, sin duda, de carácter pragmático: ya desde la traducción de su primer texto en castellano obtuvo cierto prestigio que lo convirtió rápidamente en un literato destacado y que le reportó la participación activa en el ámbito de la cultura argentina, dentro del cual el manejo de la lengua nativa era una herramienta insoslayable y el conocimiento profundo del francés un plus diferencial. Por otra parte, debemos recordar que cuando escribía en francés lo hacía con el objetivo de obtener cierto reconocimiento internacional y que su frustrada experiencia de 1903, año en que se publicó *Une énigme littéraire*, resultó ser una fuerte embestida contra ese anhelo.

Aunque Groussac haya reivindicado su origen francés en todo momento y nunca haya abandonado su ciudadanía natal, la elección del castellano como lengua adoptiva parecía sellar un pacto de mutua integración, mediante el cual el escritor se revelaba como habitante de dos patrias: “á despecho del principio jurídico que prohíbe tener dos patrias, he hecho mías las palabras del orador romano: *Sic nos et eam patriam dicimus, ubi nati, et illam, que excepti sumus*”.⁸⁸

⁸⁸ VII, p. 10. La frase en latín pertenece al *De legibus* de Cicerón, y su traducción es: “así nosotros consideramos como patria a aquella en la que hemos nacido y a la que nos ha recibido”. Véase M. T. Cicerón, *Sobre las leyes*, II, 4, traducción J. Guillén, Madrid, Tecnos, 1992, p. 177.

Para cerrar estas consideraciones remitimos a algunas palabras de Antonio Tabucchi, un representante de la aloglosia en la literatura. El autor italiano contemporáneo, que adoptó el portugués como lenguaje literario en varias ocasiones, destaca:

como nos enseñan numerosos escritores del siglo xx que eligieron expresarse en una lengua que no era la suya materna, la pertenencia a una patria lingüística es una obligación, mientras que la adopción de otra lengua significa elección, libertad, vagabundeo, aventura [...] es en el espacio de la lengua donde todo escritor busca simplemente su palabra, que está siempre ligada a una forma de viaje parecida al exilio.⁸⁹

Quizás la residencia en una lengua que no era la propia tuvo que ver, en el caso que aquí analizamos, con muchas de las experiencias aludidas en este pasaje: aventura, vagabundeo, exilio, búsqueda de un espacio, términos todos que remiten inequívocamente a la trayectoria vital de Paul Groussac y a sus acciones realizadas en el ámbito de una cultura argentina embrionaria

Comenzamos el recorrido de este capítulo presentando la controversia en torno del idioma nacional que tuvo lugar hacia 1900. El carácter básico de este debate evidencia que el terreno cultural en el que se desempeñaba nuestro personaje funcionaba más como un anhelo que como una realidad. En estas circunstancias, su postura apuntaba a considerar el castellano como plataforma del idioma practicado por los argentinos, sosteniendo que la estabilización de esta base lingüística permitiría consolidar cierta producción estandarizada de literatura argentina. Este castellano, sin embargo, debía *aggiornarse* hasta

⁸⁹ A. Tabucchi, "La patria de la lengua y el exilio del escritor", en: *Autodafe, Revista del Parlamento Internacional de los escritores*, Barcelona, Anagrama, núm. 1, otoño 2000, p. 80.

adquirir la gracia propia del francés, hecho que lo convertiría en un instrumento efectivo de expresión.

Los argumentos esgrimidos por Groussac en el debate aquí analizado sobre el idioma de los argentinos nos colocan una vez más ante sus prédicas. Esta vez se hace presente, vinculado con sus reflexiones sobre la necesidad de especialización del ambiente intelectual, el anhelo de que los escritores se ocuparan de tareas sistemáticas en lugar de ser improvisados transeúntes que derivaban a lo largo de varios caminos, entre los que se cuenta, como uno más, el uso de la pluma.

Partiendo de estos principios, y asumiendo su rol de estrategia intelectual, señaló reiteradas veces que era necesario concretar conscientemente las prácticas del arte de escribir y para ello adoptó el tópico del estilo como parámetro para criticar las producciones intelectuales de variados exponentes, dado que este tópico no sólo remitía a cuestiones ornamentales sino también a las ideas que se pretendía expresar. Ante la ausencia de criterios generales de aceptación o rechazo de un escrito, el intelectual francés diseñó su propia grilla para criticar a los escritores argentinos, que apuntaba a la búsqueda de validez y de coherencia en el interior de las producciones escritas. Desde su perspectiva, éstas debían responder a ciertos criterios relacionados estrechamente con la armonía entre la forma y el fondo de los mismos, entre las ideas que pretendían expresar y la manera en que lo hacían.

Finalmente, se ocupó de esbozar cierto descontento ante la apelación exacerbada a los elementos de una tradición nacional considerando que había tareas prioritarias que cumplir, como la de modernizar el castellano hasta convertirlo en una adecuada forma de expresión, antes de construir los castillos en el aire de una supuesta literatura argentina. Estas ideas nos colocan frente a los rasgos del escritor ideal en el que pensaba Groussac: un escritor que se preocupara sistemáticamente por dar una forma afrancesada a la lengua castellana, logrando así armonizar idea y expresión de sus producciones escritas. A la vez, este modelo de escritor debía distanciarse de las tentaciones de alcanzar esa armonía recurriendo a la emulación de los franceses dado que en estas tierras nuevas no estaban dadas las condiciones para tras-

plantar las tendencias europeas. La fórmula estaba dada por la necesidad de estar atento a los mandatos de la propia dinámica nacional aunque, sin embargo, no debía asumirse una actitud exacerbadamente nativista, ni criollista, ni localista dado que esos rasgos volvían a mostrar las desmedidas pretensiones de quienes aún no habían configurado un estilo propio. Complementariamente, criticó acciones que excedían los estrictos contornos de los textos, como el fragmentarismo y la dispersión de esfuerzos de los literatos que practicaban el periodismo, pues no consideraba a la prensa como un medio digno de difusión para quienes pretendiesen convertirse en verdaderos escritores.

Groussac asumía, además, un lugar de privilegio utilizando sus tácticas retóricas, que lo posicionaban en el terreno de lo desconocido y, a la vez, de lo excepcional: era francés y conocía los recovecos de la lengua natal y las virtudes de sus connacionales, pero a la vez se desempeñaba en tierras en las que los escritores aún no sabían siquiera cuál era su idioma y dónde estaban sus tradiciones literarias. Partiendo de estas coordenadas en las que se autoinscribía, supo delinear su fama y conseguir una imagen que fue asimilada, por sus contemporáneos y por miembros de las generaciones posteriores, con la de un humanista del siglo xv que tenía como misión concretar un ordenamiento y una regulación de la cultura criolla, la de un labrador que desparramó la nueva simiente en almas deseosas de esclarecerse, la de un pionero decidido a formar la personalidad argentina, la de un embajador de la cultura francesa radicado en estas tierras, la del conductor intelectual en el contexto del cambio de siglo y la de un maestro que dictó cátedra desde sus páginas.⁹⁰ Y hemos visto que sólo desde estas últimas, como se percibe en la paradoja de pretender im-

⁹⁰ Las expresiones se encuentran respectivamente en A. Gerchunoff, "Reflexiones sobre Pablo Groussac", art. cit., p. 67; E. Zuccarini, "La importancia social de la obra de Groussac", y A. Costa Álvarez, "Groussac y la lengua", en: *Nosotros*, núm. 242, pp. 74 y 124; M. Vitagliano, "Paul Groussac y Ricardo Rojas ...", art. cit., p. 60; J.L. Borges, y O. Ferrari, *Reencuentro...*, op. cit., p. 176; R. Levene, "El parentesco de la historia con la arquitectura según Groussac", en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vols. xx y xxi, 1947-1948, p. 498.

poner un canon de escritor desdeñando sistemáticamente las exigencias pedagógicas concretas para su efectivización. Aunque sus diagnósticos, sus prescripciones, sus indicaciones y sus juicios acerca de cómo dar forma a la cultura argentina son recurrentes en sus escritos, hemos visto, sin embargo, que en el momento de posicionarse ante los otros su actitud distaba de ser la de un maestro comprensivo y condescendiente para asemejarse a la de un infatigable censor.

Por último, debemos destacar que su intervención en cada una de las cuestiones mencionadas y analizadas en este capítulo se articuló utilizando como medio de expresión una lengua que no era la de su infancia. Se vio a sí mismo, entonces, lanzado a la aventura de intentar convertir la lengua de adopción en un idioma que se pareciera lo más posible a su habla originaria, amparándose en el nomadismo lingüístico como refugio para no ser juzgado por sus propias producciones.

IV. LOS HOMBRES QUE HACEN LA HISTORIA Y AQUELLOS QUE LA ESCRIBEN

—Lo malo de Polión —dijo Livio— es que cuando escribe historia se cree obligado a suprimir sus sentimientos más delicados y poéticos, y a hacer que sus personajes se comporten con una vulgaridad concienzuda, y cuando los hace hablar les niega la menor capacidad oratoria.

—Sí —replicó Polión—, la poesía es poesía, la oratoria oratoria y la historia historia, y no es posible mezclarlas.

—¿No se puede? Pues yo puedo —dijo Livio—. ¿Quieres decir que no debo escribir una historia con tema épico porque esa es una prerrogativa de la poesía, ni poner en boca de mis generales dignos discursos, en visperas de las batallas, porque componer tales discursos es prerrogativa de la oratoria?

—Eso es precisamente lo que quiero decir. La historia es un registro veraz de lo que ha sucedido, de cómo vivió y murió la gente, de lo que hizo y dijo. Un tema épico no hace más que deformar los hechos...

ROBERT GRAVES, *Yo, Claudio*

PAUL GROUSSAC ESCRIBIÓ NUMEROSAS OBRAS de carácter histórico. Todas ellas abordan temas relacionados con los procesos del pasado argentino y, en algunos casos puntuales, rioplatense o latinoamericano. Además, practicó tempranamente los principios difundidos en Europa a partir de la publicación de manuales metodológicos, como el de Ernst Bernheim y el de Charles Victor Langlois y Charles Seignobos, y estuvo al tanto de los debates mantenidos en los más prestigiosos cenáculos intelectuales acerca del carácter y el estatuto que se le debía otorgar a la historia como rama del saber.

En este capítulo se analiza su labor historiográfica desde múltiples perspectivas. En primer lugar, se revisan, en líneas generales, los aportes historiográficos que abordan el período comprendido entre 1880 y 1910. En este recorrido, la atención está focalizada en las caracterizaciones de la etapa en cuestión y en las referencias a las producciones históricas de nuestro personaje. Posteriormente, establecemos los temas de sus obras referidas al pasado. Luego, el análisis se circunscribe a la concepción de historia que él sostuvo y practicó. Con este propósito, analizamos aspectos específicos, a saber: las relaciones de los relatos históricos y los sentimientos nacionales, las formas de construcción de los escritos que versan sobre el pasado, los actores elegidos como protagonistas de la historia y las cuestiones metodológicas de la práctica histórica.

1. ESTUDIOS HISTORIOGRÁFICOS QUE ABORDAN EL PERÍODO 1880-1910

A grandes rasgos, se pueden presentar dos explicaciones globales sobre la historiografía argentina en el período comprendido entre 1880 y 1910, a las cuales se suman algunos aportes parciales que complementan o matizan determinados tópicos presentes en ellas. La primera visión sistemática, presentada en 1925 por uno de los historiadores de la Nueva Escuela Histórica, Rómulo Carbia, pretende dar cuenta de la genealogía de una historiografía argentina que parece desenvolverse armónicamente, en una sucesión de etapas perfectamente eslabonadas. El énfasis se encuentra puesto en la conformación paulatina de la denominada “escuela historiográfica erudita”, que sigue un recorrido ascendente cuyos exponentes principales son Bartolomé Mitre, Paul Groussac y los historiadores de la Nueva Escuela Histórica.¹

La otra visión global acerca del período delinea un panorama alternativo al descrito, y fue presentada por Tulio Halperin Donghi hacia 1980.²

¹ R. Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI*, La Plata, Universidad de La Plata, 1939 [1925].

² T. Halperin Donghi, “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, art. cit.

El autor sostiene que en los años que van desde la federalización de Buenos Aires hasta el Centenario, la historiografía argentina atravesó por un período de confusión e incertidumbre mientras buscaba un rumbo. En este contexto se vislumbra, por un lado, la crisis de la concepción de historia válida para el período anterior (1852-1880), cuyo epicentro es la nación o la nacionalidad, y, por otro, una crisis de forma por la cual la preponderancia de la historia narrativa habría dejado paso a la exploración de nuevas modalidades de expresar los discursos sobre el pasado.

Esta crisis bifronte se evidencia en un cuadro desdibujado, en el que se publicaban obras alejadas del modelo mitrista de hacer la historia cuyos contenidos se diluían en el rótulo abarcador de ciencias sociales; éstas, además, no contaban con rasgos unificadores. Entre estas producciones se destacarían: *El federalismo argentino*, de Francisco Ramos Mejía (1889), *La locura en la historia*, de José María Ramos Mejía (1895), *La tradición nacional*, de Joaquín V. González (1888), y *La época de Rosas*, de Ernesto Quesada (1898). La visión de Halperin Donghi ha sido matizada por Fernando Devoto, quien señala que esta perspectiva responde a un esquema interpretativo que supone la existencia de una edad media historiográfica para, posteriormente, reivindicar el surgimiento de un renacimiento cuyos protagonistas serían los primeros historiadores profesionales.³

Pese a las diversas orientaciones y pretensiones, los análisis historiográficos que abordan este período lo presentan como una etapa de transición y lo insertan en un proceso más amplio. El lapso en cuestión es interpretado, generalmente, como un epílogo del debate histórico mantenido por Bartolomé Mitre y Vicente F. López y como el de los prolegómenos de la profesionalización encarnada por la Nueva Escuela Histórica.⁴ El hecho de que se rotule el período como una

³ F. Devoto, "Estudio preliminar", en: F. Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, t. I, Buenos Aires, CEAL, 1993.

⁴ Sobre la Nueva Escuela Histórica, véanse A. Cattaruzza, "La historia y la ambigua profesión de historiador en la Argentina de entreguerras", en: A. Cattaruzza y A. Eujanian, *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003; N. Pagano y M. Galante, "La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institu-

etapa de transición extendió una imagen dotada de cierta instrumentalidad descriptiva y estática. Algunos aportes recientes hacen referencia a la etapa en cuestión intentando describir y explicar sus formas de funcionamiento en ciertos rasgos propios y evitando la utilización de categorías inadecuadas o anacrónicas.⁵

La consideración de la obra de Groussac, dentro de las perspectivas generales presentadas, se relaciona con las diversas intenciones de los autores consultados. En el análisis de Rómulo Carbia, la imagen del francés es funcional a una explicación de carácter genealógico. Este miembro de la Nueva Escuela Histórica había sido, una década antes de la publicación de su obra sobre la historiografía argentina, un colérico detractor de nuestro personaje y de sus formas de escribir la historia. En cambio, en su obra, realizada en un contexto de estabilización de los principios propugnados por los nuevos historiadores profesionales, el intelectual antaño defenestrado aparece como eslabón intermedio y necesario entre el padre de la "escuela erudita", Bartolomé Mitre, y los nuevos prototipos del modelo estandarizado de historiador profesional. En el nuevo contexto, la explicación propuesta por Carbia encontraba su justificación en la búsqueda de un linaje que viabilizara y legitimara el surgimiento y la consolidación del grupo al que perteneció.⁶

Dentro de la perspectiva de Halperin Donghi, la obra histórica de Groussac es resaltada por sus cualidades, aunque catalogada como

cional del centenario a la década del cuarenta", en: F. Devoto (comp.), *La historiografía...*, op. cit., t. 1; M. Pompert de Valenzuela, "La nueva escuela histórica: una empresa renovadora", en: AA.VV., *La Junta de Historia y Numismática americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, t. 1, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995.

⁵ Véanse P. Buchbinder, "Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina", en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana, "Dr. E. Ravignani"*, serie III, núm.13, 1er. semestre de 1996, y G. Prado, "Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina", en: AA.VV., *Estudios de historiografía argentina II*, Buenos Aires, Biblos, 1999.

⁶ Para un análisis sobre este tema, véase G. Prado, "La historiografía argentina del siglo XIX en la mirada de Rómulo Carbia y Ricardo Levene: problemas y circunstancias de la construcción de una tradición. 1907-1948", en: N. Pagano y M. Rodríguez, *La historiografía rioplatense en la posguerra*, Buenos Aires, La Colmena, 2001.

accesoria o incidental. Los rasgos resaltados de Groussac como personaje son su “marginalidad”, su “radical ajenidad” y su condición de “espectador más divertido que alarmado” ante la realidad que lo rodeaba. Esta actitud le impidió al francés, en palabras del autor, dotar a su obra de un “valor ejemplar”.⁷

De este modo, las tres décadas que separan 1880 de 1910 han sido consideradas como un eslabón intermedio y sin identidad propia, colocado accidentalmente en la sucesión, ya sea lineal o sinuosa, de las supuestas etapas de la historiografía argentina, dentro de las cuales, según las lecturas apuntadas, la obra de Groussac asume una función instrumental o incierta.

Existen, además, algunos aportes parciales que complementan o matizan las visiones mencionadas. Pese a ello, la bibliografía disponible que presenta algún tipo de examen sobre las obras de carácter histórico del francés se mantiene, en líneas generales, dentro de los parámetros de la descripción.⁸ Quizás un primer intento de concretar una lectura sistemática de su obra haya sido el realizado por Emilio Ravignani. En 1948, en el marco de una serie de homenajes celebrados en el centenario del nacimiento de Groussac, Ravignani emprendió una revisión crítica de sus diversas producciones históricas y de sus ensayos. Su perspectiva presenta una mixtura de descripción de los argumentos de las obras y de laxas críticas que posteriormente son minimizadas mediante la retórica de mitigación propia de una conmemoración, entre cuyos recursos se reitera el apelativo “maestro” para referirse al homenajeado.⁹

⁷ Halperin T. Donghi, “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, art. cit., pp. 839-840.

⁸ Por ejemplo, R. Levene, “El parentesco de la historia con la arquitectura según Groussac”, art. cit. Otros aportes breves acerca de la obra historiográfica de Groussac son los de C. Correa Luna, “El método y la obra histórica de Paul Groussac al aparecer *La Biblioteca*”, en: *La Prensa*, 14 de noviembre de 1926; “Las ideas historiográficas de Groussac hasta la publicación del ‘Liniers’”, en: *La Prensa*, 5 de diciembre de 1926; “Un maestro de historia nacional”, en: *La Prensa*, 1 de enero de 1927.

⁹ E. Ravignani, “Groussac en la cultura histórica de su época”, en: AA.VV., *Centenario de Groussac. 1848-14 de febrero-1948*, Buenos Aires, Coni, 1949.

Años después de estas lecturas, en un escrito de principios de 1970, Miguel Ángel Scenna señalaba que la obra de Groussac como historiador no había sido suficientemente interesante y completa como para convertirse en una versión alternativa de la historia mitrista, y destacaba, además, que éste no contaba con capital propio como para convertirse en líder de una generación historiográfica. Otro rasgo resaltado del personaje es el difundido temor de sus contemporáneos hacia él, que habría convertido su influencia en negativa y estéril.¹⁰

Ya en 1980, en un recorrido por las producciones historiográficas finiseculares que intentaba a la vez dar cuenta de los rasgos del “positivismo historiográfico” y de los límites de tal denominación, Ángel Castellan valoraba el rol de historiador de Groussac señalando que no era encasillable dentro de la caracterización de la historiografía del positivismo argentino, pese a que algunas de sus preocupaciones habrían estado influidas por los referentes de la corriente positivista de la época.¹¹

Las más llamativas apropiaciones historiográficas del personaje son las realizadas por representantes de la vertiente historiográfica denominada revisionista, en las que se pretende incorporar a Groussac como un antecesor. Inmediatamente después de su muerte, Ernesto Palacio lo consideró como un representante indiscutido de la cultura grecolatina y propuso reivindicarlo por el peso de sus enseñanzas históricas y sus potenciales ventajas. Complementariamente, el francés era caracterizado como el portador de ciertos valores morales que la Argentina debía recuperar y como representante de los principios clásicos y aristocratizantes que debían vencer a la barbarie encarnada por la democracia en un contexto generalizado de decadencia espiritual.¹² A su vez, Julio Irazusta, que intentó establecer cierta filiación entre Groussac y el revisionismo histórico tomando como punto de

¹⁰ M. Scenna, “Los que escribieron nuestra historia”, en: *Todo es Historia*, núm. 65, septiembre de 1972.

¹¹ A. Castellan, “Accesos historiográficos”, en: H. Biagini, (comp.), *El movimiento...*, *op. cit.*

¹² Véase E. Palacio, “La herencia de Paul Groussac”, en: *Criterio*, núm. 76, agosto de 1929.

enlace las visiones negativas de nuestro personaje sobre los Estados Unidos, sintetizaba su objetivo en un párrafo titulado: “El mundo yanqui crispa los nervios del viajero latino”.¹³ Ambas operaciones de recuperación de Groussac como antecesor del revisionismo se revelan por demás forzadas, principalmente a raíz de la filiación de los lineamientos generales de las obras históricas del francés, que, como veremos, se aproximan a la denominada historiografía liberal.

En contribuciones de las últimas décadas acerca de la labor historiográfica de nuestro personaje, se estudian en forma prácticamente excluyente las cuestiones vinculadas con el método histórico. Este hecho aparece justificado por la relevancia que se le otorga a Paul Groussac como su introductor en la Argentina y por la difusión que conocieron las ya reseñadas polémicas referidas al tema, mantenidas con Norberto Piñero, Rómulo Carbia y Diego Luis Molinari.¹⁴

2. ENTRE CRISTÓBAL COLÓN Y JUAN MANUEL DE ROSAS

Aunque las obras históricas de Groussac más notorias son *Santiago de Liniers* y *Mendoza y Garay*, sus indagaciones en torno del pasado argentino se focalizaron también en otros períodos.¹⁵ Reseñamos, a con-

¹³ Véase J. Irazusta, “Pablo Groussac y su carrera literaria en la Argentina”, en: J. Irazusta, *Gobernantes, caudillos y escritores*, Buenos Aires, Dictio, 1978, pp. 73-77.

¹⁴ Véanse A. Eujanian, “Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina a través de dos debates finiseculares”, en: *Estudios Sociales*, núm. 9, Santa Fe, segundo semestre de 1995; E. Gallo, “Paul Groussac: reflexiones sobre el método histórico”, en: *Historia*, núm. 3, septiembre de 1981; J. Stortini, “La recepción del método histórico en los inicios de la profesionalización de la historia en la Argentina”, en: AA.VV., *Estudios de historiografía argentina II*, op. cit.; J. Stortini, “Teoría, método y práctica historiográfica en Paul Groussac”, en: AA.VV., *Estudios de historiografía I*, Buenos Aires, Biblos, 1997.

¹⁵ *SL* reúne los siguientes trabajos aparecidos con anterioridad: “Santiago de Liniers”, en: *LB*, t. III y t. IV, 1897 y “Santiago de Liniers”, en: *AB*, t. III, 1904. A esto se sumó la polémica con Bartolomé Mitre que Groussac decidió adjuntar al final del volumen. Por su parte, los trabajos que se reunieron en: *MyG* habían aparecido en: *AB*, t. VIII, 1912, t. IX, 1914 y t. X, 1915.

tinuación, los contenidos de las mismas, para lo cual no seguimos la cronología señalada por las fechas de aparición de los trabajos, consignadas entre paréntesis, sino la de los períodos temporales de la historia abordados.

Si bien en su breve *Ensayo crítico sobre Cristóbal Colón* (1892) Groussac mostró interés por los acontecimientos de la expansión ultramarina, fue en *Mendoza y Garay* (1916) donde se encargó de revisar en detalle los temas de la expansión territorial y de la conquista de las regiones del Plata. Así, los episodios narrados en esta última obra cubren el período temporal que va desde la conquista hasta la colonización. La obra está precedida por un polémico prefacio en torno de las cuestiones del método. El estilo con el que fueron escritas sus páginas coincide con una narración sumamente sugestiva y narrativa. Cuadros como el recogido en el capítulo IV de la primera parte, titulado “La vida en la carabela”, transmiten un abanico de sensaciones que van desde la incertidumbre general en cuanto al éxito de la expedición, hasta una identificación condolidada con una tripulación desesperada y hambrienta, inmersa en largas horas de tormentas amenazantes.¹⁶

Los materiales consultados para concretar la obra abarcan una amplia gama de fuentes, como las crónicas, algunos documentos del *Archivo de Indias* de Sevilla y la mayoría de las contribuciones escritas hasta el momento. La obra se encuentra documentada íntegramente de acuerdo con las pautas del método histórico propuesto por la denominada “escuela metódica”, por lo que abundan las notas al pie que examinan las principales obras producidas así como las fuentes

¹⁶ Groussac había anticipado parte de este relato pero atribuyendo esas características de la vida en una embarcación a la experiencia de Colón. Véase “El regreso de Colón. La vida en la carabela”, *La Nación*, 12 de octubre de 1894.

¹⁷ Los textos redactados por Gabriel Monod para lanzar la *Revue Historique* en 1876 y el manual escrito por Ch-V. Langlois y Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques*, se reconocen como escritos fundadores de esta escuela, cuya intención principal fue dotar de “cientificidad” a las investigaciones históricas. Para una caracterización general sobre la “escuela metódica” véase G. Bourdú, y H. Martin, *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal, 1992.

disponibles.¹⁷ Entre los papeles de trabajo del autor son numerosas las fichas eruditas relacionadas con el tema.¹⁸

Dentro del período de colonización y conquista, se ocupó Groussac de realizar una edición crítica de *La Argentina* (crónica terminada en 1612), de Ruy Díaz de Guzmán, antecedida por una breve noticia biográfica sobre el mismo.¹⁹ En las numerosas notas de este trabajo aparecen, básicamente, consideraciones generales acerca de las crónicas como género y son corregidas o aclaradas numerosas referencias aseveradas por el cronista.²⁰ El texto dedicado al Padre José Guevara (1918), miembro de la Compañía de Jesús, y al estudio de su *Historia del Paraguay* completan el cuadro esbozado en el trabajo titulado *Los jesuitas en Tucumán* (1873), en lo que respecta no sólo a la historia de los reductos jesuitas sino también a la dinámica asumida por los procesos de colonización y evangelización de los súbditos de la corona española.²¹ Complementariamente, el trabajo referido a Don Diego de Alvear (1918), comisario real, narra los acontecimientos que tuvieron lugar en torno de la cuestión de límites hispano-lusitanos en las tierras coloniales.²²

Santiago de Liniers (1907) es un texto que temporalmente cubre la época comprendida entre la declinación del régimen virreinal y los sucesos inmediatamente posteriores a 1810. El foco utilizado por Groussac para acercarse al período es, como el título indica, la vida de Liniers. Los pasajes más destacados de la obra son los que se detienen en la narración de la Buenos Aires colonial y los sucesos de las

¹⁸ Véase AGN, FPG, Leg. núm. 4: Fichas de resumen sobre historia, geografía, viajes y literatura, s/f, y Leg. núm. 5: Fichas de resumen sobre historia, geografía, viajes y literatura, s/f.

¹⁹ "Noticia sobre Ruy Díaz de Guzmán y su obra" y "Edición crítica de 'La Argentina'", *AB*, t. IX, 1914.

²⁰ La edición de *La Argentina* realizada por Groussac en los *AB* fue severamente criticada por Rómulo Carbia en la década de 1920. Véase R. Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina*, op. cit., pp. 30-37.

²¹ El estudio "El padre José Guevara" fue publicado en *EHA*. Había aparecido con anterioridad en *AB*, t. V, 1908 y t. VI, 1910.

²² "Don Diego de Alvear", en: *EHA*. Esta noticia biográfica había aparecido en: *AB*, t. I, 1900.

invasiones inglesas (páginas que generaron la polémica con Bartolomé Mitre durante 1897). El relato transmite con vivacidad los acontecimientos que llevaron a la desaparición del Virreinato y los prolegómenos de la revolución. El punto final está marcado por el fusilamiento de Santiago de Liniers.

Esta obra contiene en sí misma dos registros de escritura diferentes. Mientras que el texto principal avanza por armoniosos caminos narrativos, en el aparato erudito se encuentra una prosa absolutamente controvertida en la que el autor critica constantemente a Bartolomé Mitre y a Vicente F. López (y en menor medida, y en casos puntuales, a Manuel Trelles, Adolfo Carranza y otros) en torno de cuestiones que van desde fechas y datos precisos hasta otras relacionadas con el manejo de fuentes documentales y su forma correcta de interpretación. Amparándose en el conocimiento de nuevos materiales o en el manejo de mejores herramientas para realizar la crítica de las fuentes, Groussac suponía contar con las capacidades para realizar de un modo superador estas tareas de corrección e interpretación.

El tema de la Revolución de 1810 vuelve a estar apenas esbozado en los trabajos referidos a Mariano Moreno (textos escritos durante la polémica con Norberto Piñero), a quien el francés consideraba la figura más brillante e inteligente de la época de la emancipación. El cuadro sobre el período independentista se completa con el breve texto sobre *El Congreso de Tucumán* (1916), que se destaca por la elocuencia con la que se narran los sucesos de la jura de la Independencia.²³ También en su *Ensayo histórico sobre el Tucumán* (1882) se abordaban algunos de estos temas en la forma de una breve reseña sobre la conquista, la vida colonial y los enfrentamientos que tuvieron lugar luego de la Revolución de Mayo y de la Independencia. En este caso, las fuentes principales fueron las crónicas.

El estudio sobre la vida del doctor Diego Alcorta (1918) transportó a Groussac hacia tiempos de la historia argentina comprendidos entre

²³ Parte de este texto había sido anticipado, véase "La última jura", en: *Caras y Caretas*, núm. 378, 1 de enero de 1906.

la *feliz experiencia* rivadaviana, considerada como un oasis liberal en el desierto, y los puntos más conflictivos del período rosista, caracterizado como la etapa de barbarización extrema de la Argentina.²⁴ En este último contexto, Diego Alcorta es considerado como el baluarte ejemplar ante el avance de la incultura diseminada por la “tiranía”. El cuadro sobre la época de Rosas se completa, indirectamente, con los estudios acerca de Esteban Echeverría (1924) y asume un colorido destacado en las páginas de la pieza teatral *La divisa punzó* (1923), que describen el ambiente histórico.²⁵ El período abierto luego de la caída de Juan Manuel de Rosas fue tangencialmente abordado por el francés en un texto en el que critica severamente a Juan Bautista Alberdi por el eclecticismo con el que escribió las *Bases*.²⁶ Simultáneamente, la etapa transcurrida desde 1810 hasta 1884 fue estudiada por él como contexto general en su historia de la Biblioteca de Buenos Aires.²⁷

Conocemos además dos proyectos de más largo aliento que Groussac nunca concretó. Estas potenciales obras apuntaban a dar visiones totalizadoras y fueron diseñadas con objetivos distintos. En octubre de 1887 el director de la Biblioteca Nacional elevó a Antonio Cambaceres, presidente de la Comisión Argentina de la Exposición de París, un proyecto para realizar una obra a ser presentada en 1889 en el contexto del fastoso acontecimiento internacional.²⁸ El plan de la obra, que debía titularse *La República Argentina en 1888*, tenía como objetivo presen-

²⁴ “El doctor Don Diego de Alcorta”, en: *EHA*. Este ensayo fue publicado por primera vez en: *AB*, t. II, 1902.

²⁵ “Esteban Echeverría, *La Asociación de Mayo* y el ‘Dogma Socialista’”, en: *CL*.

²⁶ “Las *Bases* de Alberdi y el desarrollo constitucional”, en: *EHA*. Había sido publicado en: *AB*, t. II, 1902. Para un comentario acerca de las aseveraciones críticas de Groussac y las repercusiones que éstas acarrearón véase J. Mayer, “Las *Bases*, la crítica de Groussac y la refutación de David Peña”, en: *Boletín del Museo Social Argentino*, núm. 335, abril-mayo de 1968.

²⁷ “La Biblioteca de Buenos Aires”, art. cit.

²⁸ Sobre la participación de la Argentina en las exposiciones universales, véase A. Fernández Bravo, “Latinoamericanismo y representación: iconografías de la nacionalidad en las Exposiciones Universales (París, 1889 y 1900)”, en: M. Montserrat (comp.), *La ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*, Buenos Aires, Manantial, 2000.

tar ante el mundo un cuadro general de la vida argentina. En el marco de esta obra panorámica, había contemplado escribir un primer libro de carácter histórico titulado *Reseña histórica, política y social de la República durante un cuarto de siglo (1863-1888)*.²⁹ Luego de aclarar la importancia de presentar los productos agrícolas e industriales de la Argentina ante el mundo, Groussac argumentaba acerca de la importancia de contar con un escrito de estas características:

creo, no obstante, que con presentar a la atención de los pueblos congregados en París, todas las muestras de nuestra riqueza natural y fabril, todos los datos demostrativos de nuestro proceso material y moral, quedaría incompleta la manifestación y en parte esterilizada la labor emprendida a no dar unidad y vida a los detalles aislados por medio de un libro sugestivo que fuera el resumen y clave de nuestra exposición.³⁰

Prácticamente un año después, en agosto de 1888, Groussac envió una carta a Julio Victorica, comisario general de la Comisión Argentina de la Exposición de París, en la que le anunciaba que no concretaría el proyecto y se disculpaba presentando como justificación principal la falta de tiempo para materializar la obra en los términos deseados.

Posteriormente, en el contexto de la preparación de los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, el proyecto de una obra de Groussac fue discutido en la Cámara de Diputados. El diputado Antonio Piñero presentó un esquema en el que se proponía la escritura y la publicación de un libro que daba cuenta de la Argentina desde 1810 hasta 1910 en variados aspectos. Al respecto, el diputado señalaba las dificultades que podían presentarse para encontrar un autor decidido a emprender una

²⁹ Un breve artículo narra estos acontecimientos y presenta la documentación referida a los hechos que se encuentra en el AGN. Véase M. Camacho, "El proyecto de un libro de Paul Groussac", en: *Trabajos y comunicaciones*, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Historia, 1969.

³⁰ Carta de Paul Groussac al Señor Presidente de la Comisión Directiva Argentina de la Exposición de París, Antonio C. Cambaceres, fechada el 21 de octubre de 1887, en: M. Camacho, "El proyecto de un libro de Paul Groussac", art. cit.

tarea de tal envergadura y señalaba que, afortunadamente, se había enterado de que el director de la Biblioteca Nacional estaba ya preparando un trabajo que reunía las condiciones pretendidas.³¹ El diputado justificó su elección con varios argumentos, que iban desde una exaltación de las dotes del escritor (concisión, exactitud y claridad) hasta una reafirmación de la conveniencia de que fuera él quien se ocupara del trabajo, dada su inserción en una institución estatal vinculada con la cultura y su posición privilegiada de acceso a las fuentes de información. Finalmente, se pedía para Groussac un pago que lo incentivara a llevar a cabo la concreción de la obra jamás realizada.³²

En este segundo plan, la importancia otorgada a la historia de la nación es más destacada. Se proponían dos libros de temáticas históricas, el primero titulado *El territorio y sus primitivos habitantes*, y el segundo *El génesis histórico*, que abordaría el período abierto con la llegada de los españoles a las tierras americanas y finalizaría con una reseña de la evolución política desde 1880 hasta 1910.

El recorrido por las incursiones en los terrenos históricos realizadas por Groussac nos conduce a algunas reflexiones. Podemos afirmar que el francés focalizó su atención, principalmente, en la etapa abierta con la llegada de los españoles a las tierras americanas y que sus estudios más profundos se circunscriben a la etapa de la conquista, la colonización y la organización de la vida virreinal. El resto de los estudios es de carácter fragmentario y no cubre ninguna etapa en su totalidad, pues se trata más bien de pinceladas sobre determinadas épocas y personajes. En ninguno de los análisis de carácter histórico abordó en forma sistemática el período abierto luego de la caída de Rosas. Si bien en su libro

³¹ Cuando fue publicada la conferencia sobre el gaucho que Groussac pronunció en Chicago, en 1893, el autor aclaraba en una nota que tenía una obra en preparación sobre la República Argentina. Aunque, posiblemente, A. Piñero haya hecho referencia a ese supuesto trabajo en marcha, debemos recordar que el proyecto original parece haber sido concebido por Groussac en 1888, durante las preparaciones de la Exposición de París de 1889. Véase "El gaucho", art. cit., p. 65, n. 1.

³² La presentación del proyecto se encuentra en *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, t. III de 1908, Sesiones de Prórroga, 8 de febrero de 1909, pp. 817-828; allí se detalla el plan de la obra de Groussac.

Los que pasaban (1919) abundan las referencias a los años posteriores a 1866 (el de su llegada a la Argentina), esta obra no puede considerarse un ensayo histórico dado que los episodios del pasado están reconstruidos exclusivamente sobre la base sus recuerdos.

Numerosos tópicos de la obra groussaquiana permiten incluir sus escritos en la tendencia historiográfica denominada liberal o clásica.³³ Así, por ejemplo, su crítica severa a los caudillos, sobre todo a Rosas, y su rechazo de las distintas expresiones del federalismo.³⁴ En la misma dirección, la explicación de los sucesos revolucionarios, por ejemplo, no presenta demasiadas discrepancias con la interpretación propuesta por Bartolomé Mitre. Sin embargo, existen dos diferencias que distancian la obra de Groussac de la historiografía liberal: la primera tiene que ver con la elección de los protagonistas de sus libros; la segunda se relaciona con la funcionalidad de los relatos históricos que, en los escritos de Groussac, se alejan sistemáticamente del formato de “relato nacional”. Ambos temas se abordan en las próximas secciones.

Pese a los proyectos aludidos, no existe ninguna historia general de la Argentina escrita por el personaje, sino más bien fragmentos que permiten recomponer algunos periodos. Él mismo, cuando hace un balance de su trayectoria en la esfera de la historia, resalta este rasgo:

¿Me será permitido recordar que en mi pobre y fragmentaria producción histórica, no es tan absoluto el hueco que en los presentes ensayos va del régimen colonial a los primeros tanteos de organización independiente? Interrumpen el vacío algunos trabajos de desigual importancia (Santiago de Liniers, Mariano Moreno, el Congreso de Tucumán, etc.), a manera de piedras colocadas en el lecho del río y que dan paso para cruzar la corriente de orilla a orilla.³⁵

³³ La denominación de “historiografía liberal” goza de una amplia difusión en distintos marcos interpretativos, pueden verse A. Plá, *Ideología y método en la historiografía argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972, y D. Quattrocchi-Woison, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1998.

³⁴ Sobre este tópico véase J. Irazusta, “Pablo Groussac y su carrera literaria en la Argentina”, art. cit.

³⁵ *EHA*, p. vii.

El panorama trazado sobre la obra histórica de Groussac permite pensarla como disociada de algunos rasgos generales del período en el que está inserta y que fueron propuestos por las perspectivas anteriormente presentadas. Por un lado, difícilmente pueda asimilarse a dos de los trazos relevantes atribuidos a los estudios históricos del período: abandono del modelo de historia narrativa y disolución de la historia en el marco de las ciencias sociales. El rasgo que sí comparte con otras producciones del período coincide con el abandono del eje nacional como rector del relato. Aunque las temáticas propuestas no dejan de lado el territorio de los acontecimientos nacionales, el vector identitario no resulta prioritario en las producciones groussaquianas. Complementariamente, como se analiza en otra sección de este capítulo, nuestro personaje se distancia de lo que algunos análisis consideran como la forma predominante de escribir la historia en la etapa, resumida en la apelación a la corriente historiográfica positivista.

3. *LA MUSA DE LA HISTORIA NO ES LA LISONJA PATRIÓTICA*

En distintos trabajos consultados se plantean algunas sugerencias acerca de los motivos por los cuales Groussac no escribió una obra integral de historia argentina. En estas contribuciones, las menciones a los dos planes de obra a los que nos referimos anteriormente están ausentes. Variadas son las explicaciones que se dan de esta ausencia de relatos abarcadores. Algunos historiadores contemporáneos señalan que no estaba interesado en esta tarea, dado que como extranjero era más un observador que un protagonista de la realidad argentina que lo contenía.³⁶ Desde otra perspectiva, se afirmó que no puede buscarse un relato patriótico escrito por Groussac, ya que su escepticismo acerca de esta tarea le impedía concretarla, hecho que se evi-

³⁶ T. Halperin Donghi, "La historiografía: treinta años en busca de un rumbo", art. cit., p. 839.

dencia en su preferencia por mantener sus trabajos históricos dentro de una perspectiva elitista.³⁷

Quizás pueda atribuirse a cualquiera de estos supuestos motivos el hecho de que Groussac no escribiera una obra integral y completa. En lo que respecta a la última cuestión, la del escepticismo ante la configuración de un relato patriótico, el propio Groussac enunció algunos principios tendientes a evitar este tipo de labor: “un requisito, sí, me faltará siempre para escribir la historia al uso de este continente: es el sentimiento de aldea obcecado y estrecho, que crea mitologías en pleno siglo racionalista”.³⁸ En reiteradas oportunidades señaló la necesidad de abandonar las intenciones de configuración de los relatos nacionales como mitos de origen para escribir un buen texto histórico:

Mero conflicto de pasiones fueron por mucho tiempo los relatos “criollos” y “metropolitanos” de la Independencia; y si poco nos importa ya que se perpetúe en España tan anticuado sistema, conviene al contrario que se extirpe sin contemplaciones de la historia argentina. No es bueno que, haciendo simetría con la tesis vetusta del *Código de Indias*, levanten los teóricos americanos otro derecho divino, no menos intransigente y parcial, que consistiere en santificar ó amnistiar los peores excesos revolucionarios. Y ello, que fuera disculpable en Mariano Moreno, protagonista febril y no juez imparcial de la crisis tremenda, no ha debido prolongarse hasta nuestros días, á pretexto de patriotismo, convirtiéndose malamente en criterio histórico.³⁹

El francés juzgaba entonces equivocada la asunción del patriotismo como objetivo para escribir una historia de la nación y encontraba que el defecto de incurrir en los relatos patrióticos era un hecho constante en las jóvenes naciones latinoamericanas, todo lo cual se inscribe, como

³⁷ Véase F. Devoto, “Entre ciencia, pedagogía patriótica y mito de los orígenes. El momento de surgimiento de la historiografía profesional argentina”, en: AA.VV., *Estudios de historiografía argentina II, op. cit.*, p. 24.

³⁸ “Santiago de Liniers. Digresión polémica”, art. cit., p. 448.

³⁹ *SL*, p. XIV.

analizamos en los capítulos anteriores, dentro de una apreciación más general acerca de las deficiencias de la intelectualidad de las mismas. En este sentido, afirma que “toda la historia sudamericana, fundada en versiones personales que no pasaron por el tamiz de la crítica, se convierte más y más en una mitología sin grandeza ni elegancia”.⁴⁰

Luego de señalar estos principios en varias ocasiones, Groussac puso en movimiento su preceptística habitual señalando el camino a seguir por las nuevas generaciones de historiadores dispuestos a realizar relatos históricos no ligados con la búsqueda de antecedentes u orígenes gloriosos, más vinculados con la leyenda que con la realidad. Para ello recomendaba un buen uso de los métodos de la crítica histórica y el abandono de las pasiones exacerbadas:

Tal es, á mi corto entender, el criterio que habrá de adoptar el historiador argentino que intente apartarse del camino trillado por sus beneméritos predecesores, sin dejar de extraer gran provecho de la labor por ellos iniciada, y que merece encomio, por señalar el primer reconocimiento de un suelo virgen. Debería además, si aspirara á realizar una obra de ciencia duradera, despojarse de todo arrebató apasionado, de toda digestión del amor propio nacional que no resistiera al frío examen de los hechos. *La musa de la historia no es la lisonja patriótica*, sino la verdad inflexible y serena.⁴¹

Decididamente, el intelectual que nos ocupa no consideraba el patriotismo como finalidad válida de la práctica histórica. Persisten, en cambio, algunas dudas acerca de los motivos por los cuales un extranjero propuso en dos ocasiones planes para concretar una historia argentina que abordara períodos de mediano o largo plazo. La primera explicación en la que pensamos se relaciona estrechamente con el cargo público ocupado por Groussac: podía llegar a suponerse que el director de la Biblioteca Nacional era el más indicado para la realización de una operación hermenéutica de tal magnitud.

⁴⁰ “Las ‘Bases’ de Alberdi y el desarrollo constitucional”, art. cit., p. 288.

⁴¹ *SL*, p. 130. La cursiva es nuestra.

Otra de las posibles explicaciones al respecto puede ser sugerida por el contexto en que fueron elaborados los planes, en ocasión de dos acontecimientos de envergadura internacional (la Exposición de París y el Centenario de la Revolución de Mayo), en los que, posiblemente, el francés pretendía figurar como una personalidad relevante. En este caso, los argumentos asumen una fuerza complementaria, dado que si se toman en cuenta sus anhelos de ocupar un lugar destacado en el contexto de su nación de origen, es evidente que escribir una obra conmemorativa a ser presentada en el gran evento internacional con cuna en París podría haber actuado como un símbolo de incalculable prestigio. A su vez, debemos recordar que los festejos del Centenario convirtieron a Buenos Aires en el centro de las miradas internacionales y que destacadas figuras de las elites políticas y culturales del mundo participaron de las celebraciones.⁴² Indudablemente, escribir una obra total sobre la Argentina en ese contexto hubiese satisfecho con creces las pretensiones de alta visibilidad de nuestro personaje.

De hecho, Groussac había manifestado en uno de sus escritos de ficción cierta fascinación por los acontecimientos mencionados. En un texto titulado "El Centenario" narra las impresiones de un personaje que entra en trance luego de fumar cierta sustancia suministrada por un sabio proveniente de Cracovia. Mientras éste le preparaba al protagonista la sustancia, lo hacía observar bellísimas imágenes de la gran exhibición parisiense de 1889 y le hablaba de la futura Exposición Universal de Buenos Aires. Alcanzado un estado alucinatorio, el personaje circulaba por las calles porteñas en el contexto de la celebración del Centenario.

La ciudad parecía otra: se había convertido en un lugar que sintetizaba los ideales del progreso en cada una de sus rincones: "¡Estoy en Buenos Aires, en la Plaza de Mayo! Pero en otra Buenos Aires, embe-

⁴² Sobre el Centenario, véanse H. Salas, *El Centenario. La Argentina en su hora más gloriosa*, Buenos Aires, Planeta, 1996, y Taller de Historia de las Mentalidades, "La Argentina de 1910. Sensibilidad, alegorías, argumentos en torno a un Centenario", en: *Estudios Sociales*, núm. 4, Santa Fe, 1er. semestre de 1993.

llecida y rejuvenecida, como si hubieran transcurrido muchos años desde mi ausencia: una Buenos Aires que me trae encontrados y lejanos recuerdos de Chicago y París”.⁴³ Mientras el protagonista de esta fantasía literaria paseaba sin rumbo sintió una necesidad casi imperiosa de ser uno de los maestros de ceremonias del evento y sin saber cómo, ni sorprenderse por ello, se encontró en el estrado oficial: “cerca del grupo de magnates, ministros, generales, diplomáticos, congresales, funcionarios, dominando el vasto hemicíclo que parece empedrado de cabezas humanas”.⁴⁴

En función de los argumentos presentados en este apartado, y asumiendo que el personaje de ficción del texto mencionado revela las intenciones de su autor, es interesante señalar que en este relato conviven varios elementos de los que hemos hecho mención: la importancia otorgada por Groussac a la Exposición de París de 1889, la relevancia de los festejos del Centenario y el anhelo de ser parte activa de este último evento entre los protagonistas, y no entre los espectadores. Una obra histórica general como la que se proponía escribir hubiese sido sin duda un espaldarazo para ubicarse en un pedestal prestigioso. El francés sabía que así sería, dada su experiencia en el contexto de la Exposición Continental de 1882.⁴⁵ Recordemos que en esa ocasión había aparecido su *Ensayo histórico sobre el Tucumán* y que ese escrito había generado una recepción que lo colocaba en el centro de las miradas de algunos destacados letrados argentinos. Por otra parte, su participación en la Exposición de Chicago de 1893 (ciudad también mencionada en una de las citas presentadas), en la que expuso su conferencia sobre el gaucho como tipo social, también le había otorgado visibilidad y prestigio en el país: testimonio claro de ello es la publicación del texto en *La Nación*, donde se ensalza la figura del francés como representante de la Argentina

⁴³ “El Centenario”, art. cit., p. 295.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 298.

⁴⁵ Sobre la dinámica de esta exposición véase P. Dosio, *Una estrategia del Poder: la Exposición Continental de 1882*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1998.

en el evento.⁴⁶ Además, en el contexto mismo de la exposición había obtenido cierto reconocimiento, dado que se imprimió un folleto en inglés titulado *Popular Customs and belief of the Argentine Provinces*, by P. Groussac. Así, una potencial explicación acerca de las propuestas de obras históricas generales encuentra su principal argumento en las aspiraciones personales del francés de alcanzar cierto reconocimiento público.

4. LA HISTORIA: ENTRE CIENCIA Y ARTE

No existe ningún tratado escrito por Groussac que resuma su concepción de la historia como rama del saber. Sin embargo, la presenta en diversos escritos, cuando intenta establecer algunas pautas para practicarla: algunos de ellos exponen esta noción y su práctica de modo más difuso y fragmentario, mientras que en otros cristalizan imágenes más precisas. La gran variedad de elementos a los que apeló para configurar su definición presenta un orden que, desde nuestra perspectiva, se articula según una doble caracterización. Por un lado, la historia es diferenciada de otras disciplinas científicas por medio de una definición por la negativa; es decir, se trata de señalar qué es lo que distingue esta forma de conocimiento del resto. La segunda caracterización, en cambio, puede entenderse como una aproximación positiva, que intenta señalar las especificidades intrínsecas de la disciplina.

En lo que respecta a la primera, debemos considerar que el concepto de “ciencia” utilizado por Groussac está ligado con las ciencias naturales, y se vincula con la concepción de un sistema de verdades y leyes conexas basadas en la indagación empírica. La historia se presenta como un saber refractario respecto de esta perspectiva. Criticando las aproximaciones provenientes del cientificismo positivista, el francés afirma que la historia presenta aspectos especiales en tanto conocimiento o saber, que no permiten analogarla con las ciencias de

⁴⁶ “El gaucho. Costumbres y creencias de las provincias argentinas”, *La Nación*, 21 de octubre de 1893.

la naturaleza. Asumiendo que el principio rector de todas ellas es la clasificación, asevera que ésta se torna impracticable en el campo de los hechos históricos, que se manifiestan distintos entre sí, sin dependencia de unos respecto de otros.⁴⁷

En este primer acercamiento, luego de adoptar ese concepto de ciencia, el énfasis reside en destacar el carácter fugaz, transitorio y perecedero de los relatos históricos. Groussac señala: “la historia es una tela de Penélope: todo es sustentable porque todo es incierto”.⁴⁸ Esta idea de transitoriedad es expresada en otra imagen: “hay que figurarse en conjunto a la historia como una ciudad agustina en perpetua construcción y renovación, una *civitas Dei* nunca terminada”.⁴⁹ Complementariamente, reforzando la idea de construcción continua, y recurriendo a una de sus imágenes reincidentes, sostiene que la historia es como una “tela de Penélope que emprende cada generación, deshaciendo en parte lo hecho por sus predecesoras”.⁵⁰

Estos argumentos legitiman su propio accionar a la hora de corregir errores y de criticar las interpretaciones de sus antecesores. Escudándose en los principios esbozados, y aclarando que estas operaciones apuntaban noblemente a la búsqueda de la verdad, Groussac impugnaba las apreciaciones sostenidas por quienes habían transitado antes que él por determinados procesos históricos. La búsqueda de la verdad propuesta se hallaba guiada conscientemente por una caracterización de la misma como precedera, y es en este sentido que sostiene que “nadie llegó jamás á la verdad absoluta, pero es deber de probidad procurarla y perseguirla sin omitir esfuerzo ni ahorrar labor”.⁵¹ En la misma dirección, los textos producidos por los historiadores se mostraban como “una aproximación muy relativa a la verdad absoluta”.⁵²

⁴⁷ *MyG*, pp. xx-xxi.

⁴⁸ *DPN*, p. ix.

⁴⁹ AGN, FPG, Leg. núm. 4: Fichas de resumen sobre historia, geografía, viajes y literatura, s/f. Ficha núm. 26: Historia.

⁵⁰ “El romanticismo francés”, art. cit., p.180.

⁵¹ *SL*, p. 18, n. 1.

⁵² *MyG*, p. xix.

Historiadores y novelistas se diferenciaban en función de la citada percepción de la verdad:

No necesitamos repetir que con estas correcciones no pretendemos amen-
guar el mérito singular de nuestros ilustres predecesores. No procuramos
sino la exactitud; y sin duda revelaría un extraño criterio histórico, quien
se abstudiese de salvar yerros materiales por no herir susceptibilidades,
proponiendo así su arraigamiento y divulgación. *Veritatem diligere*, amar
la verdad por sobre toda cosa: tal debe ser la divisa primera y última del
historiador. En caso contrario, la historia no pasa de ser una novela tedio-
sa que no merece escribirse.⁵³

Como vemos, el concepto de verdad esgrimido por Groussac se rela-
ciona estrechamente con la cuestión de la exactitud de los datos y los
hechos narrados. Al sostener la existencia de una verdad transitoria se
hace explícita la renuncia a la noción universal de Verdad. Así, las
referencias a la exactitud, o a la inexactitud, están presentes en múlti-
ples ocasiones como parámetros para juzgar obras de distintos inte-
lectuales. Refiriéndose a Vicente Fidel López, por ejemplo, afirmaba
que uno de los motivos para desconfiar de sus versiones acerca del
pasado reside en que este personaje era un “brillante y espontáneo
escritor, que cultivaba la inexactitud como un don literario”.⁵⁴ En la
misma dirección, haciendo alusión al autor del *Facundo* destacaba:
“Sarmiento, como su amigo Vicente Fidel López, profesó siempre el
más soberano desdén por la exactitud, debido en parte a la falta de
disciplina intelectual”.⁵⁵ Este tipo de críticas a los desaciertos de los
otros asume una presencia sostenida en las notas al pie de *Santiago de
Liniery de Mendoza y Garay*.

La fugacidad y la inexactitud propia de los saberes históricos po-
dían extenderse a la mayoría de las ciencias. Sin embargo, en el ras-
treo de sus observaciones al respecto puede verse que estos rasgos

⁵³ *SL*, p. 109.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 18, n. 1.

⁵⁵ “Sarmiento en Montevideo”, art. cit. p. 8, n. 2.

eran, sobre todo, característicos de las ramas del saber que intentaban captar lo humano. En las que Groussac concebía como “verdaderas ciencias”, los conocimientos asumían un carácter acumulativo en relación con los descubrimientos anteriores, mientras que “en los estudios sociales, no podemos, no debemos aspirar sino á una probabilidad cada vez mayor en la conjetura”.⁵⁶

Así, desde la perspectiva de nuestro personaje las ciencias sociales no podían sustraerse a las condiciones de relatividad, y es así que dudaba en colocarle el rótulo de “ciencias” a los estudios vinculados con lo humano, como lo demuestran las comillas colocadas en su famoso artículo titulado “La paradoja de las ‘Ciencias Sociales’”. Pese a ello, aunque no se debía renunciar a la búsqueda de la verdad, había que resignarse al carácter no absoluto de la misma: “tal es la sana doctrina histórica, la del investigador que sólo se preocupa de establecer la verdad, aunque sepa que ésta será siempre humana, es decir relativa y precaria”.⁵⁷ La última declaración que el intelectual francés hizo al respecto, en 1924, es la siguiente: “en geometría se llama asíntota una línea recta que se acerca indefinidamente a una curva sin alcanzarla jamás: la historia, [...], no puede aspirar sino a ser la asíntota de la verdad”.⁵⁸

Partiendo de estos supuestos y sumando nuevos elementos, Groussac dio forma a una segunda definición de historia, referida positivamente a los elementos inherentes a esta disciplina. Es en este marco en el que aparece una fórmula integradora, esbozada en algunos de sus escritos:

La historia es ciencia, es arte, es filosofía: todo el mundo lo sabe y repite; pero quiere la desgracia que ocurra á muchos confundir esa ciencia con la documentación vacía de crítica, ese arte evocador con la fraseolo-

⁵⁶ “La paradoja de las ‘Ciencias Sociales’”, art. cit., p. 320. Estas apreciaciones de Groussac fueron analizadas en C. Barbé y M. Olivieri, “Sociologia, storia sociale e scienza politica in Argentina sino alla crisi del positivismo”, en: F. Barbano *et al.*, *Sociologia, storia, positivismo. Messico, Brasile, Argentina e l'Italia*, Milán, FrancoAngeli, 1992.

⁵⁷ “Prefacio”, en: *AB*, t. I, 1900, p. XIII.

⁵⁸ “El romanticismo francés”, art. cit., pp. 201-202.

gía suntuosa, esa filosofía con generalizaciones vagas y arbitrarias que poco gana con apellidarse *síntesis*. En consonancia con este concepto errado, se miran y tratan por separado tres aspectos de una misma substancia que la realidad asocia indisolublemente.⁵⁹

Presentando estos principios, el francés establecía una pretensión que apuntaba a la compatibilización de los elementos provenientes del arte, de la ciencia y de la filosofía en los estudios históricos. Desde su perspectiva, los componentes de estos tres saberes podían confluir armónicamente.⁶⁰ Puede que estas apreciaciones estén inspiradas en las recomendaciones de Hippolyte Taine, quien, en su *Ensayo sobre Tito Livio*, sugiere algunas pautas que se asemejan a las presentadas por nuestro personaje, esto es, la concreción de una historia en la que confluyeran las perspectivas provenientes de la ciencia y del arte.⁶¹

Más allá de su origen, estas premisas asumen mejor inteligibilidad cuando se las complementa con otra definición de historia, cuyo carácter sumamente gráfico la sitúa en un plano compartido con la arquitectura:

Juzgo, [...], tener la historia verdadero parentesco –no puramente superficial o especioso– con la arquitectura, afinidad que, siendo efectiva y orgánica, podría dar materia para un cotejo tan útil como interesante. De más está decir que no se ha de completar aquí el paralelo, bastando justificar en pocas palabras su fundamento y plausibilidad. La ociosa discusión que todavía persiste sobre si la obra histórica debe considerarse propiamente como ciencia o como arte, no se suscita seguramente a propósito

⁵⁹ *SL*, p. xi.

⁶⁰ El debate acerca de si la historia debía considerarse como una ciencia o como un arte tuvo distintos estadios y posturas muy variadas en el ámbito europeo decimonónico. Sobre este tema véase G. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, *op. cit.*

⁶¹ Véase H. Taine, *Essai sur Tite Live*, París, Librairie Hachette et. Cie, 1904. La primera parte de esta obra se abre con un capítulo titulado “L’histoire considérée comme une science” y la décima parte con un capítulo cuyo título es “L’histoire considérée comme un art”.

de la arquitectura, cuyo doble carácter de ciencia aplicada en sus condiciones y fórmulas constructivas, y de arte bella, en su concepción formal y ejecución, se impone con evidencia inmediata al más superficial examen.⁶²

Es en esta definición donde aparece en forma más nítida la percepción grousseauiana de la historia y, simultáneamente, donde la tridimensión anteriormente mencionada (ciencia, arte, filosofía) se reduce a una bifrontalidad, dado que los elementos provenientes de la filosofía no son señalados ni retomados en esta imagen.⁶³ La semejanza propuesta descansa en el hecho de que ambas ramas del saber combinan elementos teóricos con principios artísticos, por lo que la competencia en estas disciplinas supone desde un principio la necesidad de contar con conocimientos científicos, en tanto insumos para realizar las construcciones, aunque ellos no bastan, dado que deben estar complementados estéticamente y estilísticamente.

Dentro de esta concepción de historia, los aspectos de carácter científico estarían dados por la práctica de los procedimientos del método, el uso de nociones paleográficas, filológicas, ideográficas, entre otras, que viabilizarían la elaboración de la investigación previa a la construcción del relato histórico. Sin embargo, las cuestiones relacionadas con el análisis y la crítica de los documentos, así como las concernientes a la composición, se vinculan, en palabras de Groussac, con una “exactitud en el juicio” acompañada de cierto “don personal de sagacidad inventiva”, que no puede adquirirse y tiene su parte de adivinación. Desde esta perspectiva, la escritura de relatos históricos se convierte en una práctica cuyos rasgos están ligados con lo artístico, con lo personal y con lo constructivo. La observación de estas exigencias daría como re-

⁶² *MyG*, pp. xx-xxi.

⁶³ Para este tema puntual, pueden tenerse en cuenta las apreciaciones propuestas por Hayden White, quien sostiene que en algunos pensadores del siglo XIX las concepciones acerca de la historia como práctica no pueden deslindarse de la filosofía de la historia que sostienen. Véase H. White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

sultado un relato histórico apartado de las meras mitologías nacionales. Ya en 1897, mientras debatía con Mitre, Groussac asumía que, como francés en la Argentina, él podía sintetizar todos los atributos enumerados en sus escritos sobre el pasado:

Hago á este pueblo el honor de separarle de tan anticuado americanismo y sin proscribir el símbolo y la leyenda, sobre todo si fueran bellos, pienso que es tiempo de escribir la historia argentina como se escribe la de las naciones europeas, realizando una obra de arte á par que de ciencia, y no una novela apasionada que sea batida en brecha por la pasión rival.⁶⁴

El francés consideraba que, para poder escribir acerca del pasado, “el historiador completo –digan lo que les compete los impotentes– debe juntar en sí un sabio con un artista”.⁶⁵ En este sentido, son numerosos los pasajes en los que utiliza las metáforas sobre el historiador como artista, la obra histórica como obra de arte, el estilo de escritura como trazos de un pincel, entre otras. Es, entonces, sobre estos tres pilares que descansa la fórmula groussaquiana para obtener un relato histórico: evidencia documental procesada críticamente, inspiración artística y estilo narrativo.

La escisión de estas condiciones daría como resultado un desequilibrio en la armonía pretendida. Encontraba ese equilibrio anhelado en la obra de algunos historiadores románticos franceses que, desde su óptica, concretaron la compatibilización de la “parte de ingerencia imaginativa o conjetural” con “un conocimiento positivo y análisis crítico de los documentos”.⁶⁶ Por ejemplo, luego de reseñar la obra de Prosper de Barrante, el francés apunta a destacar sus méritos afirmando que conjuga una presentación artística con la acreditación de la exactitud relativa basada en las pruebas documentales. En la misma dirección, haciendo mención de la obra de Augustin Thierry señala: “tan admirable por la precisión correcta de la línea como por el vigor y la riqueza del colorido, nunca se

⁶⁴ “Santiago de Liniers. Digresión polémica”, art. cit., p. 448.

⁶⁵ “El romanticismo francés”, art. cit., p. 201.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 181.

formuló discordancia ni reservas: es la belleza de la más alta poesía en la claridad y firme nitidez de una prosa magistral". Por último, comentando la obra de Jules Michelet reivindica la perfecta armonía entre un admirable estilo literario y el uso de las fuentes documentales de archivo.⁶⁷

Siguiendo estas ideas, una vez más dentro de las postulaciones groussaquianas, todo lo vinculado con la historia y con los historiadores de España debía ser refutado desde los países hispanoamericanos. En estos términos planteaba este rechazo, considerado necesario:

Estos pueblos de habla española tendrán que vencer la doble corriente de la tradición y la raza, pues traen en la sangre, desde la edad media y la infiltración árabe, ese principio indeleble y funesto del error, que durante siglos, no sólo esterilizó allá toda ciencia importada, –ya que espontánea no la hubo jamás,– sino que lucha aún por conservar intacta, como sagrada herencia, la maraña de fantástica leyenda que cierra el paso a la historia.⁶⁸

Una vez más, también, destacados personajes de la cultura francesa, en este caso los románticos, se convertían en modelos a seguir por quienes pretendiesen concretar una tarea intelectual, en este caso la labor histórica, en forma eficiente, armónica y bella.

5. AVENTUREROS Y LETRADOS

La concepción de historia presentada por Groussac, y sus propensiones a considerar a los historiadores románticos como parámetro, tuvo un correlato en la práctica, evidenciado en la elección de su objeto de estudio. El objeto que encontró favorecía la concreción de su pretencioso enfoque histórico en determinados protagonistas de los acontecimientos pretéritos. Fue la narración histórica de sus vidas lo que le permitió entretener sus argumentos y sus interpretaciones acerca del

⁶⁷ *Ibid.*, para las referencias a Barrante pp. 183-184, a Thierry p. 188 y a Michelet p. 193.

⁶⁸ "Prefacio", en: *AB*, t. IV, 1905, p. VII.

pasado argentino respetando la bifrontalidad, científica y artística, de la que pretendía dotar a sus relatos.

Cuando Bartolomé Mitre se refirió a los hombres que habían protagonizado la historia nacional, organizó su propia galería de figuras, y para ello partió de una premisa: la abundancia en la historia argentina de personalidades notables, hombres de pensamiento y de acción que se destacaban del grueso de la población por sus ideas, por sus hechos y por sus virtudes. Mitre señalaba que estos personajes eran modelos dignos de ser imitados y que, por este hecho, merecían formar parte de un magnífico muestrario de retratos históricos y literarios. Al definir a los que pertenecían a esa galería, el antaño presidente establecía también quiénes quedaban afuera, hombres no dignos de bendiciones ni de respeto. Los personajes que eligió para narrar los sucesos del pasado nacional (Manuel Belgrano y José de San Martín) podían inscribirse en esa galería de manera armónica e indiscutida.⁶⁹

Diferenciándose de esta perspectiva, Groussac eligió como protagonistas de sus relatos a personalidades que no respondían a las características reivindicadas por su ilustre antecesor. Existen varios indicios que permiten argumentar acerca de la elección de los personajes que eligió. En un artículo escrito en 1897 tipificó dos perfiles posibles de protagonistas de la historia, “los hombres de genio” y “los grandes hombres”, definidos con claridad en el siguiente pasaje:

al lado del hombre de genio, cuya obra inmutable é imperecedera, con su valor propio y personal, queda siempre accesible, extendiendo á nuestro examen ese diploma de identidad y superioridad: se alza esa otra grandiosa y vaga personificación histórica humana o nacional, que suele llamarse “el grande hombre”. Algunos están flotando por entero en la leyenda, como Eneas o Moisés; otros emergen de la nube con su aureola tan deslumbrante, que impide distinguir lo real de lo ficticio en su cambiante personalidad: así Mahoma o Carlomagno. Por fin, los más circunscriptos o recientes, como Gutemberg o Colón, se nos presentan tallados en el firme granito de

⁶⁹ Véase B. Mitre, “Introducción”, en: B. Mitre, *Galería de celebridades argentinas. Obras completas*, Buenos Aires, 1942, pp. 19-23.

la historia. [...] Son aquellos los “héroes” del idealista Carlyle, cuya existencia grandiosa condensa la de la humanidad.⁷⁰

Desde su perspectiva, evaluar a los “grandes hombres” era más dificultoso dado que se trataba de personas de contornos sobredimensionados. En esta dirección, señala que, mientras que el hombre de genio está en lo absoluto y lo definitivo, “el héroe histórico es generalmente mixto: un fragmento de historia combinado con la leyenda”.⁷¹ Estas características de los personajes históricos convertían la tarea del historiador en una operación en absoluto sencilla, ya que debía deslindar de estas leyendas históricas la parte no ficcional.

Posteriormente, Groussac distinguió nuevamente entre dos figuras que podían protagonizar un relato histórico, y señaló que la elección de una u otra condicionaría la forma de escribir un relato acerca del pasado. Al respecto, sostuvo que el historiador debía elegir entre dos caminos. El primero era colocar en el centro de la escena al personaje elegido, recurso que se justifica si el protagonista escogido pertenecía al grupo de los “tipos representativos”, entre los que menciona a Washington y a Napoleón, dado que estos perfiles simbolizaron una época de la evolución colectiva de su pueblo. Sin embargo, si se elige desacertadamente el personaje es posible cometer un error que conduciría a subordinar grandes acontecimientos a alguien que sólo fue testigo o “actor secundario” de los mismos. Estos actores secundarios actúan como la segunda opción.⁷² En este error, desde la perspectiva de Groussac, incurrió Bartolomé Mitre al elegir a Belgrano:

si para salir de la vaguedad, hubiéramos de buscar un ilustre ejemplo, lo hallaríamos en Belgrano, cuya biografía, con retratar tan pura y simpática fisonomía de patriota, no ha podido, á nuestro ver, llenar tres gruesos volúmenes, concentrando en ella la “historia de la Independencia argentina”. Aquella modesta é ingenua figura de licenciado á caballo carece de relieve

⁷⁰ “Génesis del héroe”, en: *LB*, t. III, 1897, pp. 141 y 142.

⁷¹ *Ibid.*, p. 147.

⁷² *SL*, p. 106.

en lo civil como de garbo en lo militar; no puede compararse, por la autoridad y la acentuación personal, á San Martín ó al mismo Alvear, bajo el segundo aspecto; tampoco a Moreno ó Rivadavia, bajo el primero.⁷³

Desde la óptica del francés, debían buscarse personajes que realmente condensaran en su persona determinados procesos o etapas sin atribuirles una importancia desmedida. Siguiendo estos principios, legitimó la elección de Liniers en los siguientes términos:

Santiago de Liniers no fué por cierto un Washington ni un Bonaparte; pero no es discutible que durante tres años completos y decisivos, tanto por su prestigio personal como por sus títulos y cargos administrativos presidió en este Virreinato, como ya se dijo, al obscuro proceso germinativo y á la evolución iniciadora de la nacionalidad.⁷⁴

Llamaba la atención de este modo sobre dos temas fundamentales a la hora de escribir relatos históricos focalizados en determinados personajes: por un lado, debía pensarse en el tipo de hombre que había sido el actor elegido y, en segundo término, debía decidirse si el rol que ocupaba permitía colocarlo en el centro del relato o en un plano secundario, con el fin de no cometer el error de subordinar todos los acontecimientos a la imagen de un actor que no lo merecía.

Asumiendo los desafíos que había enunciado, Groussac se ocupó de ciertas personalidades para escribir sus relatos históricos. José Luis Romero afirma respecto de este punto que el francés sostuvo, contra su voluntad, el culto de los hombres, exaltando los rasgos épicos de ciertas individualidades que le marcaban un camino más literario que

⁷³ *Ibid.*, pp. 106-107. Estas observaciones de Groussac son realmente maliciosas, dado que el propio Mitre a la hora de argumentar acerca de la elección de sus personajes asumía que las personalidades y las acciones de los mismos no debían opacar los acontecimientos históricos que pretendían narrarse, y que no se apuntaba a destacar una personalidad individual sino una entidad de carácter colectivo –la nación argentina–. Véase B. Mitre, *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1967, t. 1, cap. 1.

⁷⁴ *SL*, p. 107.

histórico y que este hecho lo hacía desviarse de sus normas teóricas.⁷⁵ Desde nuestra perspectiva, en cambio, es justamente la elección de actores con rasgos peculiares lo que le permitió concretar su ideal “teórico” en la práctica historiográfica: sus obras transmiten la sensación de una acertada elección del objeto de estudio, lo que le permite combinar los atributos de la ciencia con los del arte.

Las biografías de determinados personajes, entonces, se convirtieron en el instrumento predilecto del francés para concretar sus interpretaciones acerca del pasado. En cada caso, la figura elegida actuaba como lente para captar los acontecimientos de una época, hecho que le permitía combinar la tarea del biógrafo con la del historiador. La elección del estilo biográfico respondió a una especie de excusa argumentativa para abordar una época. Así, por ejemplo, al referirse a los motivos que lo condujeron a abordar una investigación sobre el itinerario vital de Diego de Alvear, afirma:

la vida del brigadier Alvear, a más de su interés propio, cobra mayor realce por los acontecimientos solemnes en que figurara, siempre con honra, y con gloria alguna vez: bastará colocarla en su medio contemporáneo, americano o europeo, como en su marco natural, para que la biografía tome las proporciones y revista el carácter de un ensayo histórico.⁷⁶

Nuestro personaje no mostró interés por las personalidades descolantes del mundo político, opción que lo distancia de los criterios propuestos por Mitre para la conformación de su galería, en la que debían tener un lugar preferencial los hombres políticos destinados a trascender en el bronce y a contar con el reconocimiento de todas las generaciones de argentinos.⁷⁷ Puede encontrarse cierta explicación

⁷⁵ J. L. Romero, “El hombre y la historia en Groussac”, en: J. L. Romero, *La experiencia argentina y otros ensayos* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 284 y ss. Este texto fue publicado por primera vez en *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929.

⁷⁶ “Don Diego de Alvear”, *EHA*, p. 61.

⁷⁷ En oposición a lo aquí sostenido, véase J. Stortini, “La recepción del método histórico en los inicios de la profesionalización de la historia en la Argentina”, art. cit., p. 78.

acerca de los motivos por los cuales el francés no reparó en figuras políticas en su percepción generalmente desdeñosa referida al mundo por el que ellas transitaron. Como hemos visto, el ámbito político es descrito principalmente como efímero y contaminado y, desde su perspectiva, quienes por él circularon no merecían, o no lograban, convertirse en protagonistas de la historia. Señala en este punto: “¡Tan rápida descomposición sufren los acontecimientos políticos que no llegan a cristalizar en historia!”⁷⁸

Teniendo en cuenta los principios esbozados, Groussac definió su propia galería de celebridades, y aunque nunca teorizó acabadamente acerca de los prototipos a ser escogidos, encontramos una constancia en la selección de sus protagonistas que permite pensar en la preferencia por dos tipos centrales que denominaremos aventureros y letrados, en el sentido amplio de ambos términos. En el primer grupo podemos incluir a personajes como Cristóbal Colón, Pedro de Mendoza, Juan de Garay y Santiago de Liniers, todos plausibles de ser definidos con una expresión que le era cara al francés: “náufragos de la vida”. En el segundo grupo se destacan, entre los argentinos, Mariano Moreno, Esteban Echeverría, Diego Alcorta y otros personajes abordados en sus estudios que exceden al ámbito rioplatense, como Dante, José de Espronceda y Miguel de Cervantes.⁷⁹

Sus personajes, en su mayoría, pueden considerarse subtipos de aquellos que llamó “hombres de genio” y “grandes hombres”. Mientras que algunos son indiscutidamente personalidades sobresalientes y puntos de referencia internacionales o nacionales, otros rozan el anonimato o forman parte del panteón de los olvidados (quizás el más representativo en este punto sea Liniers).

Desconcierta, a simple vista, la heterogeneidad de las figuras escogidas. Sin embargo, un recorrido por sus biografías nos condujo a reparar en algunos registros constantes. Los personajes comparten

⁷⁸ *LQP*, p. 113.

⁷⁹ Véanse “La gloria de Dante”, en: *CL*; “José de Espronceda”, art. cit.; “Cervantes y el *Quijote*”, en: *CL*.

algunos rasgos más allá de las diferencias notables en lo que respecta a las coordenadas temporales y espaciales que los enmarcaron. Sus vidas estuvieron signadas por turbulentas experiencias en las que se combinaron episodios azarosos o arriesgados. El espíritu nómada o aventurero signó muchas de sus acciones. En diversos momentos de sus itinerarios vitales, atravesaron por experiencias ligadas con el exilio, el desarraigo o el ostracismo, ocasionadas por diversos factores que van desde la búsqueda de un nuevo destino lejos de su tierra de origen hasta la expulsión por causas de carácter político. A pesar de las divergencias, las vivencias de los personajes transitan por un laberinto en el que convergen la nostalgia, el sentimiento de desarraigo y el dolor generado por el desprendimiento de las raíces culturales.⁸⁰

A su vez, otra permanencia se vislumbra en el hecho de que los momentos más gloriosos de los hombres elegidos por Groussac tuvieron como escenario tierras ajenas a sus patrias de origen, pese a que en ellas encontraron ciertos obstáculos para desenvolver sus anhelos, sus proyectos o sus pretensiones.⁸¹ Por cierto, la mayoría de los protagonistas de sus textos de ficción, como hemos visto en el segundo capítulo, comparten estos rasgos con las personalidades que guiaron sus estudios históricos.

De esta forma, en el momento de elegir individualidades para escribir sus ensayos biográficos, nuestro personaje seleccionó vidas pintorescas, controvertidas y azarosas que le permitieron concretar su intención de hacer confluír en la práctica histórica las facetas científicas y las artísticas. Su galería estaba configurada por actores históricos con características particulares, que quizás puedan vincularse con los prototi-

⁸⁰ Para algunas consideraciones sobre el tópico del exilio desde variadas perspectivas véase AA.VV., *Autodañe, Revista del Parlamento Internacional de los escritores*, Barcelona, Anagrama, núm. 1, otoño de 2000.

⁸¹ Quedan fuera de estas caracterizaciones dos personajes: Mariano Moreno y Diego Alcorta, aunque son presentados en las semblanzas escritas por el intelectual francés como hombres absolutamente incomprensidos por sus contemporáneos, y sus figuras se recortan del contexto en el que estuvieron inmersos y la exaltación de las mismas vuelve prácticamente imposible una reinserción en ellos. Quizás podría aplicárseles la idea del autoexilio.

pos favoritos de algunos relatos románticos, ligados a caracteres que se desempeñan en las periferias de la regularidad. Entre ellos puede mencionarse a los exiliados, los marginados por distintos motivos, los hombres que se sienten asfixiados por la rutina y poseen ideales ligados con la imaginación y quienes asumen que tienen una misión por cumplir más allá de las barreras impuestas por su espacio y su tiempo.⁸²

Así, la selección de determinados actores le permitió a Groussac plenificar sus intenciones románticas, artísticas e imaginativas, tal como afirma refiriéndose a uno de sus textos biográficos:

Sin apartarme un punto de la exactitud documental, cuando de los hechos propiamente históricos se trata, me ha parecido que el ensayo biográfico toleraba por momentos cierto libre desarrollo del tema, allá donde la carencia de datos positivos deja casi vacío el escenario. En suma, la licencia á la que aludo se limita á colorir ó animar algunas veces valiéndome de informes análogos y verosímiles [...] este rápido cruzar de la imaginación por el campo real constituye la parte de *Arte* que se unirá siempre a la *Ciencia* histórica por más que contra ella protesten los simples eruditos.⁸³

Por tanto, en la cosmovisión groussaquiana aunque las cuestiones científicas debían ser concretadas por medio de las reglas metodológicas, con eso no bastaba: era necesario que el historiador construyera un relato sobre el pasado que evocara en forma artística a quienes lo protagonizaran. Su elección de protagonistas para los textos históricos evidencia que logró dinamizar de manera impecable sus normas teóricas. A su vez, el hecho de tener como objetivo compatibilizar los atributos de la ciencia con los del arte puede haber funcionado como un obstáculo que le impidió escribir estudios generales que excedieran vidas concretas e intentaran narrar el pasado en función de grandes trazos.

⁸² Para esta caracterización de los personajes directos de diversos escritores del romanticismo, véase I. Berlín, *Las raíces del romanticismo*, Madrid, Taurus, 2000, p. 177.

⁸³ "Prefacio", en: *AB*, t. III, 1904, p. VI.

6. LA METODOLOGÍA HISTÓRICA

Groussac es generalmente considerado como el introductor de los principios del método histórico, divulgados en Europa a partir de la publicación de manuales metodológicos como el de Ernst Bernheim y el de Charles Victor Langlois y Charles Seignobos.⁸⁴ Además de conocer y utilizar estos principios, estuvo al tanto de los debates mantenidos en los más prestigiosos cenáculos intelectuales internacionales acerca del carácter y el estatuto que se le debía otorgar a la historia como rama del saber.

El manejo de estos conocimientos se convierte, en el marco de algunos análisis de la última década, en tema excluyente cuando se trata de abordar la tarea de nuestro personaje como historiador. En estas contribuciones, el eje está puesto mayoritariamente en las cuestiones relacionadas con la aplicación o el rechazo del método histórico, exclusivamente sobre la base de lo sostenido por el francés en las páginas del prólogo de *Mendoza y Garayy* en los juicios lanzados por sus detractores. La situación predilecta alegada por estos trabajos se remonta al debate con Norberto Piñero, en el que el francés recomendaba seguir las pautas del método histórico prescriptas por Langlois y Seignobos. Posteriormente, esto suele confrontarse con el debate entablado con Rómulo Carbia y Diego Luis Molinari, hacia mediados de la década de 1910, durante el cual Groussac rechazó lo que él mismo había recomendado una veintena de años antes y comenzó a denigrar los principios metodológicos. Esta reconstrucción presenta al intelectual francés como el arbitrario introductor de un método que él mismo abandonaría en años posteriores.⁸⁵

⁸⁴ E. Bernheim, *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichtsphilosophie*, Leipzig, Verlag von Duncker & Humboldt, 1903 (1889); Ch-V. Langlois y Ch. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires, La Pléyade, 1972 (*Introduction aux études historiques*, 1898).

⁸⁵ Compendiamos aquí, en forma sucinta, argumentos rastreados en los textos ya citados que focalizan la atención en los debates de Groussac con Piñero y con los miembros de la Nueva Escuela Histórica.

Un recorrido por su obra nos condujo a reparar en otras cuestiones y a redimensionar el rol de Groussac como historiador. En este sentido, hemos visto que hacia 1898, en el contexto de sus críticas a la obra de Piñero, el francés señalaba, en una nota al pie, la utilidad de un manual metodológico, publicado ese mismo año, en los siguientes términos: “véase el excelente manual técnico de Langlois y Seignobos, *Introduction aux études historiques*”.⁸⁶ Es decir que reivindicaba el método considerándolo como una excelente herramienta para concretar el trabajo relacionado con la compilación de fuentes. Fue a partir de estos principios de carácter técnico que criticó en forma demoledora dos trabajos que se ocupaban de editar documentos, el de Norberto Piñero y el de Ricardo Palma, el último en 1902.

Por otra parte, ya hacia 1900 Groussac señalaba: “todas las cuestiones de metodología histórica –y desde luego las referentes á compilación y publicación de manuscritos. Han sido discutidas en varias obras especializadas y en congresos europeos”.⁸⁷ Entre sus papeles de trabajo se encuentran numerosas fichas eruditas que hacen referencia no sólo al manual de los metodólogos franceses sino también a obras en las cuales se discutía la entidad de la historia como rama del saber. Este temprano conocimiento de las reglas del método y de las polémicas acerca del estatuto de la historia como disciplina se hicieron evidentes en sus trabajos históricos: al menos desde 1898 en adelante, ellos siguen las pautas metodológicas propuestas por la “escuela metódica” en cada una de sus páginas. Aparecían constantemente, además, referencias a las cuestiones metodológicas en los primeros tomos de los *Anales de la Biblioteca* que muestran cómo el francés en realidad intentaba mantenerse dentro de lo que se consideraba el terreno propio de la historia en el contexto caracterizado como el de disolución de la disciplina en el marco de las ciencias sociales. Pese a ello, tardó en hacerse presente en sus escritos una sistematización de sus argumentos acerca de estos temas. Como hemos señalado, en 1898

⁸⁶ “Escritos de Mariano Moreno. Segundo artículo”, art. cit., p. 313, n. 1.

⁸⁷ “Prefacio”, en: *AB*, t. I, 1900, p. IX.

su referencia al método se consignó sólo en una nota al pie con un objetivo preciso: criticar una edición documental.

Posteriormente, en 1907, en *Santiago de Liniers*, el francés no presentó ninguna referencia explícita a las cuestiones metodológicas. Aunque las llevó a la práctica en las páginas del libro, como puede observarse en su aparato erudito, focalizó su atención en el carácter de la historia como rama del conocimiento. Sólo en algunos pasajes del último trabajo mencionado, luego de corregir numerosos errores de sus predecesores, afirma: “pueden tranquilizarse los lectores, poco iniciados en la crítica moderna, que se mostrarán alarmados por estas prácticas algo nuevas aquí, aunque son en Europa tan usuales y admitidas que se tienen allí por una manifestación corriente de la vida intelectual”.⁸⁸

Fue, primero fragmentariamente en los tomos de los *Anales de la Biblioteca*, y después sistemáticamente en el prólogo de *Mendoza y Garay*, donde aparecieron ordenados sus juicios acerca de los principios metodológicos:

Ya que he aludido al método histórico, creo que difícilmente habría lugar más adecuado que este prefacio a un libro de historia para agregar algunas reflexiones a las que sobre el tema tengo ya emitidas. Tal vez no resulten del todo inoportunas, si me atengo a la fraseología pedantesca que veo recrudecer en algunas lucubraciones especiales, recién llegadas a mi noticia: jirones deshilvanados de manuales europeos que, según entiendo, vulgarizaría en cierto medio estudiantil el profesor Altamira, convencido apóstol del evangelio metodológico y, como tal, expresamente traído de Oviedo, para iniciarnos en sus misterios.⁸⁹

Además de criticar al español Rafael Altamira, quizá más por su nacionalidad que por ser metodólogo, Groussac hace referencia a la obra de Langlois y Seignobos, a la que caracteriza como un compendio francés “clarificado y relativamente aligerado del macizo *Lerhbuch* de

⁸⁸ *SL*, p. 109.

⁸⁹ *MyG*, p. x.

Bernheim". Se sumaba a estas críticas, solapadas algunas y explícitas otras, un interesante recorrido de las novedades europeas para desprestigiar el método. Señalaba que uno de sus difusores, Charles Seignobos en 1908, años después de escribir el mencionado manual, en su libro *Histoire de la civilisation moderne*, se arrepintió de lo sostenido en aquél y sostuvo que "la historia no tiene ningún medio de verificación científica". Este hecho, desde la perspectiva de nuestro personaje, "alborotó el cotarro" y comenzaron a surgir los argumentos de Émile Durkheim, quien sostenía que no era necesario enseñar historia, y Paul Lacombe, quien se sintió "herido en su paternidad de la *Historia considerada como ciencia*".⁹⁰

Estas consideraciones, además de colocarnos frente a los conocimientos del personaje acerca de los candentes debates europeos, nos sugieren algunas reflexiones. Al recorrer las páginas del libro antecedido por el prólogo polémico y revisar los papeles de trabajo del francés, es evidente que toda la investigación fue realizada siguiendo las pautas de la "escuela metódica". Acertadamente, un José Ingenieros ya consagrado escribió un comentario bibliográfico acerca de *Mendoza y Garay* en el que resalta esta característica. Allí, traza un perfil del francés como historiador señalando: "ha trabajado con no igualado empeño en reconstruir la primitiva literatura apologética, o la pura crónica narrativa, por ese nuevo género crítico y erudito que ha convertido la historia en una ciencia, por su criterio y por su método".⁹¹ La obra sobre los dos fundadores de Buenos Aires se halla íntegramente construida con los parámetros del método histórico en boga, hecho que basta para, al menos, matizar el supuesto rechazo radical de los principios de la metodología en el contexto del debate con los miembros de la Nueva Escuela Histórica.

Teniendo en cuenta lo analizado en este capítulo, destacamos que Groussac no rechazó, hacia mediados de la década de 1910, los princi-

⁹⁰ *Ibid.*, p. xvii.

⁹¹ J. Ingenieros, "Paul Groussac: Mendoza y Garay", en: *Revista de Filosofía. Cultura. Ciencias. Educación*, Año 3, núm. 1, enero de 1917, p. 142.

pios metodológicos ni olvidó aquello que había recomendado. Sus refutaciones, en cambio, se dirigían a una de las facetas del método. En el polémico prólogo de *Mendoza y Garay*, el autor señaló que la aplicación de las reglas metodológicas en forma estricta conducían a una alarmante deshumanización del trabajo intelectual del historiador y al abandono del estilo artístico, que consideraba una característica fundamental de los relatos acerca del pasado, y, como analizamos en el capítulo anterior, de todos los escritos; sobre este requisito aseveró alarmado:

la llamada “metodología histórica” se propone formular principios y reglas aplicables a estas dos operaciones correlativas: 1º la recolección, ordenamiento y análisis de los *documentos*, considerados como material de la *historia*; 2º el empleo racional de los mismos en la construcción histórica, realizada con prescindencia más o menos completa de toda preocupación literaria.⁹²

De este modo, nuestro personaje no criticó los pasos del método relacionados con el tratamiento de los documentos. Sólo consideró que no eran tan innovadores como se creía dado que habían sido practicados con anterioridad. Refiriéndose a este tema observa:

Clasificación, análisis externo de las fuentes, crítica de procedencia, de erudición, de interpretación, de veracidad –y mucha hermenéutica después de tanta heurística–: son otros tantos rótulos nuevos de cosas viejas, que practicaban, mucho antes de su empleo sistemático en la historia, los médicos en sus tanteos etiológicos; los sabios en sus experimentos y observaciones; los jueces en sus procesos: en suma todos los investigadores o profesionales empeñados en descubrir la verdad oculta, por inferencia o deducción de ciertos antecedentes conocidos.⁹³

⁹² *MyG*, p. xi.

⁹³ *Ibid.*, p. xiv. No podemos dejar de señalar la similitud de estos argumentos del intelectual que nos ocupa y los expuestos por Carlo Ginzburg, aunque somos conscientes de las diferencias de los contextos en los que fueron enunciados. Véase C. Ginzburg, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en: C. Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios*, Barcelona, Gedisa, 1989.

Debe señalarse, entonces, que Groussac no se opuso a la utilización del método histórico como uno de los pilares para concretar las prácticas históricas. Sin embargo, lo consideró como un medio y no como un fin. Su más virulenta oposición tomaba como blanco la concepción del papel del historiador en términos de un mero sintetizador, dado que impedía, desde su perspectiva, la concreción de una labor interesante y artística, despojándolo de su potencia creadora y extirpando a los relatos de esa riqueza emotiva que los asimilaba a una obra de arte.

A la hora de enfrentar el avance aplanador de las reglas del método como estructuradoras de la tarea de los historiadores, hacia mediados de la década de 1910, Groussac acentuó su actitud de esteta y condenó duramente a quienes pretendían aplicar recetas para hacer historia o reducían la tarea del historiador a la de un archivista de material documental. Así, su argumentación apuntaba a ridiculizar el “culto del fetiche documental” y el esfuerzo vano de los “doctores en fichas”, que con reglas uniformes y despersonalizadas daban instrucciones para acopiar, inventariar y seleccionar documentos, y escribir posteriormente las síntesis.⁹⁴ El remate de estas apreciaciones fue sintetizado en una especie de fórmula escrita en los papeles de trabajo del francés: “no hay método que logre hacer espíritus agudos con espíritus obtusos”.⁹⁵

El análisis de la labor y la obra histórica de Groussac nos condujo por diversos caminos. En lo que concierne a su inserción en los marcos generales propuestos por los análisis provenientes de la historiografía, consideramos que sus producciones no pueden insertarse unívocamente dentro de las interpretaciones revisadas: no encajan en las característi-

⁹⁴ *SL*, p. 70. La expresión “doctores en fichas”, que bien podría pertenecerle a Groussac, es de J. Monner Sans, véase “Dos lecciones de Groussac”, en: *Nosotros*, núm. 242, p. 77

⁹⁵ AGN, FPG, Leg. núm. 4: Fichas de resumen sobre historia, geografía, viajes y literatura, s/f, ficha núm. 14.

cas generales propuestas para las obras producidas dentro del amplio rótulo de las ciencias sociales ni pueden ser consideradas como expresiones del positivismo argentino, como sí lo serían, por ejemplo, los textos de José María Ramos Mejía.⁹⁶ Nuestro personaje, consciente del avance de las tendencias que apuntaban a diluir la práctica histórica combinando sus principios con los provenientes de otras disciplinas, se opuso radicalmente a este tipo de aproximación, asegurando que respondía a modas vacías y fugaces. A su vez, basta un recorrido por su obra para mostrar que ella no puede ser encorsetada en el rótulo de cientificismo o positivismo, marco de referencia que también fue criticado en forma sistemática por el francés.

Además, aunque el *corpus* groussaquiano presente puntos de contacto con la historiografía liberal, ostenta también diferencias considerables, en cuanto a la elección de protagonistas históricos y al abandono de la intención de escribir una historia de carácter identitario. Estos rasgos diferencian a Groussac de su antecesor más ilustre, Bartolomé Mitre y, simultáneamente, no permiten establecer una continuidad lineal entre la obra de éste, la propia y la de los miembros de la Nueva Escuela Histórica: las versiones históricas de estos últimos asumen nuevamente como eje rector los hechos protagonizados por los hombres políticos descollantes, volviendo a ligar la historia con los fines patrióticos.

Estas consideraciones nos condujeron a analizar la obra histórica groussaquiana desde otras perspectivas. En lo que respecta a la concepción de la historia como rama del saber, señalamos que pretendía que en los relatos históricos convergieran los conocimientos provenientes de ciertas operaciones científicas, sobre todo la aplicación del método histórico, con los componentes estéticos y estilísticos provenientes del arte, propugnación de una confluencia que lo distanciaba de la aceptación de interpretaciones científicas de los fenómenos humanos sostenidas por algunos de sus contemporáneos, entre los

⁹⁶ Véase T. Halperin Donghi, "Positivismo historiográfico de José Ramos Mejía", en: T. Halperin Donghi, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

que se destaca Ernesto Quesada.⁹⁷ La fórmula que el francés intentó practicar y difundir combinaba la investigación crítica con la concepción artística, y quien la realizara debía amalgamar las virtudes del erudito con las dotes del narrador, síntesis verificada en las producciones de los historiadores románticos franceses.

Complementariamente, intentamos captar las especificidades de la obra histórica groussaquiana en consonancia con sus propias concepciones acerca de la historia y de las formas de practicarla. A diferencia de otras perspectivas, asumir el examen de esta concepción nos permitió priorizar el análisis de las relaciones existentes entre el objeto de estudio a historiar y el uso de los principios del método para concretar tal fin, así como la concepción historiográfica general mantenida por el francés. En este sentido, hemos visto que hacia fines del siglo XIX Groussac destacó la utilidad de la obra de Langlois y Seignobos como un “excelente manual técnico”. Esta operación tuvo lugar en un contexto en el que las pautas de cómo debían llevarse adelante las operaciones históricas (y el resto de las tareas intelectuales) no eran constantes en la Argentina, hecho que le permitió al personaje bajo análisis censurar ciertas tareas concretas de sus contemporáneos presentándose como portador de un saber distintivo proveniente de Europa, desconocido en estas tierras.

Años después, hacia la década de 1910, Groussac lanzó críticas severas a los principios del método en un escenario en el que coexistían en tensión dos concepciones absolutamente diferentes acerca de las formas correctas de concretar las prácticas históricas, como en el virtual diálogo entre los dos historiadores romanos que abre estas páginas.

Los historiadores de la Nueva Escuela Histórica asumían que la única fórmula para la realización de los estudios históricos estaba con-

⁹⁷ Oscar Terán ha interpretado las diversas argumentaciones sobre las posibilidades de entender como ciencias los conocimientos vinculados con lo humano como parte de una querrela entre la *cultura estético-literaria* y la *científica*. En la primera se inscribiría la postura de nuestro personaje y en la segunda Quesada. Véase O. Terán, “Ernesto Quesada: sociología y modernidad”, en: O. Terán, *Vida intelectual...*, *op. cit.*, especialmente, pp. 274-278.

tenida en las obras de Ernst Bernheim y de Langlois y Seignobos. En este marco, el francés ya no podía poner en práctica los mecanismos de autolegitimación y destrucción del adversario que describimos en los capítulos anteriores: hacia mediados de 1910, las prácticas historiográficas se desarrollaban en terrenos delineados en forma precisa en el marco de determinados moldes disciplinares, y el manejo de ciertos saberes autoadjudicados ya no era suficiente para censurar a los demás.

Los argumentos presentados por los historiadores de la Nueva Escuela Histórica estaban cimentados sobre la legitimidad colectiva de historiadores profesionales, que se oponían a un *amateur* que enarbolaba valores considerados caducos, como el carácter artístico de la historia. Los nuevos historiadores profesionales bregaban por la difusión de los principios de un modelo permanente y válido de hacer la historia, mientras que el francés seguía reivindicando la fuerza creadora del historiador y considerando que las recetas y las fórmulas para escribir historia que ellos utilizaban y promovían no eran suficientes. La afirmación de esta exigencia, juzgada duramente por Rómulo Carbia y Diego L. Molinari, colocaba al francés en el lugar de una tradición que debía ser superada.

En lo que respecta a las concepciones históricas de nuestro personaje, sostenemos que los principios por él sustentados se materializaron en sus relatos acerca del pasado mediante la elección de protagonistas que hemos tipificado como aventureros y letrados. Además, puede sugerirse que los personajes que eligió como objeto de estudio le sirvieron para pensar su propio itinerario vital. En más de un sentido, en su biografía convergen de forma pintoresca los avatares de un aventurero y un letrado. Más allá de los motivos últimos, la proliferación de relatos biográficos no es casual en el contexto de la obra groussaquiana: la preferencia por determinados personajes le permite concretar sus principios basados en la convergencia de los rasgos estéticos con los científicos.

Esta predilección por protagonistas caracterizados como románticos es también un elemento para considerar el obstáculo de empen-

der la escritura de relatos de carácter general. Sin embargo, no debemos idealizar al francés suponiendo que fue una “cuestión de principios” la que le impidió concretar la tarea. Es posible sostener que la no realización de los pretenciosos proyectos generales quizá se relacione con imposibilidades de otro tipo. Por su parte, hemos argumentado que las obras generales bocetadas por Groussac pueden interpretarse como operaciones constitutivas de sus estrategias más generales de posicionamiento ante el mundo cultural. Sus experiencias vitales le habían permitido percatarse de la relevancia que tenían los eventos internacionales de gran convocatoria, como las exposiciones continentales y universales: en esta línea, el diseño de planes de obras históricas para ser difundidas en el marco de ceremonias como la Exposición de París y el Centenario de la Revolución de Mayo muestra la intención sostenida de convertirse en un hombre público reconocido tanto en la Argentina como en Europa.

CONSIDERACIONES FINALES

Quedar, en el sentido humano, que no es el bibliográfico, significa vivir: continuar sirviendo de alimento y deleite á las nuevas generaciones.

PAUL GROUSSAC, *Sarmiento*

PAUL GROUSSAC FUE ARTÍFICE DE SU PROPIO MITO e inventor de su propia leyenda. Este hecho se evidencia claramente cuando se evalúan sus primeras décadas en la Argentina: pasó de aventurero a letrado destacado en el lapso de pocos años. Ciertamente, en relación con sus contemporáneos, no contaba con un perfil absolutamente excepcional que le permitiera presentarse como un elegido. Sin embargo, supo capitalizar y convertir en elementos distintivos la carga simbólica de su origen francés y un ejercicio distinguido de la pluma.

Además, durante los primeros años de estadía en el país, Groussac entabló relaciones con destacados personajes del ámbito político e intelectual. Desfilaron por su galería de amigos José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Nicolás Avellaneda, Delfín Gallo y Manuel Láinez, entre otros. Su primera publicación en castellano apareció en la *Revista Argentina* de Estrada, y ejerció sus primeros cargos importantes ligados con la educación en la provincia de su protector, Avellaneda. Conspicuos actores de la cultura y de la política argentina llegaron a ser sus patrocinadores durante la década de 1870.

Su intempestiva carrera en el ámbito provincial tucumano lo convirtió en una figura llamativa. En pocos años se convirtió en director de periódicos, criticó el funcionamiento de instituciones educativas comandadas por notables del lugar, escribió sus primeros textos históricos y sus novelas breves. Ya en la década de 1880 contaba con una consagración literaria y era portador de una voz y una prosa autorizadas para estudiar, diagnosticar y opinar acerca de cuestiones históricas y coyunturales vin-

culadas con la Argentina. Así lo demuestran su participación en el Congreso Pedagógico y la publicación de sus primeros y polémicos escritos.

El viaje a Europa de 1883 jugó un doble papel en el itinerario groussaquiano, como hemos argumentado en el capítulo I. Por un lado, el personaje renunció al anhelo de ser un escritor en París. Por otra parte, sus cartas publicadas en *El Diario* se convirtieron en una atracción para los lectores del periódico, y eran anunciadas de una forma grandilocuente que lo colocaban en el centro de la atención. Ese año la imagen de Groussac cristalizó en una elocuente caricatura de Enrique Stein para *El Mosquito*, en la que se lo ve con soltura y con una expresión serena manejando dos plumas a la vez. Su fama comenzaba a delinearse con contornos precisos.



Paul Groussac por Enrique Stern, *El Mosquito*, 1883

Entre el anonimato en Francia y el reconocimiento en Buenos Aires, Groussac parecía sentirse más cómodo en el segundo escenario. A comienzos de la década de 1880, el francés supo granjearse un lugar en la constelación letrada, para lo cual diseñó y puso en práctica estrategias que le otorgaron amplia visibilidad. Puede reconocérsele una marcada facilidad para situarse ante los otros. Esta condición, sin embargo, no sólo habla de sus habilidades personales sino también de la dinámica de la cultura del período, un terreno sin límites claros. La inexistencia de sólidos linajes intelectuales, la carencia de tradiciones consolidadas y los desempeños múltiples de los letrados del período en ámbitos que trascendían ampliamente la cultura se aliaron en favor de la construcción del “literato francés” como foco gravitacional.

Ocupar este papel le sobrevino como efecto de algunas peculiaridades que él conocía y fomentaba. La construcción de su sitio de autoridad se acompañó de diversos recursos de legitimación de sus prácticas intelectuales, como la ponderación exacerbada de su origen francés, el dominio de saberes novedosos, el manejo de publicaciones culturales destacadas, la participación en numerosos debates y polémicas, y sucesivas maniobras que resultaban autoconsagratorias a la vez que pretendían impulsar o anular otras trayectorias intelectuales. En este sentido, el personaje puede ser considerado como un estratega intelectual que pretendía cumplir una misión y que se creía autorizado a actuar desde un plano moralizante y ejemplificador frente a la intelectualidad argentina de todos los tiempos.

Groussac juzgó como operación necesaria el hecho de elegir antecesores y demostrar que venía a relevarlos. En un plano institucional, años después de asumir la dirección de la Biblioteca Nacional escribió una historia del recinto en que mostraba que los directores anteriores habían cumplido sus funciones a medias y criticaba solapadamente a conspicuos hombres de cultura que habían ocupado dicha función pública, como Vicente Quesada y Manuel Trelles. Una vez en sus manos, la institución debía modernizarse y el cargo que él detentaba debía ser reconocido y valorado como lo era en Europa, para que le otorgara el prestigio que le estaba destinado.

En lo concerniente al mundo de las letras, como se analizó en el capítulo III, el francés armó una grilla basada en las críticas estilísticas para acusar a destacados publicistas de cometer grandes desarmonías entre la forma y el fondo de sus escritos. Así, por ejemplo, Domingo F. Sarmiento era rotulado como el antimodelo de escritor argentino y, nuevamente, el relevo natural no podía ser otro que un francés que conocía el arte de escribir, dado que los argentinos de su generación mostraban falencias insuperables.

En un registro similar, en el plano más específico de las prácticas históricas, Groussac se propuso como sustituto de Bartolomé Mitre. En el debate entablado entre ambos, no sólo definió tácticas para alabar y refutar en forma simultánea a quien era considerado el historiador argentino por excelencia, sino que hizo gala de una retórica de la caducidad al referirse al papel que cumplía el ex presidente en el terreno de la cultura, desestimando una legitimidad proveniente de campos ajenos al estrictamente intelectual.

Mientras Groussac consolidaba estas rupturas en distintos terrenos y se autoproclamaba como el epicentro de la cultura argentina, lo encontramos asociado con hombres relevantes de la política: Eduardo Wilde, Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña. No obstante, hemos visto que mantuvo una actitud distante ante los ritmos impuestos por los episodios políticos de carácter coyuntural y que fue absolutamente reticente a la hora de opinar acerca de temas candentes. Estos últimos hechos transmiten cierto pragmatismo del personaje, abocado a proyectar un espacio intelectual desligado de un mundo político contaminado y fugaz, pero, a la vez, relacionado con personalidades destacadas de ese ámbito que le otorgaron un encuadre de referencia a partir del cual logró convertir en empresas personales espacios provistos y subvencionados por el Estado.

Frente a la inserción institucional de Groussac (recibió durante 44 años un estipendio estatal, en tanto director de la Biblioteca Nacional) y sus vínculos personales, sería posible interpretar su accionar como el de un intelectual del Estado que cumplió su función como engranaje de una aceitada maquinaria montada por el elenco político

dirigente de 1880. Sin embargo, nos hemos distanciado de esta explicación pues consideramos que se basa en un prejuicio que coloca en un mismo plano la actuación política y la intervención pública de determinados personajes, y según el cual ocupar un cargo público sería sinónimo de formar parte activa de un régimen político. Además de chocar fuertemente con la evidencia documental, esta interpretación simplifica notablemente una gama de matices, en absoluto menores, que permiten seguir en forma menos predeterminada el itinerario groussaquiano, tanto como el de otros intelectuales. Con el afán de abordar estos matices, nuestro trabajo intentó visualizar los espacios superpuestos, confundidos y complejos dentro de los cuales operó nuestro personaje. En este sentido, optamos por un enfoque que nos permitiera aproximarnos a un contexto concreto desde la perspectiva de su trayectoria.

Hemos visto cómo el intelectual de origen francés creó un escenario en el que se otorgó una función protagónica. Su afianzada fama de polemista y crítico implacable, consolidada durante el cambio de siglo, colaboró en la formación de esta imagen, que lo posicionó como un pionero que actuaba dentro de un espacio cultural en gestación. Como hemos analizado en el capítulo II, su trayectoria estuvo signada por intervenciones públicas en las que se enfrentó con destacados hombres de cultura de la época. Las impresiones de sus contemporáneos acerca de su lugar fueron diversas. Durante las dos últimas décadas de 1800 y principios del siglo xx, algunos lo percibieron como un advenedizo que por su extranjería no estaba en condiciones de asumir ciertas tareas o de juzgar ciertas cuestiones vinculadas con la realidad y con el pasado nacional (Sarmiento, Mitre, Carranza, Cané y Láinez). Otros personajes lo vieron como un competidor y se encargaron de tratar de detener el peso de su injerencia en el ámbito de la cultura (Oyuela, Goyena, J. M. Estrada). Seguramente, otros (Schiaffino, y, sobre todo, Menéndez y Pelayo) quedaron pasmados ante sus reacciones, su irreverencia y su soberbia desmedida, que le permitían transitar con impunidad terrenos disímiles. Por último, es posible pensar que sus crueldades y sus censuras dejaron a algunos

letrados en el rol arbitrario de víctimas indefensas (Piñero y Palma). Sin embargo, todos ellos aceptaron entablar debates o intercambios con él o se tomaron el trabajo de escribir sobre sus obras, atribuyendo así cierta legitimidad a sus juicios y al espacio que ocupaba. Así, cada una de sus movidas tendientes a consolidar su lugar estuvo apuntalada por la aprobación (o, por lo menos, la pasividad) de otros hombres de cultura que lo reconocieron como un notable adversario, un interlocutor válido o un referente.

Nos preguntamos qué motivos condujeron a Groussac a debatir incansablemente, como se comprueba en el capítulo II, y abandonamos la atractiva conjetura borgiana del placer desinteresado en el desdén. El recorrido por el ciclo de sus polémicas nos colocó frente a la funcionalidad de estos intercambios respecto del posicionamiento del personaje ante el mundo cultural que lo rodeaba. Su comportamiento intelectual combinaba varios elementos: el énfasis en concretar una fuerte ruptura con los antecesores (basado en una difamación de sus acciones y en el descrédito de su legado), una displicencia constante ante todos aquellos que se perfilaban como rivales potenciales, un desdén excesivo frente a quienes podían ser interlocutores, un perfil exageradamente crítico y una forma belicosa y disruptiva de irrumpir en el escenario público. En cada uno de los intercambios polémicos que protagonizó se convirtió en voz autorizada ante la intelectualidad argentina y cimentó cuidadosamente la validez de su papel de juez. En más de una ocasión, este “condestable de la crueldad”, como lo calificó Rubén Darío, utilizó los debates no sólo como una estrategia de visibilidad sino también como una instancia para propulsar reprensiones que condujeran a la anulación de alguna trayectoria o determinada producción escrita. De este modo, el francés asumió las instancias polémicas como la puesta en escena óptima para dotar de visibilidad y ejemplaridad a sus actitudes y posicionamientos. Interpretando lúcidamente las estrategias groussaquianas, José M. Cao caricaturizaba en 1900 al francés como un desafiante gallo de riña dispuesto a herir de muerte a quien se le acercara.

Las revistas que Groussac dirigió desde la Biblioteca Nacional –*La Biblioteca* y los *Anales de la Biblioteca*– constituyen pilares indiscutidos para montar su púlpito y su propio tribunal. Como se argumentó en el capítulo II, el manejo de *La Biblioteca* le permitía decidir a quién abrirle las puertas de una prestigiosa publicación cultural y a quién cerrárselas. A su vez, los *Anales de la Biblioteca* le sirvieron para difundir sus trabajos de investigación histórica y filológica, para intervenir en el debate sobre el idioma de los argentinos y para manifestar su actitud crítica frente al avance de los principios de la metodología histórica. Ambas empresas editoriales fueron bastiones desde los que nuestro personaje articuló su belicismo.

Si hubo mucho de petulancia y de sobreestimación en las acciones emprendidas por Groussac, debe reconocérsele, sin embargo, una gran sagacidad para validar intersubjetivamente sus atributos. En el transcurso del cambio de siglo, las puertas de las redacciones de los más destacados periódicos estuvieron siempre abiertas a los aportes provenientes de su pluma y descollantes hombres políticos solicitaron sus servicios como panegirista. Simultáneamente, logró un reconocimiento como embajador cultural que le permitió proyectar una imagen bifronte de sí mismo: el representante de la cultura francesa en la Argentina y, a la vez, un excelente delegado en el marco de determinados eventos internacionales (exposiciones universales y congresos internacionales), dado que era un prestigioso europeo que dirigía una institución nacional. En el mismo sentido, pese a su extranjería participó en destacados asuntos de corte netamente nacional, como la reestructuración de planes de estudio para los distintos niveles de la flamante educación laica y la controversia acerca del idioma.



Paul Groussac
por José María Cao,
Caras y Caretas, 1900

Sin embargo, el prestigio concedido por la etiqueta de “literato europeo” puertas adentro del país chocaba fuertemente con los anhelos de obtener reconocimientos en Europa o entre los letrados europeos. Las visitas a escritores franceses durante 1883 desembocaron en un absoluto fracaso, y la publicación de *Une énigme littéraire* en 1903 y las posteriores críticas de Marcelino Menéndez y Pelayo lo dejaron sumido en un profundo mutismo. Además, su intención de escribir obras monumentales sobre la Argentina para figurar en eventos como la Exposición de París y el Centenario de la Revolución de Mayo no fue concretada. Pese a estos embates, la presencia de su pluma en revistas y periódicos franceses no fue despreciable; escritos suyos se publicaron, por ejemplo, en *Figaro* en 1883, *La Revue* (*Ancienne Revue des Revues*) en 1909, *Revue politique et littéraire*, *Revue Bleu* en 1911, *Revue des Deux Mondes* en 1912. Por otra parte, tuvo cierta actuación pública en Europa: en 1911 dictó una conferencia en la Sorbona sobre Santiago de Liniers y hacia 1925 se realizó en el mismo lugar un homenaje a su trayectoria. Sin embargo, estos reconocimientos no estuvieron a la altura de sus siempre encumbrados afanes.

Groussac se asumía como el articulador necesario de la gran aldea intelectual. El hecho de que los intelectuales se perciban como organizadores de la sociedad no es un rasgo novedoso, sino más bien un tópico que se repite en una gran diversidad de casos nacionales y en espacios temporales profundamente disímiles. Cuando analiza las percepciones de diversos intelectuales decimonónicos latinoamericanos, Ángel Rama señala que existió una suerte de ideal utópico compartido en el que los hombres públicos se autopercebían como una elite de organizadores de una *ciudad letrada* que debía moldear a la *ciudad real*.¹ Por su parte, Pierre Bourdieu ha postulado como constante, más allá de los contextos espaciotemporales, un esfuerzo de los intelectuales por configurar “la República de las Letras, que, como toda república, tiene su gobierno, sus dominadores, sus dominados, sus

¹ Véase Á. Rama, *La ciudad letrada*, *op. cit.*; especialmente, caps. 2 y 3.

jueces y sus tribunales".² De este modo, el perfil de nuestro personaje no es único ni excepcional si se lo coloca en un registro interpretativo general que, sin duda, lo trasciende. También en un plano de tópicos generales, en las acciones de Groussac pueden verificarse rasgos que delinean un arquetipo de intelectual que desborda ampliamente su accionar. Sus prédicas y sus acciones rupturistas, por ejemplo, pueden reencontrarse en todas las vanguardias artísticas y literarias que han construido cuidadosamente sus perfiles de relevo.

Pese a estas consideraciones, devolviendo al plano de sus especificidades la trayectoria estudiada, en sus avatares pueden verse algunos rasgos excepcionales. El más llamativo es, desde nuestra perspectiva, el hecho de que Groussac no haya sido parte de un grupo de ejecutores de un proyecto cultural, principalmente porque en ningún momento reconoció a sus interlocutores como pares. El hecho de haberse percibido como el único artífice de un programa destinado a moldear profundamente el mundo de la cultura evidencia que sus estrategias de autolegitimación dependían fuertemente de la acatación de las mismas en un contexto determinado. Además, sus prédicas apuntaban a transformar la cultura argentina asumiendo como único modelo la cultura francesa, y a algunos de sus destacados personajes de todas las épocas como parámetros. La vaguedad de las propuestas groussaquianas puede resumirse en la convicción de la existencia de una "esencia francesa" superior a la que era portador. Allí comenzaba y terminaba todo lo que tenía para ofrecer como conductor único de la modernización cultural. Quizás este hecho muestra la imposibilidad de pensar los límites objetivos de su arrogancia, pero también la fragilidad de las condiciones del contexto cultural en el que actuó, que no sólo le permitió escribir su mito de origen, sino que, además, le facilitó el trabajo en el momento de inventar su propia leyenda.

Paul Groussac fue redactor de su propio epitafio y organizador de sus homenajes póstumos. En el escenario finisecular el francés resultó un referente indiscutido de la cultura argentina. Contaba con atribu-

² P. Bourdieu, *La responsabilità degli intellettuali*, Roma, Laterza, 1991, p. 13. La traducción nos pertenece.

ciones que le permitían accionar como un arquitecto del espacio intelectual argentino, como un docente cuyas lecciones debían ser asimiladas sumisamente y cuyas bendiciones eran esperadas. A juzgar por el intercambio mantenido con José Ingenieros durante 1903, la imagen proyectada coincidía con la del “sacerdote” encargado de realizar “bautismos científicos”. A mediados de la década de 1910, sin embargo, su lugar era otro. Ya no se encontraba en el centro de un espacio intelectual, que difícilmente reconocía un eje vertebrador, sino más bien en los márgenes de una cultura que comenzaba a evidenciar límites demarcados. Groussac, personaje de reconocido prestigio público y activa trayectoria, se recortó como una personalidad aislada, lista para ser evaluada por la posteridad. Estos rasgos fueron captados en una caricatura publicada en *Fray Mocho* en 1913 y firmada nuevamente por José M. Cao. Aparece sentado con actitud ensimismada, rodeado de rollos de papeles y torres de libros. La imagen sugiere la marginalidad de una figura cuyos contornos troquelados difícilmente encastraban en el rompecabezas al que había pertenecido, ya profundamente modificado.



Paul Groussac por José María Cao, *Fray Mocho*, 1913

Efectivamente, hacia el cambio de siglo Groussac ocupaba un espacio afortunado: era quien estipulaba determinadas condiciones para ejercer especialidades intelectuales que aún no estaban pautadas ni normativizadas. Sin embargo, la cultura argentina fue mutando a lo largo de su vida y aunque su actitud de fondo persistía no le permitió mantener un lugar estable. Su tarea ejemplificadora y adoctrinante estuvo fuertemente ligada a crueldades, censuras y reprimendas, formas de posicionarse que lo enemistaron con distintas personalidades de la constelación letrada del período y lo convirtieron en un referente demasiado lejano para las generaciones de intelectuales que lo sucedieron. Su sistemático aislamiento, su reticencia a formar discípulos y su cáustica pluma dificultaron el establecimiento de vínculos y solidaridades que le hubiesen permitido contar con una red de contención más allá de sí mismo a la hora de ejercer sus acciones y de validar sus opiniones. Y quizás le hubiesen permitido *quedar* en el sentido que él mismo le otorga a ese verbo en la frase que abre estas consideraciones.

Los argumentos que se presentan en los capítulos III y IV muestran cómo Groussac iba tendencialmente recluyéndose en el interior de la misma coraza que apuntaba a configurar. Los mismos elementos que le habían servido para construir su personaje le vetaron la posibilidad de pertenecer a un grupo afín que confiriera a sus prédicas un mayor dinamismo y las enriqueciera en el proceso de intercambio con otras opiniones. Centralizó varias directrices en su figura, y merced a virulentas intervenciones se cubrió de una aureola de autoridad excepcional que lo sostuvo y lo encuadró, pero que en definitiva también terminó por condenarlo. Hemos visto, sobre todo en el capítulo III, cómo sus intenciones ejemplificadoras quedaban obstaculizadas por su propio rechazo y su fastidio antes las demandas de algunos personajes de las nuevas generaciones de escritores que buscaban su bautismo. Las relaciones personales no parecían ser la forma preferida por el francés para este tipo de acción, pero tampoco las interpelaciones epistolares. En 1924, su actitud vapuleadora y reacia a formar discípulos ya estaba claramente estereotipada y aparecía

caricaturizada: se lo mostraba como un maestro con levita que, en una situación aulística, castigaba con una vara a un estudiante (Leopoldo Lugones) que había cometido un error.



Paul Groussac y Leopoldo Lugones, *Martin Fierro*, 1924

Como argumentamos en el capítulo IV, el hecho mismo de ocupar el lugar de una tradición a ser superada por los nuevos historiadores profesionales, por ejemplo, muestra que sus acciones hallaron un anclaje efectivo más allá de sus meras pretensiones. Es decir que supo construirse como tradición, lo cual en cierto sentido evidencia que su trayectoria presentaba una doble posibilidad: mientras que, por un lado, podía reconocérsele la concreción de un aporte a determinada rama del quehacer intelectual, por otro, su actitud permitía juzgarlo

más allá de ella. Su propia leyenda brindó numerosos elementos que lo convertían en un blanco fácil a ser atacado. Su itinerario había demostrado que no existía mejor fórmula para inventar un espacio y lanzar una trayectoria que elegir a los antagonistas indicados y auto-proclamarse como relevo de los mismos. Los miembros de la Nueva Escuela Histórica, en última instancia, no desatendieron esta lección del “maestro”.

Las actitudes desplegadas por el francés pueden ser evaluadas de varias maneras. Quizás respondieron a una meditada operación en un contexto con características particulares. También es posible que hayan sido las únicas estrategias de acción en un espacio cultural en el cual diversos protagonistas ponían en marcha múltiples operaciones para dar crédito a sus opiniones y difundir sus ideas. En tercer lugar, su accionar puede ser comprendido como un equilibrio entre ambas posibilidades: en un momento de atómica e inorgánica dinámica cultural instauró eficazmente un plano de verticalidad que lo ponía por encima de una colección horizontal de intelectuales y de prácticas a ser evaluadas.

De todas formas, cualquiera sea la explicación última, debemos reconocer que en un ambiente que estaba atravesando una configuración progresiva era suficiente contar con determinados atributos para ocupar un lugar privilegiado. Sin duda, una de sus estrategias de supervivencia consistió en construirse como un personaje misterioso y temido. Nuevamente, en este punto su cargo colaboró a construir dicha ocultación: circulaban rumores acerca de la imposibilidad de ver personalmente a Groussac y de lo extraño que resultaba que otorgara una entrevista. Para complementar el cuadro, se señalaba que si se lograba que el francés leyera algún manuscrito, sin duda lanzaría juicios demoleedores y maliciosos que aniquilarían a quien los recibiera.

Mientras que sus prédicas apuntaban siempre hacia las mismas metas, el ámbito cultural delineado hacia la década de 1910 mostraba claros signos de transformación: la profesionalización de las diversas disciplinas y la especialización de los escritores, los historiadores y

los críticos literarios de corte moderno se tradujo en la consolidación de instituciones y en la normativización de las formas de conocimiento y del acceso a los saberes.

Pese a la cuidadosa trama tejida en torno de su imagen, Groussac quedó oprimido por una realidad que, en cierto sentido, había añorado y que había intentado moldear y normativizar. Había bregado por el mismo especialismo intelectual que terminó por asfixiar a personajes que respondían a sus mismas características. Como él, otros actores que podían rotularse como “hombres de cultura” perdían preeminencia en la nueva realidad: no eran especialistas en ninguno de los terrenos por los que deambulaban.

En el marco de esta nueva situación, los pilares en los que el intelectual de origen francés había basado su trayectoria fueron viéndose corroídos uno por uno. Claro que él era ya anciano mientras estas mutaciones advenían, pero lo que nos interesa aquí es resaltar que sus modos de concebir los ritmos y las formas de la cultura quedaron absolutamente desactualizados. Los proyectos editoriales personalistas montados por Groussac, como *La Biblioteca* y los *Anales de la Biblioteca*, fueron superados por emprendimientos renovadores que giraron en torno de revistas culturales surgidas en las tres primeras décadas del siglo xx —como *Nosotros*, *Revista de Filosofía*, *Martín Fierro*, *Inicial*, *Proa*, *Prisma*, entre otras—, publicaciones que ya no eran bastiones de un solo hombre y su séquito. Sus manifiestos inaugurales evidenciaban muchas de las actitudes sostenidas por el francés años antes, sólo que en el nuevo contexto las estrategias de posicionamiento respondían a otros principios. Entre ellos, se destaca uno de carácter fundamental: estas nuevas empresas se constituían en tanto ámbitos de articulación de nuevas constelaciones intelectuales signadas fuertemente por la pertenencia a determinados moldes disciplinares o por la filiación con grupos, vínculos y solidaridades que excedían ampliamente el espacio brindado por las páginas de sus órganos de difusión.

Así, desde 1910, las acciones de los intelectuales parecían responder a empresas conjuntas, que asumieron especial visibilidad en el ámbito de las profesionalizaciones. En el marco de la disciplina histórica, como

argumentamos en el capítulo IV, Groussac perdió el lugar de privilegio y de autoridad que había ocupado en el pasaje del siglo XIX al XX. Los nuevos historiadores profesionales, que contaban con una legitimidad colectiva, se dispusieron a desplazar a quien encarnaba una tradición personalista, más ligada a concepciones románticas que a las nuevas metodologías. Él mismo era percibido ahora como un gaucho de la inteligencia, sólo que había perdido ya su temerosa vitalidad.

En un par de imágenes legadas por literatos argentinos se sintetizan dos posibles recuperaciones del francés. Jorge Luis Borges ha visto en Groussac a un “misionero de Voltaire entre el mulataje”, no menos que a un “Renan quejoso de su gloria a trasmano”.³ Menos benevolente, uno de los personajes de Ricardo Piglia pregunta, y responde: “¿Qué hubiera sido de Groussac de haberse quedado en París? Un periodista de quinta categoría; aquí, en cambio, era el árbitro de la vida cultural. Este personaje, no sólo antipático, sino paradójico, era en realidad un síntoma: en él se expresaban los valores de toda una cultura dominada por la superstición europeísta”.⁴ Uno y otro expresan respectivamente el éxito y el fracaso del perfil de sí mismo que Groussac cuidadosamente pretendió proyectar.

Un rastreo acabado de la recepción de la obra y de la figura del personaje se convierte en una atractiva empresa que, por varias razones, decidimos no emprender. Podemos, sin embargo, sugerir ciertos indicios. Antes de la muerte de Groussac, Ricardo Rojas apuntaba a excluirlo del panteón de la cultura nacional: en la extensa obra que se perfilaba como la síntesis de la “evolución de la literatura argentina” su labor no aparece resaltada en ninguno de sus aspectos. Sólo hay referencias menores o indirectas, por ejemplo como director de *La Biblioteca*. En la cuarta parte de esta obra dedicada a “Los Modernos”, el francés no tiene ningún lugar destinado ni entre los historiadores ni entre los escritores.⁵ Si bien este hecho puede atribuirse al

³ J. L. Borges, “Paul Groussac”, en: J. L. Borges, *Discusión, op. cit.*, pp. 233-234.

⁴ R. Piglia, *Respiración artificial, op. cit.*, p. 114.

⁵ Véase R. Rojas, *Historia de la literatura argentina...*, *op. cit.*, t. VII y t. VIII.

resentimiento de Rojas debido a las críticas de Groussac al primer tomo de su obra, la operación no deja de ser elocuente.

En contraposición, en los homenajes montados luego de su defunción es definido innumerables veces como un “maestro”. En igual tono celebratorio distintos personajes de la cultura esbozaron una especie de programa prescriptivo de los aspectos que deberían ser retomados de la obra groussaquiana, enfatizando el valor de su herencia y de su lección. Además, en esta línea, Groussac es evocado en los anecdotarios de Ramón Cárcano, Manuel Gálvez y Carlos Ibarguren, entre otros.⁶ Sin embargo, más allá del resultado de balances y evaluaciones diversas, no puede verse una recuperación concreta y sustantiva de la figura y de la obra del francés.

Dentro del área de la disciplina histórica, por su parte, Groussac ha sido reconocido, en reiteradas ocasiones, como “maestro” y “guía” de las generaciones posteriores de historiadores; sin embargo, esta reivindicación ostenta un carácter más retórico que real.⁷ Desde la literatura, fueron Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges quienes resaltaron su figura y su obra, distinguiéndolo, especialmente, como un estilista y no como un creador. Sin embargo, la mayoría de las apropiaciones del personaje han sido más bien fragmentarias o imprecisas.

Lejos de las expectativas del propio Groussac, quizás deban buscarse reivindicaciones más enérgicas del personaje en los márgenes de los cursos principales de la cultura argentina. Tempranamente, en 1906, Emilio Becher, uno de los protagonistas de la denominada bohemia porteña, reclamaba la herencia de Groussac convirtiendo su figura en el estandarte del antiuniversitarismo y del rechazo a la extendida ocu-

⁶ Véanse R. Cárcano, *Mis primeros...*, *op. cit.*, p. 331; M. Gálvez, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 116; C. Ibarguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Eudeba, 1954, p. 58.

⁷ En un artículo de 1989, Adolfo Prieto especula acerca de las influencias intelectuales de José Luis Romero y traza un panorama de las características de la obra de Groussac que pudieron haber sido apropiadas por el ya clásico historiador argentino. Véase A. Prieto, “Martínez Estrada, el interlocutor posible”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana, “Dr. E. Ravignani”*, serie III, núm. 1, 1er semestre de 1989.

pación de todos los espacios culturales por parte de los abogados. En esta línea, destacaba la figura del francés como cristalización ejemplar de un intelectual que había adquirido sus conocimientos en forma autodidacta.⁸ También hemos mencionado en el capítulo IV la decidida apropiación que han hecho de él Ernesto Palacio y Julio Irazusta, situando al francés entre los antecesores ideológicos del revisionismo. Su tarea como organizador cultural ha recibido, además, insólitos homenajes. Haciendo referencia al personaje como uno de aquellos que no conocen la gloria siquiera en sus nichos, Ezequiel Martínez Estrada ha resaltado su desempeño en la Biblioteca Nacional, juicio positivo que también encontramos en un número de 1929 de la revista *Claridad*, en cuya portada se ve una de sus famosas fotografías con el siguiente epígrafe: “Pablo Groussac cuya principal obra fue la organización de la Biblioteca Nacional”.⁹ Extraño destino el de Paul Groussac: intentó ser centro de la cultura argentina y se convirtió en una figura reivindicada por quienes recorrieron sus bordes.

La escasa difusión y reedición de sus obras es un hecho que insinúa la posibilidad de que Groussac no despertó demasiada atención.¹⁰ Además, en la mayoría de las antologías escolares sobre la *generación del ochenta* se recuperan las figuras y los textos de Lucio V. Mansilla,

⁸ Véase “La oligarquía universitaria”, *La Nación*, 5 de abril de 1906, reproducido en: AA.VV., *Textos y protagonistas de la bohemia porteña*. Antología con prólogo de J. Rivera, Buenos Aires, CEAL, 1980, pp. 19-22.

⁹ Véase E. Martínez Estrada, “La gloria en los nichos”, en: E. Martínez Estrada, *La cabeza de Goliath. Microscopía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Losada, 1983, p. 262 y portada de *Claridad. Revista de Arte, Crítica y Letras. Tribuna del Pensamiento Izquierdista*, núm. 186, 13 de septiembre de 1929.

¹⁰ Durante décadas las obras de Groussac no fueron repuestas. Desde 1980, aproximadamente, ha tenido lugar un cierto interés por la reedición de las mismas. Nos referimos a: *CL*, Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1980; *Las Islas Malvinas*, Buenos Aires, Ed. Argentina, 1982; *Amparo*, La Plata, El Aljibe, 1982; *CL*, Buenos Aires, Hispamérica, 1985, col. Jorge Luis Borges. Biblioteca personal; *SL*, Buenos Aires, El elefante blanco, 1998; *SL*, Buenos Aires, Ed. Ciudad Argentina, 1999; *FV*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2000; *LQP*, estudio preliminar de Alejandro Eujanian, Buenos Aires, Aguilar-Taurus, 2001, col. Nueva Dimensión Argentina, dirigida por Gregorio Weinberg.

Eduardo Wilde, Lucio V. López, Miguel Cané, Joaquín V. González, José M. Estrada y José S. Álvarez, pero no se incluye ningún texto del francés.¹¹ Con sus novelas no sucede nada parecido a la saturación del mercado escolar de lectores que provocan, por ejemplo, *Juvenilia*, de Cané, o *La gran aldea*, de Lucio López, hecho que no puede atribuirse a la ausencia de tópicos costumbristas o de descripciones de la Argentina de su época, dado que *Fruto vedado* reúne paradigmáticamente ambos rasgos.

Quizás para comprender esta fragmentaria recepción sea pertinente asumir que su extranjería y su reticencia a aceptar la funcionalidad identitaria de los relatos históricos y de las obras literarias hayan sido barreras para la incorporación de su nombre en un *corpus* de carácter nacional. Moviéndonos en un registro más historiográfico, posiblemente hayan sido la fragmentación a la que fue sometida su trayectoria intelectual y la simplificación generalizada que considera a toda la intelectualidad del período como un engranaje del régimen político los factores que contribuyeron a una evaluación compartimentada de su accionar o a una identificación inmediata de su trayectoria pública con los intereses del Estado.

Volviendo a un plano más relacionado con el personaje, quizás haya sido su actitud sumamente petulante y narcisista la que lo convirtió en un maestro sin discípulos. Podemos aventurar que, en realidad, lo que parece una recuperación diseminada es producto de la desproporción existente entre las insufladas expectativas del personaje sobre su legado y los resultados efectivos del mismo. Entre los dos polos de esta tensión, el halo de soberbia y crueldad que investía su

¹¹ Véanse, a modo de ejemplo, dos de estas antologías de amplia difusión: N. Grotta, (selección, prólogo y notas a cargo de), *La prosa argentina del ochenta*, Buenos Aires, Losada, 1991, y *Los prosistas del ochenta. Antología*, Buenos Aires, Colihue/Hachette, s/f. En algunos textos de décadas anteriores hay referencias escuetas al francés, por ej., J. Cosmelli Ibañez, *Historia de la cultura argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1964, pp. 248-249 y F. Estrella Gutiérrez y E. Suárez Calimano, *Historia de la literatura americana y argentina con antología. Para quinto año de los Colegios Nacionales y Liceos de Señoritas, y para segundo año del Ciclo del Magisterio*, Buenos Aires, Kapelus, 1940, p. 320.

figura pública se ve acechado por los fantasmas de sus propias experiencias vitales: una ojeada retrospectiva nos coloca frente a una personalidad que transitó, una y otra vez, los caminos de la nostalgia y la incertidumbre, sensaciones fuertemente presentes en sus obras de ficción, en sus poemas y en las elecciones de sus personajes para narrar el pasado.

Sin pretender agotar este enigma explicativo, el perfil que hemos reconstruido tensiona la idea borgiana de la imposibilidad de que Groussac no quede. Quizás él mismo esbozó las condiciones de su propio desvanecimiento.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

I. FUENTES

1. *Inéditas*

Archivo General de la Nación
Fondo Paul Groussac
Archivo Miguel Cané
Colección Lucio Vicente López
Archivo Roque Sáenz Peña

2. *Éditas*

2.1. Obras de Paul Groussac

2.1.1. Estudios históricos

- Los jesuitas en Tucumán*, s/c, Claudio García & Cía., 1946 [1873].
- Ensayo histórico sobre el Tucumán*, en: AA.VV., *Memoria histórica y descriptiva de la provincia de Tucumán*, Primera Parte, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1882.
- Ensayo crítico sobre Cristóbal Colón. Historia y leyenda*, Buenos Aires, s/e, 1892.
- Noticia sobre la Biblioteca de Buenos Aires (1810-1901). Edición conmemorativa de su instalación en el nuevo edificio inaugurado el 27 de diciembre de 1901*, Buenos Aires, Imprenta Tipográfica de la Biblioteca Nacional, 1901.

(SL) *Santiago de Liniers, conde de Buenos Aires, 1753-1810*, Buenos Aires, Arnoldo Moen y Hermano Editores, 1907.

El Congreso de Tucumán, Buenos Aires, Imprenta de Coni Hnos., 1916.

(MyG) *Mendoza y Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires, 1536-1580*, Buenos Aires, Jesús Menéndez Editor, 1916.

(EHA) *Estudios de historia argentina*, Buenos Aires, Jesús Menéndez Librero Editor, 1918.

2.1.2. Notas de viaje y ensayos

(DPN) *Del Plata al Niágara*, Buenos Aires, Administración de *La Biblioteca*, 1897.

(VI1) *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte. Primera serie*, Madrid, Librería Gral. de Victoriano Suárez, 1904.

(LQP) *Los que pasaban*, Buenos Aires, Jesús Menéndez Librero Editor, 1919.

(VI2) *El viaje intelectual. Impresiones de naturaleza y arte. Segunda serie*, Buenos Aires, Jesús Menéndez Librero Editor, 1920.

2.1.3. Obras literarias

Le cahier des sonnets, Buénos-Ayres, Imprimerie Typographique de P.E., Coni et fils, MDCCCXCII.

(FV) *Fruto vedado. Costumbres argentinas*, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1884.

Une énigme littéraire. Le 'Don Quichotte' d'Avellaneda, París, Alphonse Picard et Fils Éditeurs, 1903.

Amparo, en: *La Revue* (Ancienne *Revue des Revues*), París, 1909, vol. 81, pp. 322-338 y 459-482.

Relatos argentinos, Madrid, Librería de Victoriano Suárez/Buenos Aires, Librería de Jesús Menéndez, 1922.

La divisa punzó. Drama histórico en cuatro actos, Buenos Aires, Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez, 1923.

(CL) *Crítica literaria*, Buenos Aires, Jesús Menéndez e hijo Libreros Editores, 1924.

2.1.4. Revistas publicadas bajo su dirección

(LB) *La Biblioteca*, 8 volúmenes, 1896-1898.

(AB) *Anales de la Biblioteca*, 10 volúmenes, 1900-1915.

2.1.5. Artículos aparecidos en diarios, revistas, folletos y otros textos breves

Para una lista de estos aportes remitimos a J. Canter, *Contribución a la bibliografía de Paul Groussac*, Buenos Aires, El Ateneo, 1930.

2.1.6. Catálogos de la Biblioteca Nacional publicados durante su gestión

Existen catálogos de materiales del reservorio, de periódicos y revistas y de documentos. Para un listado puede consultarse J. L. Trenti Rocamora, "Aportes a la historia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y una lista de sus publicaciones", en: *Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*, Boletín núm. 4, Buenos Aires, 1997, pp. 74-77.

2.1.7. Selecciones de textos de Groussac

Páginas de Groussac (seleccionadas por el autor), noticia preliminar de Alfonso de Laferrère, Buenos Aires, América Unida, 1928.

Jorge Luis Borges selecciona *Lo mejor de Paul Groussac*, Buenos Aires, Fraterna, 1981.

Travesías intelectuales de Paul Groussac. Selección de textos y estudio preliminar de Paula Bruno, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, en prensa.

2.2. Diarios y publicaciones periódicas

El Diario

La Nación

La Prensa

La Razón

Sud-América

Caras y Caretas

El Monitor de la Educación Común

Fray Mocho

La Revue (Ancienne Revue des Revues)

Martín Fierro. Segunda época

Nosotros

Nueva Revista de Buenos Aires

Revista Argentina

Revista de Derecho, Historia y Letras

Revista de Filosofía

Revue des Deux Mondes

Revue politique et littéraire. Revue Bleu

Revue de l'Amérique Latine

Sur

2.3. Publicaciones oficiales

Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, 1896, 1898, 1900, 1909, 1910.

Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores, 1896, 1898, 1900, 1909, 1910.

Memoria presentada al Congreso Nacional de 1891 por el Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública Dr. D. Juan Carballido, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría, 1891.

Memoria histórica y descriptiva de la provincia de Tucumán, Primera Parte, Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma, 1882.

II. BIBLIOGRAFÍA

1. Libros y artículos de referencia general

- AA.VV., *La cultura del 900*, México, Siglo XXI, 1997.
- AGULHON, M., *Il salotto, il circolo e il caffè. I luoghi della sociabilità nella Francia borghese (1810-1848)*, Roma, Donzelli Editore, 1993.
- ARNAUD, C., “Le retour de la biographie: d’un tabou à l’autre”, en: *Le débat*, núm. 54, 1989, pp. 40-47.
- AYMARD, M., “Amistad y conveniencia social”, en: Ariès, P. y Duby, G. (dirs.), *Historia de la vida privada*, tomo VI: “La comunidad, el Estado y la familia”, Madrid, Taurus, 1991, pp. 57-101.
- BAUMAN, Z., *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- BERLIN, I., *Las raíces del romanticismo*, Madrid, Taurus, 2000.
- BOURDÉ, G. y Martin, H., *Las escuelas históricas*, Madrid, AKAL, 1992.
- BOURDIEU, P., “L’illusion biographique”, en: *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núms. 62-63, 1986, pp. 69-72.
- , *La responsabilità degli intellettuali*, Roma, Laterza, 1991.
- BURKE, P., *Sogni, gesti, beffe. Saggi di storia culturale*, Bolonia, Il Mulino, 2000.
- CARLONI, J.-C. y Filloux, J.-C., *La crítica literaria francesa*, Buenos Aires, Eudeba, 1968.
- CHARLE, Ch., *Letteratura e potere*, Palermo, Sellerio Editore, 1979.
- , *Naissance des “intellectuels”, 1880-1900*, París, Minuit, 1990.
- , *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI, 2000.
- CHARTIER, R., *Escribir las prácticas. Foucault, de Certau, Marin*, Buenos Aires, Manantial, 1996.
- DASCAL, M., “Types of polemics and types of polemical moves”, en: Cmejrková, S., Hoffmannová, J., Müllerová, O. y Svetlá, J., *Dialoganaly*, Tubinga, Teil 1, 1988, versión electrónica.
- DEVOTO, F., “La biografía di Ferdinando Perrone”, en: *Studi Storici*.

- Rivista trimestrale dell'Istituto Gramsci*, Año 35, núm. 1, enero-marzo de 1994, pp. 255-263.
- , *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 1992.
- EAGLETON, T., *La función de la crítica*, Barcelona, Paidós, 1999.
- GINZBURG, C., *Mitos, emblemas, indicios*, Barcelona, Gedisa, 1989.
- , *Rapporti di forza. Storia, retorica, prova*, Milán, Feltrinelli, 2000.
- GOOCH, G., *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- GRIBAUDI, M. (dir.), *Espaces. Temporalités. Stratifications*, París, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1998.
- HALPERIN DONGHI, T., "Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica", en: Halperin Donghi, T., *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 41-63.
- LE GOFF, J., "Comment écrire una biographie historique aujourd'hui?", en: *Le Débat*, núm. 54, 1989, pp. 48-53.
- LEPENIES, W., *Ascesa e declino degli intellettuali*, Bari, Laterza, 1998.
- , *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- LEVI, G., "Les usages de la biographie", en: *Annales ESC*, núm. 6, 1989, pp. 1325-1336.
- LEVILLAIN, P., "Les protagonistes: de la biographie", en: R. Rémond (dir.), *Pour une histoire politique*, París, Seuil, 1988, pp. 121-159.
- LORIGA, S., "La biographie comme problème", en: J. Revel (dir.), *Jeux d'échelles. La mycro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard/Le Seuil, 1992, pp. 209-231.
- LOVEJOY, A., "Reflexiones sobre la historia de las ideas", en: *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 4, 2000, pp. 127-142.
- LUNA, F., "La biografía individual", en: *Clío*, núm. 1, 1993, pp. 17-19.
- MACIOTTI, M. (comp.), *Biografia, storia e società*, Nápoles, Liguori Editore, 2000.
- MIDDELTON Murry, J., *El estilo literario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

- MOMIGLIANO, A., *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- ORY, P. y Sirinelli, J-F., *Les intellectuels en France. De l’Affaire Dreyfus à nos jours*, París, Colin, 1992.
- PALTI, E., *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- PASQUALI, P., “El retorno de la biografía”, en: *Clío*, núm. 5, 2000, pp. 137-154.
- PICARD, R., *El romanticismo social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.
- POCOCK, J. G. A., *The Machiavelian Moment*, Princeton, Princeton University Press, 1975.
- RITAINÉ, E., *Les stratégies de la culture*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1983.
- ROMERO, J. L., “La biografía como tipo historiográfico”, en: Romero, J. L., *La vida histórica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, pp. 104-117.
- ROSANVALLON, P., *Le moment Guizot*, París, Gallimard, 1985.
- RUANO-BORBALAN, J-C. (coord.), *L’histoire aujourd’hui*, Sciences Humaines Éditions, París, 1999.
- SABATO, H., “La historia intelectual y sus límites”, en: *Punto de Vista*, Año 9, núm. 28, noviembre de 1986, pp. 27-31.
- SIRINELLI, J-F., “Les intellectuels”, en: R. Rémond (dir.), *Pour une histoire politique*, París, Seuil, 1988, pp. 199-231.
- , *Génération intellectuelle. Khâgneux et Normaliens dans l’entre-deux-guerres*, París, Fayard, 1988.
- SKINNER, Q., “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, en: *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 4, 2000, pp. 149-191.
- , *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, t. I: “El Renacimiento”, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- TABUCCHI, A., “La patria de la lengua y el exilio del escritor”, en: *Autodafe, Revista del Parlamento Internacional de los escritores*, núm. 1, Barcelona, Anagrama, otoño de 2000, pp. 77-81.
- WHITE, H., *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

2. Bibliografía de carácter específico

2.1. Estudios de historiografía argentina

- ALONSO, P., “La reciente historia política de la Argentina del ochenta al Centenario”, en: Anuario *IEHS*, núm. 13, Tandil, 1998, pp. 393-418.
- BARAGER, J., “The Historiography of the Río de la Plata Area Since 1830”, en: *Hispanic American Historical Review*, vol. 39, núm. 4, noviembre de 1959, pp. 588-642.
- BARCIA, L., *Historia de la historiografía literaria argentina. Desde los orígenes hasta 1917*, Buenos Aires, Ediciones Pasco, 1999.
- BRADFORD BURNS, E., “Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography”, en: *Hispanic American Historical Review*, vol. 58, núm. 3, agosto de 1978, pp. 409-431.
- BUCHBINDER, P., “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, serie III, núm. 13, 1er semestre de 1996, pp. 59-82.
- CARBIA, R., *Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI*, La Plata, Universidad de La Plata, 1939.
- CASTELLAN, A., “Accesos historiográficos”, en: H. Biagini (comp.), *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1985, pp. 78-88.
- CATTARUZZA, A. y Eujanian, A., *Políticas de la historia. Argentina, 1860-1960*, Buenos Aires, Alianza, 2003.
- DEVOTO, F. (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, t. 1, Buenos Aires, CEAL, 1993.
- , “Entre ciencia, pedagogía patriótica y mito de los orígenes. El momento de surgimiento de la historiografía profesional argentina”, en: AA.VV., *Estudios de historiografía argentina II*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 11-34.
- EUJANIAN, A., “Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882”, en: *Entrepasados*, núm. 16, principios de 1999, pp. 9-24.

- HALPERIN DONGHI, T., “La historiografía: treinta años en busca de un rumbo”, en: G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina: del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 829-840.
- , “Positivismo historiográfico de José Ramos Mejía”, en: Halperin Donghi, T., *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp. 57-66.
- MADERO, R., *El origen de la historia. Sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- PAGANO, N. y Galante, M., “La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional del centenario a la década del cuarenta”, en: F. Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, t. 1, Buenos Aires, CEAL, 1993, pp. 45-78.
- PAGANO, N. y Rodríguez, M. (comps.), *La historiografía rioplatense en la posguerra*, Buenos Aires, La Colmena, 2001.
- , “Las polémicas historiográficas en el marco de la profesionalización y consolidación de la disciplina histórica”, en: *Estudios Sociales* núm. 17, Santa Fe, 2do semestre de 1999, pp. 35-47.
- PLÁ, A., *Ideología y método en la historiografía argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.
- PRADO, G., “Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina”, en: AA.VV., *Estudios de historiografía argentina II*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 37-71.
- QUATTROCCHI-WOISSON, D., *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1998.
- ROIG, A., “Tres décadas de historia de las ideas: recuento y balance”, en: AA.VV., *Historiografía argentina (1958-1988). Una evaluación crítica*, Buenos Aires, Comité Internacional de Ciencias Históricas/Comité Argentino, 1988.
- ROLDÁN, D., “La historia de las ideas referida al período 1880-1910 [1990-1997]”, Documento de trabajo núm. 21, Departamento de Humanidades, Udesa, noviembre de 2000.
- ROMERO, J. L., “Mitre: un historiador frente al destino nacional”, en:

Romero, J. L., *La experiencia argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 231-273.

SCENNA, M., “Los que escribieron nuestra historia”, en: *Todo es Historia*, núm. 65, septiembre de 1972, pp. 66-92.

2.2. Climas de ideas y política

AA.VV., *Rodin en Buenos Aires. Una exposición de su obra en el Museo Nacional de Bellas Artes y un libro sobre su relación y la de otros escultores franceses con la Argentina*, Buenos Aires, MNBA y Fundación Antorchas, 2001.

ALONSO, P., *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina de los años noventa*, Buenos Aires, Sudamericana/Udesa, 2000.

ARDAO, A., *Etapas de la inteligencia uruguaya*, Montevideo, Universidad de la República, 1971.

BARBANO, F., C. Barbé *et al.*, *Sociología, storia, positivismo. Messico, Brasile, Argentina e l'Italia*, Milán, Franco Angeli, 1992.

BERTONI, L., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

BIAGINI, H. (comp.), *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1985.

—, *Fines de siglo. Fin de milenio*, Buenos Aires, UNESCO/Alianza, 1996.

BOTANA, N., *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1986.

BUCHBINDER, P., *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, Eudeba, 1997.

COLOMBI, B., “Viajeros de la modernidad. Miradas sobre los Estados Unidos en el fin-de-siglo” (mimeo).

CORTÉS CONDE, R. y E. Gallo, *La república conservadora*, Buenos Aires, Paidós, 1989.

DEVOTO, F., *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

- DI TULLIO, A., *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 2003.
- DOSIO, P., *Una estrategia del poder: la Exposición Continental de 1882*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1998.
- DOTTI, J., *Las vetas del texto. Una lectura filosófica de Alberdi, los positivistas, Juan B. Justo*, Buenos Aires, Puntosur, 1990.
- FERNÁNDEZ BRAVO, A., *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*, Buenos Aires, Sudamericana/UDESA, 1999.
- GALLO, E. y N. Botana, *De la república posible a la república verdadera*, Buenos Aires, Ariel, 1996.
- GORELIK, A., *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- HALE, C., "Las ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", en: L. Bethell (comp.), *Historia de América Latina*, tomo III: "América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930", Barcelona, Crítica, 1990, pp. 1-64.
- HALPERIN DONGHI, T., "1880: un nuevo clima de ideas", en: Halperin Donghi, T., *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 239-252.
- , *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 2002.
- , *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana/ITDT, 1985.
- , *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- , *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2000.
- JONES, J., *A Common Place: The Representation of Paris in Spanish American Fiction*, Lewisburg, Bucknell University Press, 1998.
- LIERNUR, J. y G. Silvestri, *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires*, Buenos Ai-

- res, Sudamericana, 1993.
- LOBATO, M. (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, *Nueva Historia Argentina*, t. v, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- MALOSSETTI COSTA, L., *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- MANTEGARI, C., *Germán Burmeister. La institucionalización científica en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Jorge Baudino Ediciones-UNSAM, 2003.
- MARTÍNEZ, A., *Figuras. La modernización intelectual de América Latina: 1850-1930*, Caracas, Fondo Editorial Topykos, 1995.
- MONTERRAT, M. (comp.), *La ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*, Buenos Aires, Manantial, 2000.
- NOUZEILLES, G., *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2000.
- RAMA, Á., "La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)", en: *Hispanérica. Revista de literatura*, Año 12, núm. 36, diciembre de 1983, pp. 3-19.
- , *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1987.
- RAMOS, J., *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- PAGANO, N., *Espacios biográficos. A propósito de la biografía intelectual de Diego Luis Molinari*, Tesis de Maestría, Buenos Aires, IDAES, 2000.
- REAL DE AZÚA, C., "Ambiente espiritual del 900", en: Real de Azúa, C., *Escritos*, Montevideo, Arca, 1987, pp. 145-165.
- RECALDE, H., *El primer Congreso Pedagógico (1882)*, 2 t., Buenos Aires, CEAL, 1987.
- ROLDÁN, D., *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, CEAL, 1993.
- ROMERO, J. L., *Las ideas en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1987.

- , *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- SAENZ HAYES, R., *Miguel Cané y su tiempo (1851-1905)*, Buenos Aires, Guillermo Kraft Limitada, 1955.
- SALAS, H., *El Centenario. La Argentina en su hora más gloriosa*, Buenos Aires, Planeta, 1996.
- SALESSI, J., *Médicos, maricas y maleantes. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la Nación Argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1995.
- SOLER, R., *El positivismo argentino*, Buenos Aires, Paidós, 1968.
- SVAMPA, M., *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994.
- TALLER DE HISTORIA DE LAS MENTALIDADES, “La Argentina de 1910. Sensibilidad, alegorías, argumentos en torno a un Centenario”, en: *Estudios Sociales*, núm. 4, Santa Fe, 1er semestre de 1993, pp. 81-96.
- TERÁN, O., *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.
- , *José Ingenieros: pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986.
- , *Positivismo y nación*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.
- , *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- VÁZQUEZ-RIAL, H. (dir.), *Buenos Aires, 1880-1930. La capital de un imperio imaginario*, Madrid, Alianza, 1996.
- VIÑAS, D., *Literatura argentina y realidad política. De los jacobinos a la bohemia anarquista.*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- WEINBERG, G., *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- ZEA, L. (compilación, prólogo y cronología a cargo de), *Pensamiento positivista latinoamericano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.
- ZIMMERMANN, E., *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890/1916*, Buenos Aires, Sudamericana/UDESA, 1995.

2.3. Ambiente literario

- AA.VV., *El escritor y la industria cultural*. Antología con prólogo de Rivera, J., Buenos Aires, CEAL, 1980.
- AA.VV., *En torno al criollismo*. Antología con prólogo de Rubione, A., Buenos Aires, CEAL, 1983.
- AA.VV., *Los prosistas del ochenta*, Antología, Buenos Aires, Hachette, s/f.
- AA.VV., *Textos y protagonistas de la bohemia porteña*. Antología con prólogo de Rivera, J., Buenos Aires, CEAL, 1980.
- AA.VV., *La profesionalización de la crítica literaria*. Antología con prólogo de Perosio, G., Buenos Aires, CEAL, 1980.
- ACHING, G., *The Politics of Spanish American "Modernismo"*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- ALONSO, A., *Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*, Buenos Aires, Losada, 1979.
- ALTAMIRANDA, D. y D. Foster (comps.), *From Romanticism to "Modernismo" in Latin America*, Nueva York-Londres, Garland Publishing, 1997.
- ALTAMIRANO, C. y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires Ariel, 1997.
- , *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.
- ANDERSON IMBERT, E., "La generación del 80", en: H. Rodríguez-Alcalá (comp.), *On the Centennial of the Argentine Generation of 1880*, Riverside, Latin American Studies Program of the University of California, 1980, pp. 2-10.
- , "La literatura argentina", en: G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina: del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 725-744.
- , *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.
- AUZA, N., *Católicos y liberales en la generación del 80*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975.
- BIAGINI, H., *La generación del ochenta*, Buenos Aires, Losada, 1995.
- CAMPANELLA, H., "La atmósfera literaria", en: H. Biagini (comp.), *El*

- movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1985, pp. 38-77.
- , *La generación del ochenta*, Buenos Aires, Tekne, 1983.
- CORNBLIT, O., E. Gallo (h.) y A. O'Connell, "La generación del 80 y su proyecto: antecedentes y consecuencias", en: *Desarrollo Económico*, vol. 1, núm. 4, enero-marzo de 1962, pp. 5-46.
- FLORIA, C., "El clima ideológico de la querrela escolar", en: G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina: del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 851-869.
- FOSTER, D., *The Argentine Generation of 1880. Ideology and Cultural Texts*, Columbia, University of Missouri Press, 1990.
- HERRERO MAYOR, A., *Cosas del idioma. Indagaciones y experiencias*, Buenos Aires, Troquel, 1959.
- JITRIK, N., *El mundo del ochenta*, Buenos Aires, Editores de América Latina, 1998.
- JRADE, C., "Modernismo". *Modernity and the Development of Spanish American Literature*, Austin, University of Texas Press, 1998.
- LIDA, R., *Rubén Darío. Modernismo*, Caracas, Monte Ávila, 1984.
- LUDMER, J. (comp.), *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1994.
- , *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil, 1999.
- , *El género gauchesco. Un tratado de la patria*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- MORENO DE ALBA, J. G., *El español en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- ONEGA, G., *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1982.
- PRIETO, A., "La generación del ochenta. La imaginación" y "La generación del ochenta. Las ideas y el ensayo", en: AA.VV., *Historia de la literatura argentina. Del romanticismo al naturalismo*, Buenos Aires, CEAL, 1986, t. II, pp. 49-72 y 97-120.
- , *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- , *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1982.

- RAMA, Á., *Rubén Darío y el modernismo*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970.
- REAL DE AZÚA, C., “Modernismo e ideología”, en: *Punto de Vista*, Año 9, núm. 28, noviembre de 1986, separata.
- RODRÍGUEZ BUSTAMANTE, N., “Las ideas pedagógicas y políticas de la generación del 80”, en: *Revista de Historia*, núm. 1, 1er trimestre de 1957, pp. 89-103.
- VERDEVOYE, P., *Literatura argentina e idiosincrasia*, Buenos Aires, Corregidor, 2002.
- WEINBERG, F., “El pensamiento de la generación del 80”, en: *Cuadernos del Sur*, núm. 13, Universidad Nacional del Sur, 1980, pp. 17-38.
- ZULETA, I., *La polémica modernista: el modernismo de mar a mar (1898-1907)*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1988.

2.4. Prensa periódica, revistas culturales y espacios de sociabilidad

- ALONSO, P. (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- , “En la primavera de la historia. El discurso político del roquismo a través de su prensa en los años 80”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. E. Ravignani”*, serie III, núm. 15, 1er semestre de 1997, pp. 35- 70.
- AUZA, N., *La literatura periodística porteña del siglo XIX*, Buenos Aires, Confluencia, 1999.
- CASTAGNINO, R. *et al.*, *Sociedades literarias argentinas (1864-1900)*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1962.
- CAVALARO, D., *Revistas argentinas del siglo XIX*, Buenos Aires, Asociación de Editores de Revistas, 1996.
- DUNCAN, T., “La prensa política. *Sud-América*, 1884-1892”, en: G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina: del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 761-783.
- ETCHEPAREBORDA, R., “Notas bibliográficas sobre la historiografía y el periodismo de 1880 y de 1890”, en: *Revista de Historia*, núm. 1,

- 1er trimestre de 1957, pp. 105-126.
- GARCÍA SORIANO, M., *El periodismo tucumano, 1817-1900. Ensayo de investigación sobre un aspecto de la cultura tucumana durante el siglo XIX*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1972.
- GAYOL, S., *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés, 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones Del Signo, 2002.
- GIRBAL-BLACHA, N. y D. Quattrochi-Woisson (dirs.), *Cuando opinar es actuar: revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999.
- KORN, F., “La gente distinguida”, en: J. L. Romero y L. A. Romero, *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Altamira, 1983, pp. 45-55.
- LAFLEUR, H., S. Provenzano y F. Alonso, *Las revistas literarias argentinas, 1893-1967*, Buenos Aires, CEAL, 1967.
- MAEDER, E., “Revistas históricas en la segunda mitad del siglo XIX”, en: *Clío*, núm. 4, 1998, pp. 99-110.
- MASIELLO, F., “Argentine Literary Journalism: The production of a critical discourse”, en: *Latin American Research Review*, vol. 20, núm. 1, 1985, 27-60.
- PEREYRA, W., *La prensa literaria argentina, 1890-1974*, tomo I: “Los años dorados, 1890-1919”, Buenos Aires, Librería Colonial, 1993.
- POMPERT DE VALENZUELA, M., “Un siglo de revistas universitarias, 1900-1950”, en: *Clío*, núm. 4, 1998, pp. 111-120.
- SAGASTIZÁBAL, L., *Diseñar una nación. Un estudio sobre la edición en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Norma, 2002.
- SIDICARO, R., *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.
- SOSNOWSKI, S. (comp.), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*, Buenos Aires/Madrid, Alianza, 1999.

3. Paul Groussac

3.1. Referencias biográficas

- AA.VV., *Diccionario de la literatura latinoamericana*. Argentina, Unión Panamericana, Secretaría General, OEA, Washington, D.C., 1960.
- AA.VV., *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, Madrid, Espasa-Calpe, 1925.
- AA.VV., *Los franceses en la Argentina*, Buenos Aires, Manrique Zago, 1986.
- AA.VV., *Centenario de Groussac. 1848 –14 de febrero– 1948*, Buenos Aires, Coni, 1949.
- ABAD DE SANTILLÁN, D. (comp.), *Gran Enciclopedia Argentina*, Buenos Aires, Ediar, 1957.
- AIRA, C., *Diccionario de autores latinoamericanos*, Buenos Aires, Emecé, 2001.
- BENARÓS, L., “Un francés muy argentino: Paul Groussac”, en: *Todo es Historia*, núm. 388, noviembre de 1999, pp. 30-31.
- , *Paul Groussac en el Archivo General de la Nación*, Buenos Aires, Ediciones AGN, 1998.
- BIANCO, J., “La frustrada ambición de Groussac”, en: *Vuelta*, Año 7, núm. 74, enero de 1983, pp. 38-40.
- BRUNO, P., “Cartografía de un regreso. Impresiones de viaje de Paul Groussac”, en: *Actas del Primer Encuentro “Las metáforas del viaje y sus imágenes. La literatura de viajeros como problema”*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, 2002, CD-ROM.
- CÁRCANO, R., “Paul Groussac”, en: Cárcano, R., *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Sudamérica, 1943, pp. 331-334.
- CARO FIGUEROA, G., “El joven Paul Groussac: comerciante de mulas y novelista romántico”, en: *Todo es Historia*, núm. 375, octubre de 1998, pp. 62-65.
- CASAL CASTEL, A., *Vidas ejemplares*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1942.
- CELLA, S., *Diccionario de literatura latinoamericana*, Buenos Aires, El Ateneo, 1998.

- CLEMENCEAU, G., "Un grand français: M. Paul Groussac", en: Clemenceau, G., *Notes de voyage dans l'Amérique du Sud. Argentine, Uruguay, Brésil*, París, Hachette et cie., 1911, pp.71-76.
- CUFFIA, R., *¿Conoces a Paul Groussac?*, Buenos Aires, De los Cuatro Vientos, 2001.
- CUTOLO, V., *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, Editorial Elche, 1971.
- EJUNIAN, A., "Estudio preliminar", en: Paul Groussac, *Los que pasaban*, Buenos Aires, Taurus, 2001.
- GÁLVEZ, M., "Paul Groussac", en: Gálvez, M., *Recuerdos de la vida literaria. Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires., Librería Hachette, 1961, pp. 115-122.
- LAFERRÈRE, A., "Noticia preliminar", en: *Páginas de Groussac*, extraídas de sus *Obras completas*, Buenos Aires, Talleres gráficos argentinos L. J. Rosso, 1928.
- LAVALLE COBO, J., "La ceguera de Groussac", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 30-34.
- LONGÁN, E., *Une gloire franco-argentine: Paul Groussac*, París, s/e, 1938.
- MARTÍNEZ ESTRADA, E., "La gloria en el nicho", en: Martínez Estrada, E., *La cabeza de Goliath. Microscopía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Losada, 1983, pp. 260-263.
- MARTÍNEZ, J. G., *François Paul Groussac. Su vida, su obra*, Buenos Aires, *Cuadernos de Historia Argentina y Americana*, Centro de Historia Mitre, 1948.
- MARTIRE, E., *La lección de Groussac*, Buenos Aires, Club Universitario de Buenos Aires. Ateneo, 1983.
- NOEL, M., *Paul Groussac*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1979.
- PÁEZ DE LA TORRE, C., "Centón sobre el rastro de Paul Groussac en Tucumán (1871-82)", en: *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Tucumán*, Año 7, núm. 4, 1974, pp. 65-109.
- PELOSI, H., *Argentinos en Francia, franceses en Argentina*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999.

- PICCIRILLI, R. *et al.*, *Diccionario Histórico Argentino*, Buenos Aires, Ediciones Históricas Argentinas, 1954.
- REYES, A., “El secreto dolor de Groussac”, en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 208-209.
- REYES, A., “Homenaje a Groussac”, en: Reyes, A., *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, t. IV, pp. 456-461.
- ROMERO, L. A., “Prólogo”, en: Groussac, P., *Los que pasaban* (selección), Buenos Aires, CEAL, 1993, pp. I-VI.
- VICTORICA, R., *Paul Groussac*, Buenos Aires, s/e, 1935.
- ZUCCARINI, E., “La importancia social de la obra de Groussac”, en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 72-74.
- ZULETA ÁLVAREZ, E., “Paul Groussac”, en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 1997-1998, vols. VXX y VXXI, pp. 185-192.

3.2. Sobre aspectos de su obra histórica

- ARAUJO, J., “As Ilhas Malvinas e o Direito da República Argentina”, en: Araujo, J., *Ensaíos de Historia e Crítica*, Ministério das Relações Exteriores, Instituto Rio-Branco, Serviço de Publicações, 1948, pp. 181-198.
- AVELLANEDA, N., “Estudio sobre el *Ensayo histórico del Tucumán* por el Señor Groussac”, en: *Nueva Revista de Buenos Aires*, Año II, t. IV, 1882, separata.
- BARREDA, E., “Paul Groussac”, en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 35-38.
- BERISSO, L., “Paul Groussac”, en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 26-29.
- BRUNO, P., “La obra de Paul Groussac (1848-1929) en el contexto del espacio historiográfico argentino, fines del siglo XIX/principios del siglo XX”, en: *Actas del 51º Congreso Internacional de Americanistas: “Repensando las Américas en los umbrales del siglo XXI”*, Santiago de Chile, 2003 CD-ROM y versión *on-line*.
- CAMACHO, M., “El proyecto de un libro de Paul Groussac”, en: *Trabajos y comunicaciones*, Universidad Nacional de La Plata, Facul-

- dad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Historia, 1969, pp. 45-51.
- CANTER, J., "En torno a Paul Groussac y su obra", en: *Síntesis*, núm. 27, agosto de 1929, pp. 265-315.
- CARBIA, R., "Santiago de Liniers por Paul Groussac", en: *Nosotros*, núm. 9, 1908, pp. 214-218.
- , "El Señor Groussac historiógrafo. A propósito de la crítica moderna", en: *Nosotros*, núm. 68, 1914, pp. 240-249.
- CÁRCANO, R., "Paul Groussac", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 22-25.
- CARRANZA, A., "Opiniones del Señor Groussac sobre Tucumán", en: *Nueva Revista de Buenos Aires*, Año II, t. VI, 1882, pp. 651-661.
- CHÁNETON, A., "La lección de Groussac", en: *Anuario de Historia Argentina*, Sociedad de Historia Argentina, 1939, pp. 553-557.
- CORREA LUNA, C., "El método y la obra histórica de Paul Groussac al aparecer 'La Biblioteca'", *La Prensa*, 14 de noviembre de 1926.
- , "Las ideas historiográficas de Groussac hasta la publicación del 'Liniers'", *La Prensa*, 5 de diciembre de 1926.
- , "Pablo Groussac", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 68-71.
- , "Un maestro de historia nacional", en: *La Prensa*, 1 de enero de 1927.
- ECHAGÜE, J. P., "Groussac en nuestra historia", en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 1947-1948, vols. XX y XXI, pp. 502-514.
- EIZAGUIRRE, J., "Paul Groussac y su obra de historiador", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 89-92.
- ETCHEPAREBORDA, R., "Groussac, historiador", en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, núm. 52, 1979, pp. 247-258.
- EUJANIAN, A., "Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina a través de dos debates finiseculares", en: *Estudios Sociales*, núm. 9, Santa Fe, 2do semestre de 1995, pp. 37-55.
- FERNÁNDEZ, J., "Groussac, crítico de nuestra historia", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 103-106.

- GALLO, E., "Paul Groussac: reflexiones sobre el método histórico", en: *Historia*, núm. 3, septiembre de 1981, pp. 19-23.
- GARCÍA, J. A., "*Santiago de Liniers*, por Paul Groussac" y "Groussac. A propósito del libro *Santiago de Liniers*", en: García, J. A., *En los jardines del convento. Narraciones, notas, oraciones*, Buenos Aires, Coni Hermanos, 1916, pp. 318-332.
- GONDRA, L., "Paul Groussac", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 93-96.
- GORDILLO, A., "Los jesuitas según las fuentes más puras de la historia. Serie de artículos de 'colaboración' publicados en *La Razón*", Tucumán, Imprenta de *La Razón*, 1873.
- IRAZUSTA, J., "Groussac y su trabajo sobre Tucumán", en: Irazusta, J., *De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina*, Buenos Aires, Dictio, 1979, pp. 21-24
- , "Pablo Groussac y su carrera literaria en la Argentina", en: Irazusta, J., *Gobernantes, caudillos y escritores*, Buenos Aires, Dictio, 1978, pp. 27-178.
- LEVENE, R., "El parentesco de la historia con la arquitectura según Groussac", en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Buenos Aires, 1947-1948, vols. XX y XXI, pp. 498-501.
- LEVILLIER, R., "El aspecto moral de la obra del Señor Pablo Groussac", en: *Nosotros*, núm. 86, 1916, pp. 285-303.
- MAYER, J., "Las *Bases*, la crítica de Groussac y la refutación de David Peña", en: *Boletín del Museo Social Argentino*, Año 45, núm. 335, abril-mayo de 1968, pp. 75-92.
- MOLINARI, D., "Groussac y el método", en: *Nosotros*, núm. 89, 1916, pp. 257-267.
- PALACIO, E., "La herencia de Paul Groussac", en: *Criterio*, núm. 76, agosto de 1929, pp. 500-501.
- PIÑERO, N., *Los escritos de Mariano Moreno y la crítica del Señor Groussac*, Buenos Aires, Lajouane, 1897.
- PRADO, G., "El Santiago de Liniers de Paul Groussac y la narración trágica de la historia argentina" (mimeo).
- PRIETO, A., "Martínez Estrada, el interlocutor posible", en: *Boletín*

- del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, serie III, núm. 1, 1er semestre de 1989, pp. 127-131.
- RAVIGNANI, E., "Groussac en la cultura histórica de su época", en: AA.VV, *Centenario de Groussac. 1848 -14 de febrero- 1948*, Buenos Aires, Coni, 1949, pp. 75-88.
- RÉBORA, J., "El valor social del carácter", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 39-41.
- ROMERO, J. L., "Los hombres y la historia en Groussac", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 107-112.
- , "Paul Groussac. 1955", en: Romero, J. L., *La experiencia argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 288-292.
- RUIZ GUIÑAZÚ, E., "Groussac historiador y crítico", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 57-62.

3.3. Sobre su Obra literaria, su función como crítico y sus influencias filosóficas

- ALFIERI, T., *Una brecha en el umbral. Ciencia y literatura en Groussac y Ramos Mejía*, Buenos Aires, Losada, 1987.
- ALONSO, A., "Paul Groussac, estilista", en: *Síntesis*, núm. 27, agosto de 1929, pp. 327-341.
- ARIZAGA, D., "La divisa punzó", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 151-156.
- BARCIA, P., "La literatura y los historiadores", en: *Academia Nacional de la Historia, La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1996, t. II, pp. 274-286.
- BIANCO, J., "Paul Groussac", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 81-85.
- BINAYÁN, N., "De la iniciación de Groussac como escritor", en: *Síntesis*, núm. 27, agosto de 1929, pp. 317-326.
- BORGES, J. L., "Groussac", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 79-80.

- , “La ceguera”, en: Borges, J. L., *Siete noches*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, pp. 143-160.
- , “Nuevo diálogo sobre Groussac”, en: J. L. Borges y O. Ferrari, *Reencuentro. Diálogos inéditos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 175-181.
- , “Prólogo”, en: P. Groussac, *Crítica literaria*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.
- , “El extraño destino de Paul Groussac”, *La Prensa*, 11 de noviembre de 1979.
- CANTER, J., “Sarmiento, Groussac y Láinez. En torno de una polémica entre estos últimos”, en: *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras*, XI, Buenos Aires, octubre-noviembre de 1930, separata.
- CANTER, J., “Sobre ‘Fruto vedado’”, en: *Nosotros*, Año 24, junio de 1930, pp. 359-379.
- COSTA ÁLVAREZ, A., “Groussac y la lengua”, en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 118-128.
- DARÍO, R., “Los colores del estandarte”, *La Nación*, 27 de noviembre de 1896, reproducido en “Dos juicios de Groussac y una respuesta de Darío”, en: *Nosotros*, núm. 82, febrero de 1916, pp. 161-167.
- , *Autobiografía*, Buenos Aires, Marymar, 1976.
- ECHAGÜE, J., “Paul Groussac”, en: Echagüe, J., *Escritores de la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1930, pp. 9-30.
- FLAWIÁ DE FERNÁNDEZ, N. y O. Steimberg de Kaplan, “La crítica literaria en el Río de la Plata durante el siglo XIX: del romanticismo al positivismo”, en: *Ibero-Amerikanisches Archiv*, núm. 12, New Serie, 1986, pp. 73-84.
- GERCHUNOFF, A., “Reflexiones sobre Pablo Groussac”, en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 63-67.
- GIUSTI, R., “Groussac, hispanista”, en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 189-201.
- , “Notas sobre Paul Groussac”, en: *Nosotros*, núm. 188, enero de 1925, pp. 92-102.
- GONZÁLEZ, J., “Groussac, novelista”, en: *Nosotros*, núm. 242, julio de

- 1929, pp. 132-147.
- KORN, A., "Groussac", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 47-54.
- LAGMANOVICH, D., "Paul Groussac, ensayista del 80", en: *Revista Interamericana de Bibliografía-Inter-American Review of Bibliography*, vol. 32, núm. 2, OEA, 1982, pp. 28-46.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, M., *Estudios de crítica literaria. Cuarta serie*, Madrid, Tipografía de la "Revista de Archivos", 1907.
- MONNER SANS, J., "Dos lecciones de Groussac", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 75-78.
- ORIA, J., "La polémica de Menéndez y Pelayo con Groussac. Sobre el 'Quijote' de Avellaneda", en: *Humanidades*, tomo XXIV, 1934, pp. 3-72.
- PASOLINI, R., "La ópera y el circo en el Buenos Aires de fin de siglo. Consumos teatrales y lenguajes sociales.", en: F. Devoto y M. Madero (dirs.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, tomo II: "La Argentina plural: 1870-1930", Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 227-273.
- PIGLIA, R., *Respiración artificial*, Barcelona, Planeta, 1995.
- PIÑERO, J., "Groussac, crítico musical", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 159-160.
- PRO, D., "Antecedentes de la historiografía del pensamiento argentino", en: *Cuyo. Anuario de Historia del pensamiento argentino*, Universidad Nacional de Cuyo, Instituto de Filosofía, 1970, t. VI, pp. 22-77.
- , "La cultura filosófica de Pablo Groussac", en: *Cuyo. Anuario de Historia del pensamiento argentino*, Universidad Nacional de Cuyo, Instituto de Filosofía, 1973, t. IX, pp. 7-53.
- ROHDE, J. M., *Casas ilustres*, Buenos Aires, M. Gleizar Editor, 1934.
- , "Groussac, Cervantes y el Quijote", en: *Estudios literarios*, Buenos Aires, Coni, 1920, pp. 231-259.
- , *Las ideas estéticas en la literatura argentina*, Buenos Aires, Coni, 1926.
- ROJAS, R., *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, Buenos Aires, Guillermo Kraft Limitada, 1957.

- VEGA BELGRANO, C., "Paul Groussac", en: *Nosotros*, núm. 242, julio de 1929, pp. 115-117.
- VIÑAS, D., "Groussac, las ironías y los privilegios", en: Viñas, D., *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 103-112.
- VITAGLIANO, M., "Paul Groussac y Ricardo Rojas o el lugar de los intelectuales", en: N. Rosa (comp.), *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 59-74.
- ZULETA ÁLVAREZ, E., "Francia en las ideas políticas y en la cultura argentina", en: *Boletín de Estudios Políticos y Sociales*, núm. 14, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1964, pp. 7-40.

3.4. Publicaciones, catálogos y recopilación de fuentes bajo su responsabilidad

- AA.VV., *Historia de las Bibliotecas Nacionales en Iberoamérica: pasado y presente*, México, UNAM, 1995.
- BRUNO, P., "Paul Groussac y *La Biblioteca* (1896-1898)", en: *Hispanamérica. Revista de literatura*, Año 32, núm. 94, 2003, pp. 87-94.
- CONTARDI, S., "El juicio al extranjero. Paul Groussac entre el desorden cultural, la biblioteca y la poesía", en: *El Dorado*, núm. 1, 1er semestre de 1994, pp. 11-19.
- DALMARONI, M., "Literatos y Estado (Payró, Groussac, Lugones)", en: N. Jitrik (comp.), *Las maravillas de lo real. Literatura latinoamericana*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literatura Hispanoamericana, 2000, pp. 123-132.
- DELGADO, V. y F. Espósito, "Paul Groussac: los intelectuales, la sociedad civil y el Estado liberal", en: *Orbis Tertius. Revista de teoría y crítica literaria*, núm. 6, 1998, pp. 41-51.
- , "La lección de Groussac en *La Biblioteca*: la organización cultural", en: *Tramas*, núm. 10, 1999, pp. 97-105

- EUJANIAN, A., "Paul Groussac y una empresa cultural de fines del siglo XIX: la revista *La Biblioteca*, 1896-1898", en: AA.VV., *Historia de revistas argentinas*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1997, t. II, pp. 9-44.
- MAEDER, E., *Índice general de 'La Biblioteca'*, Resistencia-Chaco, Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Humanidades, Departamento de Historia, 1962.
- MOLINA, R., *Misiones argentinas en los archivos europeos*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1955, pp. 160-169.
- PAPILLAUD, H., *Le journalisme Français á Buenos Aires. De 1818 jusqu'à nos jours*, Buenos Aires, s/e, 1947.
- TRENTI ROCAMORA, J. L., "Aportes a la historia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y una lista de sus publicaciones", en: *Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*, Boletín núm. 4, Buenos Aires, 1997, pp. 52-77.

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Introducción	11
I. Noticias de Paul Groussac	21
1. 1848-1884: de aventurero a letrado	22
2. 1884-1910: de joven literato a hombre de cultura	42
3. 1910-1929: de los balances a las necrologías	54
II. Un estratega intelectual	63
1. El espacio intelectual argentino	64
2. Un estratega intelectual en la gran aldea	67
3. Empresas civilizadoras	73
4. Un placer interesado en el desdén	84
5. Erudito bibliotecario francés	109
III. Una lengua, una literatura y una actitud para los escritores argentinos	129
1. Acerca del idioma de los argentinos	131
2. Un castellano afrancesado	137
3. Los <i>gauchos de la inteligencia</i>	145
4. Aloglosia y bilingüismo	160
IV. Los hombres que hacen la historia y aquellos que la escriben	169
1. Estudios historiográficos que abordan el período 1880-1910	170
2. Entre Cristóbal Colón y Juan Manuel de Rosas	175
3. <i>La musa de la historia no es la lisonja patriótica</i>	183

4. La historia: entre ciencia y arte	188
5. Aventureros y letrados	195
6. La metodología histórica	203
Consideraciones finales	213
Fuentes y Bibliografía	233
I. Fuentes	233
II. Bibliografía	237

